

David Safier

Más maldito karma



Daisy Becker es una actriz de segunda totalmente caótica: bebe, fuma y roba a sus compañeros de piso. A sus veintipocos años tendrá un accidente de tráfico con Steve Barton, una arrogante estrella de Hollywood que está en Berlín rodando la nueva película de James Bond. Una vez muertos, Buda les dice que en sus vidas han juntado demasiado mal karma, y ambos se reencarnan en hormigas. Pero ninguno de los dos tiene muchas ganas de ir a la guerra como soldados-hormiga. Además se enteran de que el mejor amigo de Daisy, del que ella está enamorada, y la mujer de Steve salen juntos. ¿Qué pueden hacer? Ir en busca del buen karma y subir los peldaños de la escalera de la reencarnación hasta volver a ser humanos. Pero no es tan sencillo, pues Daisy y Steve no se soportan y están constantemente echándose la culpa del accidente el uno al otro. Y todavía todo se vuelve más difícil cuando parece que se empiezan a enamorar...



David Safier

Más maldito karma

ePub r1.0

Eibisi 02.06.16

Título original: *Mieses Karma hoch 2*

David Safier, 2015

Traducción: María José Díez

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.2



Para Marion, Ben, Daniel y Max:

vosotros sois mi nirvana

CAPÍTULO 1

El día de nuestra muerte no tuvo ninguna gracia. Y ello no se debió únicamente a la muerte en sí. Para ser exactos: ésta tan sólo ocupó el puesto número seis de los peores momentos del día. En unos puestos por detrás —en el décimo— acabó el momento, sucedido un par de horas antes, en el que Sylvie, mi compañera de piso, se plantó delante de mi cama de Ikea, me destapó y me soltó:

—Daisy, llevas cinco meses sin pagar el alquiler.

—¿Y por eso me despiertas tan pronto? —me quejé.

Mis ojos intentaron, en vano, acostumbrarse a la luz, y mi cabeza me dio a entender que el día anterior debería haberme bebido entre tres y ocho tequilas menos.

—Son las dos de la tarde —repuso mordaz Sylvie.

Llevaba su carga conjunto de estudiante-de-Derecho-en-el-último-semester, mientras que yo estaba tumbada en ropa interior que olía a humo.

—Pues eso, pronto.

Me tapé la cabeza con la sábana, pero la muy asquerosa me la volvió a quitar. Después abrí un poco más los ojos y me di cuenta de que mis otros dos compañeros de piso también estaban en mi minicuarto, del que Sylvie había dicho una vez que había zonas arrasadas por un huracán que parecían más ordenadas. Ahí estaban, por un lado, Ayshe, la rolliza profesora de secundaria en ciernes, que más adelante quería dar clase a niños de emigrantes pobres para que pudiesen llegar a ser algo más que lo que se esperaba de ellos; y, por otro, Jannis, mi mejor amigo desde el colegio. Delgado y con gafas, era el único de los tres que no parecía de tan mal café como un salafista en un concierto de Miley Cyrus.

—Tu rollo de anoche ha hecho pis de pie en nuestro retrete —me regañó Ayshe.

Me puse de lado: el brasileño cachas al que me había llevado la noche anterior de la pista del Berghain ya se había ido. Sin quedarse a desayunar. Como a mí me gustaban los hombres.

—Apuesto a que ni siquiera sabes cómo se llama —añadió corrosiva.

—Pues claro que lo sé —contesté con cierto descaro, no soportaba que me echaran cosas en cara por la mañana temprano.

—Y bien, ¿cómo se llama?

—Esto...

No me venía a la memoria ni a tiros, pero, claro, no podía admitirlo, y por ello busqué un nombre cualquiera que sonara brasileño. Por desgracia tenía tal dolor de cabeza que sólo se me ocurrían chorradas. Cosas como Bonorro, Bonoloriño o Longofalo, unos nombres que preferí no decir.

—Se llama Falcao —espetó malhumorada Ayshe.

—Y ¿cómo es que sabes tú eso? —pregunté sorprendida.

—Porque llevo semanas diciéndote que me gusta.

Mierda, sí, era verdad. Pero ni se me había pasado por la cabeza la noche anterior. Cuando uno está borracho, lo olvida todo. Y cuando se toma unas pastillas. Y se está cachondo. Sobre todo cuando se está cachondo.

Me incorporé un poco, me apoyé en la pared y dije:

—Deberías darme las gracias.

—¿Las gracias?

—Ahora sabes que mea de pie y que no te conviene.

Ayshe no me dio las gracias.

—Muy bien, y ahora ¿podríamos volver a lo esencial? —intervino Sylvie—. Queremos el alquiler.

—Lo pagaré cuando me den el próximo papel.

—Daisy, la última vez que te pagaron por actuar fue hace siglos.

—Bueno, en la historia del universo los siglos son algo muy relativo —objeté.

Hacía siete meses, en la serie *Aktenzeichen XY*, y el papel era el de una chica que hace *jogging* y encuentra un cadáver. En ese rodaje mi única frase fue: «Creo que he pisado algo».

—¿Y si probaras con un trabajo de verdad, para variar? —propuso la bocazas de Ayshe.

—Menuda chorrada —respondí.

No estaba hecha para tener un trabajo de verdad. Probé una vez, y no me hizo ninguna gracia.

—Seguro que pronto le dan un papel —intentó mediar Jannis mientras se limpiaba las gafas con la descolorida camiseta.

Era la única persona en la faz de la Tierra que aún creía en mi talento. Creyó en mí cuando hice de Bestia en *La bella y la bestia* con el grupo de teatro del instituto, en Bremerhaven. Y también cuando encarné a una joven drogadicta en un papel secundario en la serie de detectives *Tatort* en Kiel y un importante periódico semanal dijo de mí: «El talento juvenil es otra cosa». Y siguió creyendo en mí incluso después de que perdiese mi empleo en una telenovela porque la redactora de la cadena opinó que la gente no quería ver «mujeres con una cara con personalidad» después de comer. Con lo de «mujeres con una cara con personalidad», claro está, se refería a alguien como yo: con la nariz ligeramente torcida, el pelo rebelde de chucho y los ojos de un color indefinible. Cuando la loca de la redactora me insinuó además que había una cosa que se llamaba cirugía plástica, le respondí que con gusto me ocuparía de que le hiciese falta a ella. Eso no ayudó lo que se dice mucho a que esa cadena me diera más trabajo.

—Queremos el dinero ahora —afirmó con determinación Sylvie.

—Decidme, ¿vosotras dos, en qué momento os volvisteis tan puñeteramente serias? —quise saber. Antes éramos amigas íntimas y salíamos a quemar Berlín, y ahora, de pronto, eran dos bobas mayores.

—Estoy organizando una boda que hay que pagar —insistió Sylvie.

—Tú y tus sueños de princesa —contesté esbozando una sonrisilla.

Ella torció el gesto.

—Antes a las princesas las casaban a la fuerza, ¿sabes? —añadí con amabilidad—. Y luego las encontraban en un húmedo castillo de los Cárpatos, con un tío viejo y gordo que no había oído hablar en su vida de la limpieza dental profesional.

—Daisy, tú tan romántica como siempre —apuntó Jannis, y se puso las gafas, ya limpias.

—Los humanos son las únicas criaturas que quieren atarse para siempre a una única pareja.

—Eso es lo que hace que seamos tan especiales —adujo Sylvie.

—También somos las únicas criaturas que han inventado armas nucleares, residuos tóxicos y a Ronald McDonald.

—Nunca sabrás lo que es el amor, Daisy —replicó mi compañera de piso, no con acritud, sino más bien compasiva.

El amor. También lo había probado. Y tampoco me hizo ninguna gracia. Menos incluso que el trabajo de verdad. Fue en Bremerhaven, cuando aún iba

al colegio. Tom tenía veintiún años, estudiaba algo relacionado con los medios de comunicación y tocaba en un grupo alternativo llamado Schlumpfines Lovers, Los amantes de Pitufina. Lo vi en el escenario, sentí mariposas en el estómago, empezamos a salir y dejé que me desvirgara. Y posiblemente hubiese seguido con él un poco más si esas semanas mi madre no hubiese enfermado de cáncer y muerto a cámara rápida. Por aquel entonces era un poco difícil hablar con Tom de mi dolor. Todo lo que se le ocurrió decir para animarme fue: «La muerte es una puta».

A las dos semanas del entierro me preguntó: «¿Cuándo volverás a estar de humor para acostarte conmigo?». Y al cabo de cuatro semanas cortó diciendo: «Me agobia demasiado verte triste».

En ese momento las mariposas de mi estómago sufrieron una muerte lenta, dolorosa.^[1] Después fue precisamente Jannis, mi discreto compañero de clase, la única persona del mundo con la que pude hablar de todo: de mi madre, con la que siempre estaba discutiendo, cosa de la que me avergonzaba mucho cuando murió. De mi padre, del que sabía que tenía un lío desde hacía tiempo con una compañera de su despacho de consultoría (sí, mi padre ni siquiera esperó a que la muerte lo separase de mi madre). Y de que nada me gustaría más que dejar el puto instituto, en el que no hacían otra cosa que dar el coñazo con la segunda parte de *Fausto*, guerras mundiales y discusiones de curvas. Jannis me entendía. Era el único.

Dos días antes del examen de selectividad me largué de casa y me fui a vivir a Berlín a un piso compartido con Ayshe y Sylvie, que en aquella época no estaban obsesionadas con el trabajo, sino que eran mujeres divertidas, a las que les gustaba empinar el codo. Jannis me siguió poco después. Estudiaba Historia, y yo trabajaba en lo que llamaba mi carrera de actriz. Quería interpretar papeles que fueran importantes para mí, que fueran importantes para las personas. Como Meryl Streep o Glenn Close o Sandra Bullock. Pero por desgracia yo no era Streep, Close o Bullock. Por desgracia yo sólo era yo. Ahora, en el ecuador de la veintena, Jannis seguía siendo el único hombre que había entrado en mi cuarto del piso compartido con el que no había acabado en la cama de Ikea. El sexo, eso siempre lo había tenido claro, se cargaría nuestra amistad. Y para mí eso era lo más valioso del mundo entero.

—Hay una cosa más —añadió Sylvie.

—Me muero de ganas de saber qué es.

—¿Por casualidad ayer por la noche me cogiste dinero de la cartera?

«¿Cómo, si no, habría pagado el taxi para volver a casa?», pensé.

—No, yo no —mentí como una bellaca, y añadí, haciéndome la ofendida—: Y me parece fatal que pienses eso de mí.

A Sylvie no le convenció mucho mi respuesta, pero como abogada en potencia, sabía que, en caso de duda, sin pruebas no había más remedio que absolver al acusado. Se mordió los labios y respondió:

—Dejaremos el alquiler para la semana que viene. Entonces, o pagas o te vas a la calle.

—Y hoy limpias tú el retrete —espetó Ayshe.

Antes de que pudiera decir nada, ya habían salido las dos de mi habitación. Respiré hondo. Y Jannis también. La caza de brujas le había parecido desagradable. Y mi comportamiento más aún. Cohibido, cogió una hoja de la triste planta de la repisa de la ventana. La hoja se desmenuzó en su mano.

—Daisy, también tienes unas cuantas facturas sin pagar —comentó Jannis señalando un montón de cartas sin abrir.

—En nuestra sociedad las facturas están sobrevaloradas.

—¿Y la honradez?

—¿Cómo dices?

—Ayer por la noche te vi coger el monedero de Sylvie.

Ese instante en el que me miró profundamente desilusionado ocupó el puesto número nueve de los peores momentos del día. De pura vergüenza me metí debajo de las mantas.

—¿Crees que no puedo verte ahí debajo? —preguntó Jannis.

—No, porque soy invisible.

—Y ¿cuándo volverás a ser visible?

—Nunca.

—¿Es ése tu plan para solucionar todo este lío?

—Pues sí, y me parece muy creativo —aseguré.

—Y muy meditado.

—Meditar las cosas también está sobrevalorado.

—Es impresionante lo adulta que puedes ser, Daisy.

—Sí, ¿no?

—Y ahora en serio, así no podemos seguir.

No lo dijo en tono de reproche, pero sí categórico. Y supe que tenía razón: no, así no podíamos seguir. Al menos no sin un expreso doble. Pero antes de que pudiera pedirle a Jannis que me hiciera uno, me sonó el móvil. Busqué el teléfono, en vano, en el caos de mi habitación llena de trastos y cajas de pizza

vacías (la pizza era mi alimento básico: si ya tenía una cara con personalidad, bien podía esforzarme para tener también una barriga con personalidad). Jannis sacó el móvil de mis pantalones vaqueros, lo miró y dijo:

—Tu agente.

Mi agente se llamaba Schmohel y tenía importantes contactos nacionales e internacionales... en su día. Hacía unos treinta años aproximadamente. Ahora en su agencia sólo tenía contratados tres artistas: una servidora, una estrella de películas policiacas trasnochada y un monologuista cómico cuyos atroces juegos de palabras podían hacer que los espectadores sufrieran un aneurisma cerebral.

Me caía bien el viejo y desgreñado Schmohel, y por motivos incomprensibles, probablemente porque su hija había cortado toda relación con él, yo también le caía bien. Sea como fuere, me dio un buen subidón ver su nombre en la pantalla. Y es que si Schmohel llamaba, seguro que era porque quizá tuviese un papel para mí. Le quité el teléfono a Jannis y mi agente me saludó con estas palabras:

—Daisy, cariño, ¿tú sabes francés?

Ni papa, habría sido la respuesta correcta, pero como estábamos hablando de un papel le mentí:

—Pues claro.

—Estupendo, cariño —se alegró Schmohel—. ¿Qué dirías si te digo dos palabras: James Bond?

—Diría: ¡Dios mío! —exclamé, ya que sabía que justo entonces se estaba rodando en Babelsberg la nueva película de James Bond, titulada *You will never die alone*, No morirás solo.

—Sería mejor que respondieras *mon Dieu* —rio Schmohel—. Tengo un papel para ti en la película.

—¿Cómo lo has conseguido? —Casi no me podía creer tanta suerte.

—A la productora de Bond, Barbara Broccoli, la conozco desde que su padre hacía las películas con Sean Connery y ella era una niña que jugaba con muñecas. A Barbara se le acaba de caer una actriz, y hay que cubrir su papel cuanto antes, y al verse en ese apuro, la pequeña Barbara se ha acordado del bueno de Schmohel.

—Y ¿qué papel es? —pregunté entusiasmada. Esperaba con toda mi alma que, contra todo pronóstico, pudiera ser una chica Bond.

—Haces de una agente del servicio secreto francés que muere. Tienes una página escasa de diálogo.

Adiós a la chica Bond. Aunque eso estaba claro. Pero daba lo mismo: cualquier papel en una película de Bond por fin pondría en marcha mi carrera. Y, sobre todo, traería pasta a mi bolsillo.

—Sólo hay una cosita de nada —observó Schmohel.

—¿Cuál?

—Dentro de media hora tienes que estar en los estudios de Babelsberg caracterizada. ¿Podrás? Si no, acortarán el papel y cogerán a una figurante.

En Berlín, uno no se podía fiar de los cercanías, para ellos el horario era más bien algo orientativo. Así que debía ir en coche, y con el tráfico berlinés tampoco iba muy sobre seguro. Pero si lo decía, no me darían el papel, por eso contesté:

—Salgo ahora mismo.

CAPÍTULO 2

Después de ducharme, vestirme y pintarme —tardé en total cinco minutos y medio—, fui corriendo, nerviosa, a la puerta, donde Jannis me puso en la mano un exprés doble. Me lo bebí de un trago y dije, loca de contenta:

—Con un trabajo así seguro que me saco cinco mil euros. Por fin podré comprarme ropa nueva.

—Y ¿qué más? —repuso él.

—Muebles.

—Y ¿qué más? —repitió, aún más insistente.

—Seguro que encuentro algunas cosas divertidas.

—El alquiler —apuntó en tono de reproche.

—Ah, sí, sí..., claro, el alquiler —balbucí—. No veas las ganas que tengo de pagarlo.

—Me gustaría seguir compartiendo piso contigo —afirmó con rotundidad Jannis.

—No te preocupes, viviremos juntos toda la vida —contesté.

Jannis esbozó su melancólica sonrisa, que siempre me incomodaba un poco. Me temía que seguía enamorado de mí en secreto, como en el colegio. El día que murió mi madre me dio un ataque de llanto en sus brazos. Y cuando por fin corrieron las últimas lágrimas por mis mejillas, me las quitó besándome con ternura. Pero yo no le devolví el beso, porque entonces estaba con Tom, campeón mundial de la empatía. Desde que lo rechacé esa vez, Jannis no había vuelto a hacer ningún avance.

—Nos vemos —dije, y me di la vuelta para marcharme y, como tantas otras veces, hice a un lado la idea de que aún pudiera sentir algo por mí. Porque si de verdad me quería, le haría daño, puesto que yo no lo quería a él. Y esa idea era sencillamente insoportable. Jannis era la única persona del mundo a la que no quería hacer daño nunca.^[2] ^[3]

Bajé la escalera de nuestro antiguo edificio berlinés a la velocidad del rayo, salí corriendo por la puerta y me subí a toda prisa a mi viejo Volkswagen escarabajo, que había conocido tiempos mejores. Y también había pasado hacía mucho la última ITV. Pero funcionaba. Y ¿qué más daba si tenía rota una de las luces largas?

Atravesé zumbando un Berlín que no dejaba nunca de fascinarme. Se respiraba historia en todas partes; por desgracia una historia a menudo desagradable. Por ejemplo, Hitler seguía estando presente en cierto modo con monstruosidades arquitectónicas de piedra como el Ministerio de Hacienda. Cada vez que algo me recordaba a Hitler, sentía que se confirmaba mi opinión de que Dios no existía. Si Dios existía, ¿por qué no dejó caer sobre Hitler mil kilos de pesados bombones de chocolate y merengue?

Mi madre intentó una y otra vez meterme a Dios en la cabeza, pero ya en la adolescencia era incapaz de imaginar que existiera un poder superior. Es algo que cuesta creer cuando tu madre está en el hospital con cáncer y tu padre anda por ahí magreándose con su Elseasesora. Poco antes de morir, mi madre se refugió de repente en el budismo, porque su enfermera, que era de la India, le habló maravillas de él. Pero a mí esa religión no me resultaba mucho menos absurda que la idea de que existiera un Dios. Que uno se reencarnaba en un animal si no había sido bueno... ¿Qué clase de lógica era ésa? ¿Cómo iba eso a hacer que una persona fuera mejor? Y si, en efecto, todos los hombres acababan siendo animales, ¿no sería preferible que todos nos volviéramos vegetarianos? No, lo de que había vida después de la muerte era una patraña. Lo único que había, garantizado, era la nada. Igual que antes de la vida. Si hubiese algo, lo más probable es que lo recordáramos.

—Daisy —me dijo entonces en el hospital mi madre, muy delgada y frágil debido a la enfermedad—, tú lo que tienes es miedo de creer en algo superior.

—¿Por qué iba a tener miedo de eso? —pregunté, un tanto tozuda.

—Si creyeras en algo superior, también sabrías que en ti hay algo grande.

—Y ¿qué se supone que es?

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

No entendí a qué se refería, y hoy por hoy seguía sin entenderlo. Sencillamente no había nada grande en mí.

Mientras conducía no paraba de mirar el móvil, intentaba leer en la destrozada pantalla —seguro que Apple debía más de la mitad de su volumen de negocio a la reparación de iPhones que se caían al suelo— la página del guion que ya me había mandado Schmohel por e-mail. Madre mía: ¡no era una escena cualquiera! Actuaba con Bond, James Bond. Interpretado por el nuevo agente 007 Marc Barton, un hombre al que se consideraba el actor más ambicioso de Hollywood y al que ese año la revista *People* había nombrado *Sexiest Man Alive*, nada menos que el hombre más sexy del mundo. Barton estaba casado con la actriz Nicole Kelly, que a su vez había sido elegida *Sexiest Woman Alive*, la mujer más sexy del mundo, por *Esquire*. Vivían en un apartamento supercuco en Nueva York, ni más ni menos que en Central Park, y formaban una pareja en cuya presencia incluso Angelina Jolie y Brad Pitt parecían carcas de adosado de Bremerhaven. Entonces, ¿como qué sería yo, que en la elección de *Sexiest Woman Alive* acabaría en el puesto 2.782.346.338?

Mientras se me pasaban todas estas cosas por la cabeza, seguía leyendo en el móvil: si no entendía mal, se suponía que debía hacer de una informadora francesa que da pistas a Bond sobre el paradero de un terrorista que, para ser mentalmente inestable, se había apoderado de demasiadas cabezas nucleares. Y sí, por desgracia en esa escena tenía que intercambiar unas frases en francés con Bond. Tonta de mí, no sabía lo que decían esas frases, y menos cómo se pronunciaban. Así que me pondría en ridículo con todas las de la ley delante de la superestrella internacional Barton.

Sin embargo, no me entró el pánico, porque confiaba en que todo se solucionara sobre la marcha. A fin de cuentas, era una gran defensora de la tesis de que la mayoría de los problemas debían solucionarse, a ser posible, solos. Por de pronto quería aprenderme el resto del texto. Y llegar a los estudios de Babelsberg. Y dejar atrás al policía que me hacía señas subido a su moto.

¿Un policía que me hacía señas?

Vaya por Dios, era verdad, tenía un policía a mi lado que me indicaba que fuese a la izquierda y parase.

Hice lo que me ordenaba y bajé la ventanilla. El poli cachas, que en otras circunstancias sin duda me habría parecido mono con su informe de cuero, me preguntó:

—¿Podemos ir mirando el móvil cuando vamos conduciendo?

—Bueno, no sé si usted puede, pero yo... —repuse.

—La respuesta correcta sería: no, no podemos —me cortó el agente. Dio la vuelta a mi coche y pedí a Dios que no viera la pegatina caducada de la ITV.

—Su coche no ha pasado la ITV.

¿Hacen falta más pruebas de la inexistencia de Dios?

—Iba ahora mismo a pasarla —sonreí.

—Y ¿quién se supone que se tiene que creer eso?

—Eh... ¿Usted?

Su mirada se oscureció, y yo decidí cambiar de estrategia, abordé al agente mirándolo fijamente a sus oscuros ojos. Sería de risa si el encanto de la buena de Daisy no me ayudara a salir de ésta:

—¿No podría usted hacer su maravillosa vista gorda?

—Ahórrese las molestias, soy homosexual.

Adiós al encanto de la buena de Daisy.

—Podría presentarle a un amigo mío bailarín muy majo que es superdivertido... —propuse.

—Y usted podría salir del coche y darme su carné de conducir.

—El bailarín este que conozco es miembro de los Chippendales. Va de bombero y hace unas cosas con la manguera que...

El agente me dirigió una mirada más sombría aún.

—... que por lo visto a usted no le interesan —concluí, suspirando.

—Bien visto.

Me bajé del coche abatida, entregué las llaves y el carné de conducir, me cayeron una multa y varios consejos, los pasos que debía dar si quería volver a conducir mi coche, que se llevaría la grúa. Por último, el policía se fue en su moto. Frustrada, me apoyé en el escarabajo, miré la pantalla rota del iPhone y constaté que había perdido diez valiosos minutos. Presa del pánico, me planteé coger el cercanías. Pero si lo hacía —aun cuando por una vez se aviniera a salir a la hora prevista— llegaría al rodaje con media hora de retraso nada menos, es decir, con un retraso inadmisibile. Y no tenía pasta para un taxi. Al menos no para recorrer más de setecientos metros. Así y todo me planté en la calzada y paré al primero que apareció. Me subí y le pedí al taxista que me llevase a Babelsberg. Lo de cómo le pagaría sería un problema más que a ser posible tendría que resolverse por sí solo en el transcurso del tiempo.

Sin embargo, como no tardé en darme cuenta, quizá debería haberme fijado más en él. En Berlín uno se podía topar con taxistas muy especialitos, y ese hombre tatuado parecía un combatiente checheno que se alimentaba a base de pitbull. Cuando el tipo se enterara más tarde de que no podía pagar la carrera, no creo que se pusiera como loco de contento y se marcara una danza típica chechena.

Con el objeto de crear buen ambiente, le pregunté qué ponía en el tatuaje que lucía en el afeitado pescuezo de toro:

—Su tatuaje parece muy interesante. ¿Qué significa?

—Sangre y honor —repuso con un marcado acento.

Más me valdría no haber preguntado.

—Yo hacer en cárcel.

—Y ¿por qué estuvo en la cárcel? —quise saber, curiosa de mí.

—Por homicidio que hacer.

«Homicidio que hacer» no sonó muy bien. No sonó nada bien. La verdad es que me pareció una mierda.

—Médicos decir que tener trastorno del control de los impulsos.

—¿Cómo dice?

—Querer decir que no poder controlar mi agresión.

—Eso me temía.

—¿Qué? —bramó.

—Nada, nada —me apresuré a decir.

—Pero ahora tener mejor control —afirmó, un pelín más tranquilo.

—¿Significa eso que ya no pierde los nervios por tonterías? —pregunté, tan nerviosa como esperanzada.

—¿Tonterías? ¿Qué tonterías?

—A ver, un ejemplo cualquiera... Pongamos por caso que alguien no le paga la carrera...

—No —respondió—, entonces no perdería los nervios.

—Bien —respiré aliviada.

—Sólo rompería piernas.

Y ese instante ocupó el octavo puesto de los peores momentos del día.

CAPÍTULO 3

Llegamos a la barrera de los estudios de Babelsberg. El conserje dijo que me estaban esperando, la abrió y continuamos hasta un gran edificio. Allí me bajé del taxi, y el hombre del trastorno del control de los impulsos dijo:

—Cincuenta y cuatro euros con veinte.

—Ya —respondí con la mayor desenvoltura posible—, no pare el taxímetro. Ahora mismo vuelvo.

Si un problema no se solucionaba solo, como estaba yo firmemente convencida, lo suyo era aplazarlo sin más. Con esta filosofía seguro que habría sido una política de primera.

—Bueno, no ser mi dinero el que correr por taxímetro —gruñó el checheno.

Si hubiese sido sincera, habría tenido que decirle: en realidad sí. Pero en lugar de hacer eso, le dediqué la más encantadora de mis sonrisas. En ese momento vino directa a mí una apesadumbrada treintañera con unos cascos en la cabeza, a todas luces la directora de producción, y me preguntó:

—¿Eres Daisy Becker?

—Alguna tenía que serlo —bromeé.

—Llegas muy tarde —replicó, cortante, sin seguirme la gracia lo más mínimo.

—Sólo un pelín. —Traté de relativizar.

—La falta de puntualidad es uno de los siete pecados capitales —espetó como una bruja en una película de Disney.

—No creo yo que...

—Y llevar la contraria, otro.

Decidí que era mejor no decir ni pío, porque al parecer todo lo que dijera podía ser utilizado en mi contra. Con un brusco movimiento de mano, la de los cascos me indicó que la siguiera. Enfilamos los pasillos del estudio a la carrera hasta llegar a maquillaje, donde me esperaba una maquilladora gordita con más de veinte cofrecitos de pinturas.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido —ordenó la de los cascos, y se fue pitando a agobiar a otro.

La maquilladora me miró embelesada con su cara de pan y exclamó:

—Qué bien.

Durante un segundo pensé que le gustaba mi cara, pero después dijo:

—Me encantan los retos.

Cuando acabó conmigo, mi maquillada cara estaba como nunca, casi como la de una estrella de verdad. Y yo, radiante de alegría. Sin embargo, la maquilladora, menos entusiasmada, suspiró y dijo:

—Bueno, quizá en posproducción puedan hacer algo con el ordenador.

Mi alegría se esfumó en el acto.

En ese instante volvió a entrar la directora de producción, que me llevó a rastras tres espacios más allá, con la responsable de vestuario. Según el guion yo debía llevar un ceñido traje de combate. La figurinista, una momia vieja, torció el arrugado morro.

—Para llevar un *body* hay que tener *body*.

—Yo tengo *body* —objeté.

—Yo más bien lo llamaría mole.

Antes de que pudiera contestarle, la momia empezó a enumerar todos mis defectos:

—Demasiado baja, las piernas demasiado gordas, los pechos desiguales, un trasero en el que podrían aterrizar helicópteros...

Añadí para mis adentros: Y unos puños con los que se pueden romper dentaduras postizas.

La vieja me endilgó un *body* negro de látex, puso unos alfileres para que me sentara mejor y, cuando me miré en el espejo, se me pasó el cabreo con ella como por arte de magia. Me vi supersexy. Qué lástima que no se pudiera tener maquilladoras y figurinistas en la vida real.

Pero la momia, menos entusiasmada, suspiró y dijo:

—Bueno, quizá en posproducción puedan hacer algo con el ordenador.

Tragué saliva, ofendida, pero entonces la directora de producción me sacó de vestuario para llevarme al plató. Mientras me esforzaba por seguirle el ritmo, me contó que iba a conocer al realizador, Steven Bendis. No me sonaba, pero ¿quién se sabía los nombres de los directores de las películas de Bond?

Entramos en un gran estudio donde andaban de un lado para otro cámaras, técnicos de iluminación, técnicos de sonido y eléctricos. Delante de una pared verde, los escenógrafos colocaban distintas cosas: piedras, cristales rotos,

muebles de oficina destrozados.

La de los cascos me presentó al realizador Steven Bendis, un calvo bajito vestido de negro y con unas gafas rojas de marca. Nada más terminar, se puso a revisar las últimas noticias en su smartphone, y el realizador me preguntó en inglés:

—¿Eres la que hace de informadora francesa?

—Sí, y se me ha ocurrido una cosita de nada —probé para solucionar el más acuciante de mis numerosos problemas en un inglés más o menos pasable, gracias al mogollón de series de televisión americanas que me tragaba—: ¿no sería mucho mejor que la informadora fuese alemana en lugar de francesa? Una alemana ayudando a un inglés, sería como expiar los pecados de la segunda guerra mundial, tendría un carácter simbólico genial...

—¿Sabes cuánto me gustan los figurantes que tienen ideas para sus papeles?
—me interrumpió el calvo.

—¿No mucho?

—Preferiría que me trituraran el cerebro a escucharlos.

Por lo visto ese hombre no era partidario de la jerarquía horizontal.

—Escucha, pequeña. —Bendis señaló el decorado de los escombros—. Tu escena se desarrolla en la azotea de un rascacielos parisino durante un ataque con misiles. —Señaló la pared verde—. El rascacielos, el ataque con misiles y el helicóptero se añadirán más tarde por ordenador... —Hizo una breve pausa y exhaló un leve suspiro—. Es una pena que no se pueda hacer lo mismo con Marc Barton.

Por lo visto a alguien no le caía bien su protagonista.

Bendis se dirigió a la de los cascos:

—Por cierto, ¿dónde está nuestra superestrella?

—Me acaba de mandar un mensaje. Dice que ha hecho unos cuantos cambios más en el guion.

—¿Cambios? ¿Otra vez? —El director parecía absolutamente desesperado.

—Quiere que, en lugar de en un rascacielos, la escena se rueda en la torre Eiffel. Así la fotografía será mejor.

—Pero... pero si ya lo tenemos todo listo... —Por un instante creí ver lágrimas en sus ojos.

—Barton siempre anda buscando una solución mejor —repuso la directora de producción, encogiéndose de hombros—, es un perfeccionista.

—En volverme loco.

—¿Habláis de mí? —oímos decir a alguien detrás de nosotros.

Todos nos volvimos: Marc Barton era exactamente igual que en el papel cuché. Rubio. Con barba de tres días. La sonrisa de un dios joven. Llevaba vaqueros y una camisa informal. Nunca había visto a nadie llevar camisas informales con tanta informalidad. Lo acompañaba un pequeño jack russell que no se separaba de su lado. Era *Boopsie*, el perro de la glamurosa pareja, que acababa de ser elegido por la revista *Elle* el *Sweetest Dog Alive*, el perro más mono del mundo.

El realizador le preguntó con nerviosismo y cierta sumisión:

—¿De verdad quieres que pase la escena a la torre Eiffel?

—Pues sí. —Barton sonrió. Su sonrisa era increíble de veras. Cualquier mujer se derretiría al verla. Hasta Angela Merkel cantaría *What A Man* si la viera. ¡Menudo hombre!

—Pero tardaremos... tardaremos horas en gestionarlo todo con los de efectos especiales.

—Pues aplazaremos el rodaje. No queremos que ésta sea una película de James Bond cualquiera, sino el mejor Bond de todos los tiempos.

—Pero eso cuesta dinero, mucho dinero... —se quejó el realizador, y se le formaron perlas de sudor en la calva.

—Estoy firmemente convencido de que puedes asumir el retraso y los gastos inherentes. —Barton sonrió como un tiburón que se hubiese hecho un blanqueamiento dental.

—Marc... —suplicó, desesperado, el director.

—Y estoy firmemente convencido de que sabes en manos de quién está el poder de despedirte.

El hombre se quedó blanco.

Entonces escuchamos un ruidito y empezó a oler mal.

—Uy. —Barton esbozó una leve sonrisa y acarició al pequeño terrier—. Por lo visto a *Boopsie* no le ha sentado muy bien la comida vegetariana.

El realizador se puso blanco como la pared y no dijo más. Barton se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Y tú quién eres, mujercita de látex?

Marc Barton me estaba hablando. ¡A mí, Daisy Becker, de Bremerhaven! El

corazón se me aceleró. Las piernas me flaqueaban. El coco lo tenía reblandecido desde hacía un buen rato. Y, sin embargo, ahora debía decir algo ingenioso.

—Grdll —repuse.

No hacía falta que fuese tan ingenioso.

—¿Te llamas Grdll?

—Blmm.

Barton se dirigió a la directora de producción:

—¿Le ha dado una apoplejía?

—No, sólo se ha quedado algo muda en tu presencia.

La estrella me miró de arriba abajo y constató:

—Qué original.

Sonreí como una auténtica idiota: ¡a Marc Barton le parecía original!

—Claro que original no tiene por qué ser necesariamente bueno —añadió.

La sonrisa se me borró de la cara, y recuperé el habla.

—¿Qué... qué significa eso?

La de los cascos me lanzó una mirada severa. Estaba claro lo que quería decirme con ella: contradecir a la estrella era otro de los siete pecados capitales.

—En una película de Bond espero mucho de una mujer. —Barton sonrió con desdén. Y si alguien sabía sonreír con desdén era ese hombre.

Pese a la mirada de advertencia de la tía de los cascos, no pude quedarme callada y contesté con tono agridulce:

—Bueno, quizá en posproducción puedan hacer algo con el ordenador.

—Hasta la tecnología más puntera tiene sus limitaciones —sonrió la estrella.

Ningún hombre me había desencantado tan deprisa en mi vida. Para mí ahora era *The Nervigst Man Alive*, el hombre más irritante del mundo.

—Pero ¿sabes cuál es la buena noticia? —dijo con la sonrisa aún más ancha.

—¿Cuál? —contesté, confiando en que dijera algo bueno de mí.

—Que ya he quitado tu papel del guion.

—¿Grdll?

—Mi James Bond es un James Bond del siglo XXI. Es un hacker más que capaz y no necesita ayuda de nadie para obtener información.

—Por favor, señor Barton, necesito este papel —supliqué, dejando a un lado el orgullo—. Todavía no he pagado el alquiler y mi carrera va de mal...

—Y ése es mi problema porque... —inquirió aburrido.

—No es su problema —balbucí—, pero podría hacer algo bueno de verdad...

—Ya hago bastantes cosas buenas, pequeña. El año pasado doné un millón de dólares para que los niños africanos reciban clases de interpretación. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste tú algo bueno?

No me vino nada a la memoria.

—Eso pensaba. —Barton sonrió y se dio media vuelta, dispuesto a marcharse—. Voy a correr un poco en la cinta. Avisadme cuando esté listo el cambio de escena.

Boopsie se tiró otro pedo en mi dirección. El nombre del perro no podía ser más apropiado. Acto seguido la estrella y el perro desaparecieron del set, y con ellos también se esfumó mi papel. Y mi oportunidad de pagar el alquiler. Y la carrera al rompepiernas del trastorno del control de los impulsos.

El director se dio la vuelta, se secó el sudor de la calva con un pañuelo y masculló en voz baja:

—Debí escuchar a mis padres y hacerme auditor.

En ese instante a mí también me habría gustado ser auditora. Y desear tener semejante profesión pasó a ocupar el séptimo lugar de los peores momentos del día. Fue el último momento de la lista menos malo que nuestra muerte.

CAPÍTULO 4

Abatida, fui a que me desmaquillaran —lo cual duró un buen rato, pues eran muchas las capas de maquillaje— y después me encaminé a la momia de vestuario. Por el otro extremo del pasillo venía a mi encuentro el taxista checheno: al parecer no quería seguir esperando por su dinero.

—¡Ciento treinta nueve euros con ochenta! —me gritó desde lejos.

En vez de responder, hice como que no lo había visto, me volví y eché a andar deprisa por el pasillo. Si un problema no se solucionaba solo y tampoco se podía aplazar más, siempre cabía la posibilidad de huir de él.

—¡Ciento cuarenta! —exclamó el checheno. El tío tenía un taxímetro interior.

Empecé a correr y oí a mis espaldas que él hacía lo mismo. Doblé la esquina, miré a mi alrededor, presa del pánico, y vi un camerino en cuya puerta ponía «Marc Barton». Como sabía que la estrella estaba en la cinta, decidí abrir la puerta y esconderme en el camerino. El sitio no podía ser más lujoso: tres televisores de gama alta, un equipo de música Bang und Olufsen, varios dispositivos de Apple y, en medio de tantos trastos modernos, un sofá de terciopelo en el que daba la impresión de que la mismísima María Antonieta había puesto su real pompis. Nada más cerrar la puerta me llegó un olor fuerte. ¡*Boopsie!* El terrier vino hacia mí. Y no sólo sabía tirarse pedos, sino también ladrar. Pero eso no podía hacerlo, ya que entonces el taxista entraría en el cuarto.

—Cierra el pico —le ordené.

Pero el chucho se puso a ladrar con más ganas. Y se tiraba pedos como un poseso. Aunque la peste me ofuscaba, se me ocurrió que el chucho sólo atendía a órdenes en inglés. Busqué rauda la traducción inglesa de «cierra el pico» y dije:

—*Close the pick*.

Estaba bastante segura de que no era una buena traducción. Ahora *Boopsie* estaba a punto de hiperventilar de tanto ladrar.

—*Shut up!* —exclamé.

Y el perro se calló. Pero sólo porque me estaba mordiendo en la pantorrilla. Yo, en cambio, me mordí el labio para no chillar y delatarme. Desesperada, intenté quitarme de encima al terrier, pero los dientes del chucho se me hundían en la carne cada vez más. No podría soportar mucho más el dolor. Me puse a mover la pierna como una loca a un lado y a otro, y al final conseguí lanzar lejos al bichejo. Y lo hice con tanta fuerza que salió

literalmente volando. Por el aire. Hasta que la pared puso un brusco final al vuelo. *Boopsie* ganó unos segundos y por fin se calló.

—¡Ciento cuarenta y un euros con veinte! —oí que decía el checheno al pasar por delante del camerino.

Contuve la respiración. Los pasos se alejaron. Lancé un suspiro de alivio. Y miré al perro: seguía inmóvil junto a la pared. Aquello no tenía buena pinta. Me acerqué a él y le di con el pie. Nada. Aquello tenía muy mala pinta. Me agaché y lo zarandeeé: no hacía nada de nada. Aquello no podía tener peor pinta. Aterrorizada, cogí un espejo de la mesa y se lo puse delante del morro: el espejo no hizo la menor intentona de empañarse. ¡Madre... del... amor... hermoso!

Me había cargado a *Boopsie*.

Al perro más querido del mundo.

Probablemente no haga falta mencionar que ese instante pasó a ocupar el puesto número cinco de los peores momentos del día.

Para colmo de desgracias oí que al otro lado de la puerta Barton, al móvil, decía: *Call you later, Sugarbutt*.

En circunstancias normales me habría sorprendido que Barton llamara a su mujer culito de azúcar, pero me entró el pánico, porque ya no estaba corriendo en la cinta. Enseguida la estrella del cine haría su aparición y me pillaría. Y lo que era mucho peor: ¡vería al terrier fiambre!

Muerta de miedo, cogí el perro y lo escondí detrás de los mullidos cojines del sofá antiguo. Justo antes de que Barton entrase en el camerino con su informal ropa de deporte. Empecé a balbucir en el acto:

—Seguro que le extraña mucho que esté aquí, pero hay una explicación muy sencilla, que es... que es...

No tenía ni la más remota idea de cuál era.

—Sé cuál es —me ayudó Barton risueño.

—¿Ah, sí? —pregunté atónita.

—No eres la primera que se cuela en mi camerino.

Claro.

—Y tampoco eres la primera que se quiere acostar conmigo para conseguir un papel.

De pronto me pregunté si me devolvería el papel si en efecto me metía en la cama con él. Y pensé: «¿Por qué no? Si así puedo participar en una película de

Bond...». Sin duda había cosas peores para medrar que acostarse con el *Sexiest Man Alive* .

Barton se me acercó despacio. Muy despacio. Y entonces me asustó mi propio valor: había tenido algunos líos de una noche, sí, pero ninguno que fuese unido a contraprestación. ¿Qué clase de mujer sería si me iba al sofá de terciopelo por un papel?

Y se me pasó por la cabeza, horrorizada, que era un sitio al que no debía ir con él bajo ningún concepto, porque en ese caso ¡nos acostaríamos sobre el perro muerto!

—Ahora me gustaría estar solo —afirmó Barton—. Tengo que hacer más cambios en el guion.

Casi no me lo podía creer: ¿me estaba rechazando? ¿No quería echar un polvo rápido conmigo? ¿Para no rebajarse?

Me chocó tanto que en un primer momento ni siquiera me di cuenta de que se sentaba en el sofá. Y cuando me percaté ya era demasiado tarde: Barton se apoyó en el cojín tras el que estaba el perro muerto. Sólo tardó medio segundo en constatar:

—Qué raro.

—Bueno, pues si es lo que quiere, lo dejo solo —me apresuré a decir.

Quise marcharme, pero Barton quitó el cojín y descubrió el perro muerto. Empezó a temblar, desencajado.

—Y para eso también hay una explicación muy sencilla, que es... que es...

—Has matado a *Boopsie* —dijo, sin dar crédito.

—Sí, probablemente sea ésa —admití apocada.

Barton cogió en brazos a *Boopsie* y lo estrechó con fuerza. A mí ya no me hacía el menor caso. Quería llorar, pero no lo hizo. Como si ya no supiese cómo darle rienda suelta a las lágrimas. Pero llorara o no, vi cuánto quería a ese chucho pedorrero. Dentro de Marc Barton había un niño. Y yo le había hecho mucho daño a ese niño.

Puesto número cuatro.

CAPÍTULO 5

Tras lograr salir del recinto del estudio, volví a Berlín en el cercanías. Con el traje de látex. Sin papel. Sin dinero. Y sin autoestima. Había robado a mi compañera de piso, le había quitado el brasileño a mi otra compañera de piso, había estafado a un taxista, había matado al perro más querido del mundo y, con ello, casi había hecho llorar a una estrella internacional. Pero lo peor era que por un instante había estado dispuesta a vender mi cuerpo por mi carrera.

Un mendigo entró en el vagón y se puso a tocar con unos cucharones *La cucaracha* para sacarse un dinero. En ese momento me habría cambiado sin dudarlo por él.

Al llegar a casa me encontré en la escalera con Sylvie y su prometido, Lars, médico residente en el hospital universitario Charité. Lars, al que ella llamaba cariñosamente Larsi-Schmarsi, era guapo, listo, deportista. Seguro que pronto vivirían en un barrio bien, por la noche beberían buen vino tinto delante de la chimenea y traerían al mundo a unos hijos sanos que jugarían al hockey, irían a un internado inglés y acabarían el instituto sacando las notas más altas. Yo, en cambio, tendría como mucho un hijo, y eso si estaba lo bastante borracha con uno de mis rollos de una noche para no darme cuenta de que se había resbalado el condón. Y a mi ignorante churumbel lo molerían a palos los hijos de gente como Sylvie y Lars.

—Anda, ya veo que tienes un trabajo nuevo —sonrió mi compañera al verme el traje de látex.

Por lo visto, Jannis no le había contado que había ido a un rodaje de Bond, cosa que agradecí mucho en ese momento.

—¿Sabes qué, Sylvie? —repuse con la mayor naturalidad posible—, eso me dolería más si tu prometido no me mirara de esa manera el culo de látex.

Sylvie miró enfadada a su Larsi-Schmarsi, que, al haber sido pillado, apartó la vista. La noche de la selecta pareja se torcería.^[4]

—Vas a acabar en la calle —me espetó Sylvie con voz ahogada.

Ésa era una conclusión que yo empezaba a compartir.

Sylvie arreó a Larsi-Schmarsi mientras yo entraba en el piso arrastrando los pies. En ese preciso instante, Ayshe iba por el pasillo con una cesta con ropa sucia. Primero se quedó perpleja al verme el traje de látex, pero después se compadeció de mí. A diferencia de Sylvie, ella se acordaba de que habíamos sido buenas amigas, y dijo con suavidad:

—Daisy, tienes que cambiar de vida, en serio.

Por desgracia no me explicó cómo hacerlo.

Ayshe se metió en su habitación sin echarme la bronca por no haber limpiado la taza del váter. Algo era algo.

—Lo de hoy no te ha ido muy bien, ¿eh? —Jannis, en la puerta de la cocina, sonrió.

—¿Por qué lo dices? —contesté cansada.

—Te he visto con mejor cara. Y pocas veces peor. Y nunca vestida de látex.

—¿Sabes lo que necesito ahora?

—Claro —repuso risueño—. Amaretto.

Desde aquella lejana adolescencia en la que el alcohol de verdad aún nos sabía demasiado amargo, el Amaretto era nuestra bebida. Tomábamos esa cosa dulzona con chocolate caliente siempre que a uno de los dos le hacía falta consuelo. Era nuestro ritual. Sí, si los problemas no se solucionaban solos, no se podían aplazar y tampoco se podía huir de ellos, siempre quedaba la posibilidad de emborracharse.

Me despojé del traje de látex en el cuarto de baño, me di una ducha para quitarme la peste que me había dejado y, ya con unos vaqueros y una sudadera, fui a la habitación de Jannis, que estaba llena hasta los topes de libros de historia y mapas de las guerras púnicas. ¿De verdad existieron los púnicos? ¿Quién lo sabía, aparte de él y sus colegas historiadores? Probablemente ni siquiera los propios púnicos.

Nos sentamos en el suelo, como antes; quemamos incienso, como antes; y escuchamos a Tom Waits, como antes.

—¿Me quieres contar qué ha pasado? —inquirió Jannis cuando vio que después de tomarme tres tazas de chocolate con Amaretto seguía sin decir nada.

—La verdad es que no.

—¿Me lo contarás, de todas formas?

—Si es preciso.

—No lo es.

—Gracias.

—También podemos ver una película.

—Muy buena idea.

Cuando se trataba de ver una película durante una crisis, siempre escogíamos *Alien*, así nunca corríamos el peligro de tener que ver a personas que fueran más felices que nosotros.

Poco antes de que el monstruo saliera del pecho del astronauta, Ayshe entró y dijo indignada:

—No me lo puedo creer.

—Por favor, no me des la tabarra con lo de limpiar el váter —pedí sin fuerzas y, con tanto Amaretto en el estómago vacío, también un poco achispada.

—¡No me refiero al váter!

—Ahora me dirás que el brasileño también se hizo pis en otro sitio.

—¡Me refiero a esto!

Me enseñó su smartphone, donde estaba abierta la página del periódico *Spiegel-Online* y se veía mi foto. Encima ponía: «Antigua actriz de telenovela mata al perro más querido del mundo».

Número tres de los peores momentos.

Después de leer el artículo, Jannis se volvió hacia mí y dijo con suavidad:

—Ahora estaría bien decir: es un error.

No pude. No pude decir nada más. Estaba acabada. Sería, de por vida, la mujer que mató a *Boopsie*. No volverían a ofrecerme ningún trabajo, a no ser para ir a «La isla de los famosos». Ni siquiera podría largarme al otro extremo del mundo y ponerme a vender gafas de sol en una playa, porque todo el planeta conocía al perro de Barton.

Ayshe salió de la habitación sacudiendo la cabeza. Jannis paró *Alien*: se veía al monstruo saliendo del pecho del astronauta. Ahora incluso envidiaba a ese hombre. E hice un esfuerzo por no llorar. Jannis seguía mirándome con ternura. No me lo merecía.

—Soy una mierda pinchada en un palo.

—Claro que no, Daisy.

—¿Una mierda como una casa?

—Tampoco.

—¿Como la copa de un pino?

—No tienes por qué odiarte —dijo.

—Desde luego que sí —contesté, y me eché a llorar.

—Desde luego que no —insistió él, y me abrazó.

Lloré contra su esmirriado pecho de paloma. No me había vuelto a dar una llantina así desde que murió mi madre. Y entonces Jannis también me abrazó. Y, como aquella vez, cuando acabé de llorar me secó las últimas lágrimas a besos. Pero a diferencia de aquella vez, yo ahora no estaba con nadie, así que le quité las gafas y le devolví el beso. Nos besamos... y nos besamos... y nos acostamos.

Jannis era el hombre más tierno con el que había estado en mi vida. Ninguna mujer con dos dedos de frente lo habría dejado escapar. Pero a mí nunca nadie había podido echarme en cara que tuviera dos dedos de frente. No era digna de él, y así se lo hice saber.

«Deja que eso lo decida yo», repuso, y me miró con cara de enamorado.

Por muy bien que me hubiera venido, sencillamente no podía corresponder a su amor. Me odiaba demasiado para hacerlo.

Me levanté de la cama y me vestí.

Jannis se puso las gafas y me miró herido en lo más hondo, pero no dijo nada. Sólo cuando me calcé las zapatillas de deporte comentó, con los ojos y la voz apenados:

—Sylvie tiene razón, nunca sabrás lo que es el amor.

Me llegó al alma.

Cogí la botella de Amaretto y salí del cuarto sin decir nada, plenamente consciente de que me había cargado nuestra amistad.

Era una mierda como la copa de un pino y punto.

Puesto número dos.

CAPÍTULO 6

La muerte de Barton y la mía no fue la muerte más tonta de la faz de la Tierra. Ese título probablemente corresponda a la defunción de Garry Hoy el 9 de julio de 1993. Según Wikipedia, el abogado quería demostrar a un grupo de estudiantes que el cristal del Toronto-Dominion Centre era irrompible. Y lo hizo en el piso 24. Cogió carrerilla y se estrelló contra el cristal. Que no era irrompible.

¿Qué se le pasaría por la cabeza mientras caía? ¿Por qué no dejé a cargo de la prueba a mi asistente? ¿Ojalá no hubiera sido un listillo? ¿Tendré tiempo de darme de cabezazos por bobo?

En mi muerte se me pasaron por la cabeza cosas muy distintas.

Tras largarme del piso, deambulé por una noche berlinesa pasada por agua con mi botella de Amaretto bajo el brazo. Pasé por delante de un dispensador de periódicos: el *Bild* tenía mi foto en primera plana. Encima, el titular rezaba: «Asesina de perros loca mata a *Boopsie* ».

Asesina de perros loca: ¿quién no querría pasar así a la historia?

Sin embargo, ver el periódico tuvo algo bueno: por lo menos hizo que no pensara en Jannis. Clavé la vista en la página y me pregunté si no podría explicarle a Barton que el taxista tatuado me dio pánico y que *Boopsie* seguiría con vida si el tipo no me hubiese perseguido. Quizá Barton me perdonara. Seguro que lo haría. Y después daríamos una rueda de prensa juntos, la estrella me rehabilitaría a ojos del mundo y al ser famosa me ofrecerían otros papeles.

Bien, he de admitir que esta fantasía tenía que ver con el Amaretto y no era demasiado realista. Pero ¿por qué no intentarlo? ¿Qué podía perder?

Según la prensa, Barton se alojaba en el hotel Adlon durante el rodaje. Debía conseguir como fuera colarme en su suite. Pero estando como estaba pedo y empapada, seguro que no pasaba de recepción. Quizá debiera esperar a Barton ante la puerta giratoria, junto con todos los que querían un autógrafo suyo y confiaban día y noche en ver a la estrella internacional. Pero la pega de ese plan era: si los cazadores de autógrafos me reconocían, posiblemente quisieran linchar a la asesina de *Boopsie*. Por eso me planté enfrente del hotel, lejos de las farolas, y allí me quedé, hecha una sopa. El Amaretto me calentaba el cuerpo, así como la esperanza de que quizá Barton se dejara ver.

Al cabo de un rato, los cazadores de autógrafos empezaron de pronto a dar gritos. Por un instante temí que me hubiesen descubierto. Pero no, un empleado del hotel llegó en un Lamborghini amarillo, y Barton salió por la puerta giratoria. Saludó a sus admiradores, firmó unos autógrafos y se subió

al cochazo. Al parecer se disponía a dar una vuelta por la noche berlinesa con el superdeportivo. Ir a una discoteca o a un bar, o con una mujer que quisiera un papel y no fuese menos que él. Se trataba de una de las típicas situaciones de ahora-o-nunca, en la que, vista con perspectiva, lo suyo habría sido optar por el nunca.

Tiré al suelo la botella de Amaretto, que a esas alturas ya estaba vacía, y mientras Barton arrancaba el coche crucé la plaza a todo correr. Justo cuando el vehículo se ponía en marcha, abrí la puerta de atrás y me metí dentro. El Lamborghini salió disparado, y yo cerré la puerta deprisa y corriendo. Barton se volvió hacia mí, espantado. Tardó unos segundos en reconocirme.

—¿Tú?

—Buesssí —balbucí. Probablemente me había pasado con el Amaretto.

El semblante de Barton se ensombreció.

Para romper un poco el hielo, quise decir algo bueno de su coche.

—Bodito Ladbodini... Ladbosidi... Ladbosssss... Bodito coshe.

—¿Qué coño haces tú aquí? —me soltó él mientras cogía una curva a toda pastilla.

—Beddoda —repuse.

—¿Qué?

—Beddoda.

—Prueba otra vez vocalizando.

—¡Claaaaaado!

—¡QUE QUÉ HACES AQUÍ!

—Beddódame.

—No perdonaré nunca la muerte de *Boopsie* —afirmó. Y de pura rabia pisó a fondo el acelerador, tomó la siguiente curva haciendo chirriar las ruedas y después otra. Tanta vuelta unida al intenso olor de la flamante tapicería de piel no fue una buena mezcla.

—Me madeo —me quejé.

—¿Qué?

Barton no paraba de cambiar de carril para adelantar a otros coches.

—Madeo...

—No te entiendo.

Vomitó en el asiento de piel.

Ahora lo entendió.

—¡SAL DE MI COCHE!

Con la velocidad a la que íbamos no era fácil.

—¡AHORA MISMO!

—Cammiod.

—¿Se puede saber qué es lo que dices? —Barton estaba rojo de rabia a más no poder.

—¡Cammiod! —repetí, ahora aterrada.

—¿Qué?

—¡CAMMIOD! —grité, al tiempo que señalaba al frente.

Barton miró por fin por el parabrisas y pisó el freno en el acto. Pero era demasiado tarde: el Lamborghini derrapó en el asfalto mojado y se estrelló contra el camión de una marca de yogur.

CAPÍTULO 7

Dicen que al morir uno ve pasar la vida en un instante. Sin embargo, por mi cabeza no desfilaron todas las fiestas que me había corrido y todos los líos de una noche que había tenido en la cama, en el coche o en diversos lugares públicos: de todo eso no había quedado nada.

Yo sólo vi cómo hacía daño a mi madre con mis duras palabras. Vi cuando murió. Vi cómo le chillaba a mi padre, hacía las maletas y lo echaba de mi vida para siempre. Y cómo engañaba y robaba a mis dos mejores amigas. Y después cómo dejaba en la cama a Jannis y su mirada compasiva cuando me dijo: «Nunca sabrás lo que es el amor».

Había muerto sin haber querido nunca de verdad.

El instante en que comprendí eso —en medio de yogur de vainilla— fue, sin lugar a dudas, el peor momento del día.

Tras esta desagradable certeza, surqué desnuda una nada blanca en la que no había arriba, abajo, izquierda o derecha. Iba directa hacia una luz cada vez más intensa. Era preciosa, irradiaba el amor que no había encontrado en la vida. El que ni siquiera había buscado.

La luz empezó a envolverme y olvidé todas mis penas, me sentía segura. Tremendamente segura. Por primera vez desde hacía mucho tiempo. No, ¡por primera vez en mi vida!

Quería que la luz me acogiera. Por siempre jamás. Nunca había deseado nada así.

Pero por desgracia la luz no compartía ese deseo. Me rechazó. No me quería. ¿Por qué iba a hacerlo?

Y me dolió en el alma. Tanto que perdí el conocimiento.

CAPÍTULO 8

Si uno se reencarna en hormiga, no entiende en el acto lo que ha pasado. El proceso mental es más o menos el siguiente: ¿dónde coño estoy? A ver... eso parece un túnel. Pero no es un túnel de hormigón. Éste es de tierra. De tierra húmeda, con olor a moho. ¿Quién construiría algo así? ¿Aparte de alguien que quisiera robar la cámara acorazada de un banco?

Ah, ahí detrás se ve una luz. Pero no tiene nada que ver con la preciosa luz de antes. Esta de aquí no te hace sentir seguro. Es más bien una luz al final del túnel. ¿Y si voy hacia ella? Sí, parece buena idea. Lejos de la oscuridad. Lejos del olor a moho. ¡Hala, vamos! Daisy, mueve esas piernas cansadas, y borrrachas.

Un momento... ¿Por qué me cuesta tanto ponerme en marcha? ¿Podría deberse a que tengo seis piernas? ¿QUE TENGO SEIS PIERNAS?

¡Éstas no son mis piernas! Es imposible que sean mis piernas. Yo sólo tengo dos. Además, mis piernas son mucho más largas. Y gordas. Un rollo de una noche incluso me soltó que le molaban mis muslos de Rubens. Se salvó porque no busqué el nombre, Rubens, en Wikipedia hasta el día siguiente, de lo contrario él habría acabado con unos huevos dalinianos. Será mejor que me mire bien estas piernas. Pero... pero si son ¡rojas! Esto es cada vez más raro. Y ¿qué es eso que me cuelga de la cabeza? ¿Más piernas? No tiene sentido, ¿cómo voy a tener dos piernas más en la cabeza? No, esto es otra cosa. Esto es... es... son ¿ANTENAS?

Una pesadilla. Claro: estoy teniendo una pesadilla. Me pellizcaré el brazo y me despertaré. Pero ¿cuál de esas seis cosas esqueléticas es el brazo? Y, en caso de que lo averigüe, ¿con qué coño me voy a pellizcar el brazo? ¡No tengo manos, y menos aún dedos!

Creo que me limitaré a darme una patada en una pierna. Y el dolor hará que me despierte. Eso es, coger impulso con la pierna delantera izquierda y... y darme en la pierna delantera derecha y... ¡AY! ¡¡¡MADRE MÍA, QUÉ DAÑO!!!

Como quizá alguno se pueda imaginar, no desperté de dolor. Lo que pasó fue que perdí el equilibrio y caí al suelo cuan larga era. Así que ¡no estaba soñando! Me había convertido en una especie de monstruo como el de las películas de *Alien*.

Estaba intentando asimilarlo cuando vi que una hormiga roja se me acercaba. Una hormiga roja grande de narices. ¡Casi tan grande como yo!

Poco me faltó para cagarme en los pantalones. Y por la cabeza se me pasaron tres cosas: 1) No llevo pantalones; 2) ¡Esa hormiga es gigantesca!; 3) En este orden de ideas lo de no llevar pantalones es un detalle insignificante.

El bichejo se paró delante de mí, pero no hizo ademán alguno de atacarme. No quería pelea. Lo que hizo fue mirarme con cara de susto y preguntar espantado:

—¿Por casualidad soy una hormiga?

—¿Uda hodmiga? —contesté, y al hacerlo constaté que, aunque tenía otro cuerpo, seguía borracha. Se ve que los efectos del alcohol se dejan sentir no sólo en el cuerpo, sino también en el alma y en el espíritu.

Sin embargo, poco a poco fui cayendo del burro: seis patas, dos antenas y una hormiga que me pregunta si es una hormiga, si sumamos todo esto el resultado es: ¡MADRE MÍA, SOY UNA HORMIGA!

La otra hormiga me preguntó sin dar crédito:

—No serás la loca que mató a *Boopsie*, ¿no?

La hormiga que tenía delante... era... ¡¿¿Barton??!

En la escala abierta de locura, la situación alcanzó nuevos valores máximos.

Como del miedo que tenía no contestaba, la hormiga Barton me preguntó otra vez:

—¿Eres tú, loca?

—Do me llamo loca, sino Disy —repliqué, procurando mantener la compostura.

—¿Te llamas Disy? —inquirió asombrada la hormiga Barton.

Las cosas con las que se puede quedar uno perplejo en situaciones extremas.

—Disy do —intenté corregir—, ¡Disy!

—Eso he dicho, Disy.

—Me llamo Disy.

Barton sacudió la cabeza de hormiga desesperado y dijo:

—Verás, lo que quiero saber, Disy...

—¡DISY!

Probablemente nos centráramos tanto en mi nombre porque al cerebro le resultaba más fácil perder el tiempo con cosas sin importancia que enfrentarse al hecho de que éramos dos hormigas.

—A partir de ahora te llamaré sólo loca, ¿vale?

—Disy... Dis... Dis... Vale, llámame loca...

Lo cierto es que teníamos otros problemas.

—Entonces, loca, ¿tú y yo somos hormigas o esto es una alucinación?

Me levanté y observé a Barton. Su cabeza de hormiga. Sus antenas de hormiga. Sus patas de hormiga. Era un pelín más pequeño que yo. ¿Cómo podía ser? ¿Acaso las hormigas hembra eran más fuertes y grandes que los machos? Ojalá hubiese prestado más atención en clase de biología en lugar de no parar de mirar el reloj y contar los nanosegundos que faltaban para que por fin terminara la hora.

No sabía nada de insectos, pero sí sabía algo con toda seguridad: todo era demasiado real para tratarse de una alucinación. Sabía cuál era la diferencia, a fin de cuentas alguna vez me había tomado las pastillas que no debía, así que respondí:

—Me demo que soomosss hodmigasss.

Barton se puso a soltar tacos no aptos para menores, de esos que en la tele siempre tapan con un pitido:

—Ay, piiii.

—Esdooy compledamende de acueddo —convine.

—¿Cómo ha podido pasar esta pupiii piiii?

Me puse a pensar... y pensar... y me acordé de lo que mi madre me contó de la reencarnación en su lecho de muerte. Que fuésemos dos hormigas sólo tenía una explicación:

—Deencadnación.

La hormiga Barton me miró interrogante.

—Deencadnación... Deencadna... ¡Reencarnación!

—¿Significa eso que... estamos muertos?

No se me ocurría otra explicación.

—¡Me piiii en la pupiii!

Antes de que pudiera mostrarme conforme también con eso, una voz suave, que sonaba como la de un vídeo de hipnosis, dijo:

—Sí, así es. Los dos habéis muerto.

Nos volvimos, asustados: ante nosotros había una hormiga roja extremadamente gorda. Casi ocupaba por completo el túnel de tierra, de gorda que era.

—¿Dú quién edes?

—Siddharta Gautama —contestó con una sonrisa beatífica la hormiga gorda. Estaba claro que le parecía estupendo ser Siddharta Gautama—. Puede que me conozcáis más por el nombre de Buda.

Mientras la hormiga Barton se quedaba boquiabierto de asombro, a mí me vino a la memoria la figurita de Buda que le regaló la enfermera india a mi madre en el hospital y objeté:

—Buda no es una hodmiga.

—Me presento ante los hombres en la forma en la que se han reencarnado. Vosotros os habéis reencarnado en hormigas, por esa razón me presento ante vosotros en forma de hormiga —sonrió el gordo insecto.

—Entonces, ¿estamos muertos de verdad? —Barton recuperó el habla.

—En efecto.

—Piii, piii y piii.

—Odino lo mismo.

Así que después de morir no aguardaba la nada, sino algo. Eso era increíble. Por lo menos para alguien como yo. Y además muy inquietante.

Furioso, Barton se plantó ante la hormiga Buda y preguntó:

—¿Me podrías decir por qué piii soy una pupiii hormiga?

—Porque es lo que os merecéis los dos.

—¡Yo no me merezco esto!

—Las personas que no fueron buenas con los demás y por lo tanto acumularon mal karma se reencarnan en insectos.

—¡Yo fui bueno con los demás!

Cómo me habría gustado poder decir lo mismo. Pero ni siquiera podía afirmar: yo fui regulín con los demás.

—Incluso fui piii bueno. —A Barton le temblaba de rabia el cuerpo de hormiga.

—¿Sí? —inquirió risueño Buda.

—¡Sí! Di un montón de pupiii millones a los pupiii pobres, debería estar en el pupiii cielo, y con un montón de pupiii vírgenes a las que piii.

No me daba la impresión de que su discurso fuese lo que se dice apropiado para granjearse la simpatía de Buda.

—Si *yo* soy una hormiga, dime, ¿qué pasa con los dictadores? ¿El pupiii Hitler, el pupiii Stalin y el pupiii George W. Bush?

—Yors aún vive —objeté.

—No eres de mucha ayuda, loca.

—Los dictadores se reencarnan en otra cosa —respondió la hormiga gorda.

—¿En dé?

—En bacterias intestinales.

Ahora Hitler vivía en el archipiélago de las hemorroides.

—No me puedes piii así.

En vez de contestar, la gorda hormiga Buda le sonrió como si tuviera delante a un niño pequeño, dio media vuelta y se fue.

—¡Alto! —exclamó Barton.

Pero de pronto a Buda lo envolvió una luz blanca, resplandeciente. Instintivamente nos tapamos los ojos con las antenas. Cuando la luz se extinguió, la hormiga gorda había desaparecido.

—Se buede deledrasbosdar —dije tragando saliva.

—Menudo hijo de pupiii.

Barton se irguió en su nuevo cuerpo de hormiga y de pura rabia e impotencia estrelló las dos patas delanteras contra la pared del túnel. Al suelo cayó un poco de tierra. Dio otra vez contra la pared... y otra... y otra, hasta que volvió a apoyarse en las seis patas, bajó entristecido la cabeza de hormiga y —más para sí— dijo:

—Quería hacer tantas cosas en la vida. Quería rodar tantas películas increíbles...

En mi caso me habría bastado con actuar en una única película medio decente en mi vida.

—... Ganar un Óscar...

Yo eso ni me lo había planteado.

—... Y tener hijos...

¿Hijos? Desde luego eso ni se me había pasado por la cabeza. Salvo imaginarme a los mocosos más horripilantes para cerciorarme de que no tenía madera de madre. Y ahora estaba claro que nunca lo sería. Constaté, perpleja, que eso me hizo sentir una pequeña punzada en mi nuevo cuerpo, allí donde suponía que estaba mi corazón de hormiga. Jamás habría pensado que la idea de no tener hijos pudiera hacerme daño, ni siquiera un poco.

—Ahora estoy muerto y todo ha terminado... —lloriqueó.

Aunque a mí también me habría gustado echarme a llorar, me acerqué a él para consolarlo.

—En dealidad no esdamos mueddos...

Me miró furioso.

—Esdamos vivos...

Acto seguido pegó su cara a la mía, y vi que los ojos de las hormigas constaban de cientos de ojitos minúsculos. Nunca había visto tanto odio en tantos ojos.

—Tú, loca, tienes la culpa de que yo esté aquí.

Y pensé: «Ay, piii, en esso diene razón».

CAPÍTULO 9

Barton se quedó mirando las húmedas paredes. Sin duda pensaba en todo lo que había perdido: una mujer de bandera, el amor de millones de admiradores, coches rápidos, varias villas, la amistad de otras estrellas y, sobre todo, un futuro genial.

También yo me paré a pensar en todo lo que había perdido al morir, y terminé mucho antes que él. La verdad era que al único al que echaría de menos sería a Jannis. Claro que, en rigor, ya lo había perdido como amigo antes del accidente. Ahora no lo volvería a ver.

Cuando fui consciente de eso se me pasó la borrachera de golpe. El alcohol abandonó mi alma y mi espíritu y luché por no llorar. Barton me miraba con desdén. No había ni pizca de compasión en su infinidad de miniojos. Delante de una persona tan cruel..., esto, delante de una hormiga tan cruel..., no quería echarme a llorar. ¡Era demasiado orgullosa! Haciendo un gran esfuerzo, me tragué la pena y pensé: «Le voy a enseñar a Barton cómo se demuestra la valía de alguien en una situación como ésta».

—Perdona.

Barton estaba visiblemente desconcertado.

—Cuando se mete la pata hay que pedir perdón. Así me educó mi madre.

Lo cierto es que me lo decía siempre que nos peleábamos, y yo nunca conseguí tragarme el orgullo púber y pedir perdón.

—¿Meter la pata? —repitió él—. ¿Meter la pata? Lo que hiciste fue más que meter la pata. ¡Me mataste, joder!

—Eso no es exacto —aduje, un poco ofendida porque no había aceptado mis disculpas—. Si no hubieses conducido como un loco y hubieras mirado hacia delante, no nos habríamos comido el camión.

—Te metiste en mi coche —censuró él—, por eso me distraje.

—Me subí porque de lo contrario no habrías hablado conmigo.

—Qué querías, te cargaste a *Boopsie*.

—Fue sin querer.

—¿Me puedes decir cómo coño se mata a un perro sin querer?

—Lanzándolo con una pierna contra la pared.

—Y eso ¿¿se hace sin querer?!?

—Bueno —le intenté explicar—, es que el checheno...

—¿El checheno?

—El que conducía el taxi que tuve que coger... por culpa del poli gay...

—¿El poli gay? —Barton cada vez entendía menos.

—No le hizo gracia que mi coche no hubiera pasado la ITV...

—¿La ITV?

—La Inspección Técnica de Vehículos...

La hormiga Barton me miró como si me faltara un tornillo.

—Esos sitios dan unas pegatinas...

—¡Cállate! —me ladró, y me volvió la espalda de hormiga. Y eso me cabreó.

—Yo no tengo toda la culpa de este follón.

—Sí que la tienes.

—Si no hubieras sido tan capullo, no me habría metido en el camerino con el pederro de tu perro.

—¿Qué?

—Tendríamos que haber estado rodando mi escena en el set, pero, claro, tú tenías que enmendar el guion.

—Un artista de verdad debe tener el control de todo el producto.

—Menuda estupidez —espeté—. Lo único que querías era demostrarle al director quién la tenía más larga.

—Yo la tengo más larga.

—Ya no.

Señalé con las antenas su bajo vientre, y Barton contempló su nueva anatomía de hormiga. Y se quedó horrorizado: había perdido otra cosa que era importante para él.

—La verdad es que la culpa de todo esto es sólo tuya —le solté—. Si no fueras tan ególatra, no estaríamos aquí.

Barton levantó la vista del bajo vientre, y le dije, mirándolo a la cara de hormiga:

—Estoy muerta por tu culpa, eres una mierda como la copa de un pino.

Lo dejé allí plantado y me dirigí hacia la luz, hacia el final del túnel. Mientras me alejaba oí que Barton se preguntaba:

—¿Una mierda como la copa de un pino?

CAPÍTULO 10

Salí al aire libre y en un primer momento no vi nada, ya que la luz del día me deslumbró. Cuando mis cientos de ojitos se fueron acostumbrando poco a poco a la claridad, me di cuenta de que estaba entre briznas de hierba que se alzaban hacia el cielo como si fueran árboles. Hacía sol y el aire olía mejor que en el túnel de tierra, pero mi situación no había cambiado mucho. ¿Cómo iba a sobrevivir allí? ¿Cómo encontraría algo de comer? Es más, ¿qué comían las hormigas? ¿Aparte de migas de pasteles? Mierda, ya podía haberme dicho mi profesor de biología que aunque su clase no valía para nada en esta vida, era extremadamente importante en la otra.

De todos modos, ¿qué podía pasarme? Si no encontraba nada de comer, moriría y volvería a nacer, o sea que tampoco era para tanto. Aunque morir de hambre es una muerte dolorosa, así que ni siquiera pensar en la reencarnación supone un consuelo. Por lo menos me había librado de Barton. Esperaba algo mejor que compartir mi nueva vida con ese arrogante y tener que escuchar sus reproches.

—¡Ay, piiii, no veo nada! —le oí decir detrás de mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —pregunté crispada mientras la hormiga Barton salía de la tierra.

—¿Qué te creías, que me iba a quedar mirando la pared del túnel? —repuso mientras intentaba acostumbrarse a la luz.

—No me habría importado.

Barton miró a su alrededor entornando los ojos y me preguntó lo mismo que acababa de preguntarme yo:

—¿Se puede saber qué comen las pupiii hormigas?

—¿Te importaría dejar de decir tacos? En el set no lo hacías.

—Entonces no era una pupiii hormiga.

—Pero sí un idiota.

—Mejor idiota que loca.

No me apetecía seguir discutiendo con él, así que propuse:

—Oye, que a partir de ahora cada uno vaya por su lado.

—En eso estoy absolutamente de acuerdo.

—Yo me voy por la izquierda y tú por la derecha.

—No.

—¿No?

—A Marc Barton nadie le dice por dónde tiene que irse.

—Marc Barton está hablando de sí mismo en tercera persona.

Torció su morro de hormiga, y al hacerlo no resultó nada atractivo, casi estaba repugnante. Junto con su antigua vida y su antiguo cuerpo, al parecer también había perdido todo lo que hacía que fuese quien era.

—Yo me iré por la izquierda y tú por la derecha —repetí. A Daisy Becker tampoco le decía nadie por dónde tenía que irse.

Iba a ponerme en marcha cuando el cielo se nubló.

—¿Qué es eso? —preguntó Barton.

—Me temo que nada bueno —respondí, tragando saliva.

A nuestro alrededor la oscuridad era cada vez mayor. De pronto estábamos a la sombra. Pero ¿qué proyectaba esa sombra?

—Quizá debiéramos mirar hacia arriba —propuse asustada.

—Pues mira —contestó él, las patas temblándole de miedo.

—Tú primero —sugerí.

—No, *ladies first*.

—Yo no soy una *lady*.

—De eso ya me había dado cuenta.

Ahora era como si sobre nosotros hubiera un eclipse solar.

—A la de tres miramos a la vez, ¿vale? —dije.

—Vale.

—Una... dos... tres. —Yo no miré, pero Barton sí:

—Son... son personas...

Sólo entonces miré yo: sí, en efecto, eran personas las que nos hacían sombra. Pero no personas cualesquiera, sino mis compañeros de piso: Ayshe, Sylvie y

Jannis. Los tres iban de negro.

CAPÍTULO 11

Sylvie iba del brazo de su Larsi-Schmarsi, que también vestía de negro. Y estaba mi agente, Schmohel. Llevaba un traje viejo, que sin duda no había sabido nunca lo que era una plancha. Todos ellos me parecían gigantes. Para empezar porque en comparación conmigo ciertamente eran gigantescos. El grupito venía directo hacia nosotros.

—¡Tenemos que largarnos! —grité mientras la tierra temblaba con los pasos que se aproximaban.

—Es la primera vez que opino igual que tú —exclamó Barton.

—Pues a correr tocan.

—¿Izquierda o derecha?

—¿Tú crees que eso importa ahora?

—Vuelvo a opinar lo mismo que tú —repuso Barton.

Sin embargo, a los dos nos flaqueaban las seis patas de tal modo que no fuimos capaces de movernos del sitio. Nos quedamos mirando arriba embobados: la suela del zapato de Jannis estaba justo sobre nosotros. Tenía pegado un chicle rosa. La idea de ser aplastados primero por su zapato y después pegados al chicle despertó mi reflejo de huida. Y verme salir pitando fue la señal para que Barton saliera corriendo también.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamé mientras serpenteábamos por la alta hierba.

—¡Piii, piii, pi...! —dijo Barton.

Pero antes de que pudiera añadir las dos íes restantes, la suela de Jannis golpeó el suelo. Justo a nuestro lado. El choque nos lanzó contra el tallo de un diente de león. Resbalamos por él y yo acabé encima de Barton. Hormiga sobre hormiga. Cara contra cara. Las personas pasaron junto a nosotros, cada pisada era un estruendo que hacía temblar la tierra. Nos abrazamos aterrorizados... con las doce patas.

Transcurrió un buen rato hasta que los pasos se alejaron, el temblor cedió y los gigantes dejaron de hacernos sombra. Permanecimos un tiempo en silencio, hasta que Barton comentó:

—Ya te puedes quitar de encima.

—Sí —confirmé—, la verdad es que sí.

Sin embargo, me quedé donde estaba, me hallaba en estado de shock.

—¡AHORA!

—Vale, vale, vale... —repuse, y empecé a bajarme.

—¡Ay! Me has dado una patada en la cara —se quejó Barton.

—*Sorry*, aún no tengo mucha práctica —me disculpé.

—Ya me... ¡ay!... me he dado... ¡ay!... cuenta.

—Ahora tengo seis patas...

Tardé otros tres ayes en bajarme. Al final, en vez de pedirle disculpas de nuevo, miré hacia donde se habían dirigido Jannis y el resto: el grupo se había detenido. Junto a una enorme cosa negra que se parecía sospechosamente a una lápida. Salí pitando en el acto.

—¿Adónde vas? —preguntó Barton.

—A mi entierro —respondí, y corrí entre la hierba hacia la comitiva.

—¡Espera! —dijo muy nervioso, y vino detrás de mí.

—¿No pensábamos ir cada uno por su lado? —repliqué sin detenerme.

—Y lo sigo pensando.

—¿Pero?

—Pero está ahí. —Señaló desconcertado el cortejo fúnebre con una de las antenas.

Yo estaba algo perpleja. No creía que Barton se refiriera a Ayshe o Sylvie. Entonces vi a dos personas más que se acercaban a la tumba. Una era mi padre, con una americana negra que le sentaba fatal, tirante sobre el barrigón de viejo. Me quedé horrorizada: no sólo había engordado, sino que tenía el pelo gris y la cara llena de arrugas. ¿Cuándo había envejecido así? Nos habíamos visto por última vez hacía tres años, cuando fue a visitarme a Berlín sin avisar. Me pidió que lo perdonara, y le dije que antes me tiraba delante de una apisonadora. Aquel día aún me pareció en buena forma, pero ahora se lo veía acabado. No era de extrañar, pues además de a su mujer, tenía que enterrar a su hija sin haber hecho las paces con ella.

Posiblemente debiera haberme reprochado haberlo tratado tan mal, pero de los dos, ¿quién había empezado con lo del mal karma? Y dado que la Elseasesora iba a su lado, hasta en esos momentos me costaba mostrarme conciliadora. La rubia, vestida de negro, emperifollada, tenía veinte años menos que él; incluso de adolescente ya me preguntaba qué querría de mi

padre, mucho mayor que ella.^[5] En cualquier caso, era la única de los allí presentes que no parecía muy afligida.

—No querrás ir por la Elseasesora, ¿no? —le pregunté a Barton.

—¿Lo de Elseasesora es algo así como la ITV? —preguntó perplejo.

Bien, no quería ir por la tipa.

Observé de nuevo a los asistentes y la vi: una morena impresionante con un elegante vestido negro. Parecía una princesa. Pero no inglesa, holandesa o danesa; no, parecía una bella princesa francesa, si los franceses aún tuvieran monarquía. Era Nicole Kelly, la mujer de Barton.

CAPÍTULO 12

—¿Qué... qué está haciendo ésa aquí? —pregunté sorprendida.

—Pienso averiguarlo ahora mismo —respondió Barton, y me adelantó.

Ahora era a mí a la que le costaba seguirle el ritmo. Corrimos y corrimos hasta que llegamos, sin aliento, a mi tumba, abierta, donde nos mantuvimos a una distancia prudencial de los gigantescos pies que había a nuestro alrededor.

Nicole Kelly se unió a Jannis, que le sonrió con dulzura.

¿Le sonreía con dulzura? ¿A santo de qué le sonreía con dulzura? No había ninguna razón para sonreír. Era mi puñetero entierro. ¡Tenía que estar llorando a moco tendido!

Y ¿por qué coño le sonreía ella?

—No hay ningún *paparazzi* a la vista —constató Barton.

—¿Cómo dices? —pregunté desconcertada.

—Normalmente nos acechan los fotógrafos.

—Bueno, a ti ya no.

—Gracias por la aclaración.

—De nada.

—Si no hay *paparazzi* es que Nicole les habrá pedido que le devuelvan todos los favores que le deben. Debe de ser muy importante para ella estar aquí.

—No me estará agradecida por que hayas muerto... ¿no? —pregunté confundida.

Barton me miró con cara de pocos amigos.

—Sólo era una idea —me apresuré a añadir.

—Una idea absurda. Nicole me quería.

Su forma de expresarse me desconcertó. ¿Por qué no decía: nos queríamos? Posiblemente ese amor ideal que mostraban fuese más unilateral de lo que recogía la prensa, algo que también confirmaba el hecho de que Barton se acostara con mujeres que querían que les consiguiera un papel. Pero quizá

fuese mejor no mencionárselo. Además, en ese momento Jannis se acercó a la tumba y empezó a hablar:

—Daisy era una persona especial...

Barton arrugó la nariz.

—Especialmente loca.

Le di con la pata delantera izquierda.

—¡Ay!

—A callar. ¿Quién tiene la posibilidad de oír su oración fúnebre?

—Puede que muchos —aventuró Barton—. Puede que Buda siempre haga que la gente vuelva a nacer en su propio entierro.

—En ese caso también deberías estar ahí.

—Buen contraargumento —opinó Barton—. Posiblemente mi cuerpo viaje en un avión rumbo a Estados Unidos y...

—¿Quieres cerrar el pico de una vez? —le solté, pues Jannis seguía hablando:

—Todos queríamos a Daisy...

Mentir no es bueno, Jannis.

—... pero ella no se lo creía...

Continuaba sin poder hacerlo.

—... y no se lo creía porque pensaba que no merecía ser querida...

Desde luego.

—... Si se hubiera querido más, si no hubiese apartado de su lado a las personas que la rodeaban...

No entendía muy bien a qué se refería Jannis.

—... habría recibido más amor.

¿Sí?

—Con toda su locura, Daisy era la persona que conocía, que conocíamos..., que más merecía ser amada.

Tenía lágrimas en los ojos. Y Ayshe, Schmohel y mi padre también. Hasta Sylvie y Larsi-Schmarsi. Sorprendentemente incluso Kelly. La única que tenía

toda la pinta de preferir estar limándose las uñas en ese instante era la Elseasesora.

—... Daisy, dondequiera que estés...

—¡Aquí abajo! —exclamé desesperada. Pero, como es natural, nadie me oyó.

—... quizá en el cielo...

—¡AQUÍ!

—... espero que nos estés escuchando...

—Sí —musité, y se me saltaron las lágrimas.

—... Aunque pensaras que no merecías ser querida... te queremos.

Al oír eso, lloré en mi propio entierro.

CAPÍTULO 13

Mientras lloraba, de pronto noté un ligero roce en mi espalda de hormiga: Barton me acariciaba torpemente con una de las patas delanteras. Me quedé tan pasmada que dejé de llorar de golpe.

—¿Qué... qué estás haciendo? —pregunté, sorbiéndome la nariz.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece un pobre intento de consolarme.

—Así es.

—Es muy amable por tu parte... —afirmé.

—Es que me pone de los nervios que las mujeres lloriqueen.^[6]

¿Pretendía Barton disimular con esas duras palabras que era una persona compasiva? ¿Era como uno de esos machos de las películas que en los primeros veinte minutos de la cinta se comportan como capullos egoístas y acaban siendo tipos con corazón? Probablemente no. En la vida real, los capullos egoístas no acaban siendo nunca tipos con corazón.

Mientras pensaba en Barton, éste, observando a los asistentes al entierro, constató:

—Tienes muchos amigos.

—Tú tienes muchos más: Clooney, Damon, Pitt, Jolie y el resto.

—Actores, directores, productores..., todas esas relaciones son por interés. — Su voz destilaba desprecio.

—Pues no es la impresión que da cuando se os ve en la prensa...

Me miró esbozando una sonrisa torcida.

—Supongo que ésa es la idea.

—Bingo.

—¿Has dicho bingo?

—Sí, ¿por?

—Hasta ahora sólo lo había oído en películas malas. —Barton no pudo evitar

sonreír—. Y mira que he participado en películas malas...

—Madre mía, es verdad. Me acuerdo, por ejemplo, de cuando interpretaste al hombre que cruzó el desierto de Gobi en silla de ruedas.

—Con ese papel sólo conseguí ganarme la burla de los críticos y tener agujetas en los brazos. —Barton sonrió más. En ese momento su sonrisa volvió a ser arrolladora. No había perdido todo su atractivo—. Mi agente prometió que por ese papel me darían un Óscar. Ahora es mi exagente.

Ahora fui yo quien no pudo por menos de reírse. Y en mi propio entierro.

Tal vez cupiera la posibilidad, la remota, remotísima posibilidad, de que Barton no fuera tan mal tío... hormiga... tío hormiga.

—La única que se interesaba de verdad por mí era Nicole —aseguró apesadumbrado.

En ese instante, la aludida observaba a Jannis, que cogía la pala para echar tierra sobre mi ataúd.

—Pero ahora parece que le interesa el gafotas ese —comentó Barton, y dio la impresión de que estaba celoso.

Me habría gustado decirle: menuda estupidez, eso es imposible. ¿Qué iba a ver la *Sexiest Woman Alive* en un tipo como Jannis, que siempre andaba a vueltas con las guerras púnicas? Sin embargo, era cierto que parecía sentir un interés genuino por él, y eso me puso... ¿celosa...?^[7] ¡Vaya una locura! Y eso que había sido yo la que nunca había querido saber nada de él, que incluso lo había dejado tirado en la cama.

—Debo acercarme más a Nicole —aseveró Barton.

—Pero es peligroso —advertí, señalando con una de las antenas todos aquellos zapatos juntos.

—Pero está hablando de algo con ese Harry Potter de pacotilla...

Así era. Y no sólo eso: además lo cogió del brazo. ¿Qué hacía esa tía colgándosele del brazo?

—Tienes razón, ¡debemos acercarnos!

Pasamos a toda velocidad por delante de la tumba abierta, de los zapatos de Schmohel, que estaban tan sucios que sólo se podía intuir de qué color eran, y fuimos directos a Jannis y la estrella de cine.

—Ha sido un bonito discurso —opinó Kelly. Tenía una voz increíble, aterciopelada.

—Gracias —contestó Jannis.

—Querías a la tal Daisy, ¿no? No me refiero como amiga, sino como mujer.

Mi corazoncito de hormiga empezó a tamborilear. ¿Qué respondería? Al fin y al cabo, yo siempre había sospechado que sentía algo por mí, el día anterior —en mi otra vida— hasta había estado bastante segura, pero él nunca lo había dicho.

Jannis no dijo nada.

Se limitó a asentir.

La confirmación de su amor me impresionó. Más incluso que haberme reencarnado.

CAPÍTULO 14

—¿Se puede saber de qué se conocen esos dos? —inquirió Barton, sacándome de mi ensimismamiento.

No era tan difícil de adivinar: probablemente Jannis y la estrella de cine se hubieran conocido en el lugar del siniestro.

Kelly abrió y cerró sus increíbles ojos marrones, y mirando a Jannis dijo:

—Lo siento mucho.

Parecía sincera de verdad. O era una actriz aún mejor de lo que pensaba o —a diferencia de su marido— una persona empática.

—Eres muy amable —contestó Jannis—, pero para ti todo esto es mucho peor si cabe...: has perdido a tu marido.

Así era mi Jannis: prefería consolar a que lo consolaran.

—Sí, es cierto —repuso ella con voz queda.

—¡No! —gritó Barton dando saltitos todo nervioso—. ¡No lo has perdido!

Naturalmente Kelly no oyó a la hormiga que vociferaba allí abajo, delante de sus zapatos de tacón de Gucci.

—Me encantaría que vinieras conmigo a tomar algo —propuso, sonriendo a Jannis.

—¿Qué? —soltamos a la vez Barton y yo.

—Sólo si tienes tiempo, claro —añadió—. Pero no quiero estar sola.

—No pensará tu mujer seducir a Jannis, ¿no? —le pregunté a Barton mientras los celos se apoderaban de mí.^[8] ^[9]

—Nicole no es de las que se van a la cama con alguien así como así —me tranquilizó Barton—. Creció en una familia puritana conservadora. Yo tardé tres meses en desabrocharle el sujetador, y me llevó otros tres que durmiéramos juntos y tres más hasta que por fin me dejó...

—¡No me des tantos detalles! —lo corté.

—Será un placer —contestó Jannis, y se alejó de mi tumba caminando despacio con la estrella de Hollywood.

—¡Tengo que ir con ellos! —exclamó Barton, y echó a correr.

—¡Yo primero! —dije.

Salimos como dos locos. Pero por mucho que corra una hormiga, incluso las personas que sólo van paseando son más rápidas. Mucho mucho más rápidas. Jannis y Kelly se alejaban de nosotros, y mis pulmones —o lo que quisiera que tuviéramos las puñeteras hormigas para respirar— parecían a punto de estallar.

—¡Jannis! —llamó Ayshe.

Jannis se detuvo y pidió a Kelly que siguiera andando.

—Es nuestra oportunidad —asegué jadeante.

Continuamos avanzando deprisa hacia Jannis mientras Ayshe le preguntaba si preparaba comida turca para la cena o si no sería mejor, por deferencia a mi padre, cocinar algo más tradicional. Casi no la escuché, ¿qué me importaba a mí el convite de mi funeral? Para mí era mucho más importante que Barton y yo llegáramos de una vez a los zapatos negros de Jannis.

—Y ahora ¿qué? —inquirió Barton cuando nos vimos delante de él—. Cuando eche a andar de nuevo nos volverá a dejar atrás.

—Nos subiremos a sus zapatos.

Y eso hicimos. Fue como escalar el Kilimanjaro (que, dicho sea de paso, es una palabra que cuesta pronunciar cuando se está borracho). Al llegar a la punta, resollando, Barton observó:

—Cuando Harry Potter se ponga en marcha saldremos volando.

Por desgracia era cierto. Y posiblemente además nos pisara, y en ese caso, y para colmo de males, nos quedaríamos pegados al chicle rosa de la suela.

Miré las perneras de Jannis y tuve una idea:

—Nos meteremos ahí dentro y nos agarraremos a los pelos de las piernas.

—¿Quieres que me agarre a los pelos de las piernas de un hombre? —El cuerpo de hormiga de Barton se estremeció. A mí también se me ocurrían cosas mejores que hacer.

Entretanto, Jannis le dijo a Ayshe:

—Bueno, me tengo que ir.

Ella sonrió.

—No irás a hacer como en *Notting Hill* y liarte con la estrella de cine, ¿no?

Jannis miró mi tumba, que ahora cubrían de tierra los sepultureros. Parecía triste, pero, haciendo un esfuerzo, se volvió de nuevo a Ayshe y preguntó:

—¿Por quién me tomas?

—Por alguien que por fin tiene lo que se merece: una mujer buena.

Eso me afectó. Porque Ayshe tenía toda la razón: Jannis se merecía a alguien bueno. Alguien que no fuera yo.

Pero si no me dominaba, y deprisa, se iría y no lo vería nunca más. Así que ahogué mi dolor y le dije a Barton:

—Si se te ocurre algo mejor que lo de los pantalones, suéltalo.

—Está bien, nos meteremos ahí —accedió lanzando un suspiro—. Pero no pienso mirar hacia arriba.

—¿Por qué no?

—No vaya a ser que Harry Potter no lleve calzoncillos.

CAPÍTULO 15

Estuve agarrada lo que me pareció una eternidad a un pelo de la pierna que olía a vainilla, ya que —cuando se quedaba sin gel de ducha— Jannis solía coger el de alguna de las mujeres del piso.

—Harry Potter usa un gel de ducha un poco raro —se burló Barton, que estaba a mi lado en otro pelo de la pierna.

—Es de mi compañera de piso.

—¿Y también utiliza su pintalabios?

—Él no hace esas cosas.

—Por eso se arrima a mi mujer.

—No se está arrimando a tu mujer. Ha sido ella la que lo ha invitado. Así que si hay alguien que se arrima aquí, es ella.

—Nicole nunca haría algo así.

—Eso mismo le aconsejaría yo —gruñí, y hasta a mí me sorprendió lo arisca que soné. Y el simple hecho de que se me ocurriera. A fin de cuentas, era absurdo que una estrella de Hollywood deseara precisamente a alguien como Jannis. Pero, entonces, ¿por qué no me parecía absurdo?

—Pues yo le aconsejo a tu Harry Potter que no toque a mi mujer.

No acababa de entender por qué Barton reaccionaba enfadándose de esa manera. ¿Acaso la quería? ¿O es que hería su amor propio que se liara con otro?

—Y si lo hace, ¿cómo pretendes castigarlo? —inquirí, provocándolo—. Eres una hormiga.

—Bueno... —balbució.

—Eso pensaba.

—¿Y qué harías tú en el improbable caso de que Nicole se le arrimara? —me soltó con descaro.

—Bueno... —Tampoco a mí se me ocurrió nada.

—Eso pensaba.

Como hormigas, no podíamos intervenir en la vida de las personas. Barton y yo acabábamos de caer en la cuenta. Fuimos tan conscientes de ello que nos pasamos el resto del largo trayecto sin decir nada. Tampoco decían nada Jannis y Kelly. Posiblemente los dos pensarán en nosotros, sin sospechar lo cerca que estábamos de ellos.

¿Estaría también mi madre cuando murió cerca de mí sin que yo lo advirtiera? Pero seguro que ella no se había reencarnado en hormiga, pues había sido muy buena. Quizá en gato. A lo mejor el gato al que la semana anterior le tiré un tiesto porque me despertó con sus maullidos en plena noche —a las once de la mañana—. Quizá los maullidos no fuesen más que el intento por parte de mi madre de ponerse en contacto conmigo.

Si hubiera prestado más atención a los animales de mi entorno, tal vez hubiese reencontrado a mi madre y hubiese podido pedirle perdón por todas las veces que le eché en cara que era la peor madre de todos los tiempos. Y, si de verdad mi madre hubiese sido ese gato, habría podido quedarme con ella. Vivir con ella. Empezar de nuevo.

¿A quién no le gustaría empezar de nuevo?

¿Sobre todo cuando se es una hormiga?

Pero si mi madre era un animal —y eran muchas, si no todas, las cosas que apoyaban esa hipótesis—, incluso podía suceder que volviéramos a vernos.

Esa idea me animó. Mi corazón de hormiga empezó a latir más deprisa. Sin embargo, sólo unos instantes, ya que la idea fue desbancada por otra: siendo una hormiga, difícilmente podría hablar con un gato.

La limusina se detuvo. Jannis se bajó, con nosotros agarrados a los pelos de la pierna. Vi por la pernera que subía por un camino de piedras, cruzaba un umbral, a continuación caminaba por un parque de roble, cruzaba otra puerta, entraba en una habitación con una alfombra persa e iba hacia un sofá de piel de diseño de color lila en el que se sentó.

—Estamos en casa de Brad Pitt —explicó Barton—. Angelina y él tienen una villa en las afueras de Berlín y no les importa dejársela a los amigos.

Como cualquier lectora de cotilleos, yo también había soñado con poder quedarme alguna vez en una villa de lujo como ésa. Pero cuando soñaba despierta nunca era una hormiga, sino una persona. Para ser más exactos, una mujer a la que Brad Pitt miraba fijamente a los ojos mientras susurraba: ¿sabes qué? Estoy tan harto de mi vida perfecta... Hace muchos años que me muero de ganas de estar con una mujer imperfecta como tú.

—Por lo visto, Nicole no quiere alojarse en el hotel donde dormí por última vez cuando era una persona —constató Barton.

¿Cómo llevaría Jannis pasar por delante de mi habitación en el piso que compartíamos? ¿Le costaría tanto como a mí cuando murió mi madre en

nuestra casa de Bremerhaven? El dolor al ver las fotos de familia, la estantería con sus novelas de Jane Austen y, desde luego, la cama de matrimonio, en la que mi padre se acostó con Else, la asesora fiscal, poco después de enterrar a mi madre.

—Creo que ya podemos bajarnos... —Barton impidió que siguiera pensando en ese día en que vi por primera vez a la Elseasesora en ropa interior, lo que hizo que esa misma noche tuvieran que hacerme un lavado de estómago por intoxicación etílica.

Bajamos por los pantalones y del zapato pasamos a la alfombra persa. Allí nos quedamos, entre las cerdas azules de la alfombra, que parecían casi tan altas como la hierba del cementerio.

—¿Quieres beber algo? —le preguntó Kelly a Jannis—. ¿Té o café...?

—Agua estaría bien. Pero no te muevas, ya voy yo.

Se levantó, pasó por delante de un acuario —¿también serían los peces ornamentales personas reencarnadas?— y se dirigió hacia un carrito dorado donde había algunas botellas: varias clases de whisky, agua.

—Harry Potter no ha preguntado de quién es la casa —fue la aguda observación de Barton.

—Cierto, ¿y?

—Eso significa que ya ha estado aquí.

Jannis abrió las puertas de un armario de roble antiguo y sacó unos vasos. Barton tenía razón: si fuese la primera vez que estaba allí, no se manejaría tan bien.

Sirvió dos vasos de agua, uno para él y otro para Kelly, bebieron un sorbo y luego ella dijo:

—Mi marido y tu Daisy eran muy parecidos.

—¡No es verdad! —protestamos Barton y yo al unísono.

—Él tampoco sabía querer.

Nos callamos los dos de golpe y porrazo.

—Sólo quería a su carrera. La adoraba.

Ahora Kelly parecía muy frágil. No parecía una estrella de cine, sino una mujer de lo más normal que se había enamorado del hombre equivocado.

—Puede que también quisiera a su perro.

Al que yo maté y con cuya mención Barton me echó tal mirada que por un momento hice como si me interesara vivamente la estructura de la alfombra.

—Pero a mí, a mí Marc no me quería —afirmó Kelly con profunda tristeza.

—Eso no es verdad... —musitó Barton—. Era sólo que... que... —Buscó las palabras adecuadas, pero no dijo más.

—Era sólo ¿qué? —inquirí yo.

En vez de responderme, se limitó a lanzarme una mirada que decía: no es de tu pupiii incumbencia. Así que no insistí.

—Y eso que Marc siempre estaba diciendo que quería tener hijos...

Incluso lo había dicho en los primeros instantes de su vida como hormiga.

—Pero no habría tenido la paciencia necesaria para ser padre...

Barton resopló a modo de protesta.

—No es de extrañar, teniendo en cuenta las cosas por las que tuvo que pasar de pequeño.

Eso sí que me dejó perpleja. Según la prensa amarilla, Barton provenía de una familia humilde pero afectuosa y se decía que todo se lo debía a su padre. ¿Sólo era una mentira creada por los medios? ¿Le había ocurrido algo cuando era pequeño que había hecho que fuese incapaz de amar?

—¿Qué fue lo que le pasó? —quiso saber Jannis.

—A él no le gustaría que lo contara —respondió Kelly.

—¡En efecto! —exclamó Barton.

Jannis asintió, comprensivo.

—Aunque quizá fuera culpa mía —suspiró Kelly entristecida—. Quizá sea una de esas personas a las que nunca querrá nadie.

Eso era absurdo, era la *Sexiest Woman Alive*. ¡Cualquier hombre desearía a esa mujer! Por otra parte, pensándolo bien: desear no es lo mismo que querer.

—Todo el mundo merece ser amado —objetó Jannis, y le pasó un brazo por los hombros para consolarla. Con sumo cuidado. Con suma cautela. La estrella de Hollywood triste despertaba su instinto de paño de lágrimas.

—¡Eres hombre muerto, Harry Potter! —gritó Barton.

Enrabiado, se subió al zapato izquierdo y comenzó a darle a la punta con las dos patitas delanteras. Claro está, Jannis no notó nada. El comportamiento de Barton habría resultado ridículo de no haber estado tan desesperado.

Kelly dejó que la abrazara. Como hacía yo siempre que estaba triste. Aquello era demencial, una estrella de Hollywood ocupando mi lugar en la vida de Jannis. Y a mí me resultaba insoportable.

Barton dejó de tamborilear sobre el zapato, bajó a mi lado sin fuerzas, agotado, y nos quedamos mirando los dos a esas personas: antes de morir, no imaginábamos cuánto nos cabrearía que cayeran en brazos del otro.

—Me haces bien —aseguró Kelly. En voz baja. Con sinceridad.

Jannis no contestó, pero se veía con claridad que la cercanía de ella también le hacía bien. No porque se sintiera orgulloso de tener entre sus brazos a la *Sexiest Woman Alive*, él no pensaba ni actuaba así. Kelly no era ningún trofeo para él. Sabía consolarla. Apoyarla. Y eso le llenaba. Sin embargo, ¿sabría dejarse consolar también?

Idiota de mí, ni siquiera había intentado averiguarlo. Y eso que éramos amigos íntimos.

¿Lo haría Kelly si la cosa seguía así?

—¡Esto no puede ser! —vociferé.

Barton me miró con cara de asombro.

—Eh... ¿qué exactamente?

—¡Esto! —exclamé, celosa a más no poder, y señalé a Jannis, que le acariciaba el pelo a Kelly con delicadeza—. Debemos impedir que estos dos se lícen.

CAPÍTULO 16

—Muy buena idea —se burló Barton—. Y ¿cómo piensas hacerlo?

Una pregunta absolutamente justificada. Si, idiotas de nosotros, no hubiésemos acabado teniendo tan mal karma, nos habríamos reencarnado en algo de mayor tamaño. Pero por el momento... ¿Cómo era eso que me enseñó mi madre del budismo? Si mal no recordaba, no teníamos por qué seguir siendo hormigas durante toda la eternidad.

—¿Quieres saber cómo pienso hacerlo?

—Sí.

—Muy sencillo: acumularemos buen karma.

—¿Karma?

—Sabes lo que es, ¿no?

—Como todo el mundo —tuvo el descaro de responder. Lo que quería decir que (al igual que yo) no sabía mucho del tema; o, mejor dicho, que no sabía casi nada.

—Si acumulamos suficiente buen karma —conté entusiasmada—, la próxima vez vendremos al mundo siendo algo mejor. Gatos o perros o algo por el estilo...

—Ya, ¿y?

—Pues que entonces podremos separarlos.

—Vivir siendo un gato..., suena genial, sí. —Barton torció el gesto con desdén.

Yo también prefería volver a ser una persona, pero era imposible. Por ello señalé con las antenas a Jannis y Kelly y pregunté:

—¿Estás dispuesto a dejar que hagan lo que les dé la gana?

—No me fastidies, con semejante *loser* ... —espetó Barton.

Me habría gustado soltarle que Jannis no era un perdedor, y desde luego no acabaría siendo un insecto, como nosotros, pero Barton me preguntó:

—¿Y cómo coño se acumula buen karma siendo una hormiga?

Ésa era, en efecto, la pregunta del millón de euros. Sólo que no había cuatro

respuestas entre las que elegir, ni tampoco existía el comodín de la llamada. El sistema del karma, cuando uno se hallaba inmerso en él, era de lo más peliagudo.

—Además, hay otro problema —comentó Barton.

—¿Cuál? —inquirí, aunque lo cierto es que no quería oír hablar de más problemas.

—Tendremos que volver a morir para reencarnarnos.

Eso no lo había pensado. Y tampoco me apetecía hacerlo ahora.

—Vayamos problema por problema.

Barton suspiró, era evidente que mi plan le planteaba serias dudas.

—Jannis, ¿querrías venir conmigo a Nueva York al entierro de Marc? —preguntó Kelly acurrucada en sus confortantes brazos sobre nosotros, en el sofá—. Yo me ocupo de los gastos.

Jannis se paró a pensar.

Barton y yo contuvimos la respiración.

Jannis siguió pensando.

Nosotros seguimos conteniendo la respiración.

Jannis se debatía consigo mismo.

Nuestras cabezas de hormiga empezaron a ponerse azules.

Entonces sonrió.

—También puedo escribir mi tesis en Nueva York.

Nosotras, las hormigas, soltamos el aire horrorizadas, y Barton observó, jadeante:

—Tenemos que acumular buen karma sin pérdida de tiempo.

Pero antes incluso de que pudiéramos empezar a desarrollar una idea para llevar a cabo nuestro propósito, una voz estridente dijo:

—¡Eh, vosotras!

A unos hilos de donde estábamos, en la alfombra persa azul, había una hormiga. Era roja como nosotras, pero mucho más grande y fuerte. Y parecía muy severa.

—¿Será otra persona reencarnada? —le pregunté a Barton.

—No deberías preguntármelo a mí, sino a ella.

—Buena respuesta —repliqué, y me dirigí a la hormiga—: ¿También es usted una persona reencarnada?

—¿Se puede saber qué significa eso? —contestó ella cortante.

—Yo diría que no lo es —razonó Barton.

—Buena deducción, Holmes —repuse.

—Una vez rechacé hacer de Holmes —contó, como si en ese momento fuera importante.

La hormiga avanzó hacia nosotras y se plantó delante.

—Soy la comandante Frtxl. Y está claro que vosotras sois unas desertoras.

—Una vez, en una peli de Spielberg, hice de un desertor que...

—Ahora eso da absolutamente lo mismo —lo corté yo al ver a la hormiga, que estaba cada vez más furiosa y que además nos bufó:

—Haced el favor de venir ahora mismo conmigo.

—Ni hablar —respondió Barton, que a todas luces odiaba recibir órdenes.

—Es que tenemos algo mejor que hacer —aclaré yo. También odiaba recibir órdenes. A menos en eso Barton y yo nos parecíamos.

—¿Ah, sí? —preguntó picada.

—Pues sí —contesté yo, también picada.

—¿Y si os lo pido con mucha amabilidad? —musitó dulcemente.

—Tampoco.

—¿Y si os lo pide con mucha amabilidad mi batallón? —musitó, con más dulzura aún.

—¿Qué batallón? —pregunté insegura.

—Este batallón —contestó Frtxl, y a nuestro alrededor, de detrás de los altos pelos azules de la alfombra, salió una infinidad de hormigas rojas de aspecto hosco.

—En ese caso puede que la cosa cambie —aseguré, tragando saliva.

CAPÍTULO 17

—¡Andando! —ordenó Frtxl a sus hormigas soldado rojas y también a nosotros.

—Y ¿adónde exactamente? —preguntó Barton, que, si bien seguía sin hacerle ninguna gracia que le dieran órdenes, vio que no teníamos otra opción que obedecer.

—No estoy muy segura de que queramos saberlo —le dije en voz baja.

—¿Adónde va a ser? —espetó Frtxl—. ¡Vamos a la guerra!

—Piii —soltó Barton.

Y yo suspiré.

—Ya te dije que no queríamos saberlo.

Acompañadas de las hormigas soldado salimos de la casa y fuimos directas al camino de piedras, calentado por el sol. En otras circunstancias me habría resultado agradable sentir el calorcito en las patas, como cuando era pequeña y me encantaba el suelo radiante del viejo Lemke, nuestro vecino de Bremerhaven. Pero el panorama que se ofrecía ante mis ojos me dejó helada: pelotones de hormigas de aspecto marcial procedentes de todas partes se dirigían hacia una gran piedra ornamental negra. En ella se encontraba una hormiga roja monstruosa, tremendamente gorda —se veía a la legua que era la reina—, rodeada de cinco fuertes hormigas soldado.

—En menuda mierda nos hemos metido —constató Barton, esta vez sin ningún piii.

—Y no tendremos ocasión de acumular buen karma —añadí yo, lanzando un suspiro.

—¿La *signorina* desea acumular buen karma? —dijo a nuestro lado, risueña, una hormiga. Era más elegante que todas las que habíamos visto hasta ese momento. Su sonrisa era en extremo encantadora. Pero quizá lo más asombroso de esa hormiga fuese su acento italiano.

—¿También... es usted una persona? —deduje, y me pregunté si no tendría delante a Francesco, el pizzero de Bremerhaven, que murió de salmonelosis después de comerse su legendario tiramisú.

—Fui una persona —me corrigió la hormiga—. En un pasado demasiado lejano.

—¿Cómo de lejano exactamente? —Barton intervino en la conversación.

—Tres siglos.

Así que no era el pizzero.

—¿Tres siglos? —repitió Barton horrorizado—. ¿Se puede vivir cientos de años siendo una hormiga?

Los dos nos pusimos mustios.

—*Signore*, pero si eso no es nada.

—¿Cómo que no? —preguntó confuso Barton.

—También se puede pasar la miserable vida siendo un insecto miles de años.

A Barton se le borró el color de su cara de hormiga. Y yo me puse mala sólo de pensar en tener que vivir tanto tiempo siendo un animal pequeño.

—Mi fiel compañero ha corrido esa suerte. —La galante hormiga señaló a otra con un aspecto de lo más basto que estaba a su lado.

—Di hola, Aarg.

—Hola, Aarg —gruñó Aarg. Por lo visto no era la hormiga más brillante del grupo.

—En su día, Aarg fue un hombre de la Edad de Piedra —contó la hormiga italiana—, y ahora vive entre nosotros como un animal inferior porque, como líder de su clan, no era partidario de resolver los conflictos pacíficamente. ¿Alguna vez os habéis preguntado por qué los hombres de Neandertal se extinguieron y tuvieron que recular ante los de la Edad de Piedra?

—La verdad es que no —respondí.

Barton no decía nada. Seguía dándole vueltas a la información de que se podía vivir miles de años siendo una hormiga.

—La respuesta a este misterio de la historia es Aarg.

Aarg esbozó una sonrisa torcida, orgulloso de haber exterminado a los neandertales.

—Y usted, ¿quién es? —le pregunté a la hormiga galante.

—Giacomo Girolamo Casanova.

—De ése hice una vez. —Barton salió de sus sombríos pensamientos y se sumó de nuevo a la conversación—. Hace dos años, bajo la dirección de Tim Burton.

Mientras yo aún intentaba hacerme a la idea de que la hormiga que tenía delante en su día había sido el seductor más famoso de la historia universal, ella, halagada, observó:

—Así que mis hazañas siguen inspirando poemas, canciones y representaciones teatrales.

—Fue una película —puntualizó Barton—. Cuarenta y cinco millones de gastos de producción, ciento treinta y tres millones de recaudación en taquilla. Pero tendría que haber dado mucho más dinero. —Pensar en su trabajo, en cifras y beneficios, le insufló algo de vida.

—¿Qué es una película? —preguntó desconcertada la hormiga Casanova. Pero antes de que uno de nosotros pudiera darle una explicación, la reina exclamó desde la piedra:

—¡Alto todo el mundo!

Las huestes de hormigas obedecieron y se cuadraron. Incluidos Casanova y Aarg, aunque con menos entusiasmo que el resto. Los únicos que no hicimos ningún ademán de incorporarnos a la formación fuimos Barton y yo.

—¡Eh! —nos bufó Frtxl, la jefa del batallón—. Eso también va por vosotros dos.

Como no reaccionamos en el acto, la hormiga le dio a Barton con la pata delantera en la cabeza.

—¡Ay! —chilló éste.

—¡Déjalo en paz! —le solté al asqueroso bicho.

—Si quieres que lo haga, cuádrate. O no le pegaré a él, sino a ti. Hasta hacerte papilla.

Cientos de ojitos compuestos me lanzaron miradas asesinas. Y tuve que vérmelas con el miedo. Tanto, que no pude reaccionar a tiempo: ni me cuadré ni dije nada. Estaba paralizada. Lo único que logré fue temblar, cosa que no gustó ni pizca a la jefa.

—Muy bien, como quieras —resopló—, pues te haré papilla.

Con el pánico que sentía sólo fui capaz de cerrar los ojos.

—¡Déjala en paz! —amenazó Barton, que se agarraba la dolorida cabeza con una de las patas delanteras y así y todo intentaba parecer lo más decidido posible.

¡Me estaba defendiendo! Igual que yo lo había defendido a él. ¿Era solidaridad entre dos personas que habían corrido idéntica suerte? ¿O sólo quería demostrar que Marc Barton no se doblegaría aunque le pegaran? Sea

como fuere, se lo agradecí.

La jefa de las hormigas le dedicó una sonrisa repugnante.

—Entonces tú serás el primero.

Barton llevaba las de perder. Aunque en su vida de actor de películas de acción estuviese en forma, no sabía cómo peleaban las hormigas. Y aunque lo supiera, Frtxl era mucho mucho más fuerte que él. Ahora yo tenía más miedo por mí que por él, y eso me hizo salir de mi estupor.

—¡Vale, nos cuadraremos!

Me erguí deprisa, como las demás. Frtxl miró exhortativo a Barton, que se debatía consigo mismo, tenía demasiado orgullo. Más que yo. Por una parte me impresionó, pero por otra temí más incluso por él. Al final se impuso el sentido común y también se cuadró, no tan resuelto como yo y claramente de mala gana, pero a Frtxl le bastó.

En la piedra negra, la gorda reina gritó a sus ejércitos:

—¡Aniquilaremos a las hormigas verdes!

Mientras yo seguía asombrada de que hubiese hormigas verdes —madre mía, de las clases de biología no se me había quedado nada de nada—, Casanova suspiró:

—Los monarcas siempre están desequilibrados.

—¡Silencio en la formación! —nos espetó Frtxl, y cerramos la boca de hormiga.

—Miles de vosotras moriréis por nuestra elevada causa —aseveró la reina, el corpachón temblando al hablar—, pero a las que sobrevivan les espera una gran recompensa: las hembras podrán recordar durante toda su vida la gloriosa hazaña...

Mira tú qué bien.

—Y los machos que sobrevivan podrán aparearse conmigo.

—¿¡¿Aparearse?!? —repitió horrorizado Barton.

—Nunca se me antojó la muerte más tentadora —opinó Casanova.

—Antes Aarg gustar aparearse —afirmó apesadumbrado el que fuera un hombre de la Edad de Piedra.

Frtxl volvió nuevamente la cabeza hacia nosotros y soltó:

—¿Qué parte no habéis entendido de «silencio en la formación»? ¿«Silencio» o

«en la formación»?

Cuando se puso de frente para aclamar a su reina como las demás hormigas, Casanova suspiró:

—Ay de mí, cuánto echo de menos mi miembro.

—Miembro dar diversión —opinó asimismo Aarg. Aunque no lo tenía desde hacía ya miles de años, al parecer lo recordaba perfectamente.

Barton miró una vez más entre sus patas de hormiga y se lamentó, frustrado:

—Este karma es una auténtica *bitch* .

Frtxl se disponía a reprender una vez más a los impertinentes con un coscorrón de hormiga cuando la reina exclamó:

—Y ahora, ¡adelante!

—Adelante rima con horripilante —observó Barton.

—Una gran verdad —convino Casanova.

El ejército de hormigas se puso en movimiento. Casanova echó a andar resignado a su destino; a Aarg, por el contrario, le ilusionaba la inminente batalla:

—Cachiporrazos bien.

Miré a mi alrededor: huir era imposible. No se podía ir en contra de la corriente de hormigas soldado, y si nos quedábamos quietas, nos arrollarían sin más. Así que Barton y yo fuimos a la guerra.

CAPÍTULO 18

Nos aproximamos al campo de batalla, que se hallaba en la terraza de la villa de Brad Pitt. Los pasos de las hormigas al marchar me resultaban atronadores. Cuando era una persona, jamás habría pensado en lo ruidoso que era el mundo que se extendía a mis pies.

—¿Cuál es vuestra gracia? —me preguntó Casanova—. Me agrada conocer el nombre de las personas reencarnadas con las que me topo. En particular si voy a morir en breve a su lado.

—Daisy —repuse, y me esforcé en no pensar en una posible muerte como hormiga.

—Creía que te llamabas Disy —terció Barton.

—Sólo cuando estoy borracha.

—Ay de mí, el vino —suspiró Casanova—, cómo echo de menos tan exquisito brebaje. Y el tabaco, y los senos exuberantes de una mujer...

—¡Seno! ¡Seno! ¡Seno! —coreó Aarg.

—... pero, por encima de todas las cosas, echo de menos el calor de otro ser humano.

Casanova se puso nostálgico. También yo empezaba a desear el calor de un cuerpo humano, el de Jannis. Como nunca lo había deseado cuando era una persona.

—¡Seno! ¡Seno! ¡Seno! —repitió Aarg.

El que fuera un hombre de la Edad de Piedra parecía pensar de manera bastante unilateral.

—¡Culito! ¡Culito! ¡Culito!

Vale, bilateral.

—Y, *signorina*, ¿qué erais en vuestra vida anterior? —preguntó Casanova para no pensar en unos deseos que no se podían cumplir.

Se lo agradecí, pues la conversación también me distrajo a mí. Eso, ¿qué era yo? Buena pregunta. ¿Qué le respondía? ¿Actriz? Habría sido ridículo. Sobre todo en presencia de Barton. Tuve que admitir que para la buena pregunta de Casanova sólo había una respuesta, mala:

—Era una perdedora.

—No os preocupéis —respondió Casanova compasivo—. Ése es un destino que compartís con casi todas las personas.

—Conmigo no —objetó Barton—. Yo era lo contrario.

—Y, sin embargo, *signore*, aquí estáis ambos ahora —adujo risueño.

—Eso parece —repuso Barton irritado.

—Sí, *signore*, al destino le proporciona un gran placer ser irónico.

—El destino también es una *bitch* —soltó Barton, y pensé que tenía razón.

—¿Qué es una *bitch*? —le preguntó Casanova.

—Una puta.

—Ah, no —objetó Casanova—. Llamar así al destino constituye una ofensa a todas las putas. Las putas le hacen bien a uno.

Por lo visto, ninguno de nosotros era fan del destino.

—Ejército, ¡alto! —exclamó la reina cuando las tropas llegaron a la terraza.

Todas las hormigas se detuvieron y se cuadraron. La soberana, por su parte, se encaramó a una pequeña pala amarilla de juguete vuelta del revés, y que probablemente se hubiera dejado allí uno de los cerca de cien hijos adoptivos de Brad Pitt y Angelina Jolie. El rojo de la hormiga contrastaba con el plástico amarillo de la pala.

—¡Aniquilaremos a las hormigas verdes —gritó la reina—, porque lo verde no merece vivir!

Barton echó un vistazo y constató:

—Yo no veo ninguna hormiga verde.

En efecto, nuestro ejército de hormigas rojas se hallaba reunido al completo en la terraza, pero a las verdes no se las veía por ninguna parte. Al parecer eran bastante más listas que nosotras.

—No os hagáis ilusiones demasiado pronto, *signore* —aconsejó Casanova—. Vendrán.

—¡Muerte a las hormigas verdes! —gritó la reina una vez más, y su roja cabeza pareció a punto de estallar de odio—. ¡Aniquiladlas!

Muchos de sus súbditos morirían en una guerra, y yo estaba segura de que

ellos —a diferencia de nosotros, personas en la rueda del karma— no se reencarnarían. Pero a esa loca le daba tan igual lo que fuera de sus soldados como a cualquier dictador norcoreano. O a cualquier comandante en jefe de las fuerzas armadas norteamericanas. O a cualquier editorialista que exhorta a la movilización de soldados en países lejanos. Las hormigas me dieron pena. Si hubiese alguna forma de impedir el derramamiento de sangre absurdo... podríamos... podríamos...

—Estamos listos —se lamentó Barton.

—O justo lo contrario —repuse animada.

—Y ¿qué es lo contrario de estar listos? ¿Estar tontos?

—No, acumular buen karma.

—¿Cómo dices?

—Si impedimos la guerra, podremos acumular buen karma —le expliqué nerviosa.

—Disculpad, *signorina* —terció Casanova—. Tengo algo de experiencia con lo de acumular karma.

—¿Es que no has sido siempre una hormiga? —inquirí.

—Lo fui durante ciento treinta y tres vidas, pero luego acumulé buen karma con una señora llamada Kim y pasé a ser un conejillo de Indias.^[10]

—Mira tú qué bien —repuso mordaz Barton—. Un conejillo de Indias es algo mucho, muchísimo mejor.

—Y como conejillo de Indias acumulé todavía más buen karma y pasé a ser un gato precioso.

—Pues no lo pareces —constató Barton crispado.

—Bueno, es que después volví a acumular mal karma. Rompí demasiados corazones gatunos.

—¿Lo ves? —le dije a Barton risueña—. Se puede llegar a ser un animal de mayor tamaño.

—Aun así, ¿cómo vamos a evitar nosotros dos una guerra? —planteó.

—Haces demasiadas preguntas —repliqué irritada. ¿Es que siempre tenía que ser yo la que diera con la solución?—. ¿Y si, para variar, te pusieras a pensar de manera constructiva?

—Ya... —Barton iba a decir algo.

—Sería genial —lo interrumpí.

—¡Zas, zas! —dijo Aarg encantado, y señaló con la pata delantera izquierda el otro lado de la terraza, por donde desfilaba en ese momento el ejército de las hormigas verdes. Era mucho más numeroso que el nuestro. Se imaginara lo que se imaginase la reina roja, nuestro ejército no tendría nada que hacer frente a unas fuerzas tan superiores.

—Será una carnicería —constató Casanova—. Pero veamos el lado bueno.

—¿Y cuál coño es el lado bueno, si se puede saber? —preguntó Barton.

—Al menos no tendremos que aparearnos con la reina.

Un pobre consuelo para Barton, en vista de la inminente carnicería.

—Zas-zas-zas. —Aarg estaba cada vez más contento con las hormigas verdes, cuyo ejército, en el otro lado de la terraza, parecía verdaderamente imponente.

—Este tío empieza a sacarme de quicio —resopló Barton.

—No, más bien saca cosas positivas —afirmé sonriente, porque el que en su día fuera un hombre de la Edad de Piedra me había dado una idea.

—¿Relacionadas con ganas de asesinar?

—Algo por el estilo —afirmé—. Le haremos ¡zas! a la reina roja y así evitaremos la guerra y acumularemos buen karma.

CAPÍTULO 19

Como era de esperar, Barton me preguntó cómo pensaba hacer eso exactamente y, como era de esperar, yo aún no tenía ni repajolera idea. Lo único que sabía era que ese problema no se solucionaría solo, no se podía aplazar y no se podía ahogar en alcohol, y tampoco se podía huir de él sin más. E incluso en el caso poco probable de que lográramos escapar, estaba claro que con ello no acumularíamos buen karma. No quería pasarme la vida siendo una hormiga durante cientos de años, como Casanova. La verdad es que no quería pasar así ni un solo día. Lo que quería era estar con Jannis. Sentirlo cerca. Y para ello necesitaba algo que no había tenido en mi primera vida, cuando era una persona: un plan.

Los obstáculos eran evidentes: para quitar de en medio a la reina, primero tendríamos que pasar por encima de Frtxl, luego subir a la pala de juguete vuelta del revés, neutralizar a la Guardia de Corps y, por último, vencer a la gorda. Y todo ello antes de que la soberana diera la orden de ir a la lucha. Me paré a pensar febrilmente cómo podíamos llevarlo a cabo. En mi cabeza todo se desarrollaba como en una de esas películas en las que el cerebro, George Clooney, y sus compinches, ladrones especializados, repasan el robo del siglo. Sólo faltaba la banda sonora molona. Éste fue el plan que tramé a toda prisa: Aarg se abalanzaría sobre Frtxl para que los demás pudiésemos separarnos de nuestro batallón. Casanova armaría un buen jaleo en un lado de la pala para hacer que la Guardia de Corps se abalanzara sobre él. De ese modo, la reina quedaría desprotegida. Entretanto, Barton y yo subiríamos a la pala por el mango, y uno de los dos distraería a la reina para que el otro la empujara de la pala antes de que pudiera dar la orden de atacar.

Yo ya sabía que los planes que forjaban tipos como George Clooney en las películas siempre acababan saliendo mal, y sin duda eso mismo pasaría con el mío, pero en ese momento ese detalle no me hizo desistir. Era el plan más meditado que había urdido nunca. Así que puse a los tres al corriente, y cuando hube terminado pregunté nerviosa:

—Y bien, ¿qué os parece?

—Sumamente audaz —alabó risueño Casanova.

—Sumamente demencial —opinó Barton, cuya negatividad poco a poco empezaba a ser insufrible.

—Aarg no entender.

Acaricié la idea de volver a explicárselo todo al hombre de la Edad de Piedra, pero el tiempo corría, y además dudaba que Aarg entendiera lo que me proponía ni aunque hubiese tenido una presentación en PowerPoint. Por eso señalé a la jefa del batallón, Frtxl, y aclaré:

—Tú sólo hacer zas a ésa.

—¡Zas, bien!

—¿Estáis conmigo? —pregunté a mi pequeño corrillo de hormigas.

—*Chiaramente* —sonrió Casanova—. Quiero volver a ser un gato y camelarme a las gatas, dejarlas extasiadas noche tras noche, con mi poesía, con mi canto, con mi lengua, mi miem...

—Ya te hemos entendido —lo corté.

—¡Miembro, bien! —exclamó Aarg, que comprendía instintivamente que ésa era su oportunidad de volver a tener uno.

Barton era el único que no decía nada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Estás loca.

—Eso ya lo has hecho constar algunas veces.

—Y todas ellas tenía razón.

—Eres muy negativo —aseguré.

—Mejor eso que loco.

—Yo no opino lo mismo.

—Claro, porque estás loca.

—Loca o no, sigues sin responder mi pregunta: ¿estás conmigo?

Barton observó a los ejércitos, plantados amenazadoramente frente a frente, que sólo esperaban a oír la orden de atacar de sus respectivas reinas. No tenía una idea mejor de cómo acumular karma, ni tampoco de cómo salir sano y salvo de ese embrollo. Así que, por muy descabellada que le pareciera mi idea, no había otra mejor, razón por la cual me lanzó una sonrisa un tanto atormentada y dijo:

—Miembro, bien.

CAPÍTULO 20

Para entonces, el despliegue del ejército de las hormigas verdes había terminado. Entre ellas y el ejército rojo sólo había escasas hormigas de distancia. Unas cincuenta. Reinaba la famosa calma que precede a la tormenta. Si hubiese caído al suelo un alfiler, se habría oído. Claro que, para nosotras, hormigas, un alfiler era algo enorme. Si hubiese caído desde la altura de un hombre, el ruido en nuestros oídos habría sido similar a la caída de la aguja del edificio Empire State a las calles de Nueva York. Pero probablemente ni siquiera semejante estruendo hubiese roto la concentración de los soldados. Las hormigas rojas y las verdes se hallaban frente a frente, inmóviles, concentradas y decididas a morir por la causa. También Frtxl se hallaba en una especie de trance bélico y no se enteró de que nos acercábamos a ella. Sólo cuando estuve a su lado y le hablé se volvió hacia mí, profundamente consternada por que alguien la abordase en un momento así.

—Perdóneme... —le dije—, a mi amigo Aarg le gustaría comentarle algo.

—¿Y... bien? —La gran hormiga estaba tan sorprendida que ni siquiera nos bufó.

—¡Zas! —dijo Aarg.

—¿Zas? —repitió, desconcertada, Frtxl.

En ese instante Aarg se le echó encima y empezó a darle golpes.

—Zas —confirmé.

Nunca había visto a nadie que se divirtiera tanto repartiendo mamporros como Aarg, ni siquiera Terence Hill y Bud Spencer parecían disfrutar tanto en sus películas.

—¡Vamos! —les grité a Casanova y Barton.

Salimos pitando los tres mientras Frtxl y Aarg se peleaban y las hormigas de alrededor se preguntaban si debían ayudar a su comandante o mantener la posición. Sin duda era la primera vez que veían que alguien de sus propias filas atacara a la jefa del batallón. Si esas hormigas hubiesen sido robots, sus circuitos se habrían fundido.

Corrimos hacia la pala amarilla. Las hormigas no nos detuvieron, seguían cuadradas, de manera que llegamos sin incidentes a la parte delantera de la pala. Justo encima, ni la reina ni su Guardia se percataron de nuestra presencia, sólo tenían ojos para el ejército enemigo. Y que éste fuese mucho más numeroso que el suyo no hizo que la reina flaqueara en su resolución o, mejor dicho, en su locura.

—Le toca —le susurré a Casanova.

—No os preocupéis, *signorina*, haré que la Guardia se abalance sobre mí desde la pala.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —preguntó Barton escéptico.

—Con cumplidos.

—¿Con cumplidos?

La respuesta no consiguió atenuar el escepticismo de Barton. Ni el mío.

—Los cumplidos son una espada afilada —alegó sonriente el seductor.

Aunque no entendí adónde quería llegar Casanova, le espeté a Barton:

—No podemos esperar.

Y eché a correr con él. Nada más dar la vuelta a la esquina —pues queríamos subir por el mango desde el otro lado de la pala, sin que nos vieran—, oímos decir a Casanova:

—Estimada Guardia de Corps.

—¿Qué quieres? —dijo uno de sus miembros.

—Admiraros, *signore*.

—¿Qué es un *signore*?

—En este caso eso resulta irrelevante.

—¿Qué significa irrelevante?

—Eso también es irrelevante.

En la calma que precedía a la batalla el silencio era tal que incluso atrás, en el mango de la pala, escuchamos que las hormigas de la Guardia, perplejas, se rascaban la cabeza con las patas.

—Vosotros, gallardos caballeros de la Guardia, os apareáis con la reina —constató Casanova.

—Sí.

—Admiro vuestra potencia.

—Gracias —respondieron halagados.

—Nadie se puede medir con vosotros.

—Puedes apostar a que no —convino el miembro de la Guardia mientras Barton y yo nos subíamos al mango de la pala sin que nadie se diera cuenta.

—Sois las más resueltas de todas las hormigas —siguió alabando alegre Casanova.

Todos emitieron sendos gruñidos de aprobación.

Barton y yo corrimos por el mango, ya veíamos a los gigantescos miembros de la Guardia y a la monstruosa reina: todos ellos se hallaban de espaldas a nosotros, contemplando a Casanova, que los lisonjeaba abajo. Pero lo que estaba haciendo no bastaba. Ciertamente, se hallaban de cara a él, pero si nosotros atacábamos a la reina ahora, se olvidarían de Casanova y nos matarían. Para que mi plan saliera bien, tenía que hacer que se lanzaran sobre él. Y tenía que hacerlo deprisa.

—Pero, *signore* —seguía diciendo Casanova—, ¿sabéis qué es lo que más admiro de vosotros, miembros de la Guardia, hablando de aparearos con la reina?

—¿Qué? —preguntaron al unísono todos los miembros de la Guardia de Corps, que, como todo bicho viviente, no se cansaban de oír halagos.

—Que no le hacéis ascos a nada.

Y la reina chilló: —¡Matadlo!

La Guardia se bajó de la pala de un salto. Ahora estábamos a solas con la reina, que, como nos daba la espalda, no reparó en nosotros. Hasta entonces mi plan había funcionado estupendamente.

—Y ahora ¿qué? —me preguntó en voz baja Barton mientras nos acercábamos a la soberana sin hacer ruido.

—Pues ahora uno de nosotros la distrae y el otro la empuja de la pala —afirmé, repitiendo el último paso de mi plan y sin estar segura de qué papel era el peor.

—¿Quién va a empujar a ésa? ¿Tú la has visto bien? —Señaló el monstruo, que en ese momento encendía a los miembros de su Guardia:

—¡Arrancadle las patas! ¡No tan rápido! ¡Despacio! ¡Más despacio!

Barton estaba en lo cierto, contra ella uno solo no tenía ninguna posibilidad. Habíamos llegado al punto en el que me daba cuenta de que no era tan sencillo llevar a la práctica la mayoría de los planes tal cual se concebían.

—Entonces, ¿qué hacemos? —insistió Barton.

No lo sabía. Sea como fuere, el encanto de la buena de Daisy no nos ayudaría

mucho. Ya me había fallado el último día de mi vida como persona.

—Se me ocurre una cosa —sugirió.

—¿Tienes intención de empezar a pensar de manera constructiva? —pregunté asombrada.

—Si me dejas hablar...

—Muy bien, ¿qué propones?

—Nos largamos y pensamos en otra forma de acumular karma.

La idea me gustó, mucho incluso, puesto que no tenía maldita gana de averiguar qué se siente cuando a uno le arrancan las patas despacio, a fin de cuentas, y para colmo de males, tenía seis. Por otro lado, pensando en Casanova, que se estaba dejando descuartizar delante de la pala, huir quizá fuese un pelín injusto. Está bien, muy injusto.

—Ni hablar.

—¿Tienes una idea mejor? —quiso saber Barton. Por lo menos no ponía pies en polvorosa en el acto, sino que me escuchaba.

—Al menos tengo otra: cogemos carrerilla los dos, embestimos a la tiparraca y la tiramos de la pala.

Barton miró a la reina, sopesó la idea y dijo:

—Podría funcionar. Y fíjate que digo *podría*.

—Pero sólo si actuamos en equipo.

—Puedo trabajar en equipo —repuso Barton, un tanto ofendido.

—¿Ah, sí? —lo provoqué.

—Si lidero el equipo —añadió, y sonrió irónico—. Pues a la de tres: un, dos...

—¡Tres! —terminé yo, y salí corriendo. Si alguien iba a liderar nuestro equipo, sería la mujer hormiga que había concebido el plan.

Irritado, Barton resopló, salió asimismo corriendo y no tardó en alcanzarme, y los dos continuamos a toda velocidad hacia el monstruo, que cuanto más nos acercábamos, más imponente nos parecía. Y más repugnante.

—Tiene pelos no sólo en los dientes... —observó Barton jadeante.

—... sino también en el trasero —constaté yo.

—Y vamos directos a él —afirmó, tragando saliva.

Por desgracia tenía razón: le daríamos con la cabeza justo en el peludo trasero.

No lo pude evitar, cerré los ojos. De lo contrario quizá hubiese dado media vuelta, y con toda seguridad habría reducido la velocidad y, con ello, perdido un impulso decisivo. Así que me estrellé a ciegas contra el culo de la hormiga reina, junto con Barton, un trabajo en equipo bastante coordinado, pues. La cabeza me estallaba, me tambaleé un tanto, esperando oír de un momento a otro el grito de la soberana al caer.

Pero no gritó. Abrí los ojos con cautela: a mi lado daba traspiés un Barton visiblemente aturdido. Nos quedamos los dos mirando embobados el peludo culo. La reina no había caído, y ahora se daba la vuelta despacio, muy despacio. Su cara, roja por naturaleza, ahora era de un rojo subido, y su mirada destilaba un odio que quizá sólo pudiesen engendrar tiranos locos de remate. Y Barton constató:

—Somos una mierda de equipo.

CAPÍTULO 21

—¿Sabéis lo que voy a hacer ahora? —dijo la hormiga reina.

—¿Reírse con nosotros de este golpecito tan tonto? —probé a quitarle hierro a nuestro ataque.

—Ocuparme personalmente de vosotros.

—No será necesario —repuse con una sonrisa atormentada.

—Seguro que tiene cosas más importantes que hacer —terció Barton—, como capitanear una guerra, así que será mejor que no pierda el tiempo con tonterías.

Aunque el hecho de que Barton la instara a empezar la guerra era incompatible con nuestro propósito de acumular buen karma, para ser sincera, yo en ese momento también habría dicho cualquier cosa para salir de la situación.

—A decir verdad, las hormigas verdes, esas cobardes, desean la paz —rio la reina—. Sólo lucharán si doy a mi ejército la orden de atacar. O sea, que tenemos mucho tiempo. Muchísimo tiempo.

—Larguémonos —le susurré a Barton—. A la de tres: un, dos...

—¡... tres! —me cortó. Esta vez fue él el primero que echó a correr. Quizá nunca fuésemos capaces de hacer algo al unísono, si es que vivíamos para contarlo o (en caso contrario) volvíamos a reencarnarnos juntos en hormigas. ¿O acaso habíamos acumulado mal karma por sacrificar a Casanova inútilmente? ¿Renacería siendo un gusano, una moscarda o un escarabajo pelotero?

Moscarda tal vez no fuera tan malo. Siempre podría volar alrededor de Jannis y Kelly para que nunca pudieran besarse tranquilos. Cuando, al cabo, Kelly, crispada, dejara a Jannis, yo viviría en su habitación y dormiría en su almohada. Aunque no acariciara a una moscarda como acariciaría a una gata, quizá resultara soportable. Al fin y al cabo estaría con él. En esos segundos de pánico eché de menos a Jannis más que nunca. Había estado a mi lado casi toda mi vida, pero ahora, en ese infierno, no era así. En cambio tenía, precisamente, a Barton. La Hormiga más Enervante del Mundo. Casanova tenía razón: era evidente que el destino se lo estaba pasando en grande siendo irónico.

—¡Me las pagaréis! —nos chilló la reina, y al hacerlo la cabeza se le volvió a poner rojo oscuro y las carnes le temblaron.

Seguro que tenía la tensión alta. Como Lemke, nuestro vecino de Bremerhaven, que murió de un infarto de miocardio con sesenta y tres años y cuyas últimas palabras fueron: «Ojalá no hubiese metido tanto dinero en el plan de pensiones».

—¡Alto! —bramó el monstruo mientras corríamos hacia el mango de la pala.

—Ni de coña —dijo Barton jadeando.

La reina puso su voluminoso cuerpo en movimiento. Para ser una hormiga tan grande, se movía condenadamente deprisa. Más deprisa que nosotros. Mucho más deprisa. Aunque respiraba con dificultad y lanzaba ayes al correr, no tardaría en darnos alcance.

—¿Queréis tomarme el pelo? —vociferó, y el color de su cara pasó del rojo oscuro al lila oscuro. Al advertirlo tuve una idea, y le contesté:

—Pues sí.

—Pues no —objetó Barton enfadado.

—Que sí —insistí, y me detuve.

—Y desde luego no queremos pararnos —añadió furioso.

—Confía en mí.

—¿En TI?

—O no confíes —respondí irritada, y me volví hacia la reina y le dije—: A vosotras hay que tomaros el pelo por fuerza. Es un instinto de lo más natural.

Esa desfachatez la dejó tan pasmada que también ella se detuvo. Y Barton, del susto, hizo otro tanto.

La reina tomó aire.

—¿Estás... estás...?

Barton suspiró y completó la frase:

—Sí, está loca.

Sin embargo, yo hacía mucho que no tenía nada tan claro como en ese instante. Tenía presente a nuestro antiguo vecino, al que le dio el infarto al exaltarse demasiado porque, debido a un fallo, la temperatura de la calefacción por suelo radiante de su casa no podía bajar de los cincuenta grados: sí, no sólo Barton y yo podíamos morir de una manera absurda. La reina me recordó a mi antiguo vecino, me daba la impresión de que estaba a punto de pasar a mejor vida.

—Y no necesitáis un ejército para aniquilar a las hormigas verdes —añadí—. Os basta con vuestro mal aliento.

—¡Vas a sufrir como nunca ha sufrido nadie! —gritó la reina mientras avanzaba pesadamente hacia mí. Y esperé con toda mi alma que mis profanos conocimientos médicos no me engañaran.

Barton me susurró:

—No me convence del todo tu estrategia.

Pero yo me mantuve en mis trece.

—O bastará con que le enseñéis al ejército verde vuestro trasero peludo.

—¡Grrr! —gruñó la reina, y empezó a tambalearse. Aunque también se hallaba peligrosamente cerca de nosotros. Así que la siguiente frase tenía que ser definitiva.

—O... o... o... —balbucí.

Una verdadera lástima que no se me ocurriera nada más.

La tirana estaba a tan sólo dos pasos, de un momento a otro nos golpearía con sus poderosas patas.

—O... —Barton se apresuró a acudir en mi ayuda—. Bastará con que les enseñéis vuestra cara.

La reina se llevó una pata al pecho.

—Pedazo de... —Iba a soltar un taco, pero en lugar de terminarlo empezó a silbar como una olla exprés.

Sólo nos separaba un paso.

—¡Esa será la peor de las muertes para las verdes! —chilló Barton.

La reina revolvió los ojos y vino hacia nosotros haciendo eses.

—No, hay una incluso peor... —Entonces se me ocurrió algo más.

—... que os apareéis con ellas. —Barton siguió el hilo de mis pensamientos.

Eso le dio la puntilla.

La reina cayó muerta.

Por desgracia, sobre nosotros.

Y lo último que pensé en mi vida como hormiga fue: quizá Barton y yo no

formemos tan mal equipo, después de todo.

CAPÍTULO 22

Una vez más volví a ver pasar la vida en un instante, pero esta vez se trató de mi vida como hormiga. Recordé el entierro. Lo mucho que me afectó. Recordé cuando Jannis confesó que me quería. Y el momento en que decidí impedir que él y Kelly se liaran.

También recordé mis peleas con Barton. El trasero peludo de la reina. Y que la matamos y de ese modo salvamos a muchas hormigas. Esto último me llenó de orgullo. Demencial, en mi larga vida como persona no había hecho nada que pudiera recordar con orgullo, pero en mi corta vida como hormiga había logrado llevar a cabo algo importante.

Después floté de nuevo por la nada blanca, dirigiéndome hacia la luz. No con mi cuerpo de insecto, sino con el de persona. Desnudo, como lo había creado la naturaleza. Me sentí increíblemente bien teniendo otra vez un cuerpo humano. Tampoco había apreciado eso en lo que valía en mi primera vida: consumía tabaco, alcohol, drogas y mucha comida basura. O ¿acaso era al contrario y sí lo había apreciado en lo que valía proporcionándole tanto placer con todas esas cosas?

La luz era más intensa que en mi muerte anterior, más cálida, más agradable. Tenía muchas ganas de ir hacia ella, fundirme con ella. Más aún que la primera vez. Noté instintivamente que allí había algo más aparte de la luz y de mí. Haciendo un gran esfuerzo aparté la mirada de la luz y la dirigí a un lado: ahí flotaba Barton, que también volvía a ser una persona y asimismo estaba desnudo. No me hacía caso, sólo miraba la luz, anhelante, esperanzado.

La luz se volvió más intensa. No podía evitarlo, debía volver a mirarla. Justo entonces empecé a envolverme y también me sentí más segura que la primera vez. Más feliz. Si existía el cielo, había llegado a él. Era maravilloso, no podía imaginarme nada más bello. Sin embargo, poco antes de que me envolviera por completo, me rechazó. No podía quedarme.

Barton también fue expulsado. Parecía tremendamente triste. Y yo también tenía lágrimas en los ojos.

De pronto estaba sobre unas piedrecitas, pero no eran las piedrecitas del camino que llevaba hasta la villa de Brad Pitt, eso estaba claro, ya que me hallaba debajo del agua. Aquello estaba muy oscuro, pero con la escasa luz que había logré distinguir unas plantas verdes y altas que se movían a un lado y a otro en una mansa corriente. Así que me encontraba en el fondo de un pantano o de un lago o incluso de un mar. Nada más ser consciente de ello, noté que me ahogaba.

CAPÍTULO 23

Presa del pánico, miré hacia arriba: de allí venía la luz que entraba en el agua. Tenía que llegar de inmediato a la superficie. ¡Al aire!

Quería nadar, pero entonces noté que sólo tenía dos brazos, no seis. Lo que significaba que ya no era una hormiga. Pero tampoco era una persona, ya que sólo sentía esos dos brazos. Ninguna pierna. ¡Oh, no, ya no tenía piernas!

Pero ése no era mi problema más acuciante, sino el hecho de que no podía seguir conteniendo la respiración. Desde luego no es nada agradable encontrarse en una situación en la que la pérdida de las piernas no es el problema más acuciante.

Nadé hacia arriba lo más deprisa que pude. Y me sorprendió lo bien que se me daba, lo naturales que me resultaban los movimientos, y eso que hasta ese momento había evitado en la medida de lo posible lagos y piscinas. Ya de pequeña me preguntaba por qué tenía que aprender a nadar. A las personas no se nos había perdido nada en el agua. En las zonas de veraneo siempre morían nadadores que se creían demasiado buenos. Quienes no nadaban, en cambio, se quedaban tan ricamente en la playa, contemplando los esbeltos cuerpos de hombres o mujeres deportistas, según las preferencias de cada cual. Unas brazadas más y podría volver a respirar. ¡No debía darme por vencida! Con las últimas fuerzas que me quedaban salí a la superficie y... noté que no podía respirar.

Cogí aire como una loca, pero cuanto más lo hacía, tanto más amenazaba con ahogarme. El pánico casi me hizo perder los nervios. Quería llevarme las manos al cuello, pero mis brazos eran demasiado cortos. Y tampoco tenía cuello. Me mareé. No conseguí mantenerme por encima del agua, me deslicé bajo la superficie, convencidísima de que me ahogaría. Demasiado débil para nadar, me fui al fondo y... de nuevo podía respirar. ¡Debajo del agua!

¿Cómo coño era posible?

Un pez rojo enorme vino nadando hacia mí —al menos en ese momento me pareció enorme, en realidad era tan grande como yo— y gorgoteó con la voz de Barton:

—¿Eres tú, Daisy?

En cualquier otra situación habría tomado nota encantada de que Barton ya no me llamaba «loca» o «Disy», sino que por primera vez usaba mi nombre. Pero lo que hice fue deducir que las dificultades para respirar que había notado al renacer se debían únicamente al pánico de hallarme de pronto bajo el agua. Me puse a mirar mi nuevo cuerpo de pez, las pequeñas aletas, las escamas, intenté también descubrirme las agallas, cuando detrás de nosotros

una voz suave, amable, dijo:

—Os doy la bienvenida, amigos míos.

Nos volvimos: hacia nosotros nadaba un pez increíblemente gordo con franjas blancas y anaranjadas. Un pez payaso, que hasta entonces sólo conocía por *Buscando a Nemo*, la peli de Pixar. Esbozaba una sonrisa beatífica.

—Buda —constató Barton irritado, y yo pregunté, indignada:

—¿Por qué demonios somos peces?

—Los demonios no tienen nada que ver con esto —sonrió el pez payaso, que me gustaba tan poco como los payasos de verdad—. Ni siquiera existen.

En otras circunstancias, una información así habría resultado tranquilizadora, sobre todo a pecadores ocasionales como yo, pero en ese momento los demonios no me interesaban.

—Eso no responde mi pregunta. ¿Por qué somos peces?

—Bueno, habéis acumulado buen karma.

—¡Exacto! Así que deberíamos ser otra cosa.

—¿Un gato o un perro? —preguntó el risueño pez payaso.

—¡Justo!

—Para eso no os llega.

—¿Que para eso no nos llega? ¿Que para eso no nos llega?

—Eso he dicho.

—Hemos evitado una guerra —protesté—. ¿Quién puede decir que ha hecho eso?

—Pocos —convino Buda. Su permanente sonrisa me volvía más agresiva por momentos. Si fuera una persona, habría echado a ese pez a la parrilla. De modo que pregunté—: Y ¿por qué no somos debidamente recompensados?

—Lo habéis hecho por los motivos equivocados.

Por un instante me quedé de una pieza.

—Queréis ser un animal de mayor tamaño para hacer el mal.

Miré las piedrecitas del fondo, avergonzada: aunque separar a Jannis y Kelly a nosotros nos pareciera bien, a los ojos de pez de Buda estaba mal.

—Disfrutad de vuestra nueva vida —repuso sonriendo el pez gordo—. Es una recompensa por lo que habéis hecho. Os la habéis merecido.

Una luz resplandeciente envolvió a Buda, que fue hacia ella. Escasos segundos después no quedaba ni rastro ni de él ni de la luz.

—¿Qué le ven sus adeptos a ese hijo de pupiii? —preguntó Barton frustrado.

No contesté, estaba demasiado desesperada. Dijera lo que dijese Buda, ir nadando por el lugar como un pececillo dorado no era ninguna recompensa. Era mucho peor que ser un gato o un perro. Habría sido mejor reencarnarse incluso en moscarda. Siendo peces, ¿cómo íbamos a impedir que Jannis y Kelly se liaran? Pero, sobre todo: siendo un pez, ¿cómo iba a estar cerca de Jannis?

CAPÍTULO 24

—*We are two lost souls, swimming in a fish bowl, year after year...* —cantó Barton en el agua, triste.

—Y eso ¿a qué viene ahora?

—Somos dos almas en pena nadando en una pecera, año tras año, de *Wish you were here*, de Pink Floyd. Así pensaba titular mi próxima película, que iba a producir yo mismo, como la canción, una versión moderna de *Esperando a Godot*. Con brókeres de Wall Street que esperan a los camellos que les pasan la coca.

—¿Y cómo es que se te ocurre eso ahora?

—Observa.

A nuestro alrededor, en el agua, se deslizaba un montón de peces ornamentales con todos los colores del arcoíris. A poca distancia se veían burbujas de aire ascendentes: una bomba de oxígeno. En el mar no había esas cosas. Ni en los lagos. Ni en los pantanos.

Me puse a nadar —sorprendentemente, deslizarme por el agua incluso me deparó cierta satisfacción— y descubrí mi débil reflejo en un cristal. Así que estábamos en una *fish bowl*, una pecera; para ser más exactos, en un acuario. Pero no en un acuario cualquiera, sino en el de Brad Pitt y Angelina Jolie. Y en verdad éramos *two lost souls*: dos almas en pena.

¿También eran los demás peces almas en pena? No, estaba claro que, a juzgar por lo abúlicos que parecían, allí no había ninguna persona reencarnada. ¿En qué se habrían reencarnado Casanova y Aarg? A fin de cuentas, habían actuado de manera más altruista que nosotros.^{[11] [12]}

A través del cristal disfrutábamos de una vista estupenda del sofá de diseño lila. Y de Jannis y Kelly, que en ese momento entraban juntos en la habitación. Ambos llevaban una ropa distinta de la de la última vez. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que morimos como hormigas?

—El vuelo es mañana —informó Kelly—. En Estados Unidos los periodistas no me dejarán en paz.

—Yo estaré contigo —repuso Jannis, cogiéndola de la mano.

—¡Piii! —exclamó Barton.

—Eso está bien —repuso Kelly agradecida, y acarició la mejilla de Jannis, que estaba encantado—. Me gustaría hacer algo. Algo que está mal... muy mal...

—¿Y qué es? —quiso saber él.

—Besarte...

Horrorizados, Barton y yo pegamos nuestra boca de pez al cristal.

Sin tan siquiera esperar a que le respondiera, Kelly besó a Jannis. Y por lo visto a él no le pareció nada mal, a juzgar por cómo le devolvió el beso.

Nunca me había dolido nada tanto. Ni siquiera la muerte.

Jannis y Kelly se besaban cada vez con más ganas. Si aquello seguía así, se desnudarían delante de nuestros ojos saltones. Me entró mucho frío, aunque el agua estaba caliente.

—Por lo menos podrían irse a la habitación —se quejó Barton.

—También nosotros podríamos no mirar.

—Podríamos, sí.

Ninguno de los dos apartó la vista.

Kelly se deshizo la trenza y se sacudió el pelo.

—Lo hace siempre que quiere dejarse llevar —dijo Barton entristecido.

—Deberíamos mirar para otro lado de una vez.

—Deberíamos, sí.

No dejamos de mirar.

—Aunque lo hiciéramos —dijo Barton—, los oiríamos, porque no...

—... podemos taparnos las orejas con estas aletas tan cortas.

Como pez, de pronto me volví una mirona. ¿Cuántas veces me habrían visto practicar sexo personas reencarnadas en arañas, moscas, mosquitos u otros bichos? ¿Y qué clase de personas serían si se habían reencarnado en unos animales tan bajos? Hay cosas a las que es mejor no darles muchas vueltas.

Jannis le desabrochó despacio la blusa de seda rosa a Kelly y dejó a la vista dos espléndidos pechos.

—Dime que son de silicona —le pedí a Barton.

—Te podría decir que son de silicona.

—Bien —contesté, y me alegré un poco.

—Pero estaría mintiendo.

¡Mierda!

Ahora Kelly le quitó a Jannis la camiseta. Para haber tardado meses en acostarse con Barton, iba bastante embalsada.

—Menuda falta de respeto —rezongué.

—Pues sí, cuando hace tan poco que hemos muerto... —Barton también estaba profundamente afectado.

—Aunque a Buda le parezca mal, sigo queriendo separarlos.

—¡A Buda una piii de vaca! —exclamó Barton.

—Un buen mojón.

—De elefante.

—Con diarrea.

Pero no era más que palabrería. No podíamos desear que a Buda le cayera encima un mojón, pues era él quien ponía las reglas. ¿O acaso sólo era el que las hacía valer? En cualquier caso, si fastidiábamos a esos dos, acumularíamos mal karma.

—Si tuviéramos un solo motivo desinteresado por el que no pudieran estar juntos... —apunté, lanzando un suspiro.

—¿Quieres decir aparte de que vaya contra natura que semejante *loser* esté con una mujer como ella?

—¡Jannis no es un perdedor!

—¿A qué se dedica?

—Estudia las guerras púnicas.

—Pues eso, un *loser*.

Jannis le quitó a Kelly los pantalones vaqueros despacio, dejando a la vista los *Sexiest Muslos Alive*.

—Dime que es malo en la cama —me pidió Barton.

—Te podría decir que es malo en la cama.

—Pero sería mentira.

—Ajá.

También Jannis se quitó los vaqueros. Ahora estaban en ropa interior: Jannis con unos bóxer y Kelly con unas braguitas negras de encaje.

—Se las regalé yo —se lamentó Barton—. Me costaron 1989 dólares.

Al oír aquello, la clienta de H&M tragó saliva.

Jannis y Kelly se besaban con pasión. Me pregunté si los peces lloraban. Seguro que no tardaría en averiguarlo.

—Deberíamos parar de mirar de una vez —susurré.

—Ya... —afirmó débilmente Barton.

Pero seguimos con las bocas de pez pegadas al cristal. Por masoquismo. Por idiotez. Y estuvo bien. Muy bien, incluso. Porque me di cuenta de algo que hizo que dejara de compadecerme.

—¿Has visto eso? —pregunté con nerviosismo.

—¿El bulto que tiene el *loser* en los calzoncillos? Preferiría no haberlo visto.

—No me refiero a eso. ¡Jannis la está besando con los ojos abiertos!

—Pues eso, un *loser*.

—¡Eso significa que no la quiere!

—Puede que siempre bese con los ojos abiertos.

—No.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Barton.

—Porque cuando me besaba a mí los cerraba.

—Y eso lo sabes porque...

—Yo tenía los ojos abiertos.

—Y no lo quieres.

Era verdad. O, mejor dicho, era verdad entonces. Pero ¿ahora?

Los celos me estaban matando. Quería separarlos con todas mis fuerzas. Y echaba mucho de menos a Jannis.

Barton miró a su mujer... o a lo que quiera que fuese para él ahora Kelly, y constató:

—Tiene los ojos cerrados.

En su cara de pez vi reflejada la preocupación de que Kelly pudiera enamorarse de Jannis.

—Más le vale a Harry Potter no hacerle daño.

—¿Cómo se lo iba a hacer? —No acababa de imaginarme que una persona tan buena como Jannis pudiera romperle el corazón a una superestrella.

—Nicole sabe que ningún hombre la quiere por sí misma...

—¿Incluido tú?

—Ahora todo es tan distinto... —dijo en voz muy baja.

Quería a su mujer.

Cierto, sólo se sabe lo que se quiere cuando se ha perdido. Al menos cuando uno es idiota. Como Barton. Como yo. Yo también entendí definitivamente que todo había cambiado. Quería a Jannis.

CAPÍTULO 25

—Está claro que Nicole piensa que tu Harry Potter es sincero —espetó Barton—. Pero es como todos: sólo quiere su cuerpo.

Me habría gustado defender a mi querido Jannis, pero en lo más profundo de mi ser sabía que Barton tenía razón. Jannis era decente, pero ni siquiera el mismísimo Dalai Lama habría podido resistir la tentación de darse un revolcón con una mujer así en el sofá de diseño. Y si Jannis lo hacía ya mismo, me partiría el corazón.

—Le hará daño —aseveró Barton con tristeza.

Al oír eso se me ocurrió una idea, y empecé a gritar de alegría:

—¡Qué guay!

—¿Guay? ¿Te has vuelto loca del todo? —Barton intentó darme con la aleta, pero estaba tan lejos que lo único que consiguió fue echarme un poco de agua.

—Si los separamos, salvaremos el corazón de Nicole. Haremos algo bueno y acumularemos buen karma. Y después podremos estar siempre con ellos. Como animales de compañía.

Me imaginé que era un gato y vivía con Jannis, dormía en su cama y me arribaba a él siempre que quería. Aunque no sería la relación de amor perfecta, sí mucho mejor que tener que mirarlos a él y a Kelly siendo un pez.

—Un buen plan —repuso mordaz Barton—. Pero te olvidas de una cosa.

—¿De qué cosa? —pregunté crispada, porque ya estaba otra vez buscando el pelo en la sopa.

—Están a punto de montárselo.

—Pues tendremos que actuar deprisa.

Jannis había vuelto a abrir los ojos mientras se magreaban, y miraba hacia nosotros. Teníamos que distraerlo como fuera para que dejara a Kelly. Pero ¿cómo? Darle con las aletas al cristal no creo que sirviera de mucho. Ni darle con la cabeza tampoco. Aunque me estrellara contra el cristal tan fuerte que me produjera un traumatismo craneal, probablemente Jannis ni se diera cuenta.

¿Qué más sabían hacer los peces? ¿Aparte de nadar, abrir y cerrar la boca y mirar con ojos saltones? No sabía nada, pero nada, de peces, en casa de mis

padres nunca habíamos tenido ninguno, y tampoco conocía a nadie que tuviera; en realidad, sólo me habían interesado de verdad los peces una vez en mi vida, cuando vi *Buscando a Nemo* ...

—*¡Buscando a Nemo!* —exclamé.

—¿Perdona?

—¿Has visto *Buscando a Nemo* ?

—¿La película?

—No —contesté irritada—. El musical.

—¿También hay un musical? —preguntó Barton sorprendido.

—Pues claro que no.

—Entonces, ¿por qué lo dices?

—¿Conoces la película o no?

—Sólo me gustaban las películas de animación que doblaba yo y en las que se trabajaba poco y se ganaba mucho. Todas las demás me daban lo mismo. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Ven conmigo.

Nadé hacia arriba lo más deprisa que pude. Cuando llegué a la superficie, me coloqué de lado y, dejándome arrastrar, fingí que estaba muerta, como hacían los peces en *Buscando a Nemo* para que los sacaran del acuario, los echaran al váter y acabasen en el mar cuando tiraran de la cadena.

—¿Se puede saber qué haces? —quiso saber Barton, que para entonces también había llegado arriba.

—No preguntes tanto —le espeté—. Y haz lo mismo que yo.

Nadó hasta mí con escepticismo y se hizo también el muerto. Con el rabillo de mi ojo saltón vi que Jannis nos descubría. Justo cuando Kelly iba a quitarle los calzoncillos, exclamó horrorizado:

—Hay unos peces muertos.

Kelly dejó en paz los calzoncillos de Jannis. Los dos se levantaron, prácticamente desnudos, y se acercaron al acuario.

—Qué grandes son —observó Barton fascinado.

—Pues claro, son personas —susurré yo.

—Me refiero a sus pechos.

Los desnudos pechos colgaban sobre nosotros como dos maravillas de la naturaleza. Bueno, en realidad no colgaban absolutamente nada. La fuerza de la gravedad no les afectaba. Al parecer, según Sigmund Freud, las mujeres sentían una especie de envidia del pene, pero a mí siempre me habían dado más envidia los senos.

—Pero todavía salen burbujas... —constató Kelly.

Dejamos de producir burbujas en el acto.

—Ya no —respondió Jannis tragando saliva.

Les recordamos a sus difuntos amores, sin que supieran que los peces que tenían delante en realidad eran ellos.

Kelly volvió al sofá y se puso la blusa de seda. Les habíamos aguantado la fiesta. Justo lo que yo buscaba.

—Bien hecho —dijo Barton con cuidado para no burbujear mucho, y fui consciente de que me sentía orgullosa de obtener su aplauso.

Entretanto, Jannis nos miraba. Triste. Pensaba en mí. Yo lo veía perfectamente. Me había querido. Durante muchos años. Y me seguía queriendo. Como yo a él ahora.

—Los sacaré de ahí —dijo, con lágrimas en los ojos—. No vayan a envenenar a los otros peces.

Barton y yo nos miramos espantados.

Acto seguido estábamos en el cuarto de baño. Jannis tiró de la cadena y el remolino nos arrastró. Y Barton soltó:

—Ahora odio las películas de animación.

CAPÍTULO 26

Cabría pensar que en una situación peligrosa quizá uno se sienta algo más relajado si sabe que pase lo que pase volverá a nacer. Pero cuando un remolino lo lanza a uno al alcantarillado y tiene la sensación de que su cuerpo de pez va a acabar hecho trizas, no hay lugar para los pensamientos relativos. Primero me di un cabezazo con el esmalte de la taza, luego contra la cabeza de pez de Barton y después los dos desaparecimos en la oscuridad. Mientras caíamos no parábamos de golpearnos contra las frías tuberías de metal, y gritamos... y gritamos... y gritamos... y para variar también empezamos a dar vueltas... hasta que al final caímos con todo nuestro peso al alcantarillado, iluminado débilmente.

Tardamos un rato en recuperar el habla en aquella agua asquerosa, y al principio todo se limitó a: «Puaj», «Ufff» y «¿Vomitarán los peces?».

Allí abajo olía fatal —casi tan mal como en un piso compartido sólo por chicos —, y siendo peces lo olíamos, aunque no tuviésemos nariz. Desconocía si los biólogos sabían que los peces tenían sentido del olfato. Si no lo sabían, tampoco habría supuesto una gran sorpresa; como solía decir Jannis: el error forma parte de la ciencia.

Mientras yo me sorprendía pensando en Jannis incluso en esa cloaca apestosa, Barton empezó otra vez con lo que mejor se le daba con grandísima diferencia: criticar.

—Pues sí, un plan estupendo —me dijo cuando avanzábamos despacio en la corriente del alcantarillado.

—¿Cómo iba a saber que nos tiraría al váter tan deprisa? —aduje.

—¿Y qué esperabas? ¿Un bonito entierro en el mar?

—La verdad es que no esperaba nada.

—Ése es tu problema, que no piensas bien las cosas.

Aunque era verdad que pensar bien las cosas no era precisamente uno de mis puntos fuertes, su crítica me cabreó.

—Es mucho más fácil criticar que proponer algo.

—Tengo una propuesta.

—No me lo puedo creer.

—No diremos nada más, y en cuanto salgamos de esta cloaca nadaremos cada

uno por su lado.

—Pero lo de Jannis y Nicole, los dos queríamos...

—De todas formas no los volveremos a ver —replicó con amargura Barton.

En eso no había pensado aún. ¿Cómo íbamos a regresar a la villa siendo peces? Y, peor todavía, ¿cómo íbamos a ir a Nueva York, adonde tenían intención de volar al día siguiente Jannis y Kelly?

Profundamente tristes, seguimos adelante con la corriente, dejando atrás cosas que la gente tiraba al váter y que hubiera preferido no tener que ver de cerca. Para no pensar en esas cosas ni en Jannis, me pregunté dónde seríamos expulsados. Se me pasó por la cabeza la clase de química de noveno curso, a la que prestaba atención excepcionalmente porque me parecía muy mono Lenny, el profesor en prácticas. Era como el que adopta el papel de niño inocente en un grupo de música compuesto por jovencitos, y además nos enseñaba cosas chulas, por ejemplo, a fabricar una bomba atómica guarrindonga y lo que podía causar algo así en la asamblea general del partido neonazi NPD.

En cualquier caso, se me ocurrió que no acabaríamos en el mar, como en *Buscando a Nemo*. No, las aguas residuales desembocaban en una depuradora. En ella, lo primero que había era un rastrillo donde quedaban retenidos los objetos de gran tamaño, entre los que sin duda se encontraban los peces de acuario, y todo lo que quedaba allí iba a parar a una planta de compostaje.

Barton me echó una mirada con sus ojos saltones. Seguro que su humor no mejoraría si le contaba que acabaría siendo compost. Me pregunté si la prensa haría mucho daño. Como pude comprobar cuando caímos al alcantarillado, los peces sentíamos dolor. ¿Sufriríamos una especie de tortura? Y, en caso afirmativo, ¿no acumularía mal karma Buda, o quienquiera que fuese el responsable de las reencarnaciones, si nos torturaba así? (Cuando mi madre murió de cáncer, también me pregunté si Dios no tendría que estar en el infierno por permitir que existieran cosas como el cáncer.) Tras casi una eternidad en la que la situación empeoraba por segundos, la corriente nos arrojó al aire libre. Fue estupendo, porque ahora en la turbia agua entraba luz. Al mismo tiempo temí que la depuradora no estuviera muy lejos.

La idea de la inminente muerte hizo que se me encogieran las agallas. Entonces, de pronto, noté una corriente fría que procedía de un lado. De alguna parte llegaba agua limpia, lo que significaba no sólo que el asqueroso olor a cloaca se desvanecía, sino sobre todo... que había una salida. ¡Una posible salvación!

¿De dónde vendría esa agua pura? ¿De un arroyo, un lago, un río...? Daba lo mismo, ¡allí podían vivir los peces! Si conseguíamos nadar contra corriente hasta llegar a esas otras aguas, nos libraríamos del rastrillo de la depuradora y del montón de compost. Presa del nerviosismo, me dispuse a contarle mi plan a Barton:

—Ahí hay agua... —empecé.

—¿No íbamos a estar callados? —me interrumpió.

—Pero...

—Lo que estás haciendo no es lo que se dice estar callado.

—Escúchame...

—Eso tampoco es estar callado.

—Joder...

—Y eso, desde luego, tampoco...

—¡O me escuchas de una vez o te convierto en un palito de pescado!

A Barton le sorprendió que fuese tan bestia, y por un breve instante pensé que había captado su atención, pero entonces dijo:

—Y las amenazas no surten efecto en mí.

—¡Grrr!

—Creo que será mejor que me tape las orejas.

—¡Pero si no tienes orejas!

—Pues me taparé lo que tengamos en lugar de orejas —aseveró él.

—No tenemos nada en lugar de orejas.

—Pero algo para oír tenemos. Y eso es lo que me voy a tapar ahora.

—Tus aletas son demasiado cortas.

Barton se miró las minialetas. Era para volverse loco, mientras discutíamos sobre la anatomía de los peces, nos alejábamos más y más del agua limpia.

—Es muy importante... —supliqué.

—Si no te callas, me pondré a cantar mientras hablas.

—¿Sabes cantar?

—*Country roads, take me home...*

¿Era coña?

—... *to the place I belong...*

No era coña.

Cada vez nos distanciábamos más de las aguas que habrían podido ser nuestra salvación. Quizá debía largarme sola y abandonarlo a su destino, el compost. Pero de ese modo difícilmente acumularía buen karma.

—*West Virginia, Mountain Momma...*

El rastrillo apareció delante de nosotros. Y parecía formidable. Barton se detuvo. ¿Me escucharía de una vez? ¿Casi en el último momento? Sin embargo, el muy idiota dijo:

—¿Sabes?, nunca he entendido quién o qué es *Mountain Momma*. — Sencillamente no se había percatado del peligro—. ¿Es la madre de una montaña? Y, si lo es, ¿se llamará el padre de la montaña *Mountain Daddy*? ¿Y existirá también una *Mountain Tío Abuelo...*?

—¡Mira ahí! —grité, y señalé con la aleta izquierda al frente. Por fin vio el rastrillo.

—¿Qué... qué es eso?

—Algo de lo que deberíamos alejarnos lo antes posible —repuse, soltando un gallo.

Di media vuelta y empecé a darle a las aletas contra la corriente, en dirección al agua limpia. De repente, que Barton me siguiera o no —karma o no karma — me importaba un comino.

—¡Guau! —oí que exclamaba—. ¡Cocaína!

¿Cocaína?

Eso sí que era una sorpresa.

Me volví y vi que en el rastrillo, entre bastoncillos de algodón, condones y demás basura, también había una bolsita con polvo blanco; probablemente hubiese habido una redada en alguna parte y alguien había tirado la droga al váter de prisa y corriendo. De la bolsita salía un hilillo de coca.

—Dejé de meterme hace cinco años —dijo Barton, más bien para sí.

¿Así que Barton consumía drogas duras? ¿No sólo se fumaba unos porros como yo y se comía de vez en cuando una pastilla? En la prensa nunca había aparecido nada de problemas de adicción. Ni tampoco se había hablado nunca de un tratamiento de desintoxicación. Barton estaba mucho peor de lo que suponía. Más incluso que yo.

—¿Qué efecto tendrá en los peces? —se preguntó, y se quedó mirando el

polvo, que iba hacia él en grumitos.

Nadó directamente hacia ellos. ¡El muy idiota se los quería tragar! No sólo recaería y se colocaría, sino que además ¡quedaría atrapado en el rastrillo!

—Cómo odio a este tío —afirmé, lanzando un suspiro, y nadé lo más rápido que pude hacia él e intenté cogerlo. Resultó más difícil de lo que pensaba, con las aletas no conseguía agarrarlo. Así que se me resbaló y siguió nadando hacia el rastrillo.

—No veía tanta cocaína desde el cumpleaños de Charlie Sheen —comentó maravillado, y los ojos comenzaron a hacerle chiribitas.

Aquella cosa lo tenía como hipnotizado. ¿Qué podía hacer? Agarrarlo, no. Y tampoco hacía caso de mis advertencias. Sólo había una posibilidad: abrí mi boca de pez y me adherí a sus posaderas. Sabían —no era de extrañar— mucho a pescado.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó pasmado—. ¿Sexo entre peces?

Me entraron ganas de soltarlo en el acto, pero seguí succionando, tirando hacia atrás y alejándolo con todas mis fuerzas del rastrillo mientras él se sacudía como un loco a un lado y a otro, medio enloquecido.

—¡Quiero la coca! Con ella llevaré mejor la mierda esta de la reencarnación.

Pero no lo solté hasta que llegamos al agua fría, pura. Agotada, dije:

—Si no seguimos el agua limpia, moriremos.

—Pero volveremos a nacer.

—Y antes seremos estrujados y sufriremos una muerte atroz.

Barton por fin entendió que hablaba en serio. Con todo, tenía los ojos inquietos, y no paraba de volver su cuerpo de pez hacia la bolsita de cocaína. Libraba una lucha interior: la adicción contra la razón. Si los peces sudaran, en ese momento seguro que tendría la frente perlada de sudor. Desesperada, busqué algo que decirle que lograra impedir que se diera la vuelta, pero no se me ocurrió nada.

Sin embargo, poco a poco los ojos saltones de Barton se fueron calmando y su cabeza de pez volvió a pensar con claridad. Puede que gracias a la corriente de agua limpia, fría. Pero quizá se debiera únicamente a que ya casi no se veía el paquetito de cocaína. De pronto sacudió su cuerpo de pez con energía y dijo en voz baja:

—Por los pelos.

Y no se refería a que había estado a punto de quedar atrapado en el rastrillo.

—¿Por ahí? —preguntó Barton, apuntando con una aleta hacia el agua.

—Por ahí —confirmé, y ambos salimos nadando.

Al principio incluso pude disfrutar un poco de la cristalina agua, pero pronto la corriente fue cobrando más fuerza. Debíamos nadar con ímpetu para no acabar de nuevo en la cloaca. Tenía muy doloridas las aletas, no me dolían tanto los músculos desde la vez que fui al gimnasio con Sylvie. Me daban calambres, casi no podía más. Me entraron ganas de tirar la toalla y dejarme llevar al rastrillo. Cualquier cosa menos moverme y tener que soportar ese dolor. Justo cuando me iba a dar por vencida vi... algas. ¡Habíamos llegado a un mar!

Estaba demasiado agotada para alegrarme. No tenía fuerzas para nada, y me dejé arrastrar sin más hasta el mar. Barton también estaba cansado, pero aún le quedaba una pizca de energía. Ahora que nos encontrábamos a salvo, seguro que, como había dicho, se iría por su lado. Dentro de nada estaría sola. Un pececillo en una gran extensión de agua. Tuve miedo.

Aunque a menudo no pudiera ver ni en pintura a Barton, aunque en mi vida anterior como persona siempre había intentado evitar la verdadera proximidad, moverme completamente sola por el agua me parecía insoportable. Cuando uno está tan agotado como lo estaba yo, se siente muy indefenso.

Barton se dio cuenta de lo hecha polvo que estaba. Y quizá también se percatara de que tenía miedo de estar sola. Sea como fuere, dijo:

—Tranquila, cierra los ojos. Me quedaré contigo.

Me dejó tan pasmada que por un instante olvidé mi agotamiento.

—Pero... pero si querías que cada uno se fuera nadando por su lado...

—Me has salvado la vida —repuso con gravedad—. Estaré contigo hasta que te pueda devolver el favor.

Hablaba en serio. Como un indio que permanece con el vaquero que le ha salvado la vida hasta que salda su deuda. Sólo le faltó añadir: por Manítú.

Me sentí tan aliviada que se me cerraron los ojos en el acto. Antes de quedarme dormida, le oí decir:

—Cuidaré de ti, Daisy.

Era lo más bonito que oía desde que morí por primera vez.

CAPÍTULO 27

Cuando me desperté, Barton nadaba a mi lado. Era verdad, no me había abandonado. Un hombre de palabra. O en el caso de «cuidaré de ti», un hombre de tres palabras. Le dediqué una sonrisa de agradecimiento, que no me devolvió. Seguía sin caerle bien, y estaba claro que además me culpaba de su muerte y de que no pudiéramos llegar a la villa de Brad Pitt. Me pregunté si sería buena idea mencionar su adicción a la coca, pero yo misma me respondí: mejor déjalo estar, Daisy, o sufrirás *El ataque del pez de acuario asesino*.

Decidí disfrutar del sol, cuyos rayos rielaban en la superficie del agua y me calentaban gratamente las escamas. En el fondo vi unas piedras blancas grandes, relucientes, y las algas verdes se mecían con suavidad en la fulgurante agua. Eran tan elegantes y majestuosas que me pregunté si no serían bailarinas reencarnadas en plantas acuáticas.

—¿No son preciosas las algas? —le pregunté a Barton.

—Ni fu ni fa —espetó.

—Y esas piedras relucientes...

—Sólo son unas piii piedras —me soltó. Por lo visto no sabía apreciar la belleza de la naturaleza.

—Creo que estamos en el mar Báltico —probé de nuevo.

—Ya —respondió. Probablemente no hubiera oído hablar nunca del mar Báltico. Al fin y al cabo era americano, y a los americanos les interesaba tanto la geografía como la soberanía de otros países.

—El Báltico está...

—... muy lejos de Nicole.

Era evidente que no tenía ninguna necesidad de saber más de la situación geográfica de ese mar.

—No tengo ni puñetera idea de lo que vamos a hacer ahora —gruñó.

No quería que se cargara el primer atisbo de buen humor que tenía en mi vida como pez. Al menos no enseguida. El resplandor del sol en el agua era demasiado bonito. Y el baile de las algas demasiado mágico. Y ya me habían pasado demasiadas cosas malas.

—Pues yo sí.

—¿Ah, sí? —preguntó sorprendido—. ¿Y se puede saber qué es?

—Sentirnos como peces en el agua.

Empecé a nadar. Las aletas ya no me dolían, y con cada impulso mi cuerpo se llenaba de energía. Deslizarse por esas aguas cristalinas resultaba tan natural como si hubiese nacido para ello. Y probablemente fuese así, ya que sin duda no era cosa de la naturaleza que los peces nadaran en acuarios o cloacas. El agua era mi hogar, al menos el de mi cuerpo de pez.

Subí como un cohete para, acto seguido, precipitarme tanto más rápida en las profundidades. Haciendo un *looping* tras otro. De haber tenido piernas, también habría hecho mortales hacia atrás. Cuando era una persona sólo me sentía tan viva en la pista de baile después de la cuarta caipiriña. En realidad ahora me iba incluso mejor que entonces. La embriaguez de las profundidades era mucho más intensa que la del alcohol.

Bailé con los lazos que formaban las algas, me incorporé a su ballet y me reí. Sí, ¡me reí! Así de libre me sentía. Quizá al morir me hubiese tocado el premio gordo. Había dejado atrás todas las ridículas preocupaciones que tenía cuando era una persona —alquiler, trabajos, fracasos— y había sustituido mi antiguo mundo por una libertad sin límites.

—¿Vas a estar mucho tiempo diciendo gilipolleces? —bufó Barton.

—No son gilipolleces, es nuestra nueva vida.

En ese breve instante de éxtasis, en efecto me vi llevando una vida dichosa, plena, siendo un pez.

Barton torció el gesto, malhumorado.

—Anda, ven. ¡Es divertido! —Nadé hacia él y le toqué una aleta. La apartó deprisa—. O vienes o me vuelvo a pegar a tu trasero —amenacé risueña.

—Eres un coñazo —se quejó.

—Eres el primer pez que me lo dice.

Hice un *looping* a su alrededor, y justo cuando me iba a pegar a su trasero suspiró y dijo:

—Vale, vale.

Salí disparada alegremente, y Barton me siguió. Primero despacio, de mala gana, pero luego aceleró un poco.

—Es... una sensación agradable —afirmó sorprendido.

—Sí, ¿verdad? —contesté riendo.

—Mucho mejor que una cinta de correr.

Cobró velocidad, se unió a mí y los dos nadamos alrededor de un alga, arriba y abajo, cada vez más rápido, como si estuviéramos en un carrusel de cadenas. Ahora también Barton se divertía. La primera vez desde que era un pez.

Tras nuestro viaje en carrusel alrededor del alga, me quedé quieta observando a Barton, que, risueño, nadaba de espaldas, como si después de muchos años por fin se permitiera el lujo de disfrutar de algo. Al verlo, noté un leve cosquilleo en la barriga. Un cosquilleo que en un principio ni siquiera logré identificar... ¿Serían maripo...?

¡Bobadas! Como mucho era plancton. Sí, eso era, plancton en la barriga.

Aparté deprisa la sensación, y cuando me disponía a dar una vuelta en solitario alrededor del alga para distraerme, oímos una voz atronadora:

—Disculpen.

Me volví, asustada: un lucio nadaba despacio hacia donde estábamos. Tenía el lomo verde oscuro y el vientre blanco y era unas veinte veces más grande que nosotros. Aparte de en películas como *Godzilla*, nunca había visto un monstruo marino como ése.

—No es mi intención molestar... —afirmó el lucio.

—¿Pero? —pregunté con aire vacilante.

—Tengo hambre.

CAPÍTULO 28

A juzgar por cómo nos miraba, estaba más que claro que no era herbívoro. Así y todo le respondí:

—Estaremos encantados de cederle las algas.

—Es muy amable por su parte —contestó muy educado el lucio. Desde luego modales tenía, eso había que reconocerlo. Por un momento confié en que, contra todo pronóstico, le interesaran las algas y no nosotros—. Al parecer no están muy familiarizados con los hábitos alimentarios de los lucios...

Si no hubiera tenido tanto miedo, probablemente me hubiera percatado en ese instante a lo más tardar de la corrección con la que se expresaba. Sin embargo, me limité a contestar:

—Bueno, es que no somos de aquí...

—En ese caso, con mucho gusto les explicaré en qué consisten.

—No se moleste —terció Barton, que intentaba disimular el miedo.

—No es ninguna molestia —aseguró el lucio.

—Es que tenemos que hacer una cosa.

—¿Qué?

—¡Salir pitando!

Nos dimos la vuelta con idea de poner tierra de por medio, o mejor dicho, poner de por medio el suelo arenoso que había revuelto el lucio con las aletas, pero el enorme pez nos rodeó con un único impulso y se plantó ante nosotros con aire amenazador:

—Es que de verdad que me gustaría mucho, pero mucho, explicárselo todo...

Barton y yo empezamos a temblar a cuál más. Ya sólo la boca del lucio era más grande que nosotros dos juntos.

—... Los lucios... no somos vegetarianos.

—¿Veganos? —pregunté apocada.

—Más bien soy pescetariano.

Eso me temía.

—Un momento —objetó Barton, que sorprendentemente apenas temblaba ya —, ¿cómo es que un lucio conoce palabras como *vegetariano* y *pescetariano* ?

Una pregunta muy buena.

—Por regla general, los depredadores no conocen esas palabras —sonrió el lucio—, pero...

—... es usted una persona reencarnada. Como nosotros —constató Barton.

El lucio ensanchó la sonrisa.

Barton había caído mucho antes que yo: ante nosotros nadaba lo que en su día había sido una persona. Alguien como Casanova. O Aarg. Lancé un suspiro: el lucio no nos comería, porque si lo hacía no sería pescetariano, vegetariano o vegano, sino un caníbal. Y eso no podía ser, ya que los caníbales seguro que también se reencarnaban en bacterias intestinales y no en peces.

—¿Cómo se llama? —pregunté, mucho menos tensa, y dejé de temblar.

—Me llamo Albert Einstein.

—¿Albert Einstein, el físico? —No me lo podía creer. También Barton se quedó con la boca de pez abierta de la sorpresa.

—¿Acaso conocen a otro? —rio.

En esto de la reencarnación había que admitir que se conocía a gente interesante. Vi con mi tercer ojo el famoso póster de Einstein con la lengua fuera. Aparte de eso, ¿qué sabía de él? El lucio que tenía delante había formulado la teoría de la relatividad, de la que, para ser sincera, no sabía nada, y también había algo relacionado con la velocidad de la luz, los átomos y los nazis. Además el genio lucía un peinado que hacía que uno siempre se preguntara: ¿cuál es el verdadero oficio del peluquero de Einstein? ¿Electricista? ¿Instalador de parques eólicos? ¿Humorista? ¿Capo de la droga?

Me paré a pensar si presentarme o no, y en caso de hacerlo, cómo, pues en comparación con Einstein yo no era nadie. Si quería saber cómo había evolucionado el mundo después de su muerte, sentiría curiosidad por conocer los avances técnicos que se habían producido. Mientras le daba vueltas a todas estas cosas, Barton preguntó:

—¿Podría protegernos?

Había vuelto a caer antes que yo: allí donde había un lucio, habría otros depredadores, para los que nosotros, peces de acuario, seríamos un aperitivo.

—¿Se supone que debo ayudarlos porque una vez fuimos personas? —inquirió Einstein divertido.

—Y porque solos no podremos defendernos muy bien —añadió Barton.

—Me temo que están malinterpretando la situación en la que se encuentran.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que me los voy a comer a los dos.

Barton y yo nos quedamos boquiabiertos.

—Pero... pero no puede comer personas... —balbucí.

—Yo no veo a ninguna persona.

—Nosotros somos personas...

—Bueno, eso es relativo.

Ésa era una teoría de la relatividad que no me hacía ninguna gracia.

—Sólo soy fiel a mi naturaleza —aclaró Einstein.

—No estoy segura de que el hecho de que ahora seamos peces sea algo natural —me apresuré a replicar. No lo decía sólo para salir del apuro, lo pensaba de verdad: la transmigración de las almas resultaba un tanto sobrenatural.

Einstein, en cambio, no lo veía así:

—Claro que lo es, desde luego que tiene que ver con la naturaleza. Todo radica en que en el universo la energía no se pierde.

—¿Cómo?

—Eso mismo iba a preguntar yo —aseveró Barton.

—Nuestro cuerpo está compuesto por átomos —explicó Einstein—. Y esos átomos nunca se pierden. Cuando morimos, se dispersan y se reúnen de nuevo en otra parte. En nuestro caso formaron cuerpos de peces.

—¿Significa eso... que no hemos dejado de existir? —quiso saber Barton.

—Nuestros átomos no han dejado de existir nunca. Desde el principio de los tiempos vagan por ahí y forman cosas nuevas. Y lo harán así hasta el fin de los tiempos.

Si entendía bien la teoría de Einstein, mis átomos quizá fuesen en su día parte integrante de un dinosaurio. O de un río impetuoso que discurría por un cañón, o de una piedra volcánica o de una mariposa, y más adelante quizá se convirtieran en el escudo térmico de una estación espacial, en los gases de una nebulosa de Júpiter o en los colores de un arcoíris en el centro de la Vía

Láctea. Lo absurdo sería que formaran parte de un calcetín de hombre.

—De ese modo todos somos inmortales —afirmó feliz y contento el lucio.

Si uno profesaba la doctrina de Einstein, que sin duda tendría una base científica, ciertamente contaba con un consuelo. En vista de la infinitud de mis átomos, el tiempo que había pasado siendo Daisy era ínfimo, francamente insignificante, por muy importante que me pareciera a mí. Mi mal de amores era insignificante. Lo que les había hecho a mi madre, a mi padre o a Jannis no eran más que momentos fugaces en la vida infinita de mis átomos. O sea, que no había motivo para atribuirles tanta importancia.

Y, sin embargo, esa modalidad de la teoría de la relatividad daba la impresión de que no cuadraba, por muy fundada que estuviera y aunque la formulase alguien tan inteligente como Einstein. Yo no era de los que creían que los científicos lo podían explicar todo. Por favor, si ni siquiera eran capaces de explicar cómo podían vivir un hombre y una mujer juntos hasta el fin de sus días sin acariciar la idea del asesinato. Así que ¿cómo iban a explicar el mundo, el karma o la reencarnación? No, había algo más grande que la ciencia. Éramos más que simples átomos que se reorganizaban una y otra vez. ¡Teníamos alma!

—Entonces, ¿cómo explica la existencia de Buda? —pregunté.

—¿Buda? —repitió el lucio sorprendido.

—El tipo gordo que se le aparece a uno cuando muere y le cuenta que ha acumulado mal karma.

—Perdone, pero creo que delira usted —aventuró risueño Einstein.

¿Es que no conocía a Buda? ¿Acaso ese hombrecillo gordo sonriente no se le aparecía a todo el mundo? Por lo visto no, de lo contrario Einstein habría reaccionado de otra forma. Y, pensándolo bien, era muy lógico. Todo el santo día moría tanta gente que, ya sólo por motivos de tiempo, Buda no podía ocuparse de todos. No obstante, a Barton y a mí ya se nos había aparecido dos veces. ¿Por qué precisamente a nosotros? ¿Qué teníamos de especial?

Decidí preguntárselo a Buda, en caso de que volviera a visitarnos la próxima vez que muriéramos. Una muerte que, dicho sea de paso, no tardaríamos en sufrir, pues con cada segundo que transcurría el lucio parecía más hambriento.

—Podemos hacer que esto sea largo y doloroso —aclaró Einstein.

—¿O...? —inquirió Barton, procurando parecer tranquilo, cosa que no consiguió del todo.

—Corto y doloroso.

—¿Figura en su programa la versión corta e indolora? —quise saber.

—Ser devorado duele siempre. Por desgracia, la naturaleza siente una gran predilección por el dolor.

No pude evitar pensar en el cáncer de mi madre. La naturaleza también era una *bitch*. Sí, nos regalaba sexo, comida rica y marihuana, pero nada de eso compensaba la cuestión del dolor. A lo largo de su enfermedad, mi madre siempre se comportó con valentía —al menos delante de mí—, así que ahora yo debía seguir su ejemplo y ser valiente también, máxime cuando en mi caso el dolor no duraría mucho. Eso era, debía enfrentarme a mi muerte con valentía.

El lucio abrió su temible boca, vi sus temibles dientes amarillos, que dentro de nada se hundirían en mi tierna carne y la desgarrarían, y grité:

—¡No, no, por favor, noooooooooo!

No fui tan valiente como pretendía.

Presa del pánico, me volví hacia Barton, confiando en que también ahora cayera antes que yo y consiguiéramos salir de aquel lío de alguna manera, pero también él parecía desconcertado.

Entonces se me ocurrió una cosa. Me apresuré a preguntar:

—¿No le gustaría saber cómo es el mundo de ahí arriba en la actualidad?

Einstein siguió con la boca abierta, pero no nos hincó los dientes.

—Ahora las personas tienen móviles...

El lucio me miró interrogante.

—Son teléfonos portátiles.

No le impresionó lo más mínimo, por eso añadí:

—Con ellos hasta se puede entrar en internet.

—¿Qué es internet? —se interesó Einstein.

A ver, ¿cómo coño explica uno qué es internet a alguien que no la conoce?

—Pues en ella se pueden ver muchísimas cosas...

Sin duda no era una definición científica, pero por desgracia allí no tenía un móvil con el que consultar Wikipedia. Claro que, si hubiese tenido un móvil, no lo habría buscado, sencillamente le habría enseñado internet al lucio. Con todo, no habría podido manejar el teléfono con mis aletas, y quizá tampoco hubiese servido de mucho en el agua.

—¿Qué clase de cosas se pueden ver en la internet esa? —quiso saber

Einstein.

Por lo general, porno, habría sido la respuesta sincera.

—Pues toda clase de información, como si fuese una enciclopedia, por ejemplo.

—Una enciclopedia... —No parecía muy impresionado.

—Y se pueden consultar noticias.

—Para eso ya están la radio y el periódico.

—Ya, y también se pueden ver pelis porno —afirmé. Quién sabía, quizá a Einstein le interesara eso, a fin de cuentas era un hombre, o lo había sido.

El lucio frunció el ceño, asqueado, y preguntó:

—¿Viajan los hombres a Marte en la actualidad?

—No —negué desalentada.

—¿Han erradicado el hambre?

—No —repuse, más desalentada incluso.

—¿Han acabado con las guerras?

—No... —volví a decir, la voz apenas audible.

—Lo que significa que el mayor avance de las últimas décadas es un teléfono portátil con el que se puede ver pornografía, ¿es eso?

Me habría gustado responder algo distinto de «Bueno, sí...». Y pensé que probablemente no fuese buena idea empezar a contar que la Agencia de Seguridad Nacional, Facebook, Google y Cía. nos espiaban con los móviles, y nosotros, los propietarios de los móviles, lo sabíamos, pero nos importaba una mierda, porque estábamos encantados con ellos. Si Einstein oía eso, era muy posible que se echara a llorar. O peor aún: que nos devorara muy despacio. Sea como fuere, profundamente decepcionado con el mundo de arriba, dijo:

—Ojalá no me hubieras contado eso.

Volvió a abrir la boca con intención de engullirme de una vez por todas.

—También tenemos tabletas... —balbucí.

—¡Aparta de ahí, Daisy! —exclamó Barton.

Antes de que el lucio o yo pudiéramos reaccionar, Barton pasó por delante de mí como una flecha, directo a las fauces de Einstein. Éste se llevó tal susto

que cerró la boca de golpe. Oí que Barton pegaba un grito un instante. Después Einstein se lo tragó.

Me entraron ganas de chillar a mí también. De miedo. Más aún de desesperación. Pero de mi boca no salió sonido alguno. Barton se había sacrificado para que yo pudiera escapar. Tal y como anunció, había saldado su deuda.

Seguro que se reencarnaría, él lo sabía también —sin duda incluso en algo mejor que un pez de acuario, ya que con lo que había hecho había acumulado buen karma—, pero ello no quitaba que hubiese sufrido una muerte atroz. Por Daisy Becker, de Bremerhaven. Nadie había hecho jamás tanto por mí.

La proeza de Barton no podía ser en vano, se lo debía. ¡Tenía que aprovechar la oportunidad y salir pitando! Y así lo hice, lo más deprisa posible. Tan deprisa como nunca había nadado un pez de acuario. Nadé... y nadé... y nadé... y el lucio me engulló de un bocado.

CAPÍTULO 29

La película de mi vida como pez que se proyectó ante mi tercer ojo tenía algunas escenas bonitas. Vi cómo bailaba con las algas, cómo sonreía, relajado, Barton, y al hacerlo incluso volví a sentir un poco de plancton en la barriga. Pero esta vez en mi barriga de persona, ya que de nuevo flotaba hacia la grata luz desnuda y en forma de Daisy Becker.

Por desgracia, esas bellas imágenes fueron sustituidas por otras terribles: vi la cloaca, el rastrillo de la depuradora, la cocaína, al lucio Einstein. Y vi lo peor de todo: cómo se besaban Jannis y Kelly. Y volvió a dolerme. Muchísimo. Saber que había cerrado la puerta al amor de Jannis y de ese modo lo había regalado resultaba más doloroso que la mordedura desgarradora de un lucio.

Barton, asimismo en su forma humana, avanzaba a mi lado por la nada blanca hacia la luz. Sonreía. Supe que si también perdía a Barton, perdería al único compañero que tenía. Había saldado su deuda conmigo. Nos reencarnáramos en lo que nos reencarnásemos, a partir de ahora él seguiría su camino y yo tendría que valerme por mí misma.

Barton, desnudo, fue rechazado por la luz. Ahora estaba triste, como si confiara en poder mitigar por fin en la luz todo el dolor que sentía en su corazón y se hubiera dado cuenta de que tendría que seguir soportándolo. Me entraron ganas de abrazarlo para consolarlo. En mi vida ¿cuándo había querido abrazar sin más a un hombre desnudo atractivo?

Yo, en cambio, seguía flotando hacia la luz. Me calentaba. Me envolvía. Me proporcionaba consuelo. Pero apenas me hubo envuelto casi por completo, volvió a rechazarme. Sí, primero me atraía y después me despreciaba. Ciertamente esa luz era una grandísima *bitch*.

Cuando desperté, a mi alrededor reinaba la oscuridad más absoluta. Y el aire estaba enrarecido. Intenté tomar conciencia de mi cuerpo, intuir dónde me encontraba. Ya no estaba en el agua, eso seguro. Y tampoco tenía aletas, sino una especie de bracitos. Y me daba la sensación de que también tenía piececitos. ¡Por fin cuatro extremidades! ¡Ni seis ni sólo dos!

Fuera se oían trinos de pájaros. Muchos trinos de pájaros. Sorprendentemente entendía lo que decían los gorjeos:

—Mamá, ¡tengo hambre!

—¡Yo también!

—¡Y yo más!

—Hoy ya os he dado cinco lombrices. Mamá necesita descansar.

—¡Pero tenemos hambre!

—¡Callaos!

—¡Hambre!

—¡CALLAOS!

—¡¡¡HAMBRE!!!

—Al que vuelva a decir *hambre* lo tiro del nido.

—¡Gazuza!

—¡GRRRRR!

—¡Gazuza, gazuza, gazuza!

—La primavera que viene no tendré hijos.

El hecho de que entendiese los gorjeos me dio que pensar. Y más aún que al oír la palabra *lombriz* se me hiciera la boca agua. Todo ello me llevó a una conclusión: no se me hacía la boca agua, sino el pico. Era un pájaro. Mejor dicho, un polluelo. En un huevo. Y tenía que salir de ahí lo antes posible si no quería morir de hambre.

CAPÍTULO 30

Bajé la cabeza, en la que suponía —con razón, como resultó ser— que tenía el pico, y comencé a dar golpes en la oscuridad contra lo que —también con razón— consideré el interior del huevo. Una vez, dos veces, en total me pareció que lo hice cuatrocientas veces. Luego se oyó un cric, pero no fue más que una grieta: el puñetero huevo no tenía ninguna intención de romperse.

Nadie se imagina cuánto tienen que bregar los polluelos para ver la luz del sol y oler algo que no sea el aire enrarecido del huevo. Al fin y al cabo, la mayoría de nosotros tampoco es consciente de cuánto tienen que bregar los niños para venir al mundo. Y apenas lo han hecho, después de tantos esfuerzos, lo primero que reciben es un azote en el culo para que lloren. No es de extrañar que casi todas las personas se pasen el resto de su vida preguntándose de manera inconsciente por qué se molestaron en arrastrarse por el canal del parto.

A decir verdad, por qué nace uno era un tema que siempre había traído de cabeza a mi agente, Schmohel. Una vez, en su despacho, que estaba hasta arriba de viejas reliquias del mundo del cine —desde carteles de la actriz Hildegard Knef hasta la pistola de oro de James Bond—, cuando me puse a lloriquear que nunca triunfaría como actriz, Schmohel me dijo: «Ya has hecho algo increíble».

Ésa sí que era una novedad.

—El hecho en sí de que estés viva es sensacional.

Eso me sorprendió.

—Tú no existirías si tus padres no te hubiesen engendrado justo cuando lo hicieron. De haber engendrado a un hijo en otro momento, habría nacido una criatura completamente distinta. Habría cumplido años otro día, y quizá hubiese sido un niño. O puede que un hijo con otro color de pelo o de ojos.

Puede que hasta un hijo con el que mis padres hubiesen sido más felices. O que hubiese sido más feliz con sus padres.

—Pero no es sólo eso... —continuó filosofando Schmohel mientras cargaba la pipa.

—¿No?

—¿Qué probabilidades hay de que nazcas precisamente tú? ¿De que dos personas como tus padres lleguen a conocerse? ¿De cuántas casualidades depende eso? Y que tus padres nacieran fue tan poco probable como tu existencia. Y que nacieran sus padres y los padres de sus padres y los padres

de sus padres y los padres de sus padres y...

—Anda, no retrocedas hasta la Edad de Piedra.

—Iré más allá incluso...

—Pues va a ser una noche larga.

—Ninguno de nosotros existiría si hace miles de millones de años un cometa no hubiese acabado con los dinosaurios. ¿Qué probabilidad había de que, de todo el vasto universo, precisamente ese cometa se precipitara precisamente sobre nuestro planeta? ¿Y de que precisamente el planeta o la luna de la que procede ese cometa fuese destruido antes?

—Si sigues hablando así me va a entrar dolor de cabeza.

—O sea, que la probabilidad de que existas precisamente tú prácticamente es nula —aseveró risueño Schmohel, y comenzó a fumar su pipa con deleite—. Y, sin embargo, aquí estás.

Nunca me había parado a considerarlo de ese modo.

—Eres un milagro.

La mayoría de las personas a las que conocía opinaba de manera distinta.

—La existencia es tan sumamente poco probable que cada persona es un milagro.

Me costaba considerar un milagro a la mayoría de las personas. Sobre todo si pensaba en los que se presentaban a los *castings*.

—La humanidad entera es un milagro.

—¿Schmohel?

—¿Sí?

—¿Es posible que a veces te pasen factura los años en los que le dabas a las drogas?

—¿Se nota?

Ahora que estaba encogida en un huevo picando la cáscara me pregunté si Schmohel no estaría completamente equivocado. Hablaba de casualidades igual que Einstein hablaba de átomos, pero ninguno de los dos hablaba del alma, que, sin embargo, era evidente que existía. Daba la impresión de que el alma no se sometía a las probabilidades, y menos a las leyes de la naturaleza que conocíamos nosotros; a fin de cuentas vencía a la muerte. Aun cuando un alma estuviera tan perdida como la mía o la de Barton.

Golpeaba con el pico sin parar. El huevo hizo cric y cruc y croc y cada vez tenía más rajitas, pero no se rompía. Entretanto, fuera continuaban los trinos:

—¡GAZUZA! ¡GAZUZA! ¡GAZUZA!

—El que vuelva a decir *gazuza* sale volando del nido.

—GAZU... ¡AHHH!

Se oyó un plaf.

Estaba claro que esa madre pájaro no se andaba con chiquitas.

Las otras voces enmudecieron, asustadas, ya que, en efecto, uno de los polluelos había salido volando del nido. Sin embargo, la conmoción y la calma resultante no duraron mucho:

—¡APETITO! ¡APETITO! ¡APETITO!

—Ahhh... Ya me voy, plastas.

Oí el batir de alas que se alejaba. Seguí dándole sin cesar al interior del huevo hasta que al final hizo un ruidoso CRAC. El cascarón se rompió, las distintas partes cayeron a los lados y vi el cielo sobre mi cabeza. Estaba nublado. Pronto llovería, seguro. Y me pondría hecha una sopa. Quizá debiera haber conservado el cascarón de sombrero, como el pequeño Calimero, el pollito de los dibujos animados.

A mi lado, en el nido, había tres polluelos que, al igual que yo, se hallaban metidos en sus cascarones; una cáscara completamente vacía, que hasta hacía escasos instantes ocupaba el pollito número cuatro, el que osó gritar «¡Gazuza!»; y, por último, un huevo entero, del que aún no había salido ningún pollo. El nido estaba en lo alto de un abeto enorme, sobre nosotros sólo pendían unas pocas ramas, y el bosque se extendía hasta donde alcanzaba nuestra vista de pájaro. No había ni rastro de civilización. Era difícil saber si estaba cerca de la casa de Brad Pitt, y tampoco sabía qué clase de pájaro era yo. Al fin y al cabo, mis *hermanitos* y yo todavía éramos polluelos con escaso plumaje, el pico negro y manchas negras alrededor de los ojos. Confiaba en que no fuésemos albatros.

Mis hermanos no eran lo que se dice guapos, así que seguro que yo tampoco lo era, pero más feas aún eran las miradas que me lanzaban. Saltaba a la vista que no les hacía ninguna gracia que ahora hubiera otra boca que alimentar, con la que tendrían que compartir la comida.

—¿Alguno de vosotros es una persona reencarnada? —triné.

Me miraron como si hubiese trinado en suajili.

—Yo —oí que decía una voz con suavidad. Procedía del huevo entero.

—¿Barton? —inquirí. Me asaltó una oleada de alegría: tampoco en esta vida estaría sola. Al menos no hasta que Barton creciera y pudiera volar del nido.

—¿Dónde estamos, Daisy? —preguntó desde el huevo.

¿Cuánta información digeriría sin flipar?

—¿Qué dirías si te respondiera «en un huevo»?

—¡AHHH!

—Eso pensaba.

—¿¿¿Estoy en un piii huevo???

Los otros pájaros pusieron cara de sorpresa, al parecer no habían oído nunca una manera tan viva de expresarse.

—Sí —respondí—, y debes romper la cáscara con el pico.

—Si lo hago, ¿dónde estaré?

—En un nido, en un árbol.

—¡Piii!

Los polluelos se quedaron más asombrados aún.

—Pues sí.

—¿Está ahí fuera el pupiii Buda para que le pueda cantar las cuarenta?

—No —negué.

El gordinflón sonriente no había aparecido, así que por desgracia tampoco yo le podía preguntar qué teníamos de especial para que nos hubiese visitado en dos ocasiones y a alguien como Einstein todavía ninguna.

—De buena se ha librado ese jodipiii hijo de pupiii —espetó Barton, y empezó a darle con el pico a la cáscara. Preferí no decirle cuánto le iba a costar, sobre todo porque no podía ayudarlo.

—¿Qué es un jodipiii hijo de pupiii? —quiso saber el polluelo que estaba a mi lado.

Aunque la biología no era mi fuerte, suponía que los pájaros también se reproducían jodipiiiendo. Al fin y al cabo, los hombres siempre andaban a vueltas con el *pájaro*. Pero estaba claro que no era cosa mía darles a los polluelos una clase de palabrotas y educación sexual. Por eso contesté:

—Pregúntaselo a tu madre.

En ese momento no pensé en las consecuencias que se derivarían poco después de esa respuesta.

Barton daba picotazos y soltaba tacos mientras yo intentaba lidiar con la desesperación que empezaba a invadirme. Aunque entre nuestra vida como peces de acuario y mi vida como a-saber-qué-clase-de-pájaro no hubiese pasado mucho tiempo —cosa que no era en modo alguno segura, pues entre las últimas reencarnaciones mediaban algunos días—, aún tardaría mucho en poder volar e ir con Jannis. Eso si es que se hallaba a una distancia de vuelo razonable. Con todo ese tiempo de por medio, Jannis y Kelly se acabarían liando, y él se daría cuenta de que ella era una mujer que se merecía su amor mucho más que yo. Eso si no había sucedido hacía mucho.

De pronto mis hermanos se pusieron a gritar como locos:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Un pájaro blanco de gran tamaño venía directo a nosotros. Aunque cuando era una persona me gustaba tan poco estar en plena naturaleza como a Woody Allen, supe en el acto qué clase de pájaro era: una cigüeña. El ave tenía el pico rojo y plumas blancas en la parte delantera y negras en la trasera. Así que yo también era una cigüeña, no un albatros. Algo era algo.

El vuelo de mamá cigüeña era elegante, majestuoso, imponente. El ave parecía libre como..., en fin, libre como un pájaro. El aire que levantó su aleteo al posarse me dio en plena cara. Maravillada, me quedé con el pico abierto, y mamá cigüeña dejó caer en él una lombriz apenas se hubo parado en el borde del nido. Cerré el pico del susto y me tragué la lombriz, que no sabía nada mal. Se parecía un poco a los caracoles en salsa de gorgonzola que servían en el restaurante italiano Da Tartuffo, al que tanto le gustaba ir a mi padre en Bremerhaven y en el que probablemente yo no volviera a comer, ya que en los restaurantes las cigüeñas no son bien recibidas.

Mis hermanos abrieron el pico con avidez para recibir sus respectivas lombrices, y yo deseé con toda mi alma que ninguno de los viscosos bichejos fuese una persona reencarnada. Al fin y al cabo, era imposible saber a quién se estaba zampando uno: ¿Jimi Hendrix? ¿Kurt Cobain? ¿Michael Jackson?

Mamá cigüeña cerró el pico y mis tres hermanitos chillaron:

—¡HAMBRE! ¡HAMBRE! ¡HAMBRE!

—No me quedan más lombrices —contestó la cigüeña, que en cierto modo era mi madre, aunque no lo fuera. De repente tenía pinta de estar hecha polvo, y eso que hacía un instante, cuando volaba, parecía libre. Ello no decía mucho en favor de la maternidad.

—¡PIII! ¡PIII! ¡PIII! —maldijeron los polluelos al tiempo que señalaban con sus cortas alas el huevo de Barton, que, aunque ya presentaba grietas, seguía sin

mostrarse dispuesto a romperse. Dentro se oyó jurar a Barton:

—¡Rómpete de una vez, pupiii huevo!

Mamá cigüeña apenas daba crédito a sus oídos. Cuanto más despotricaba Barton («Cuando vea al pupiii Buda ¡le saco los pupiii ojos!»), tanto mayor era su enfado. Se puso a empujar con su pico rojo el huevo, que empezó a moverse, y yo comprendí lo que pretendía hacer: ¡quería echarlo del nido!

—¿Qué pasa ahí fuera, Daisy? —preguntó Barton.

La respuesta difícilmente le iba a gustar, así que no dije nada.

No obstante, mamá cigüeña dejó el huevo y preguntó sorprendida:

—¿Quién es Daisy?

Me planteé levantar las alitas, pero no estaba segura de si quería atraer la atención de la severa mamá cigüeña. Sin embargo, tampoco quería que volviera a centrarse en Barton y lo tirara del nido, porque entonces me quedaría completamente sola, por eso triné:

—Yo soy Daisy.

—Los hijos no se ponen el nombre ellos solos —rugió.

Quizá no tuviera mucho sentido explicarle que no había sido yo la que se había puesto el nombre, que había sido mi verdadera madre, de modo que preferí mantener el pico cerrado.

—Soy yo la que decide cómo os llamáis. —Señaló con un ala a los otros tres polluelos, que guardaban silencio en los cascarones rotos—: Tú eres Pico Nervioso; tú, Pluma Nerviosa; tú, Ala Nerviosa; y tú, el de ahí abajo... —apuntó con el ala hacia abajo— Cagarruta Nerviosa.

Menos mal que desde arriba no se veía bien el suelo.

Mamá cigüeña se inclinó hacia mí, proyectando su sombra sobre toda mi carita de pájaro, y dijo:

—A ti te llamaré...

—¿Garra Nerviosa? —propuse.

—No. ¡Cierra el Pico!

El nombre era al mismo tiempo un buen consejo.

—¿Alguna otra pregunta, Cierra el Pico?

Sacudí la cabeza, confiando en dejar de ser el centro de atención de la

desnaturalizada madre cigüeña, cuando uno de mis hermanitos preguntó:

—¿Mamá...?

—Y ahora, ¿qué pasa...? —espetó la irritada cigüeña.

—Yo tengo una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué es un jodipiii hijo de pupiii?

En ese instante averigüé que las cigüeñas también se podían poner rojas como un tomate.

—¿Dónde... dónde... —empezó la madre, buscando las palabras adecuadas— habéis oído eso? Lo ha dicho ese huevo, ¿no?

Los polluelos asintieron con vehemencia.

Seguro que ahora la vieja tiraba el huevo de Barton del nido sin contemplaciones. Pero primero extendió las grandes alas con aire amenazador sobre nosotros:

—Pobre del que se atreva a volver a hacerme una pregunta así.

—Cierra el Pico dijo que te lo preguntáramos a ti —dijo Pluma Nerviosa, temblando, al tiempo que me señalaba.

—¿Es verdad? —me preguntó la madre—. Porque si lo es, ya le estás dando recuerdos de mi parte a Cagarruta Nerviosa ahí abajo ahora mismo.

Era un muy buen momento para negarlo, pero no sabía si podía trinar algo, ya que mamá cigüeña me acababa de ordenar que cerrara el pico. Mientras seguía mirándome con cara desafiante, de pronto se oyó un CRAC y un Barton agotado salió por fin de su huevo. También era pequeño, y al igual que todos nosotros, tenía poco plumaje y el pico negro. Con todo, era completamente distinto del resto.

La madre lo miró y yo cerré los ojos, temerosa de que echara del nido a Barton en el acto, pero dijo encantada:

—¡Por fin un niño y no una estúpida niña! ¡Qué bien!

De haber sido yo una feminista radical reencarnada probablemente me hubiese hecho enfadar que mamá cigüeña concediera tan poca importancia a tener descendencia femenina como cualquier castellano de *Juego de tronos*. Pero lo cierto es que me alegré de que le perdonara la vida a Barton.

Mamá miró con ternura a su nuevo polluelo mientras él la miraba a su vez horrorizado. Probablemente no se esperara encontrarse con una gran cigüeña

arrebatada. En ese preciso instante empezó a llover. Caían chuzos de punta.

—Buahhh... —Barton se echó a llorar sin más, era imposible protegernos de la lluvia.

—No tengas miedo —lo tranquilizó la mamá. Al fin percibía un tono agradable en su voz—. Mis plumas te protegerán.

Abrió las alas y celebré que lo hiciera, ya que así no me calaría. O al menos eso pensaba: lo cierto es que sólo amparó bajo sus alas al pequeño Barton. Nosotras, las polluelas, nos pusimos hechas una sopa en un santiamén. Fue la primera vez en mi vida que deseé ser un hombre.

CAPÍTULO 31

La noche cayó, la lluvia no cesaba. El mojado plumaje se me pegaba pesadamente al cuerpo y olía que apestaba. Tiritaba a más no poder. Ya en mis otras vidas me había preguntado alguna que otra vez qué tenía de bueno la naturaleza. Al fin y al cabo, nosotros, las personas, habíamos inventado las casas, la calefacción y la pizza a domicilio para protegernos de sus caprichos.

Barton al menos contaba con la protección de las alas de mamá cigüeña. Estaba calentito y seco, mientras que a mis congeladas hermanas y a mí nos castañeteaba el pico. Ni siquiera a estas criaturas de la naturaleza les gustaba la naturaleza. Seguro que les habría encantado tener una casa, calefacción y lombrices a domicilio.

Entretanto, intenté convencer a mamá cigüeña de que también tapara a una servidora con sus alas, pero por toda respuesta conseguí que me diera un picotazo en la cabeza. Me habría gustado soltarle que esa educación no era muy pedagógica, y menos aún políticamente correcta, pero pensé que un pájaro no llegaría muy lejos diciendo cosas como «pedagógica» y «políticamente correcta». Pero, sobre todo, pensé en mi hermanita Cagarruta Nerviosa, que estaba espachurrada en el suelo: que el Dios de los pájaros la tuviera en su seno. Habida cuenta de la suerte que había corrido, preferí no decir nada.

Mamá cigüeña y sus crías poco a poco se fueron quedando dormidas, mientras que Barton y yo no conseguimos pegar ojo, y sólo cuando a nuestro alrededor todos empezaron a roncar, nos atrevimos a hablar. Barton constató, medio resignado:

—Pájaros. Somos pupiii pájaros.

—Cigüeñas —precisé; para entonces el agua ya no me goteaba del pico, sino que se precipitaba por él como una pequeña cascada.

Barton no reaccionó, resultaba evidente que le daba lo mismo qué ave era: cigüeña, albatros o emú.

—Puede que debamos intentar ver el lado bueno de todo esto —propuse.

No esperaba que Barton fuese a ver algo bueno en esta situación. Por mi parte, no se me ocurría absolutamente nada que me gustara de mi existencia en ese momento.

—Lo bueno es que no estoy tan mojado como tú —repuso Barton con sequedad, en el doble sentido de la palabra.

Mientras yo continuaba probando si un polluelo de cigüeña puede torcer el

gesto, una luz intensa bajó del cielo directa a nuestro nido. Era una luz redonda..., no, mejor dicho, una luz oronda, y en medio de la luminosa bola de luz flotaba un polluelo de cigüeña gordo que sonreía como Snoop Dogg después de fumarse el cuarto porro. Supimos de inmediato de quién se trataba.

—El hijo de pupiii —afirmó Barton.

—El hijo de pupiii —corroboré yo.

Buda posó su corpachón en mitad del nido con la suavidad de una pluma, sin despertar al resto de la familia, y preguntó:

—¿Qué tal estáis?

—¿Es una pregunta capciosa? —replicó Barton, fulminándolo con sus ojillos de cigüeña.

—No, va en serio —contestó Buda.

A pesar de lo que había dicho, me dio la impresión de que se reía de nosotros. La cuestión era si se reía de nosotros como se ríe un padre benévolo y cariñoso de los errores y desvaríos de sus pequeños, o como un espectador de un programa de vídeos domésticos graciosos que se ríe cuando la anciana jubilada gorda se cae sobre el bufé cuando está bailando un tango.

Justo cuando le iba a soltar que tenía tieso el pequeño culo de pollo, la luz que envolvía a Buda me calentó las mojadas plumas y me tranquilizó. Al menos lo suficiente para que pudiera formularle la pregunta que me tenía frita desde el encontronazo con Einstein:

—¿Por qué te apareces a algunos reencarnados y a otros no?

—Buena pregunta —admitió risueño.

—Sí que lo es.

—Muy buena, incluso.

—No quiero que me pongas nota, quiero que me respondas.

—Sólo me aparezco a personas muy especiales.

—¿Especialmente locas? —quiso saber Barton. Pese a todo lo que habíamos vivido juntos, por lo visto seguía sin poder perdonarme y, una vez más, no podía evitar soltarme frescas. Me dolió más de lo que debería.

—Los dos sois muy voluntariosos.

Barton asintió, la idea de ser especialmente voluntarioso no le era ajena. A mí, en cambio, me costaba creer que justo yo, Daisy Becker, de Bremerhaven,

fuera más voluntariosa que, por ejemplo, alguien como Albert Einstein.

—Hay algo grande en vosotros, sólo tenéis que descubrirlo.

—Hablas como uno de esos gurús que van descalzos por Hollywood y se hacen de oro con la falta de autoestima de las estrellas —replicó Barton.

El propio Barton sonó en ese momento como alguien que, en una mala etapa de su vida, hubiese caído en las redes de uno de esos gurús descalzos. La frase de Buda a mí también me recordó a alguien:

—Hablas como mi madre.

—Ella también es especial —afirmó Buda.

—¿Conoces... conoces... a... mi... madre? —Mi corazón de cigüeña latía con fuerza y a mi pico le costaba crotorar las palabras adecuadas.

Si alguien me hubiera preguntado unos segundos antes si era posible que Buda pudiera esbozar una sonrisa aún más amplia, lo habría negado con mis cortas alas. Pero ahora sonreía como sin duda nunca había sonreído ningún pájaro, persona o porrero.

—¿Cómo... cómo...? —continué diciendo, pero Buda ya se alejaba por el lluvioso cielo nocturno envuelto en su luminosa bola, sin que yo pudiera acabar de balbucir—: ¿Cómo le va a mi madre...? ¿Qué hace...? ¿La puedo ver...? Y si no la puedo ver, ¿podrías decirle de mi parte cuánto la echo de menos...? La echo mucho de menos..., pero mucho mucho...

Me quedé con el pico abierto, la lluvia se me metió en la boca. Barton, que miraba fijamente allí donde hacía un instante estaba sentado Buda, dijo en voz baja:

—Espero no volver a ver a mi padre nunca más.

CAPÍTULO 32

Ninguno de nosotros se puso a pensar en ese instante qué era eso grande que podía haber en nuestro interior. Pensábamos en nuestros padres. Yo como loca porque acababa de enterarme de que mi madre estaba ahí fuera, en alguna parte; y Barton asqueado por la posibilidad de volver a ver a su padre. Cada cual siguió a lo suyo un rato, hasta que me atraganté con el agua que me entraba en el pico y me dio un ataque de tos.

—¡Ese pico! —exclamó, enfadada, mamá cigüeña, a la que a todas luces había despertado.

Pero no podía parar de toser, tosía cada vez más, hasta que ella me dio un picotazo en la cabeza y el dolor me hizo parar. ¿Cuántas madres humanas con falta de sueño desearían en secreto hacer callar a sus hijos enfermos por la noche así de rápido? ¿Y en qué se reencarnarían esas madres? ¿En polluelos de cigüeña?

—Bacterias intestinales —masculló Barton.

No había hecho esa última pregunta en voz alta, ¿no? ¿Es que Barton podía leerme el pensamiento? ¿Sería un polluelo mutante? ¿Con poderes como los X-Men de las películas de superhéroes? ¿Con un nombre de héroe como Psicopolluelo?

—Seguro que mi padre es un bacilo. En el culo de una mofeta. —La voz de Barton destilaba desprecio, y bajo ese desprecio subyacía un dolor que me oprimió el corazoncito de pollo.

—Sé que no soy quién para preguntarte... —empecé.

—Pues no preguntes.

—... pero en los artículos que escribían sobre ti siempre ponía que tu padre era tu gran motor. Que sin él tu carrera no habría sido la misma.

—Y es cierto.

—¿Pero?

—No era como lo pintaba la prensa. El viejo me motivó porque se pasó toda la vida diciéndome que no era más que un fracasado. Hiciera lo que hiciese, nunca era lo bastante bueno. Daba lo mismo lo bien que me fuera en clase, en fútbol o en ballet...

—¿En ballet?

—De pequeño se me daba bien el ballet, y como te rías te vas con Cagarruta Nerviosa.

Así y todo me reí. Imaginarme a Barton haciendo de cisne moribundo con mallas era extremadamente gracioso.

Intentó darme con una alita, pero yo estaba demasiado lejos. Ya ni notaba que seguía lloviendo, tenía puesta toda mi atención en Barton, que se estaba abriendo a mí como puede que sólo lo hubiera hecho con su mujer, y eso si acaso.

—Ni siquiera cuando gané millones era demasiado bueno para el viejo, a pesar de que él no era más que un vendedor de coches de ocasión que siempre estaba endeudado y a cada pocas semanas molía a palos a su mujer.

El recuerdo lo hizo languidecer. No me atreví a preguntar si el padre también pegaba al hijo. Pero el pequeño Marc había sido testigo de cómo maltrataba a su madre.

—Si hubiese inventado la cura del cáncer, seguro que el viejo me habría preguntado: ¿y qué hay de la del sida? Y si también me hubiera sacado de la chistera la del sida, seguro que me habría preguntado: ¿y para cuándo algo que convierta el agua del grifo en cerveza?

—Probablemente eso fuera lo más lucrativo —repuse con una leve sonrisa para animarlo un poco.

—No tiene gracia —repuso cortante.

—No, no la tiene —admití.

Permanecemos un rato en silencio. Se me pasó por la cabeza una cosa más, pero no sabía si decírsela. Al final, sin embargo, lo hice:

—Y claro, siempre quisiste tener un perro...

—Teníamos uno.

—¿Ah, sí?

—Se llamaba *Rex*. Era un collie. Lo adoraba. Mi padre no, claro. Una noche desapareció. Yo tenía ocho años.

—¿Fue cosa de tu padre? —pregunté espantada.

—Sí, pero me dijo que *Rex* se había escapado, y que eso no habría ocurrido si me hubiera ocupado mejor de él.

Me miró con sus ojos de pollo rebosantes de dolor y me entraron ganas de rodearlo con mis alitas, pero eran demasiado cortas. Además, ¿me habría dejado que lo consolara habiendo matado a su terrier? ¿Me lo perdonaría

alguna vez?

En cualquier caso, Barton no era un capullo, sino tan sólo un muchacho herido que a veces se comportaba como un capullo. Probablemente ese muchacho herido fuese capaz de hacer algo grande, algo más grande de lo que había sido capaz la estrella del cine, que a fin de cuentas sólo quería demostrarle algo a su padre. Quizá Barton descubriera ese algo grande a lo largo de nuestra vida como cigüeñas. Y quizá incluso yo pudiese ayudar a que lo lograra. Reparar lo que le había hecho cuando era una persona.

CAPÍTULO 33

Nuestra vida mejoraba día tras día. Hasta que volvió a empeorar. A empeorar mucho. La lluvia de la primera noche no volvió a caer en bastante tiempo. A lo largo de las semanas que siguieron, el sol brilló en el cielo ligeramente nublado, una leve brisa nos acariciaba las plumas. Aunque mamá cigüeña siempre estaba de mal humor y siempre había que contar con que le arreara un picotazo en la cabeza a alguno, también podíamos confiar en que siempre nos proporcionara lombrices, que sin duda no se imaginaban que su día acabara así. Por asombroso que parezca, este menú tan poco variado no me aburría nada, ya que era justo lo que me pedía mi cuerpo de pájaro. Lo único que de verdad echaba en falta en mi alimentación era un expreso matutino. O cuatro.

Que mamá cigüeña siempre favoreciera a Barton y dejara caer en su pico las lombrices más gordas ya no me molestaba. A cambio no tenía que aguantar que me acariciara constantemente. Ni tampoco que me llamara «chiquirriquitina mía».

Nuestras hermanitas, celosas, fastidiaban a Barton en cuanto mamá cigüeña abandonaba el nido para ir en busca de lombrices. Las polluelas lo insultaban sin parar con palabras como las que se suelen escuchar en los parques infantiles, como «cobarde, gallina». Palabras que incluso a un adulto le gustaría soltar por teléfono a algún que otro trabajador de un centro de atención al cliente.

Con todo, a Barton le resbalaban los insultos. Que los pájaros despotricaran lo que les diera la gana. Como no les hacía ni caso, ellos se acababan cansando de rezongar y cerraban el pico. Cuando le pregunté cómo podía conservar la calma, Barton sonrió y repuso:

—Los críticos de cine son mucho peores.

Ésa fue la primera vez que empezamos a charlar con tranquilidad, sin que nos tocaran las narices hormigas, lucios o Budas sonrientes. No hablábamos de nuestra vida animal ni de Jannis y Kelly, sino de algo muy distinto que también nos unía: la interpretación.

Barton me habló de los críticos, que al principio le hacían daño, porque en el fondo sólo decían lo mismo que le decía su padre día tras día: que, hiciera lo que hiciese, era un fracasado y siempre lo sería. La única diferencia era que los críticos lo formulaban de manera más elegante que su padre. De una comedia en la que Barton interpretaba a un enfermo de cáncer que quería cumplir su sueño de participar en las olimpiadas con el equipo de *curling*, *The New Yorker* dijo: «El tumor es cuando, a pesar de todo, uno se ríe». El semanario *Variety* calificó su película de cine de autor *Chocolate para Treblinka* de «ébola cinematográfico». Y su taquillazo de zombis *All you can*

eat hizo que los críticos del medio especializado *Deadline Hollywood* declararan que, gracias a la falta de talento de Barton, a partir del minuto diez el espectador se ponía a animar automáticamente a los zombis.

Mientras él me contaba estas cosas, supe que las estrellas del mundillo recibían los mismos palos que nosotros, los actores segundones, y que la única diferencia era que ellas, con todo el dinero que ganaban, podían permitirse remedios contra la frustración más exclusivos que una botella de Amaretto.

—¿Por qué te hiciste actor? —quise saber.

—Porque quería darle algo a la gente.

Cuando los actores sueltan algo así, por lo general es como las reinas de la belleza cuando aseguran que su mayor deseo es la paz mundial. Pero Barton lo decía en serio.

—Cuando veía películas, mi madre era feliz —dijo apesadumbrado. No hizo falta que añadiera: sólo entonces—. El actor que más le gustaba era Robert Redford.

Así que por eso —y no fue preciso que lo mencionara— Barton quiso ser como Redford desde pequeño, un actor que traslada a las personas tristes a mundos de ensueño y les regala emociones que no pueden sentir en su vida cotidiana. Igual que yo quería ser la nueva Meryl Streep, Glenn Close o Sandra Bullock. Sólo que Barton se había acercado mucho más a su sueño que yo.

—La película preferida de mi madre era *Tal como éramos*, con Redford y Barbra Streisand.

Como no la conocía, Barton empezó a contarme la historia de amor, que se extiende a lo largo de unas cuatro décadas. En la película, Redford interpreta a un oficial de la Armada en la segunda guerra mundial, y Barbra Streisand a una militante del partido comunista. Comienzan una relación amorosa, pero la caza de brujas de los años cincuenta los separa, y cuando en los años setenta se vuelven a ver se dan cuenta de que han desperdiciado todas las oportunidades de ser felices juntos. Igual que yo con Jannis. Y Barton con Kelly. Sólo que en la peli Redford y Streisand tienen que comer muchas menos lombrices de las que nosotros comemos ahora.

De haber sido otro el que me hubiera contado el argumento de esa película, me habría encogido de hombros, aburrida, y habría dicho: hay que tener los ojos abiertos cuando se elige pareja. Pero el relato de Barton fue tan vivo que me entusiasmó. Incluso siendo una cigüeña pequeña, hablaba con pasión y tenía un talento que no había salido a la luz ni en sus éxitos de taquilla ni en sus fallidas incursiones en el cine independiente. De manera que le pedí que me hablara de otras películas que no conocía. A partir de ese momento pasé a tener mi programa de cine propio en el pequeño nido: cada día Barton me contaba unas tres o cuatro películas. Me reí con *Tiempos modernos*, lloré con *La fuerza del cariño* e hice ambas cosas con *La rosa púrpura de El Cairo*. Pero lo mejor eran las reinterpretaciones de clásicos. Lo pasé bomba con su

nueva versión de *Los pájaros*, de Hitchcock. Disfrutaba tanto con sus historias que dejé de pensar que me abandonaría en cuanto pudiéramos volar. Me habría encantado quedarme con él en el nido para siempre.

Mientras hablábamos, nuestras hermanas pensaban que estábamos como una cabra, y mamá cigüeña musitaba en voz baja, con resignación: «La próxima vez dejó sólo un huevo en el nido desde el principio».

Después de que un día especialmente bonito me ofreciera una versión interesantísima de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, Barton dijo:

—Bueno, ahora tú.

—Ahora yo..., ¿qué?

—Ahora, para variar, me interpretas algo tú. Eres actriz, ¿no?

—Lo era.

—Lo sigues siendo. De una pasión no se despoja uno como de un cuerpo.

—Es que no soy muy buena actriz —argüí.

—Eso me lo creo —repuso sonriendo.

Por un momento me entraron ganas de empujarlo y tirarlo del nido. Sólo había una persona en el mundo que podía decirme que era mala actriz, y ésa era yo.

—La cuestión es —prosiguió Barton—, ¿eres mala porque no tienes talento o porque no te esfuerzas?

Si uno no se esfuerza, siempre tiene la excusa de que su fracaso profesional no se debe a la falta de talento. ¿No sería absurdo emplearse a fondo para después darse cuenta de que uno no tiene aptitud? Vamos, que no hay mejor excusa en la vida que no esforzarse.

—No... lo sé... —balbucí. Me había pillado.

—Pues ahora lo averiguaremos —aseguró él—. Cuéntame algo.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces dejaré de hacerlo yo.

—Chantajista.

—Me han llamado cosas mucho peores. Incluso aquí, siendo un polluelo.

Luchaba conmigo misma: no quería ponerme en ridículo, pero quería que siguiera contándome historias. O sea que sólo tenía una opción: soltarme y no

ponerme en ridículo.

—Está bien —accedí—. ¿Conoces *Robi, Tobi y el aeroguatutú*?

—¿El aeroguatutú?

—Ya veo que no.

Así que empecé a hablarle de los viajes del niño de tercero con el robot de la clase de tercero de robot, que con un vehículo universal llamado aeroguatutú viajan al faro de franjas amarillas y negras, al Polo Norte y, claro está, al castillo de los Budines. Me esforcé de verdad en contar el cuento de forma que resultara interesante, divertido y emocionante, que es lo que me pareció a mí de pequeña cuando me lo leyó mi madre en la cama.

Al terminar miré a Barton con cara de expectación. Su opinión significaba mucho para mí. ¿Qué actriz —pero ¿qué estoy diciendo?, qué persona— no quería recibir los halagos de una estrella de Hollywood, aunque tuviese la forma de un cigoñino?

—Tienes talento, de veras —aseveró Barton, y no dijo si ello le sorprendía o si lo esperaba. Su opinión me hizo feliz. Estaba en el séptimo cielo.

Me duró unos tres segundos.

Hasta que mamá cigüeña anunció que había llegado el momento de que alzáramos el vuelo.^[14] [15]

CAPÍTULO 34

—Ehhh... —le dije a la cigüeña—, todavía no tengo la sensación de que pueda volar.

Entretanto, nosotros, los polluelos, habíamos crecido, nuestras alas ya no eran cortas y la suave pelusilla había dado paso a plumas de verdad. Y, sin embargo, si un pájaro joven estaba preparado para emprender sus primeros vuelos de prueba, debía sentirlo en su interior, ¿o acaso no?

—¿Sabes lo que me importa a mí tu sensación? —respondió mamá cigüeña.

—¿Un carajo?

—¿Qué es *carajo*?

¿Se lo explicaba? No creía que mi plumada familia entendiera el concepto de carajo, y menos aún que aprobara el empleo de la palabra. Ni que me gustara utilizarla.

—Quería decir que probablemente te dé lo mismo —contesté apocada.

—Pues no.

—¿No? —pregunté esperanzada.

—Me da absolutamente lo mismo.

Mamá cigüeña estaba superdecidida a que voláramos. Y a juzgar por la cara que ponían mis hermanos, ellos tampoco estaban muy convencidos de que fuesen capaces de hacerlo.

—¿A cuál de vosotros os gustaría que echara primero del nido? —quiso saber mamá cigüeña.

Mis hermanitas señalaron con sus alas a Barton.

Que contenía la respiración.

—No, mi chiquirritín será el último.

El chiquirritín lanzó un suspiro de alivio, aún disponía de unos minutos de vida. Mamá cigüeña nos miró a nosotras, las polluelas, sopesando la situación. Yo luchaba contra mi creciente pánico diciéndome que sin duda una mamá cigüeña sabía de sobra cuándo estaban listos sus pequeños para abandonar el nido. ¡Del instinto de una madre había que fiarse! Sin embargo, me habría costado menos fiarme de ese instinto si mamá cigüeña no me hubiese

parecido tan crispada.

—¡Eh, tú! —exclamó, y le dio con el pico en la cabeza a Pico Nervioso—. Tú serás la primera.

Mejor ella que yo, se me pasó por la cabeza. No era un pensamiento muy apropiado para acumular buen karma.

Pico Nervioso se puso más blanca aún de lo que ya era y repuso:

—Ehhh... primero me gustaría ver cómo lo hace el resto...

Mamá cigüeña empujó a mi hermanita del nido.

—¡AHHH! —gritó, como era de suponer, Pico Nervioso.

Los demás contuvimos el aliento: dentro de nada seguro que nuestra hermana dejaba de gritar, extendía las alas y volaba.

—¡AHHH!

No podía tardar mucho.

—¡AHHH!

Empezaba a ser hora de que volara.

—¡AHHH!

Era ya o nunca.

¡Plaf!

¿Plaf?

Plaf no es volar.

—Vaya torta —dijo Barton, tragando saliva.

—Es una bonita forma de expresarlo —balbucí.

—¿Quién quiere ser el siguiente? —preguntó sonriente mamá cigüeña.

Evidentemente, ninguno de nosotros se ofreció voluntario.

—Creo que debería probar Cierra el Pico —decidió.

Yo no lo creía así, pero a ella le dio igual: me empujó con el pico y me echó del nido.

CAPÍTULO 35

Nunca antes me había parecido tan absurda la naturaleza.

En mi caída fui dejando atrás ramas. Y caí encima de ramas que, por desgracia, no amortiguaron el descenso, pues eran demasiado finas. En cambio, dolían como latigazos. El viento me zumbaba de tal forma en los oídos que no escuchaba mis propios gritos. Y el cerebro enviaba señales a mis alas: vamos, estúpidas, empezad a moveros, a aletear, lo que sea. Pero ¡no os quedéis paradas como si esto no tuviera que ver con vosotras!

Las alas no escucharon las señales. Como una impresora que indica que está lista para empezar a imprimir y, a la que sin embargo, no le interesan lo más mínimo las órdenes que le envía el ordenador.

Ya veía el suelo: el musgo..., las setas..., a mi hermana cigüeña clavada en el suelo con el pico romo...

Al parecer esto último convenció a mis alas, que empezaron a moverse. Descoordinadas. Torpes. Extremadamente mal. Pero el aleteo frenó un tanto la caída. Mi cerebro siguió enviándoles señales: si no lo hacéis mejor, pedazo de zoquetes, vamos a tener un problema.

Esta vez las alas hicieron caso al cerebro. Comenzaron a moverse con más brío y más deprisa, logrando sincronizar el movimiento a medias. Me detuve en el aire justo a tiempo, encima del trasero de Pico Nervioso, que asomaba en el suelo.

Respiré hondo cuando, de pronto, cayeron Pluma Nerviosa y Ala Nerviosa. Ahora eran tres los traseros de pájaro que veía debajo.

Yo era la única polluela que había sobrevivido. *Survival of the fittest*, la supremacía del más fuerte, el principio darwiniano de la naturaleza. Cuando uno se hallaba inmerso en semejante proceso de selección entendía mucho menos a las personas que lo glorificaban la naturaleza.

No quería seguir viendo el trasero de mis hermanitas, así que empecé a batir las alas hacia arriba, con aire vacilante. Me di con la cabeza contra una rama y luego con el trasero contra un árbol, pero poco a poco volé con más seguridad, y apenas un minuto después ya no parecía un pájaro que acabara de beberse un barril de vino de Oporto. Cuando me encontraba más o menos a las tres cuartas partes del abeto me pregunté qué sería de Barton. Seguro que mamá cigüeña se había enterado de que la mayoría de sus hijitos no estaban listos para emprender el vuelo y había protegido a su preferido de toda esa mierda de la *survival of the fittest*.

—¡AHHH! —chilló Barton.

O quizá no.

Barton se precipitó hacia mí. Y no daba la impresión de que fuera a aprender a volar a tiempo.

—¡Tienes que mover las alas! —vociferé.

—¡AHHH!

—¡O morirás! —chillé, aunque eso ya debía de saberlo.

—¡AHHH!

—Esta conversación es un poco unilateral.

—¡AHHH!

Barton cayó encima de mí y se me agarró con todas sus fuerzas. Perdí el equilibrio, y puede que lo hubiera recuperado rápido si Barton, aterrado, no me hubiese clavado las garras en el lomo. Mis alas no podían soportar el peso de los dos y nos precipitamos hacia el suelo. Batí las alas con todas mis fuerzas para evitar la caída, pero nada.

—¡Suéltame! —le grité.

—¡AHHH!

—¡O moriremos los dos!

—¡AHHH!

—¿Te importaría gritar otra cosa?

—¡PIII!

—Tampoco es que sea la bomba.

Descendía deprisa, con él a cuestas, y me gritaba de tal forma al oído que temía ser el primer pájaro del mundo que tuviera que buscarse un especialista en audífonos. Naturalmente, siempre y cuando sobreviviera al impacto, lo cual era muy poco probable.

—¿Te importaría mucho bajarte de ahí? —rugí.

—¡SÍ!

Lo que me temía.

Cuando estábamos a unos cinco metros del suelo, Barton vio el trasero de nuestras tres hermanitas.

—¿Son ésas...?

—Lo son, sí.

—¡MADRE MÍA DE MI VIDA!

—Así acabaremos nosotros si no te quitas de encima de una vez.

—Es que si nos estampamos quizá me amortigües el golpe —contestó, y la idea le hizo concebir un poco de esperanza.

—Con esa forma de pensar no acumularás buen karma —objeté.

—Pero tú sí, si me salvas. O sea, que te haré un favor, ya que te ayudaré a que lo acumules tú.

—Puedo pasar sin ese favor.

Estábamos a punto de estrellarnos, así que intenté zafarme de Barton con todas mis fuerzas. Mi instinto de conservación era mayor que mi deseo de acumular karma. Probablemente a la mayoría de las criaturas del planeta le sucediese lo mismo, lo cual explicaba lo mal que iba nuestro mundo.

Al final conseguí desembarazarme de Barton. Vi cómo se precipitaba al suelo los últimos metros. Y me las tuve que ver con el miedo: ahora moriría. Por mi culpa.

—¡Mueve las alas de una vez! —le chillé—. ¡O no nos volveremos a ver!

Eso no hizo que sus alas se pusieran en movimiento.

—¡Y seguro que tampoco volverás a ver a tu mujer!

Al oír eso empezó a sacudir las alas.

Por fin.

Sin embargo, me habría gustado más que las hubiera batido por mí.

CAPÍTULO 36

—Estoy tan orgullosa de ti, chiquirriquitín mío —oímos que decía arriba mamá cigüeña.

—Yo con esa chiflada no vuelvo —afirmó Barton.

—Yo tampoco, chiquirriquitín —contesté.

—No me llames así.

—¿Pocholito? —Después de tanta tensión, me resultaba relajante tomarle el pelo.

—¿Nos largamos o qué? —respondió Barton, exhalando un suspiro, nada relajado.

—Pues claro, mofetilla —contesté, lanzando una risa un tanto desquiciada, ya que sentía un gran alivio por habernos salvado los dos.

Nos alejamos de nuestro árbol y atravesamos el bosque, en vuelo siempre rasante. Si nos caíamos, que al menos no nos partiéramos la crisma. A veces mirábamos hacia arriba para ver si nos seguía mamá cigüeña, pero era una de esas madres que se alegran cuando los hijos por fin abandonan el nido y a las que les basta saber de ellos por su cumpleaños y en Navidad.

Barton y yo no dijimos una sola palabra hasta que salimos del bosque. Ante nosotros se extendían trigales hasta donde alcanzaba la vista. El amarillo era tan bello con el sol que, de pura alegría, Van Gogh habría vuelto a cortarse la oreja. En un pequeño sendero cubierto de hierba hicimos un descanso y dejamos caer las alas, exhaustos. Me pregunté si ése era el momento en que nuestros caminos se separarían. Quizá lo mejor fuera preguntárselo a Barton sin más:

—¿Te irás ahora?

Él vaciló.

—Será más fácil encontrar a Jannis y a tu mujer si permanecemos juntos.

—Pero entonces también será más fácil que me vuelva loco definitivamente.

—*Momo* .

—¿Qué?

—Todavía no te he contado la historia de *Momo* .

Barton sonrió.

—¿Piensas hacer de Sherezade y contarme cada noche una historia?

—No, no creo que tardemos mil y una noches en llegar allí.

—Puede que sí, al fin y al cabo, tenemos que ir a Nueva York.

Tenemos.

¡Había dicho «tenemos»!

Así que en realidad a él tampoco le apetecía quedarse solo. Aunque no quisiera admitirlo. Nadie quería estar solo siendo un animal. ¡O una persona!

—Nueva York está muy lejos —convine—, y ni siquiera sabemos dónde estamos ahora.

—Ah, no, eso sí lo sabemos.

Barton señaló un letrero que había unos metros más adelante en el que ponía: «Bienvenidos al bosque de Teutoburgo».

Aunque en séptimo había tenido que dibujar montañas y bosques en mapas de Europa mal fotocopiados, aquél había sido un caso clásico de atracón de conocimientos: atiborrarse de información el día previo al examen para vomitarla después. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba el bosque de Teutoburgo, salvo que se hallaba en alguna parte del noroeste de Alemania. O sea, que bastante lejos de Nueva York. Pero a cambio no muy lejos de Bremerhaven, la ciudad a la que nunca quise volver, pero a la que ahora debía ir. Y es que sólo desde allí podíamos coger un barco que nos llevara a América. Volar a Estados Unidos por nuestra cuenta nos habría resultado absolutamente imposible siendo cigüeñas jóvenes: a fin de cuentas, después de nuestro primer vuelo estábamos hechos polvo.

Le conté a Barton lo del barco y me dijo que no paraba de sorprenderlo; le pregunté en qué sentido, y me contestó que nunca habría creído que le propondría un plan que no fuera una auténtica locura. Le di un picotazo en la cabeza, a raíz de lo cual constató que era probable que yo no fuese capaz de defenderme verbalmente. Después le aticé otro picotazo, con el que, si bien demostré que él llevaba la razón, también le hice ver que llevar la razón no tenía por qué ser siempre divertido.

Mientras Barton se sostenía la cabeza con el ala izquierda y hacía el limpiaparabrisas con la derecha, me guie por el sol para determinar los puntos cardinales. Cuando supe dónde se hallaba el norte, le indiqué que me siguiera y eché a volar. Volamos juntos por el aire, y cuanto más tiempo pasaba, tanto más estable era nuestro vuelo y más nos íbamos separando del suelo. El aire nos proporcionaba impulso y nos llevaba a alturas insospechadas. Era realmente impresionante contemplar el mundo a vista de pájaro: los campos, los arroyos, las praderas, las carreteras y las casas.

Cuanto más subíamos, más embriagador era. Mi sitio estaba allí, en el aire, me lo decía mi instinto de ave. Una sensación que nunca había tenido cuando era una persona. Ni en casa, ni en Berlín, ni en ninguna parte. Y en ese instante la naturaleza dejó de parecerme absurda. Por la noche, Barton y yo buscamos protección en la copa de un abeto, antes de acostarnos nos contamos sendas historias (yo le hablé de *Momo* ; él, de *Aterrizo como puedas*), y dormimos en ramas fuertes, anchas, sin tener miedo ni un solo segundo de caernos mientras dormíamos. Así de seguros estábamos de nuestro instinto de pájaro después de llevar sólo un día fuera del nido.

Cuando volvió a salir el sol, picoteamos unas lombrices del suelo antes de reanudar el vuelo. Antes les preguntamos con mucha educación si eran personas reencarnadas, y nos alegramos de que no tuvieran ni idea de lo que les decíamos.

Para llegar a Bremerhaven, seguimos la A27 y nos divertimos haciendo nuestras necesidades y procurando acertar a la mayor cantidad de Mercedes posible. A primera hora de la tarde llegamos a mi ciudad natal y nos dirigimos al puerto. Confiábamos en poder coger un transatlántico que fuese a Nueva York. Mientras sobrevolábamos esa ciudad que tan poco me gustaba, a punto estuve de pasarme la casa del tejado amarillo, pero en el último momento la vi. Era la casa de mis padres. Las tejas eran amarillas porque —según mi madre— cualquier casa podía tenerlas rojas. A mi padre ese color siempre le había parecido muy llamativo, pero a pesar de que hacía ya muchos años de la muerte de mi madre, las había conservado. ¿En honor a ella, tal vez?

En el precioso jardín, en una tumbona, la Elseasesora tomaba el sol en biquini. La tía tenía mejor tipo que la mayoría de las mujeres de su edad. O del que tenía yo cuando era persona.

Miré a ver si podía evacuar y me alegré al comprobar que así era. Refrené un poco el vuelo para situarme exactamente sobre Else y solté el regalito. ¡Zas! La Elseasesora pegó un saltó, asustada y gritó: «Puaaj», «Iii» y «Espero no coger la gripe aviar».

Me posé en la rama de un alto roble y me reí a mandíbula batiente de cigüeña hasta que salió mi padre, que corrió hacia Else, la abrazó, la tranquilizó y la ayudó con mucho cariño a limpiarse. Barton, posado a mi lado en la rama, observó el espectáculo y dijo:

—¿No es ése...?

—Lo es, sí —lo interrumpí irritada.

—Quiere a esa mujer —afirmó.

—Una estupidez por su parte.

—¿Por qué? Ella también lo quiere. —Los señaló con un ala: la Elseasesora besó a mi padre en la vieja, caída mejilla. Con gratitud. Con cariño. Le dedicó una sonrisa radiante.

—Sólo... sólo lo finge... —alegué.

—Eso no se puede fingir —me respondió la joven cigüeña que en su día había sido uno de los mejores actores del mundo y, por tanto, sabía perfectamente qué se podía fingir y qué no.

La Elseasesora miraba a mi padre como si fuese el mejor ser humano del universo. Sus sentimientos eran genuinos. Se veía con suma claridad. Y a mí me costaba lo mío admitirlo.

—Tu padre la hace feliz —aseveró Barton.

—Siempre... siempre pensé... —balbucí.

—Creo que ya habíamos dejado claro que pensar no es uno de tus fuertes —repuso risueño Barton.

Normalmente le habría dado un picotazo, pero esa vez me limité a mirar a la Elseasesora. Había sido injusta pensando que sólo quería a mi padre por su dinero. Pero lo quería de verdad. ¿Cómo es que no me había dado cuenta antes? ¿Porque estaba furiosa? ¿O porque no era capaz de comprender que se pudiera querer a un hombre mucho mayor? Jannis tenía razón cuando dijo que probablemente nunca supiese lo que era el amor. Que mi padre y Else se quisieran quizá no disculpase que él abandonara a mi madre cuando se puso enferma, pero sí hacía que fuese un pelín más comprensible. Ello atenuó el odio que había acumulado todos esos años. Y alivió mi dolor. Sobre todo esto último.

¿Y si bajaba con mi padre? ¿Y me disculpaba? Pero ¿cómo me haría entender? ¿Moviendo las alas como banderas de señales? Él no entendería nada, como mucho pensaría que tenía delante a un pájaro que se había dado demasiadas veces contra cristales de ventanas. No podía decirle a mi padre que era su hija, y tampoco podría hablar con él de todos los problemas que habíamos tenido y, de ese modo, dar lugar a algo parecido a una reconciliación. En ese instante supe por qué las personas no reconocían nunca a familiares suyos reencarnados en animales: no entendían su idioma. Estar tan cerca de los seres queridos y, sin embargo, no poder hablar con ellos... eso era lo peor de todo el tinglado de la reencarnación.

—Sigamos —le pedí entristecida a Barton.

—¿Estás segura? —preguntó, con una solidaridad inusitada.

—Por desgracia, sí.

Me puse en movimiento y él me siguió. Intentó decir algo para consolarme, pero no encontró las palabras adecuadas y no dijo nada. Sin embargo el mero hecho de que lo intentase hizo que se ganara mi gratitud.

Continuamos volando hasta el puerto y nos posamos en la chimenea más grande de uno de esos cruceros que salen en televisión, más publicreportajes

que verdaderos reportajes. El barco iba a Nueva York.

CAPÍTULO 37

Al principio de la travesía por alta mar, Barton y yo temimos que quizá tuviéramos que escondernos de los pasajeros y la tripulación para que no nos echaran del barco. Pero no fue necesario: las personas nos adoraban. Las cigüeñas tienen una imagen bastante buena.

La tripulación nos daba de comer deliciosos peces: de pronto también nosotros éramos pescetarianos, todo en la vida es cuestión de perspectiva. Nos echaban los restos de los festines, aunque Barton y yo dejamos de comer la mayoría de las cosas tras una vez en que nos abalanzamos sobre una mezcla de ostras y *mousse* de chocolate que nos provocó una indigestión importante. Que comiéramos eso el único día que un vendaval hizo que altas olas coronadas de espuma amarilla azotaran el barco no contribuyó a que nos sintiéramos precisamente bien.

No tardamos en recibir apodos por parte de los pasajeros: Angie y Steinmeier. No era sólo que los enamorados bromearan preguntándose si les llevaríamos a sus futuros hijos, también les preocupaba una cuestión muy distinta. Una mujer joven que se parecía a mi excompañera de piso Sylvie nos observaba un bonito día de sol en que estábamos acurrucados en la baranda de proa. Con ella se encontraba su novio, que se parecía a Lars, el prometido de Sylvie: por lo visto, estas jóvenes parejas de triunfadores eran clonadas por científicos locos. Al cabo de un rato, la mujer le preguntó al tío:

—¿Tendrán hijitos felices Angie y Steinmeier?

Recordé a mis hermanas cigüeñas y me entraron ganas de chillarle a la parejita que los hijitos cigüeña felices no existían.

—Por lo menos seguro que se lo montan —contestó el triunfador.

¿Sexo?

¿Las cigüeñas?

No me había parado a pensar en ello. Ni siquiera me hacía una idea de cómo podía ser. Dudaba que, por ejemplo, resultase erótico darse picos. Sin embargo, apenas lo dijo el tío, noté que el deseo se apoderaba de mi cuerpo de cigüeña. Aunque Barton y yo no éramos adultos del todo, estaba claro que nos hallábamos en la adolescencia. Lo miré tímidamente para ver cómo reaccionaba al pensar en el sexo. Aunque me miró con idéntica timidez, daba la sensación de estar experimentando el mismo deseo que yo. Si bien mi cuerpo se alegró de que también Barton tuviera ganas, a mi cabeza no le hizo mucha gracia: no me apetecía nada darme picos. No con Barton. O con otra cigüeña.

—¿Qué nos apostamos a que se tienen tantas ganas como nosotros? —dijo el joven.

La mujer, risueña, le dio suavemente con el codo en el costado, y acto seguido se pusieron a besuquearse y magrearse. Al verlos, nosotras, las cigüeñas, sentimos un cosquilleo.

—¿Deberíamos... nosotros dos...? —empezó cohibido Barton, a quien la idea también le resultaba desagradable.

—Bueno... —respondí, soltando un gallo.

—Es una idea absurda...

—Superabsurda —le di la razón.

—Supermegabsurda.

—Supermegaultrabsurda.

—Creo que de supermega no se puede pasar.

—Con una idea así, sí.

—Tienes razón —asintió con vehemencia.

Estábamos de acuerdo. Pero nuestros cuerpos, por desgracia, también. Y opinaban de manera distinta de nosotros y se arrimaron en la baranda.

—Sería incesto —añadió Barton para impedir lo que parecía inminente: que empezáramos con los picos.

—Eso no quiero ni planteármelo —afirmé.

—Lógico.

Ya podíamos decir lo que quisiéramos: el cosquilleo que sentíamos era tal que resultaba casi insoportable. Cada vez nos arrimábamos más. Nuestros picos estaban a punto de tocarse.

—En cualquier caso, no estaría bien —observó Barton.

—Ya.

—Estaría bastante mal, incluso.

—Ya.

—Además, no me pareces atractiva.

—¿Y... a? —repuse, sorprendida. Si sólo lo dijo para impedir que empezáramos a darnos picos, funcionó: el cosquilleo disminuyó un poco.

—Cuando era una persona tampoco me atraías —añadió Barton.

—Gracias, lo mismo digo —mentí: aunque cuando era una persona no me caía bien, sí me ponía, tanto que me habría ido con él sin pensarlo mucho al sofá del camerino.

—No me lo creo —replicó sonriente el muy creído.

—Cree lo que te dé la gana.

—Faltaría. —Aun siendo una cigüeña podía exhibir una sonrisa arrogante y presuntuosa. Cada vez tenía menos ganas de montármelo con él. Gracias a Dios.

—Yo tampoco me trago que no te pareciera atractiva —le solté.

No lo dije porque de verdad no lo creyera, al contrario; por desgracia, me imaginaba perfectamente que no le atrajese, pero quería devolverle el golpe, hacerle daño.

—Estoy casado con Nicole, ¿cómo crees que iba a fijarme en alguien como tú?

Con una sola frase, Barton me convirtió en una mujer de tercera.

—Estabas casado con ella —le espeté con aspereza, y me alejé más de un metro de él por la baranda con mis garras de cigüeña.

—¡Lo sigo estando! —Ahora también se había picado él: le había hecho daño. ¡Bien!—. Y gracias a Nicole, tu Jannis no te volverá a encontrar atractiva. —Él también quería herirme.

Fue como recibir un golpe en plena cara de cigüeña.

Sin decir nada, levanté el vuelo y me fui al otro extremo del barco. Una vez allí, me posé en la baranda y dejé que el viento me ahuecara el plumaje. Estaba furiosa. Aunque Barton no fuese más que un muchacho herido que se comportaba como un capullo, ¡se comportaba como un capullo! ¡Como un capullo arrogante!

Al cabo de una, dos millas marinas, mi rabia dio paso a una triste verdad: al reencarnarme en un animal mi vida sexual había terminado. Para siempre.^[16]

En ese momento me arrepentí de no haberlo hecho mucho más a menudo cuando era una persona. Con Jannis. No debería haber mantenido sólo una relación de amistad con él todos esos años, tendría que haber podido compartir la cama. También me había perdido esa parte del amor.

Iba a romper a llorar otra vez cuando una mujer gorda, con un vestido de florecitas largo, vaporoso y unos prismáticos en la mano, exclamó:

—¡Tierra a la vista!

CAPÍTULO 38

Barton y yo no esperamos a que atracara el barco. Salvamos las últimas millas que nos separaban de tierra firme volando, pasamos por delante de la estatua de la Libertad y nos dirigimos hacia los rascacielos, que hasta entonces sólo conocía de infinidad de películas. De no haber estado tan entusiasmada por volver a ver a Jannis pronto, quizá me hubiese puesto a cantar de alegría la canción del viejo Udo Jürgens: «No he estado nunca en Nueva York, no he estado nunca en Hawái...». Así que batía las alas con el pico abierto, pasmada, por esos desfiladeros de acero y hormigón. Barton iba en cabeza. No hacía falta que dijese cuál era su destino, yo sabía perfectamente que quería llegar al lujoso piso de Central Park que había comprado en su día para su mujer y para él y en el que ahora, en su lugar, vivía Jannis.

Sobrevolamos Chinatown, dejamos atrás el Empire State Building y llegamos a Times Square. En esta plaza Barton pegó un frenazo tan brusco que estuve a punto de provocar un accidente aéreo. Me desvié a tiempo y supe por qué había hecho Barton esa frenada en el aire: entre todos los neones que anunciaban nuevas series de televisión como *Ley y orden*, *Forever*, *Chuck Norris contra los zombis* o *Cómo maté a vuestra madre* había uno que llamó mi atención: *Sexo en Nueva York: la nueva generación*. En la pantalla no se veía a Sarah Jessica Parker, sino a la mujer que encarnaba a Carrie en esa nueva edición: Nicole Kelly. Verla a un tamaño tan sobrenatural, en toda su belleza, me intimidó. Me hizo sentir una mujer de segunda, y no porque ya no fuese una mujer. Barton tenía razón: frente a ella no tendría nada que hacer con Jannis. Y siendo una cigüeña, menos.

Si esa imagen a mí me desalentó, a Barton lo dotó de mayor resolución si cabe. Ahora volaba tan deprisa por la Quinta Avenida que casi no podía seguirlo. Cruzamos a toda pastilla Central Park, dejamos atrás el zoo, enfilamos el famoso puente en el que quizá se hayan rodado más escenas de amor que en ninguna otra parte del mundo —me decepcionó un poco que no se estuviese desarrollando ningún episodio romántico en ese momento— y fuimos directos a un edificio alto que daba al parque. Los dragones de piedra de la fachada causaban la impresión de llevar siglos esperando a alzar de una vez el vuelo para flamear con el fuego que escupían a las palomas que se les cagaban encima. Arriba del todo había una terraza inmensa. Nos posamos en la barandilla y vimos un lujoso ático cuyo precio probablemente hubiese podido acabar con la crisis de la deuda de Grecia. El interiorismo, que se veía bien por los relucientes cristales, no me interesaba lo más mínimo. Yo sólo tenía ojos para el sofá de piel verde; sobre todo, claro está, para el hombre que estaba sentado en él con un MacBook en el regazo: Jannis. Él no se podía permitir un ordenador tan caro, y menos todavía la ropa de marca y las exquisitas gafas, que hacían que sus bonitos ojos destacaran con tanta perfección que ya no parecía un investigador despistado, sino un investigador despistado que podía tener a la mujer que quisiera, aunque él no lo sabía, lo cual sólo hacía que resultara más deseable. Lo que más pasmada me dejó fue que llevaba el pelo engominado, cuando antes como mucho se peinaba por

Navidad. Jannis se había convertido en el muñeco de Kelly. ¡Pero yo no quería que mi Jannis fuese el Ken de ninguna Barbie!

—Tenemos que hacer algo —dije furiosa.

—Y yo ya sé qué —respondió Barton.

—¿Ah, sí?

—¡Le voy a sacar los ojos a Harry Potter!

—Eso no es muy constructivo.

—Pues entonces le clavo el pico en la barriga.

—Eso tampoco.

—Y después ya veré lo que hago con sus tripas.

—¡La violencia no es la solución!

—Para un americano sí.

—Tú ya no eres americano, saliste de un huevo en Alemania, en el bosque de Teutoburgo.

A Barton le desconcertó visiblemente la idea de ser una cigüeña con costumbres migratorias.

En ese preciso instante, entraron en la habitación un hombre y una mujer, ambos de unos cuarenta y tantos años, ambos muy gordos. Tenían pinta de ser sudamericanos, y probablemente su alimentación se basara en una equilibrada dieta de hamburguesas y alitas de pollo. Para colmo, la mujer se hallaba en un avanzado estado de gestación. Sirvieron a Jannis en una mesa vino y algo de comer indefinible, algo muy verde y que parecía muy sano. No paraban de mostrar amabilidad. Jannis les dio las gracias, sin molestarse en levantar la vista del MacBook.

—No le hace ascos a que le sirvan —comenté asombrada.

—No hay nada a lo que uno se pueda acostumbrar tan deprisa como al lujo —soltó Barton.

—¿Quiénes son esos dos? —pregunté, y observé que, al salir, el gordo le acariciaba la barrigota de embarazada a la gorda.

—Sergio y Maria. Son brasileños. Ella es nuestra cocinera; y él, nuestro portero y mayordomo.

—Da la impresión de que están muy enamorados.

—No conozco a nadie que sea más feliz que ellos. Trabajaban para nosotros y, sin embargo, a veces los envidiaba.

En la rabia que Barton sentía contra Jannis ahora había cierta nostalgia, y yo lo entendía: ver la dicha de esas personas casi me hizo más daño que volver a ver al nuevo Jannis, ya que yo nunca había podido experimentar una dicha así.
[17]

Apenas los brasileños salieron de la habitación con su felicidad, entró Kelly. Por lo visto venía de practicar algún deporte, porque llevaba el precioso pelo recogido en una trenza y una ropa que resaltaba su cuerpo perfecto de tal forma que éste les gritaba a las mujeres normales: tendréis este aspecto como mucho si encontráis una lámpara maravillosa.

Kelly rodeó a Jannis con los brazos sudados, que en una mujer tan perfecta seguro que también olían perfectamente, y a él le gustó tanto que cerró el MacBook y ni tocó la sana comida verde.

—No le sacaré los ojos —aseveró Barton.

Me llevé una buena sorpresa, porque por mi parte sentía unos celos terribles de Kelly.

—Iré directo a la carótida.

—No puedes hacer eso —objeté. Quería proteger a mi Jannis, aunque en realidad sabía que Barton no lo decía en serio.

—Dame un buen motivo para que no lo haga.

—Sería asesinato.

—He dicho un buen motivo.

Revolví los ojos.

—Así tu Harry Potter se reencarnará —adujo Barton—. Probablemente en parásito. Espera, no, eso ya lo es.

Ahora Kelly le acariciaba el pelo, atusándose. Aunque estaba celosa, lo cierto es que me horrorizaba mucho más que mi Jannis se dejara hacer como si fuese su muñequito. ¿Es que no tenía dignidad?

—Te daré otro motivo —añadí—. Si vas hacia él, te darás contra el cristal.

—Vale, ése es un buen motivo —hubo de admitir Barton.

Kelly cogió la cara de Jannis entre sus manos perfectamente arregladas y lo besó.

—Por otro lado... —dije mientras miraba a la *Sexiest Woman Alive* .

—¿Sí?

—... lo de sacar ojos no es tan mala idea.

Aunque yo tampoco lo decía en serio, a Barton no le hizo gracia.

—Si tocas a Nicole, te muelo a picotazos.

—¿Se puede saber qué le veis todos a esa mema?

No sólo me cabreaba que le acariciara a Jannis las mejillas; me ponía por lo menos igual de mala que Barton se volviera contra mí por ella, después de todas las cosas que habíamos superado juntos. Ahora, en cierto modo, también estaba celosa de ella por Barton.

—Es preciosa —contestó él—, tiene un cuerpazo increíble, y cuando deja que te metas en su cama, es una bom...

—¡ERA UNA PREGUNTA RETÓRICA!

Barton cerró el pico, tanto metafórica como literalmente, aunque en realidad me habría gustado que también ahuecara el ala.

Jannis y Kelly empezaron a besarse; era Kelly la que marcaba el ritmo. Tenía los ojos cerrados. Jannis, entretanto, no paraba de abrirlos. Por mucho que se hubiera dejado convertir en su mascota, seguía sin quererla. Lo que significaba ¡que aún me quería a mí!

—Harry Potter le romperá el corazón, y ella nunca se recuperará —comentó Barton, y el pico inferior le temblaba de rabia.

Intenté no sonreír con la idea.

—Las ventanas del dormitorio casi siempre están abiertas —dijo Barton, y antes de que entendiera lo que quería decir con eso, salió volando. Yo fui tras él. Para impedir lo peor.

CAPÍTULO 39

En el otro lado del edificio había una terraza aún mayor con una puerta abierta que conducía al dormitorio. Sin duda no había por qué tener miedo de que entrara alguien a robar: allí arriba sólo podían colarse ladrones con superpoderes. Y cigüeñas malhumoradas. Barton entró en la enorme habitación, en la que sólo había una gigantesca cama con dosel azul. Nada más. Cuando me posé junto a Barton, pregunté perpleja:

—¿Dónde tenéis la ropa?

—Para la ropa y los zapatos tenemos cada uno una habitación.

¿Una habitación para los zapatos? Alguien que comparte piso se queda pasmado al oír eso. Y el común de los mortales, sorprendido. Y el crítico del capitalismo se pone a dar gritos como un histérico. Y la obsesa de los zapatos también. Aunque por otros motivos.

Barton echó un vistazo a su antiguo hogar, apesadumbrado: junto a la cama, en la pared, colgaban una camiseta de béisbol y un bate.

—Los compré en una subasta —contó—. Con ellos salió al campo en su último partido Derek Jeter.

Yo ni sabía quién era Derek Jeter ni, como cualquiera, podía ver un partido de béisbol sin caer en un coma vigil de puro aburrimiento a los tres minutos.

—Si pudiera blandir el bate de béisbol... —Barton volvía a fantasear con la violencia.

Oímos que Kelly y Jannis se reían, y de pronto Barton se sintió inseguro. De un momento a otro se plantaría delante de su mujer convertido en cigüeña, y puesto que en realidad no quería ponerse violento y tampoco podía darse a conocer como persona reencarnada, de repente no sabía qué hacer. Y a mí me pasaba lo mismo. De golpe y porrazo nos abandonó el valor.

—Vamos a hacer *Ice, Ice, Baby* —dijo Kelly, provocativa, al otro lado de la puerta.

—¿*Ice, Ice, Baby*? —pregunté desconcertada.

—Así llama a cuando se unta los pechos con helado de chocolate y...

—Mejor hagamos como que no he preguntado.

Cada vez estaban más cerca de la habitación.

—Lo de sacarles los ojos no es una opción real —afirmé para estar segura de que Barton no hacía ninguna gilipollez.

—Lo sé —me dio la razón—. Pero podríamos cagarnos en su cabeza.

—Con eso no cambiaría nada nuestra situación.

—Pero a Nicole se le quitarían las ganas de jugar a su juego preferido.

—¿Su juego preferido? —Apenas hube formulado la pregunta me arrepentí.

—Se llama *Come, Mister Tally Man, Tally me Banana*.

—¿¡¿Come, Mister Tally Man, Tally me Banana?!? —repetí pasmada.

—La banana es...

—¡SÉ LO QUE ES LA BANANA!

—Y el hombre es el Tally Man, y cuando Nicole quiere que el Tally Man haga el Tally Man Banana...

—¡DEMASIADA INFORMACIÓN!

—Nicole canta de manera muy seductora... —El recuerdo lo entristeció profundamente. Y también lo puso un poco cachondo.

—Necesitamos un plan para separarlos ya —aseveré, pues la sola idea de que la tipa le cantara a Jannis semejante cosa me parecía insoportable.

La manilla de la puerta del dormitorio bajó. Acto seguido entrarían.

—¡Debajo de la cama! —dije deprisa mientras me metía bajo la cama con dosel.

—¿Ése es tu plan? —me preguntó espantado.

—Es mejor que no nos descubran.

A falta de ideas propias, Barton me siguió. De modo que nos acurrucamos los dos debajo de la cama y nos pusimos de lado para que el pico no atravesara el colchón.

—¿Por qué no hemos salido sin más del piso? —musitó Barton.

—Ya... —contesté apocada.

—¿Ya? —No se lo podía creer.

—Creo que esa palabra expresa perfectamente mi estupidez.

Mientras continuaba echándome pestes por haber tenido una idea tan absurda, Jannis y Kelly entraron en la habitación. Barton y yo nos miramos, tumbados pico contra pico, aterrorizados. Y ahora, ¿qué hacíamos?

—Será mejor que no molestemos a los vecinos —observó con voz seductora Kelly mientras cerraba la puerta de la terraza.

—Nicole puede ser muy ruidosa —farfulló Barton.

Le lancé una mirada de furia.

—¿Otra vez demasiada información? —inquirió.

—Más que demasiada, sí —corroboré entre susurros.

Jannis y Kelly se dejaron caer en la cama, el colchón cedió y quedó a un centímetro de nosotros.

Ahora sí que había llegado el momento de forjar un plan. Y, dicho y hecho, se me pasó uno por la cabeza: ya no éramos dos peces que no podían hacer nada salvo nadar arriba y abajo en el acuario como dos almas en pena; éramos cigüeñas, y podíamos volar por Nueva York. Seguro que en alguna cuerda encontrábamos tendida ropa interior sexy de señora. La cogeríamos con el pico y, cuando volviera a estar abierta la puerta de la terraza que daba al dormitorio, Kelly se hubiera ido y Jannis trabajara en su tesis en el salón, dejaríamos la lencería en la cama. Cuando Kelly la viese, supondría que Jannis la engañaba con otra. *Et voilà*: lo echaría con cajas destempladas. ¡Un plan perfecto! Y en lo tocante a Buda: ¿se podía acumular mal karma rompiendo una pareja en la que el hombre no quería a la mujer? De ser así, ¿acaso entonces no me daba absolutamente lo mismo? Jannis me quería. Y yo lo quería a él, como por fin había comprendido cuando era un pez en el acuario. Al menos al Jannis de antes. El que no se dejaba servir, no se engominaba el pelo y no llevaba gafas de marca. Quería al verdadero Jannis. ¡Al que debía salvar de Kelly!

CAPÍTULO 40

—Cántame algo —pidió Kelly a Jannis encima de nosotros.

¿De verdad iba a cantar Jannis *Come, Mister Tally Man, Tally me Banana* ?

—No, no pienso hacerlo —rio cohibido.

¡Gracias!

—Hazlo por mí —insistió la *Sexiest Woman Alive* con su sexy voz.

—Nicole... —repuso Jannis.

—Me quieres, ¿no?

Yo esperaba que se decidiera por el «no».

Jannis guardó silencio, demasiado tiempo. Sea como fuere, el momento de mentir y decir «sí, te quiero» había pasado. Me gustó.

—Jannis... —insistió Kelly. Que no le declarara su amor le creaba inseguridad. Eso me gustó más aún.

—Bueno, si es lo que deseas, cantaré —accedió él para salvar la situación—. Pero no pienso cantar *Tally Man* .

Confiaba en que no se pusiera a cantar *Candy Shop* , de 50 Cent.

—*My ding-a-ling...* —se arrancó.

¡No podía ser verdad!

—... *My ding-a-ling* ...

Lo era.

—... *Won't you play with my ding-a-ling* ...

¿PLAY WITH DINGELING? ¿QUE JUGARA CON SU COSITA?

Dentro de un momento se lo montarían encima de nosotros, eso estaba claro. Pero no podía perder los nervios por eso, por duro que me resultara. Tenía un buen plan, pero si se daban cuenta de que había dos cigüeñas en la habitación, nos echarían y en adelante no volverían a dejar la puerta de la terraza abierta. Miré a Barton: tenía los ojos cerrados, como si así oyera menos.

—No veas cómo me pone —susurró Kelly.

Sin duda la tía estaba tocada del ala. Y con cada segundo que pasaba me cabreaba más. Así y todo seguí pensando: no pierdas los nervios.

—*My ding-a-ling ...*

¡No pierdas los nervios!

Entonces Kelly se unió a él:

—*I will play with your ding-a-ling ...*

Muy bien, ¡a la porra los nervios!

—*I will play with your ding-a-ling ...*

—No, no jugarás con su cosita —exclamé furiosa.

A mi lado, Barton abrió espantado los ojos de cigüeña.

Del susto Kelly dejó de cantar.

Yo volví la cabeza y atravesé el colchón con el pico.

—¡Ay, mi culo! —chilló la muy idiota.

Jannis se levantó de un salto, miró debajo de la cama y dijo:

—Madre mía, aquí hay unos animales.

Incluso en estado de shock probablemente un biólogo se hubiera dado cuenta de que allí, en la penumbra que reinaba bajo la cama, había unas cigüeñas. Pero Jannis era un doctorando en Historia y no llevaba gafas —seguro que se las había quitado Kelly mientras cantaba seductoramente—, así que veía tanto como un topo con unas gafas de sol Ray-Ban.

—¿Nos vamos? —me preguntó Barton asustado.

—¡Y a toda leche! —repuse.

Salimos de debajo de la cama, junto a la que Kelly enseñaba su perfecto trasero y gritaba de susto y de dolor como si fuese a interpretar un papel en la nueva versión de *La noche del terror ciego*. Mientras la muy idiota nos destrozaba los conductos auditivos, Jannis, cegato, cogió el bate de béisbol de la pared.

—¡No lo toques! —chilló Barton—. ¡Cuesta medio millón!

—¡Ése no es nuestro mayor problema ahora! —espeté presa del pánico.

—¿No?

Jannis venía corriendo hacia nosotros con el bate, vociferando.

—¡Fuera, bichos!

—¡Éste es nuestro mayor problema!

—Es verdad —convino Barton.

Jannis blandía el bate, tan furioso como aterrorizado. Mi gran amor estaba a punto de estamparme el bate de béisbol.

—¡Hay que largarse! —afirmé.

—Siempre tienes las mejores ideas —opinó Barton.

Salimos volando hacia las cristaleras antirreflectantes. Completamente sincronizados. Por desgracia, con el miedo se nos olvidó que Kelly había cerrado la puerta antes. Y nos partimos la crisma completamente sincronizados.^[18]

CAPÍTULO 41

Ante mi tercer ojo desfilaron los momentos bellos de mi vida como cigüeña, todos los cuales tenían algo que ver con Barton: cómo se confió a mí, cómo me habló de películas y me reí, lloré y a veces incluso hice las dos cosas al mismo tiempo. También cuando me pidió que le contara yo historias y de ese modo supe que quizá tuviera talento para la interpretación. Pero, sorprendentemente, el momento más bonito fue en el barco, cuando sentí un cosquilleo en el bajo vientre y los dos nos miramos con timidez, como dos adolescentes.

Floté desnuda por la nada blanca hacia la luz. A mi lado iba Barton, asimismo desnudo. Volvía a sentir el cosquilleo en el bajo vientre, y el corazón me latía muy rápido. Miré a Barton, que me lanzó una mirada vacilante. ¿Le pasaba igual que a mí? ¿O eran imaginaciones mías? ¿Por desearlo tanto?

Aparté la vista deprisa y me puse a pensar en Jannis. A fin de cuentas, era él al que quería, aunque todos los recuerdos buenos que conservaba eran de mi vida como persona, y probablemente por eso no aparecieran ante mi tercer ojo. De Jannis sólo vi cómo tonteaba con Kelly, cómo dejaba que le acariciara el pelo y cómo se abalanzaba hacia mí con un bate de béisbol. Se pueden tener recuerdos mejores de alguien.

Y al final recordé a la pareja de brasileños que era tan feliz. Aunque sólo eran personal de servicio, daba la impresión de que habían hecho las cosas bien en la vida, a diferencia de mí, que las había hecho mal. No haber sentido nunca una dicha como la suya fue lo que más me dolió.

Cuanto más me acercaba a la luz, tanto más me calentaba y aliviaba mi dolor. Sin embargo, no me fiaba de ella. Seguro que volvía a rechazarme. Intenté distraerme, pensar en otra cosa, en mi padre y su Elseasesora, con los que me había equivocado; y en mi madre, que según Buda vivía en nuestro mundo reencarnada en un animal y que también habría ido hacia esa luz que era tan bella, tan increíblemente bella, y por la que, claro está, me dejé engañar otra vez. Cuando no había nada que deseara más que fundirme con ella... me volvió a rechazar.

Mientras la luz me expulsaba, me pregunté como qué renacería en esta ocasión. Como cigüeña no había hecho nada especialmente bueno, pero tampoco nada especialmente malo, seguro que volvía a ser una cigüeña, o una gaviota o...

—¿... UN CARACOL? —exclamé espantada cuando desperté de nuevo en nuestro mundo—. ¿SOY UN PUÑETERO CARACOL?

No tenía ni brazos ni piernas, pero sí dos antenas y un cuerpo marrón viscoso. Además llevaba una casa en espiral de color marrón claro a cuestas, que

aunque no pesara tanto como una casa humana, era como una mochila en la que alguien hubiese metido su colección de minerales. Me encontraba en una tierra húmeda, fría, y me pregunté si siendo caracol se podría coger una cistitis.

Arriba, muy arriba, vi ramas. De árboles, y a través de las hojas brillaba el sol. Oí bocinas de coches, ruido de tráfico y una música hip-hop que probablemente saliera de un casete, así que todo apuntaba a que estaba en Central Park. Cerca de Jannis. Pero ¿cómo iba a llegar hasta él? ¡SIENDO UN PUÑETERO CARACOL!

A cierta distancia se alzaban unas vallas inmensas, tras las cuales había animales encerrados en recintos. Un grupo de chimpancés hacía ejercicios gimnásticos en uno de ellos; a su lado se veía a un gorila negro gigantesco en una jaula esculpida en la roca. Junto a él retozaban unos osos panda. Osos panda rojos, para ser exactos. Ver para creer.^[19] [20]

—¿Daisy? —oí que decía una voz.

A menos de diez caracoles de distancia se deslizaba otro caracol muy parecido a mí que, sin duda, era Barton. Quise ir con él lo más deprisa posible. Una hora después había recorrido más o menos la mitad del trayecto.

Pero también él se había puesto en movimiento, así que nos vimos frente a frente como caracoles, antena contra antena, y agotados como si acabáramos de participar en un triatlón. Con una casa a la espalda.

—¿Por qué somos caracoles? —preguntó Barton.

—¡Porque Buda es un asqueroso! —Fue la única explicación que se me ocurrió.

Como si le hubiera dado pie, a nuestro lado surgió una luz intensa y apareció un caracol gordísimo. El rollizo Buda sonreía de tal modo que deseé que tras él apareciera un cocinero francés.

—¿Qué es lo que soy? —me preguntó.

Uy.

Probablemente no fuera buena idea repetirlo, al fin y al cabo, Buda se podía encargar de que nos reencarnásemos en gallos de pelea mexicanos. Pero era evidente que había oído alto y claro lo de asqueroso, por lo tanto mentir tampoco era una opción. Sólo había una posibilidad: tenía que hacerle creer que había oído mal.

—Decía que eres vigoroso —balbucí, y me enfadó que no se me ocurriera nada mejor.

—¿Me estás llamando gordo? —replicó Buda.

Ni yo lo sabía.

—Pavoroso —me apresuré a corregir.

—Conque soy pavoroso —repitió Buda.

—Eso creo.

—Pues no lo soy.

Una lástima.

—Nadie me había dicho eso nunca —admitió risueño.

—Zarrapast... —intenté salvar la situación a toda costa.

—¿Zarrapast?

—¡Sí! —corroboré, soltando un gallo. Ojalá no se le ocurriera preguntar qué quería decir.

—¿Te refieres a la palabra que en kazajo significa rueda gigante?

—Exacto —contesté confusa.

—Así que soy una rueda gigante pavorosa, ¿no?

—¡SÍ! —aseguré toda contenta, más confusa incluso.

—No tiene ningún sentido.

—No —tuve que reconocer, apocada—, la verdad es que no.

La sonrisa del caracol gordo ya no era tan amable. Era evidente que notaba que le estaba tomando el pelo.

—No nos merecemos vivir como caracoles —terció Barton furioso, poniendo fin así a mi pobre intento de salirme por la tangente.

—¿Ah, no?

—¿Qué se supone que hemos hecho?

—Nada grande —contestó Buda.

Aunque sonreía, presentí que Barton y yo lo habíamos decepcionado. Estaba claro que veía en nosotros algo grande, de lo contrario no se nos aparecería una y otra vez. Sea lo que fuere eso grande, no lo dejábamos ver. Ni a él ni a nosotros ni a nadie.

—Y como no hemos hecho nada grande, volvemos a descender en la escala zoológica, ¿no es así?

—No, eso es por otra cosa.

—¿Por qué? —Barton, al igual que yo, no era consciente de haber hecho nada malo.

—Habéis destruido un amor. —Ahora la sonrisa de Buda irradiaba una tremenda frialdad.

—¿El de Nicole? —inquirió asombrado Barton.

Buda nos mostró una sonrisa gélida. Acto seguido, al gordo caracol volvió a envolverlo una luz, y desapareció tan deprisa como había llegado.

Barton y yo nos miramos con cara de pasmo.

—Entonces, ¿hemos conseguido separarlos? —le pregunté.

—Eso parece...

—Pero ¿cómo...?

—¿Acaso no da lo mismo? —apuntó sonriente.

—¡Completamente! —exclamé yo entre risas.

De pronto ya no era tan malo ser un caracol.

CAPÍTULO 42

—¡Qué buenos somos, caracoles! —exclamé.

Kelly ya no se arrimaría más a mi Jannis y él no seguiría dejándose cambiar hasta volverse irreconocible. ¡Punto, set y partido, Daisy!

—Buenos se queda corto —puntualizó alegre Barton.

—¿Qué grandes somos? —propuse.

—Grandes también se queda corto.

—Entonces, ¿qué?

—Para expresar lo que somos habría que inventar una palabra.

—¿Qué, superchiripitiflautimáticos?

—Eso es mucho más acertado —rio—. Ay, me pondría a bailar de alegría.

—Pues hazlo.

—¿Sin piernas?

—Uy, sí, probablemente sea algo difícil... —Ser consciente de ello hizo que los ánimos se me bajaran un tanto.

—Saltar de alegría tampoco creo que podamos.

—Y chocar los cinco, menos.

—Sólo podemos deslizarnos a paso de caracol —constató. Y añadió, triste—: así nunca llegaré hasta Nicole.

Ello acabó definitivamente con mi buen humor. Barton tenía razón: era imposible que llegáramos al ático de Kelly, y menos a Berlín, adonde sin duda regresaría mi Jannis. No lo volvería a ver.

—Eso es más bien superchungomático —aseguré con tristeza.

—Eso también se queda corto —opinó Barton.

—Supermierdo...

—Déjalo.

Lo dejé y confirmé en voz baja:

—Así que todo lo que hemos hecho ha sido en vano.

Barton no dijo nada.

—No me importaría que me contradijeras.

—Ni siquiera yo soy tan buen actor.

—¿No se llama a esto ironía del destino?

—No, a esto se le llama piii.

Agachamos los dos las antenas, y cuando a mis ojillos de caracol asomaron las primeras lágrimas, uno de los pandas rojos bramó enfadado:

—¡Zas, zas!

Eso me sonaba de algo.

—¿Quién es ahora el pendenciero, mi querido amigo? —preguntó otra voz.

Y las ampulosas palabras me sonaban más aún.

Reprimí las lágrimas y miré hacia el recinto de los pandas: un oso rojo enorme iba pesadamente hacia uno de menor tamaño. Por lo general, quizá un panda sea un animal de lo más apacible, pero si se trataba de un hombre de la Edad de Piedra reencarnado, lo de la apacibilidad era muy relativo.

—¿Por qué está tan cabreado Aarg con Casanova? —quiso saber Barton.

—Hembra mía, no tuya —afirmó Aarg.

—Es por una mujer. —Barton se respondió él mismo a la pregunta.

—El amor siempre lo complica todo —aduje yo, lanzando un suspiro.

—Por eso nunca me ha interesado mucho.

—Pues no debería ser así —repuse, suspirando una vez más.

—Es cierto, sí —accedió Barton, también suspirando.

—Pero ahora, por desgracia, es demasiado tarde.

—Para siempre.

Nos miramos a los ojos de caracol. Unidos en el dolor. Nunca habíamos tenido unos sentimientos tan parecidos. Unos sentimientos que por desgracia eran

espantosos.

Me entraron ganas de abrazar a Barton, pero siendo caracoles lo de dar abrazos era como tocar el banjo. Esta nueva vida cada vez era más superdeprimientomática.

—¡Yo atizar cascorrón! —espetó Aarg en el recinto de los pandas.

—Se dice coscorrón, mi querido amigo —lo corrigió Casanova.

—¡Cerrar pico!

Nosotros, caracoles, ni mirábamos a los belicosos pandas. Nuestro dolor era demasiado grande. Tanto que de pronto Barton se encogió.

—¿Qué haces? —quise saber.

—Meterme en casa.

Lo entendí perfectamente, y yo hice lo mismo. Si ni persona ni caracol podían consolarme en mi dolor, tampoco quería ver ni oír nada más. Mientras me replegaba, sorprendiéndome lo flexible que era al no tener huesos —cuando era una persona ni siquiera conseguía tocarme los pies con las manos con las piernas extendidas—, oí que una voz de mujer decía:

—Si os pegáis, no quiero volver a saber nada de ninguno de los dos.

La voz pertenecía a la osa por cuyos favores se peleaban Casanova y Aarg. Pero tampoco la miré a ella, lo único que quería era meter la cabeza en mi concha, que se me quedaría pegada al trasero.

—Entonces no zas, zas —se quejó Aarg. Y Casanova repuso:

—Muchas gracias por su auxilio, *signorina* Rose.

¿Rose?

¿La osa se llamaba Rose?

Sobresaltada, me desenrosqué, saqué la cabeza de la casa y miré enseguida al recinto. Un oso panda rojo enorme golpeó enfadado un árbol: probablemente se tratara de Aarg. Otro hizo una galante reverencia ante una osa panda, como si fuese un noble y ella una encantadora reina. Estaba más que claro que era Casanova. Y la osa..., la osa era..., ¿podía ser...? Era muy poco probable, pero algo en mi interior me decía que era...

—¿Qué pasa? —quiso saber Barton, del que sólo asomaba la mitad de la cabeza de su concha.

—¡Tenemos que ir con los pandas! ¡Lo más deprisa posible!

—¿Y eso por qué?

—¡Esa hembra podría ser mi madre!

CAPÍTULO 43

«Lo más deprisa posible» resultó ser —como era de esperar— despacio al máximo. Empleamos el resto del día, la noche y casi todo el día siguiente para acercarnos al recinto. La última parte del recorrido era la más peligrosa: teníamos que cruzar un camino asfaltado. Mientras nos deslizábamos por el suelo caliente, liso, nos topamos con los enemigos naturales de los caracoles: ciclistas, practicantes de marcha nórdica y niños saltarines a los que se les caía el helado. Esquivarlos no podíamos, así que tuvimos muchísima suerte de que nadie nos pillase. Las personas apenas miraban por donde pisaban. Probablemente ni siquiera la mayoría de los veganos se imaginara a cuántos animales mataban o al menos daban un susto de muerte cuando paseaban.

Para colmo de males, un teckel vino hacia nosotros y se nos colocó justo encima para hacer caca. Barton soltó:

—Esto no puede ser verdad.

—Me temo que sí.

Salimos pitando despavoridos. «Lo más deprisa posible.»

—¡Más rápido! —grité sin aliento.

—Más quisiera —admitió jadeante Barton mientras apenas nos movíamos del sitio.

—Si me reencarno en pez, no me quejaré —me lamenté.

—A mí ya no me gustan los perros.

Apenas podía respirar, y comprobé por fuerza que los caracoles también podían tener flato. Pero seguí dándolo todo. Fss, fss, fss. Hasta que me mareé. A mi lado, oí que Barton decía sin resuello:

—Por favor, menuda mierda de muerte. En el más estricto sentido de la palabra.

En el último segundo, la dueña del perro tiró de la correa para llevarlo hasta una mata, porque no le apetecía coger la caca con una bolsa. Cayó a unos metros de nosotros, humeante. Nos parecía una loma.

—Madre mía, cuánto me alegro de no tener nariz —observó Barton sin aliento. Cuando era un pez había dicho que me abandonaría lo antes posible, en cuanto hubiese saldado su deuda. De eso hacía mucho tiempo, y, sin embargo, se deslizaba a mi lado, aunque probablemente no le interesara mucho si la osa panda era mi madre o no. Yo no tenía claro si me acompañaba

porque no tenía una alternativa mejor o para no pensar en su dolor. Incluso confiaba un poco en que siguiera conmigo porque le caía bien. Igual que yo no quería estar sola cuando conociera a la osa.

Poco antes de que se pusiera el sol llegamos, exhaustos, al recinto, que era amplio, tenía multitud de árboles y, sorprendentemente, estaba abierto por la parte de arriba: un pequeño paraíso panda en toda regla.

—¿Rose? —oímos que decía Aarg desde un arbusto que teníamos al lado.

—¿Sí? —repuso la osa, que asimismo enredaba en la mata. Distinguí sus garras rojas, que a nuestros ojos eran tan gigantescas como las de Godzilla.

—¿Ñaca ñaca? —sugirió Aarg.

—Tienes una manera tan encantadora de cortejar a una mujer... —comentó risueña la osa.

—No sé si me apetece mucho ver cómo se lo montan dos pandas —me confesó Barton.

Yo tenía clarísimo que no me apetecía nada. Ya había sido bastante malo tener que presenciar cómo tonteaban Jannis y Kelly, pero si de verdad esa osa era mi madre, la cosa era mucho peor. A nadie le gusta ver a su madre practicando sexo. Y menos practicando sexo con un hombre de la Edad de Piedra.

—Ñaca ñaca, ¿sí? —insistió Aarg. De manera que decidí jorobarle una vez más el sexo a alguien:

—Ñaca ñaca ¡no!

En la mata cesaron los ruidos, era evidente que los dos osos me habían oído. Aarg asomó la cabeza entre las ramas, con cara de pocos amigos debido a la interrupción. Miró a su alrededor, a izquierda, a derecha, incluso hacia arriba. Pero no hacia abajo, hasta que Barton dijo:

—¡Estamos aquí!

—Aarg espachurrar —afirmó, y vino con la idea de aplastarnos con la garra derecha. Ésta ya proyectaba su sombra sobre nuestros cuerpos cuando exclamé:

—¡Somos nosotros, Barton y Daisy!

La garra quedó suspendida en el aire: de modo que Aarg nos recordaba. Del arbusto salió la hembra panda y preguntó:

—¿Daisy?

—Sí... —respondí con voz queda.

—¿Daisy Becker? —A la panda le temblaba el cuerpo entero.

—¿Mamá? —contesté con un hilo de voz.

—Sí... —dijo la osa, atragantándose.

—Estás viva. —Me dieron ganas de lanzar gritos de alegría.

—Y tú has muerto —observó entristecida mi madre.

Sin duda era la primera vez en la historia que un caracol y un panda lloraban a la vez; el caracol, de alegría por el reencuentro; la osa, muerta de pena.

CAPÍTULO 44

Mientras llorábamos, Aarg, cuya garra aún pendía sobre nosotros, preguntó decepcionado:

—¿No ñaca ñaca?

Mi madre no dijo nada, así que él apartó la garra, la dejó caer, frustrado, a nuestro lado, haciendo temblar de tal modo la tierra que nos sacudió a nosotros, los caracoles, y desapareció soltando tacos y manifestando:

—Hembras, todas raras.^[21]

Al cabo de un rato, mi madre se secó las lágrimas, nos levantó a los dos del suelo con una garra y nos puso en su hombro. Sin decir palabra, trepó ágilmente a un roble y se acurrucó en la rama más alta. Desde allí vimos cómo se ponía el sol, una bola de fuego anaranjada, sobre las copas de los árboles de Central Park. Mientras yo me sentía feliz con tan pintorescas vistas y mi madre triste, Barton se quedó dormido en el pelaje de la panda roja y empezó a roncar. El pelo era tan mullido como el del osito de peluche que tenía cuando era pequeña y al que —por motivos que ya nunca podría adivinar— llamé Teddy Savalas. Aunque el pelaje de mi madre tenía un olor más fuerte que el de Teddy Savalas, era estupendo estar tan cerca de ella. Aunque me habría gustado que no estuviese tan triste.

—¿Cómo moriste? —preguntó mi madre, rompiendo el silencio.

—En un accidente de coche. —fue mi escueta respuesta. Preferí callarme detalles engorrosos, como que me subí borracha a un Lamborghini para disculparme por haber matado a un perrillo.

—¿Qué clase de accidente de coche? —quiso saber.

—Da lo mismo, estoy viva —repliqué con la idea, por un lado, de no tener que hablar de las embarazosas circunstancias que rodearon mi muerte y, por otro, de animar a mi madre.

—Pero eres un caracol —aseveró ella.

—Mejor que hormiga.

—Sí, ser una hormiga debe de ser terrible. —Al menos eso la distrajo un poco del tema de mi muerte—. La de cosas malas que habrá que hacer para reencarnarse en una hormiga.

¿Le contaba a mi madre que había sido una hormiga? No, bastante tenía con digerir que su hija hubiese muerto a una edad tan prematura, no era preciso

que se enterase de que mis últimos años como persona los había pasado drogada en fiestas, practicando sexo sin sentimientos y engañando a taxistas chechenos y a compañeras de piso. Sinceramente, confiaba en que pudiéramos evitar por completo el tema del karma.

—¿Y cómo es que eres un caracol? —me preguntó.

Adiós a mis esperanzas.

Respiré hondo y conté a grandes rasgos que Barton y yo habíamos intentado separar a Jannis y Kelly, que probablemente lo hubiéramos conseguido, al menos según Buda, y que por eso ya no éramos cigüeñas, sino caracoles.

—Jannis siempre me cayó bien —recordó mi madre—. Es muy buen chico.

Barton resopló con desdén en sueños, como si hubiera oído inconscientemente que hablaban bien de su rival.

—Y el caracol roncador, ¿de verdad es la estrella del cine Marc Barton? —se interesó mi madre.

—Así es.

—Me gustó la peli en la que cruza el desierto en silla de ruedas.

—Probablemente seas la única persona del mundo entero a la que le gustó —contesté risueña.

—Al menos la única osa panda. —Ahora mi madre incluso sonrió—. ¿Sabes qué? Aquí, en el zoo, me he topado con algún que otro famoso.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —inquirí, contenta al ver su sonrisa de panda.

—Con Bob Marley.

—¿La estrella del reggae?

—No conozco a ningún chimpancé que sepa más de setas que él.

—¿Te refieres a la clase de setas que me temo? —pregunté.

—Sientan la mar de bien.

Esperaba haber oído mal.

—*I shot the sheriff* —empezó a cantar mi madre—, *but I didn't shoot no deputy, oh no...*

Esa canción siempre me había parecido curiosa. Dudaba que en presencia de la turba dispuesta a un linchamiento sirviera de algo negar que uno no se había cargado al ayudante del sheriff. Y encima cantando. Sin embargo, hubo

otra cosa que me chocó mucho más... ¿MI MADRE TOMANDO SETAS ALUCINÓGENAS? ¿CON EL PIII BOB MARLEY? ^[22]

—Adivina qué amante famoso es ahora un panda —me soltó mi madre, dejando de cantar.

—Casanova —contesté, lanzando un suspiro.

—Así es —dijo mi madre, sorprendida de que lo hubiera adivinado a la primera.

—¿Por casualidad también tienes algo con él? —quise saber.

—Jiji —repuso mi madre.

—¿«Jiji»? —la imité—. ¿Es ésa tu respuesta?

—Jiji —repitió.

No me lo podía creer: mi madre tenía un lío con dos osos a la vez.

—Vamos, no seas tan carca —espetó.

¿i¿Yo, carca?!?

Jamás habría pensado que alguien me echase eso en cara, y menos que ese alguien fuera mi madre. ¡LA QUE TOMABA SETAS ALUCINÓGENAS CON BOB MARLEY!

—El amor libre es algo bonito.

Hay frases que una hija no debería oír nunca decir a su madre.

—Tanto Casanova como Aarg tienen sus puntos fuertes; ese Casanova hace unas cosas con la lengua de panda...

Y luego hay frases con las que uno querría enfermar de Alzheimer espontáneamente.

—Aarg, en cambio, es más animal...

—¡Mamá!

—Y no me refiero sólo a que sea un animal. Tiene algo que engancha...

—¡MAMÁ!

—¿Sabes, Daisy, por qué creo que nos reencarnamos? —planteó.

—¿Para acumular buen karma? —respondí, aliviada con el cambio de tema.

—Para que no cometamos los mismos errores que en la primera vida.

Aunque tenía sentido, no acababa de entender qué tenía eso que ver con los dos machos panda.

—¿Y cuál es el mayor error que lamentan las personas en su lecho de muerte?
¿Como me pasó a mí? —me preguntó mi madre.

—¿No haber querido...? —aventuré, titubeante.

—Casi.

—Si no es eso, ¿qué es?

—No haber vivido.

CAPÍTULO 45

Querido. Vivido. Dos verbos que sonaban muy parecidos y, sin embargo, significaban cosas completamente distintas.

—Me ha sido dada una segunda oportunidad y pienso aprovecharla —anunció decidida mi madre, y con ello también me dejó claro que no tenía ninguna gana de oír reproches de mi boca (o quizá precisamente de mi boca) sobre su nueva vida como osa.

Entendí que creía que en su primera vida no había vivido lo suficiente. Se había atado a un hombre que no la quería y había pasado su vida con él. Seguro que al final su amor también se había apagado, y sólo había seguido a su lado por mí. Y antes de que yo me hiciera mayor y pudiera separarse de mi padre, enfermó de cáncer y mi padre se lio con Else. ¿Quién era yo para no concederle una segunda oportunidad?

Sí, que mi madre disfrutara tranquila de su nueva vida como panda. Y, por lo que a mí respectaba, con sus setas, con el chimpancé Bob Marley e incluso con Aarg y Casanova. Sólo tenía que procurar no estar en su pelaje cuando desapareciera con uno de los dos entre las matas.

—¿Vive...? —empezó, pero no dijo más.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Todavía vive tu padre?

—Sí.

—Me alegro —repuso sonriente mi madre—. Y... ¿le va bien con su novia?

—De salud anda tocado, pero... —Ahora era yo la que vacilaba. ¿Le contaba a mi madre que seguía queriendo a la Elseasesora y ella lo quería a él? ¿No le haría mucho daño?

—¿Pero? —insistió, y decidí decir la verdad, a fin de cuentas no podía mentirle después de tantos años, como hacía sin cesar cuando era adolescente.

—Se quieren.

—Eso está bien.

Se alegraba por él. De corazón. De ese modo demostraba una grandeza increíble, una grandeza que yo nunca había demostrado. Si alguien me hubiera dicho que Jannis quería de verdad a Kelly... no sé cómo reaccionaría. Pero seguro que con tanta generosidad no.

Para entonces el sol ya casi se había puesto, y en el cielo se veía una luna llena embriagadora que habría incitado a cualquier hombre lobo a lanzar aullidos de alegría. Me acurruqué bien en el pelaje de mi madre y dije:

—Lo siento mucho.

—¿Qué exactamente?

—Que siempre me porté mal contigo.

—Sólo en la pubertad.

—Pero lo hice a base de bien. —Me vino a la memoria una vez que mi madre quiso saber dónde había pasado la noche y la llamé mamá Stasi.

—Bueno, hubo una temporada en que no me llamabas mamá, sino Largo de aquí o Cierra la puerta —recordó entre risas.

De pura vergüenza me entraron ganas de meterme en mi casa de caracol, encogerme y darme de cabezazos por tonta.

—Pero la verdad es que no era para tanto —afirmó.

—¿No? —inquirí sorprendida.

—En la adolescencia, el cerebro se encuentra en un estado de desequilibrio permanente —aseguró risueña. Había perdonado mi comportamiento, y según parecía tampoco en aquellos tiempos le había resultado tan malo como yo pensaba.

—Tengo que pedirte disculpas, Daisy. Te gritaba porque estaba desbordada. La separación de papá, la enfermedad, todo era demasiado para mí..., demasiado...

—Está olvidado. —La entendía como al parecer ella siempre me había entendido a mí.

—Por lo visto es una ley de la naturaleza que madre e hija se saquen de quicio —constató—. Por mucho que se quieran.

Sentaba bien hablar de todo. Las dos. Sí, creo que lo mejor de la reencarnación era que uno volvía a tener la ocasión de cambiar impresiones.

—Siempre te he querido —dijo mi madre.

—Y yo a ti.

Me cogió de su hombro con la garra y me besó con suavidad con su boca de osa. Fue el beso más húmedo y a la vez el más bonito que me habían dado en la vida.

Después me depositó de nuevo en su pelaje y nos quedamos contemplando en un beatífico silencio la noche estrellada de luna llena.

CAPÍTULO 46

En el mullido pelaje de mi madre dormí como hacía mucho tiempo que no dormía. Posiblemente como desde cuando me metía en la camita con Teddy Savalas. A la mañana siguiente me despertaron los primeros rayos de sol, pero no abrí los ojos. Disfrutaba demasiado tumbada como estaba, dejando que el sol y el pelo de mi madre me calentaran el cuerpo, sin pensar en nada y saboreando el momento. Entonces oí que Barton preguntaba:

—Perdone, bella dama panda...

—¿Sí? —le respondió la bella dama panda.

—¿Le importaría subir conmigo a una terraza?

Abrí los ojos despavorida.

Ni cinco minutos después mi madre trepaba por el edificio en el que vivía Kelly. Con sus brazos de osa pasaba de un alféizar a un dragón decorativo, de una barandilla a un saledizo, de una estatua a un balcón. Recordé la última vez que la vi en el hospital: postrada en la cama, en los huesos y hasta las cejas de morfina. Debía de ser estupendo para ella poder moverse así. Y pensé por primera vez: «La reencarnación puede ser algo genial, ojalá disfrutaran de ella todas las personas que sufrieron mucho en la vida».

—¿Por qué los pandas no os largáis del zoo si podéis salir tan fácilmente del recinto? —inquirió Barton cuando mi madre se paró a descansar en un alféizar.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? Si anduviésemos libres por Nueva York, las personas nos darían caza. Vivimos bien, no sufrimos como el gorila de al lado, que necesita mucho espacio por naturaleza. La jaula en la que está encerrado las veinticuatro horas para que no ataque a los monos es peor para él que Guantánamo. Dicho sea de paso, el gorila también es una persona reencarnada. A juzgar por todo lo que tiene que aguantar, seguro que antes fue un canalla.

—¿También es alguien famoso? —quise saber.

—Ni idea. Los animales lo evitamos. Por eso sólo sé su nombre de pila.

—¿Cuál es?

—Se llama como un delincuente del Salvaje Oeste.

—¿Billy? ¿Cómo Billy el Niño?

—No, Jesse. Como Jesse James.

Barton se estremeció a mi lado y me dio la impresión de que quería desaparecer en su concha. No hizo falta que dijera nada: Jesse no sólo era el nombre del famoso ladrón de bancos; su padre también se llamaba así. Y si mi madre estaba aquí, podía ser perfectamente que su padre reencarnado ocupase la jaula del gorila.

—Un piso más.

Mi madre señaló arriba y distinguimos la barandilla de la terraza. Barton sacudió su cuerpo de caracol y con ello probablemente también pretendiese dejar de pensar en su padre por de pronto. Quería centrarse en Kelly, a la que esperaba ver de un momento a otro. A mí me daba lo mismo cómo le fuera. Sólo me interesaba Jannis, pero a esas alturas ya habría regresado a Berlín, así que no esperaba sacar nada de esa excursión al ático. Con todo, no quería dejarlo solo. A fin de cuentas, él me había acompañado hasta mi madre. Pero, más que otra cosa, quería quedarme todo lo posible en el amoroso pelaje de mi madre.

De un salto impresionante salvó la barandilla, y nada más llegar a un rincón en sombra de la terraza, Barton exclamó:

—¡Hombre, no me piii!

No pude por menos que mostrarme de acuerdo con su análisis de la situación, ya que en el salón vimos no sólo a Kelly en el sofá —llevaba un vestido azul que sentaba divinamente a su cuerpo perfecto—, sino también a Jannis, que —aún vestido con absurda ropa de marca— se paseaba arriba y abajo delante de ella. ¿Por qué demonios no se había marchado hacía tiempo a Berlín y se había quitado la ridícula gomina del pelo?

—Jannis ha cambiado mucho —opinó mi madre mientras se acurrucaba en el rincón para que no la descubrieran—. Está estupendo.

Barton y yo resoplamos a la vez.

—Parece que están discutiendo. —Mi madre puso de manifiesto lo evidente.

A nosotros, los caracoles, nos pareció bien. Pero por desgracia no entendíamos de qué iba la discusión. La puerta del salón estaba entornada para que no pudieran colarse animales de cierto tamaño —una lección que Kelly había aprendido tras la invasión de las cigüeñas—, y acercarnos más para saber qué decían era imposible: si veían un oso panda seguro que se pondrían a gritar como histéricos.

—Ojalá supiéramos de qué va —se quejó Barton.

—Tengo un plan —aseguré.

—¿Cuál?

—Tíranos —le pedí a mi madre.

—¿Cómo dices? —preguntaron al unísono mi madre y Barton.

—Que nos tires hacia la puerta.

—¿A eso lo llamas un plan? —inquirió Barton espantado.

—La alternativa es no enterarnos de nada.

Barton comprendió que ésa no era una alternativa, así que suspiró y le pidió a mi madre:

—Tírenos.

—Como queráis. —Mi madre encogió los hombros de panda, nos separó del pelaje con su garra, tomó impulso y nos convirtió en los primeros caracoles voladores de la historia.

Aterrizamos violentamente justo delante de la puerta, en el suelo de la terraza. Dada la situación, fue una ventaja que no tuviésemos huesos. Sólo se me hizo una pequeña grieta en la casita del golpe, pero como en la concha no había terminaciones nerviosas, no dolió, y pensé: «Puedo vivir sin problema con una claraboya en la casa».

Una vez recuperados, oímos que Kelly le decía a Jannis, la voz ahogada por las lágrimas:

—¿Supersticiones? ¡No son supersticiones! ¡Son señales!

—¿De qué habla? —pregunté a Barton a un volumen normal, pues al fin y al cabo las personas no oían a los caracoles.

—No tengo ni repajolera idea.

—Nicole, exageras... —Jannis intentaba tranquilizarla, en vano.

—No exagero. Estemos donde estemos la muerte nos persigue. Primero los recondenados peces del acuario...

—¿Recondenados? —le pregunté a Barton—. ¿Quién usa palabras como *recondenados*?

—A Nicole no le gustan los tacos, ésa es la palabra más dura de su vocabulario.

No sólo la muy asquerosa era un bombón, sino que además tenía más modales que yo.

—Y después las cigüeñas —añadió sulfurada—. Esas recondenadas cigüeñas

que murieron ahí. Nuestro amor empezó con la muerte. Y después sólo ha habido muerte, muerte y condenada muerte.

Alguien ajeno a la situación podría haber pensado que Kelly estaba haciendo su examen final oral del máster de la carrera de histeria, pero yo —y a juzgar por su mirada también Barton— supe en el acto cómo habíamos conseguido separarlos. Que nos partiéramos la crisma siendo cigüeñas fue la gota que colmó el vaso para Kelly. Sencillamente no quería que nada más le siguiera recordando a la muerte.

—Me alegraría no verla tan triste —musitó Barton.

—Y a mí que Jannis no estuviera tan desesperado.

Aunque nos sintiéramos mal, lo que habíamos hecho estaba absolutamente justificado. Jannis no quería a Kelly, así que era mejor no sólo para nosotros, sino también para ellos, que cada cual tomara su camino. De esa forma podrían encontrar el verdadero amor en otra parte.

—Debo confesarte algo —dijo Jannis.

—¿Qué? —Barton formuló la pregunta que también estaba escrita en la cara de Kelly y que yo tenía en la punta de mi inexistente lengua.

—Antes no te quería, Nicole.

Una pena no tener puños para cerrarlos y dar gritos de alegría.

A Kelly se le saltaron las lágrimas.

—¿Por qué le restriega eso ahora por las narices? —espetó Barton, al que no le gustaba ver sufrir a su mujer—. Ése no es ningún Harry Potter, es un Pol Potter.

—Pero ahora te quiero —añadió Jannis antes de que la superestrella rompiera a llorar.

—¿Qué? —soltamos a un tiempo Kelly, Barton y yo.

—Me he dado cuenta estos días que he pasado sin ti. Por eso he ido retrasando el vuelo hasta hoy, y la verdad es que no quiero coger ese avión, me quiero quedar contigo para siempre.

Sentí un dolor tremendo en la zona que soportaba el peso de mi casa. Conque allí estaba mi corazón de caracol.

—A veces uno sólo se da cuenta de lo que echa de menos cuando lo ha perdido —continuó Jannis.

—Eso me suena —admitió entristecido Barton.

—Y a mí —convine yo en voz baja.

—¡Fuera! —le gritó Kelly a Jannis. Era evidente que sentía que le había mentido y engañado.

—Pero... —balbució él.

—¡Fuera, recondenado embustero!

Quiso abrazarla, pero ella se lo impidió con un gesto. Jannis se esforzaba por no llorar. Mi corazón de caracol me dolió más incluso al verlo tan triste.

—Bueno, pues entonces me voy —dijo con voz lacrimosa.

Kelly no hizo nada por evitarlo, no dijo nada más. Jannis aceptó que no podía reconquistarla y salió de la habitación. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Nunca lo había visto llorar así. Ni cuando me largué de su cama ni tampoco en mi entierro.

Apenas hubo salido, también Kelly se echó a llorar como una Magdalena. Yo nunca había llorado por un hombre como lloraba ella. Ni siquiera por Jannis. Ni siquiera ahora, cuando tenía el corazón de caracol destrozado. ¿Acaso no se merecía Jannis a la mujer que más lágrimas derramaba por él por amor?

—Tengo que consolarla —aseguró Barton, que no podía soportar ver sufrir a su mujer.

Al cabo de un minuto y un centímetro de trayecto recorrido comprendió lo absurda que era su empresa y se detuvo. Fui hasta él, para lo cual necesité asimismo un minuto, y dije, con mala conciencia:

—Probablemente no seamos tan superchiripitiflautimáticos.

—No, la verdad es que no.

—Más bien supermierdomáticos.

—Eso se queda corto...

—Superrecondenada...

—¡Daisy!

Me callé.

—Buda fue muy amable con nosotros. Merecíamos habernos reencarnado en animales de laboratorio.

La idea me hizo estremecer. Sobre todo porque no podía estar más de acuerdo con Barton. Habíamos hecho lo imposible para que las personas a las que queríamos no fuesen felices juntas. Y eso que, siendo hormigas, peces de

acuario, cigüeñas o caracoles, no podíamos hacer nada para que fuesen felices. Para colmo de males, nos habíamos alegrado de haber conseguido cargarnos su amor. Todo junto daba como resultado la acumulación de una buena cantidad de mal karma.

—Están hechos el uno para el otro —afirmé.

Barton miró a Kelly, que estaba en el sofá, llorando contra los cojines. Ser consciente de ello debía de ser tan duro para él como para mí.

—Tenemos que ayudarlos —aseveré.

—¿Ayudarlos?

—A que vuelvan a estar juntos.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? —se interesó Barton, al que no le hacía mucha gracia la idea, más bien al contrario—. Somos caracoles.

—Eso es verdad —admití, dejando caer las antenas.

—Somos pequeños, lentos e insignificantes.

—Es verdad —reconocí con un suspiro.

—Y no sólo somos inofensivos, sino que además no tenemos brazos.

—Eso también es verdad —repuse, y enderecé las antenas, ya que se me había ocurrido una idea genial—. Pero también somos otra cosa.

Barton me miró desconcertado.

—¿Qué?

—¡Resbaladizos!

CAPÍTULO 47

—¿Resbaladizos? —Barton no entendía adónde quería llegar. Lógico, mi idea era sencillamente genial.

—Somos resbaladizos —repetí entusiasmada.

—Eso ya lo he oído, y también me siento resbaladizo, pero sigo sin entenderte.

—Si Jannis nos pisa cuando baje la escalera, resbalará. Caerá rodando tres o cuatro escalones y seguro que se hará daño. Se partirá algo o se romperá los ligamentos... o lo que sea..., en cualquier caso, perderá el vuelo.

—Eso no hará que acaben juntos —objetó Barton.

—Tu Nicole es tan buena persona que lo llevará al hospital.

—Sí, probablemente —confirmó.

—Y verá en la caída una señal de que Jannis no debe coger ese vuelo.

—Sí, probablemente.

—Y se le pasará el cabreo.

Barton asintió con su cabeza de caracol.

—El amor se ocupará del resto —afirmé.

Era evidente que Barton tenía sus dudas al respecto.

—¡Se quieren!

—Me gustaría que dejaras de hacer hincapié en ello.

—Y el amor siempre gana.

—¿A ti te pasó alguna vez? —me preguntó con escepticismo.

—Nunca tuve la suerte de querer a alguien que también me quisiera a mí.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Por las comedias románticas de Hollywood.

—Eso no son más que cuentos. —Se tocó con la antena la frente de caracol.

—Esos cuentos no funcionarían tan bien si en el fondo no fuesen verdad.

—Una gran tesis...

—A mí me parece plausible.

—Daisy —respondió Barton con una sonrisa de satisfacción—, jamás habría pensado que eras una romántica.

—Yo tampoco —reconocí, sorprendida conmigo misma, y en ese momento me pareció estupendo serlo—. La cuestión es: ¿y tú?

—Yo no soy una romántica... —repuso Barton entre risas.

—Entonces, ¿qué eres?

—Ni idea —afirmó, inseguro. Y por primera vez me dio en la nariz que quizás fuese un romántico anónimo.

—Seas lo que seas —lo desafié—, tienes que admitir que mi plan es genial.

Tras sopesar si admitirlo o no, Barton decidió que no lo era y dijo:

—Yo tengo uno mejor.

—¿Cuál? —inquirí asombrada.

—Que Harry Potter baje rodando más de tres o cuatro escalones para que se haga daño sí o sí. —Los ojos de caracol de Barton despidieron chispas de alegría ante la idea de que Jannis se descalabrara con todas las de la ley.

—Quizá tengas razón —accedí.

Sin embargo, la certeza de que seríamos los causantes de que Jannis sufriese semejante caída hizo que de pronto me sintiera mal. Pero aparté la idea: quien juega con fuego, se quema; quien no arriesga, no gana; y no se puede sanar un amor sin antes causar dolor.

—Ahora tenemos que llegar a la escalera deprisa —instó Barton—, antes de que se vaya.

Llamé en el acto a mi madre y le pedí que nos llevara abajo. Con nosotros acomodados en el pelaje del hombro, bajó ágilmente por la fachada. Iba a contarle lo que nos proponíamos, pero a ella le preocupaba otra cosa.

—Daisy, ¿te puedo preguntar algo?

—Lo que quieras —respondí.

—¿Crees que se puede tener una relación con dos hombres a la vez?

Lo que quisiera ¡menos eso!

—¿Por qué pones esa cara? ¡Es algo que existe! Creo que se llama poliamorío.

—No, se llama politontuna.

Mi madre saltó a un balcón del sexto piso. Desde allí se veía perfectamente la escalera de mármol por la que queríamos hacer resbalar a Jannis. La escalera, según conté deprisa, tenía quince peldaños.

—Mira que te has vuelto carca —dijo mi madre, amoscada.

Como empezaba a tocarme un poco las narices que no parara de llamarme carca, solté:

—Y es especialmente politonto que encima ande por medio un hombre de la Edad de Piedra.

—¿Acaso crees que en las cavernas de la Edad de Piedra la gente era monógama?

—Eso prefiero ni planteármelo.

—Aarg me ha hablado de la policópula.

—¿Aarg ha utilizado la palabra *policópula* ?

—En realidad dijo ñaca ñaca en manada.

En ese momento fui consciente de que los caracoles también podían tener migraña.

—Que no es que lo quiera hacer —trató de tranquilizarme mi madre.

—Me alegra oír eso. —fue mi mordaz respuesta.

—Como mucho con él y Casano...

—¡MAMÁ!

—No es mi intención interrumpir una conversación tan perturbadora, pero la puerta se ha abierto.

—¡Mierda! —espeté, pues todavía estábamos demasiado arriba para llegar a tiempo a la escalera. Si mi madre nos tiraba con su garra de panda desde el balcón del sexto piso nos estrellaríamos contra los escalones y nos haríamos papilla.

—¡No es tu Harry Potter! —exclamó aliviado Barton.

En lugar de Jannis, los que salieron fueron los dos empleados brasileños. El

gordo Sergio llevaba agarrada a su aún más gorda Maria, que se sostenía el vientre: a todas luces tenía fuertes contracciones. De puro dolor gritaba: «Virgem santíssima», «Jesus, Maria e José» y «Fucking hell».

Sergio llamó a un taxi amarillo, que se detuvo en el acto. Mientras acomodaba a su blasfema mujer en el asiento con la ayuda del taxista, que lucía un turbante, mi madre, que pensaba en voz alta, dijo:

—¿Cuánto durará el embarazo de un panda?

La idea de tener un hermano oso era lo que me faltaba para enloquecer definitivamente.

Sergio indicó al taxista del turbante que acelerara, y éste salió disparado, sorteando el fluido tráfico de Nueva York como si además trabajara de especialista en las películas de la saga *A todo gas*.

—Yo le recomendaría que fuese más despacio —observó Barton lanzando un suspiro: hablaba por propia experiencia.

Nos quedamos mirando el taxi, que dobló la esquina a toda pastilla en dirección a Times Square, y urgí a mi madre:

—Por favor, llévanos abajo.

Mientras avanzaba por la barandilla del balcón quiso saber qué nos proponíamos. Se lo conté con pocas palabras y, cuando hube terminado, ella dijo:

—Así acumularéis buen karma.

En ese momento, eso me daba absolutamente lo mismo. No se trataba de mí: lo único que quería era que Jannis no sufriera más.

—Vais a hacer un gran sacrificio —prosiguió mi madre mientras continuaba bajando de repisa en repisa.

—Perdimos a nuestros amores hace tiempo —objeté.

—No me refiero a eso —replicó ella.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—A que cuando Jannis os pise, moriréis. Y seguro que duele un montón que te aplasten.

Barton y yo nos miramos y tragamos saliva.

—No me digáis que no habíais pensado en eso.

Pues no. Y habría estado bien que ella no lo hubiera mencionado.

Aterrizó a cuatro patas en un balcón del primer piso, en diagonal a la escalera de mármol.

—Lo quiero hacer de todos modos —declaré con valentía.

—Y yo —dijo Barton.

—Estáis los dos locos —opinó mi madre.

Eso no se podía negar.

En ese instante Jannis salió por la puerta.

CAPÍTULO 48

—Tíranos —le pedí a mi madre, pues ya era demasiado tarde para que nos dejara en la escalera. Por algún motivo, de pronto vaciló, así que se lo volví a pedir—: ¡Tíranos!

—No puedo hacerlo.

—¿Qué? —inquirí.

—Pero qué piii... —soltó Barton.

—Acabo de reencontrarte. —Mi madre pugnaba por no llorar—. No te quiero perder.

Ahora Jannis estaba en lo alto de la escalera. Paró para quitarse las gafas de marca y secarse con la manga la llorosa cara.

—Mamá, por favor.

—¡No!

—Si acumulamos buen karma, no tendré que vivir más siendo un caracol —aduje.

La verdad es que a mí eso me daba lo mismo, pero sabía que para mi madre era importante que ascendiese en la rueda de la reencarnación. Como cualquier buena madre, siempre quería lo mejor para mí. Sin embargo, esa vez se debatía consigo misma.

—Pero entonces no volveré a verte.

Bajo nosotros, Jannis limpiaba a fondo las gafas. Echaría a andar de un momento a otro y adiós a nuestra oportunidad.

—Acumulará usted mal karma si impide que nosotros acumulemos buen karma por motivos egoístas —terció Barton.

Seguro que a él su karma también le daba lo mismo, lo único que quería era que Kelly no llorara más.

Mi madre no dijo nada.

—Mamá, te prometo que renaceré cerca de ti.

—¿Cómo piensas cumplir esa promesa?

—Si Buda no se ocupa, haré que su vida sea un infierno.

Al oír eso, mi madre no pudo evitar reírse, aunque en realidad quería llorar. Nos sacó del pelaje y dijo:

—Saca de quicio a Buda como hacías siempre conmigo.

Me dio un último beso con su blanda boca de osa y nos lanzó. Salimos volando y chocamos contra el décimo peldaño de la escalera. A mi concha se le hizo otra claraboya, pero por lo demás no pasó nada. Barton también estaba bien. Físicamente.

—Hacer que vuelvan a estar juntos duele —afirmó.

—Pero también sienta genial.

Barton asintió, sabía perfectamente a qué me refería.

—Si esto sale bien, tendrán una vida estupenda —asegué.

—Llena de amor.

—Llena de amor.

—Así que vamos a hacer lo correcto.

—La verdad es que no formamos tan mal equipo.

—Más bien superchiripitiflautimático —dijo Barton risueño.

Me reí. A pesar de la inminente muerte.

Nos miramos a los ojos de caracol. Estábamos orgullosos de nosotros mismos y eso nos unía. Nunca habíamos tenido unos sentimientos tan parecidos. Y esta vez eran buenos.

De pronto notamos que se generaba una especie de electricidad entre nuestras antenas. Como si nos tocáramos delicadamente sin tocarnos.

Sobre nosotros, Jannis empezó a bajar, pero Barton y yo no alzamos la vista. No podíamos dejar de mirarnos. El cosquilleo que provocaba esa electricidad increíble era cada vez más intenso. Me dio miedo. Y a Barton, al parecer, también.

—Quizá debiéramos mirar arriba —propuse asustada.

—Pues hazlo —replicó Barton.

—Tú primero.

—No, *ladies first* —dijo sonriendo. Incluso siendo un caracol (no, precisamente siendo un caracol), tenía una sonrisa irresistible.

—No soy una *lady* —contesté en voz baja.

El cosquilleo casi resultaba insoportable. En el aire flotaba un beso. Aunque no sabía si los caracoles se besaban ni, en el caso de que lo hicieran, cómo.

—De eso ya me he dado cuenta —aseguró Barton con tanta ternura que esta vez no me ofendió—. Con una *lady* es imposible vivir tantas cosas.

La sombra de Jannis se instaló sobre nosotros. Ni nos dábamos cuenta, porque ahora hasta veíamos cómo saltaban chispas de las antenas. Como si de una bengala se tratase. De un momento a otro, nuestras antenas se unirían y lanzarían fuegos artificiales. De manera que así se besaban los caracoles.

Cerré los ojos y deseé sentir ese beso de caracol como no había deseado nada en toda mi vida.

Nuestras antenas se hallaban a tan sólo un milímetro de distancia.

En ese instante Jannis nos pisó.

CAPÍTULO 49

Naturalmente, también vi pasar por delante de mi tercer ojo mi vida como caracol: vi a Jannis y a Kelly. A mi madre y a Aarg. A Barton y a mí. Y las chispas que saltaron entre nuestras antenas. Sobre todo vi esas chispas.

Después, para variar, volví a flotar con mi cuerpo de persona desnudo hacia la luz. Sabía que todo sucedería igual que siempre: notaría el estupendo calor, intentaría no dejarme engañar, entretanto miraría a Barton, confirmaría que desnudo estaba increíble, luego caería en la trampa de la luz, a continuación, contra todo pronóstico, confiaría en que me fundiría con ella, y al final volvería a ser rechazada y comenzaría entristecida una nueva vida.

La luz era el amor puro. Y ser rechazado por la luz siempre dolía. Sin embargo, esta vez las cosas fueron distintas. Completamente distintas. Buda flotaba en la nada blanca hacia nosotros, y no se nos aparecía en forma de hormiga, pez payaso, polluelo o caracol, sino en forma de persona. Era como las figuritas que había en la mesa auxiliar del hospital donde estaba mi madre: calvo, con una sonrisa feliz y una barriga enorme. Sólo había una diferencia entre el Buda que flotaba allí, en la nada blanca, y el de la mesa del hospital:

—Por favor, Buda —exclamé—, ¡podrías ponerte unos pantalones!

—Eso —me apoyó Barton—, que si te miro, me quedo ciego.

—Pues vosotros tampoco lleváis nada encima —repuso Buda con una sonrisa.

—¿Y de quién es la culpa? —inquirió Barton.

—No sé de qué te quejas, bien que te gusta mirar a Daisy.

Barton se ruborizó. Y yo más. ¿Le gustaba mirarme? ¿Mi, ay, imperfecto cuerpo? Pero si estaba acostumbrado a tener mujeres perfectas como Kelly... Era asombroso, del todo incomprensible.

Pero lo más asombroso fue que, cerca de la luz del amor, yo estuviese hablando con el mismísimo Buda y reaccionara de manera muy distinta de como quizá lo hubiera hecho la mayoría de la gente de hallarse en mi lugar. Ellos se habrían sentido profundamente impresionados. Por Buda. Por la nada blanca. Por la luz. Sin embargo, a mí me interesaba mucho más que a Barton le gustara mirarme. Confiaba en que Buda no le dijera a él cuánto me gustaba a mí mirar su cuerpo desnudo.

—Y Daisy te mira a ti encantada —soltó el sonriente Buda.

¡Mierda!

En ese momento, la cara de Barton pasó a ser una bola de luz roja. Y la mía más.

—En vosotros hay algo grande, siempre lo he sabido —por suerte Buda cambió de tema—. Os habéis sacrificado para que otros sean felices. Eso es algo a lo que pocas personas están dispuestas.

—No éramos personas —precisé mientras poco a poco nuestras caras volvían a su color normal.

—Y unos caracoles, menos —aseguró Buda—. Para ser exactos, sois los primeros que habéis conseguido hacer algo tan estupendo desde un escalón tan bajo. Ha habido personas reencarnadas que, como perros, caballos o burros, se mostraron dispuestas a sufrir una muerte dolorosa desinteresadamente, pero ¿como caracoles? No. Los caracoles nunca han hecho algo parecido. ¡Estoy orgulloso de vosotros!

¿Cuándo fue la última vez que alguien estuvo orgulloso de mí? Jannis, en mis intentonas de ser actriz, que tan importantes me parecían en aquellos tiempos y que tras todas mis reencarnaciones me resultaban tan insignificantes. Y ahora el mismísimo Buda estaba orgulloso de mí.

—En muchas personas hay algo grande —continuó el gordinflón—, pero la mayoría no llega a descubrirlo nunca. Ni siquiera se molesta en buscarlo.

Pese a la perenne sonrisa, se le veía algo decepcionado con la humanidad.

—Vosotros dos sois distintos. Como recompensa, podéis ir ya a la luz infinita del nirvana. Os fundiréis con ella y conoceréis la dicha eterna.

La dicha eterna... sonaba bien. Bien se quedaba corto, sonaba increíble, estupendo. Eternamente dichosos. Pero, entonces, ¿por qué no me ilusionaba la perspectiva?

Miré a Barton, que tampoco parecía lo que se dice eufórico.

—No volveréis a estar solos —prometió Buda.

Eso sí que sonaba genial. ¿Por qué no me entusiasmaba?

—El nirvana es el objetivo de todas las almas —contó Buda, que se percató de nuestra oposición.

—¿Volveremos a ser nosotros mismos en la luz? —preguntó cauteloso Barton.

—No volveréis a albergar ese deseo.

—Así que no.

—No volveréis a albergar ese deseo —repitió Buda, la sonrisa un poco más persuasiva.

Barton no parecía convencido. Sin duda a alguien como él no le hacía gracia renunciar a su ego. Me miró inseguro. Era evidente que quería saber qué pensaba yo al respecto. Porque a mí tampoco me convencía mucho. Quizá el nirvana fuese el objetivo de mi alma, podía ser, pero no era el objetivo de mi conciencia. Claro que en la luz sería feliz y no volvería a estar sola, y eso estaba bien —incluso muy muy bien—, y, sin embargo, tenía la sensación de que faltaba algo. Y exclamé sin querer:

—¡Pero si todavía no he vivido!

Mi madre tenía razón: eso es lo que más lamenta uno al morir.

—¿Cómo dices? —preguntó asombrado el risueño Buda.

—Pues que todavía no he vivido. Desperdicié por completo los años que pasé como persona.

—Probablemente sea cierto —admitió Buda; Barton guardaba silencio.

—Sólo supe lo que era vivir cuando era un pez, en el mar, y después cuando era un pájaro, en el aire.

El mero recuerdo hizo que me entraran ganas de nadar en el agua y volar hasta el cielo, ¡vivir la vida!

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Buda, la sonrisa enfriándose.

Eso, ¿adónde quería ir a parar? No sabía qué decir ni qué pensar. No así Barton:

—Queremos regresar al mundo.

Buda estaba impresionado. Y yo también. Renunciar a la dicha eterna para volver a tener la oportunidad de vivir no sólo era algo inaudito, sino que además suponía un riesgo increíble. ¿Y si en mi siguiente nueva vida acumulaba otra vez mal karma? Posiblemente perdiera para siempre la oportunidad de disfrutar de la dicha eterna.

—¿Tú también quieres eso? —me preguntó Buda, la sonrisa ahora congelada.

El riesgo era grande. ¿Podría ser feliz en la luz si tenía la sensación de no haber vivido de verdad?

—Sí, quiero —repliqué, sonando un poco como una novia ante el altar.

Saltaba a la vista que a Barton le alegraban mis palabras, pero Buda dejó de sonreír del todo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? —quise saber.

—Va contra todas las reglas.

—¿Es que no las haces tú?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Buda a su vez.

—Que me importa un pito quién haga las reglas.

—No lo puedo permitir —aseguró la bola de grasa.

—Pues claro que puedes —terció Barton.

—Si rehúsas el deseo de vivir, seguro que acumulas mal karma —razoné.

Los ojos de Buda se achinaron, por lo visto había tocado un punto débil, y más que decir, espetó:

—No me gusta nada cuando las personas empezáis a argumentar.

—¿Y cuando los argumentos son tan buenos como éste?

—Eso me gusta menos aún.

—Pues yo, en tu caso, me libraría de nosotros cuanto antes —propuso Barton.

Buda luchaba consigo mismo, pero no cedía.

—¿Tienes madre? —quise saber.

—¿Qué tiene eso que ver con el nirvana?

Al parecer, las preguntas prohibidas debían responderse con otras preguntas.

—Le prometí a mi madre que volvería y estaría cerca de ella —aclaré.

Buda estaba desconcertado.

—¿Habrías podido negarle algo a tu madre? —le pregunté.

El gordo me miró un instante, perplejo, y después se echó a reír. A carcajadas y con toda el alma. El barrigón se le bamboleaba, y Barton me susurró:

—Estaría mucho mejor que llevara algo de ropa.

—Ciertamente sois muy especiales —afirmó Buda, limpiándose con las gruesas manos las lágrimas de risa.

—Entonces, ¿podemos regresar? —quise saber.

Buda recuperó la seriedad.

—Aunque quisiera, para las almas que han alcanzado vuestro nivel no hay cuerpos de animales.

Me devanaba los sesos: ¿qué alternativas teníamos si Buda no estaba dispuesto a devolvernos al mundo en forma de animal? Una planta no quería ser. Ni hierba ni roble ni eléboro, ni siquiera cáñamo. ¿Qué otras posibilidades había? ¡Claro! ¡Eso era!

—¿Y si volviéramos a reencarnarnos en personas? ¿Sería posible? —pregunté.

Como Buda no se opuso en el acto, Barton insistió, esperanzado:

—¿Podrías devolvernos al mundo con un cuerpo de persona?

—Sí —admitió Buda de mala gana—, ya lo hice una vez con una mujer.^[23]

Barton le dedicó una sonrisa igual de ancha que la que él solía gastarse con nosotros. Al final el gordo suspiró, dándose por vencido, y yo reí de pura dicha: podía regresar al mundo con el cuerpo de la buena de Daisy. ¡Por fin empezaría a vivir!

CAPÍTULO 50

Cuando desperté de nuevo, estaba tumbada boca arriba. Sobre mí se cernía un humo oscuro, y olía mucho a gasolina, plástico quemado y cuero achicharrado. Oí sirenas. Seguro que eran de camiones de bomberos, de la policía o de ambulancias, quizá incluso de los tres. El acre humo me achicharraba los pulmones. Sentía un dolor infernal en brazos y piernas, y algo me daba patadas en la barriga. ¡Por dentro! Pensé en el acto en *Alien*: cuando algo le daba patadas contra la barriga a alguien por dentro, por regla general no significaba nada bueno.

Quise incorporarme para verme la barriga, pero estaba demasiado débil: como si pesara dos quintales. Así que sólo levanté un brazo para tocarme y ver qué pasaba, pero a mitad del movimiento me di cuenta: ¡ése no era mi brazo! Tampoco era una pata de hormiga o una aleta de pez o un ala de cigüeña; era un brazo de persona, sí, pero no el mío. Éste era oscuro. No por el hollín, sino por naturaleza. Pero, sobre todo, era gordo, por no decir fofo. La buena de Daisy no tendría ese brazo ni siquiera después de zamparse dos mil pizzas, aunque tuvieran *prosciutto e tiramisù* encima. No cabía la menor duda: ¡ése no era mi cuerpo!

Tampoco es que Buda me lo hubiera prometido explícitamente. Y, pensándolo bien, tampoco habría podido devolverme a mi cuerpo, ya que llevaba algún tiempo bajo tierra, y como mucho serviría para actuar de figurante en *The Walking Dead*. Y, hasta para eso, antes de empezar a rodar habría sido necesario quitarle como Dios manda los gusanos.

Entonces, ¿quién era ahora? O, mejor dicho: ¿qué cuerpo habitaba? Dado que no tenía fuerzas para incorporarme, miré hacia un lado. Vi un taxi neoyorquino listo para ir al desguace empotrado en un escaparate destrozado. En el humeante capó había bolsas de Prada, que habían salido volando con el choque. En el asiento del conductor, un hombre con un turbante se sujetaba la frente. En el asiento de atrás estaba el gordo de Sergio. Inconsciente. Posiblemente muerto. Lo que significaba... lo que significaba... que yo era Maria. Y las patadas que notaba en la barriga eran... ¿¿¿de un bebé?!?

Reaccioné a ello como habría hecho cualquiera en mi situación: perdí el sentido.

CAPÍTULO 51

Cuando desperté de nuevo estaba en la cama de un hospital. En una silla, a mi lado, se encontraba Sergio. Tenía vendada la cabeza, y el cuerpo le rebosaba del asiento. El brasileño era casi tan gordo como Buda. O como yo en mi nuevo cuerpo, en el que ahora el niño daba pataditas contra el vientre. ¿No debería tener contracciones? Maria las tenía cuando la vi salir de casa. ¿Era la conmoción del accidente la que las había interrumpido? ¿O acaso los médicos me habían administrado algo? Sea como fuere, en mi nuevo cuerpo crecía una vida, y pronto daría a luz... Con sólo pensarlo me entraron ganas de desmayarme otra vez. Además un desmayo también habría tenido el agradable efecto secundario de no verme obligada a devolver la mirada desvalida de Sergio. Pero por desgracia uno no puede perder el sentido cuando le da la gana. El brasileño esperaba que le hablase. Pero ¿qué le iba a decir? Bueno, no te vas a creer lo que ha pasado. Es que ni te lo imaginas...

Como no decía nada, Sergio preguntó con cautela:

—Oi, tudo bom?

Madre mía, mi francés era un desastre, y portugués sólo había estudiado seis semanas, en el grado superior, antes de que cambiara de clase. Sólo me acordaba de las primeras frases del libro de texto, que eran: *Aonde está a estação do Norte?* (¿Dónde está la estación del Norte?) y *No saco tem três garrafas* (Hay tres botellas en la bolsa). Así que estaría perdida si nuestra conversación no giraba en torno a botellas en una bolsa o a estaciones del Norte. Y aun así esos temas tampoco me darían para una conversación muy larga.

—*Tudo bom?* —repitió Sergio.

A modo de respuesta me decidí por una sonrisa muda.

—*Você tem dor?* —quiso saber.

¡Cómo que tenedor!

A todas luces el brasileño gordo empezaba a preocuparse, e inquirió:

—Tudo certinho?

Como no hiciera otra cosa que sonreír como una idiota, Sergio pensaría que su mujer había sufrido daños cerebrales permanentes debido al accidente. Así que debía decir algo de una vez. Pero difícilmente le podía preguntar dónde estaba la estación del Norte. O decirle que en la bolsa había tres botellas. Me puse a pensar como una loca qué otras palabras recordaba en portugués, y dije lo primero que me vino a la cabeza. Por desgracia fue:

—Bacalhau!

—*Bacalhau?* —preguntó Sergio sorprendido.

Primero me entraron ganas de darme a mí misma por estúpida, pero luego pensé que quizá no hubiera sido tan tonto decir eso. Si Sergio creía que tenía hambre, seguro que iría a buscarme —a buscarle a su mujer embarazada— algo de comer. Como sin duda en el restaurante del hospital no habría *bacalhau*, tardaría un buen rato en volver, y mientras tanto yo me ocuparía de poner tierra de por medio. Eso sí podía levantar de la cama mi embarazado cuerpo de dos quintales. Pero Sergio no se fue, e insistí:

—Feijoadá, churrasco, pano di queso?

Era evidente que pan de queso en portugués se decía de otra manera. Para disimular, me apresuré a decir:

—Caipirinha!

Sergio se quedó sorprendido: no era de extrañar, probablemente la *caipirinha* no fuese la bebida más apropiada para una mujer en avanzado estado de gestación.

—*Caipirinha* sin álcool —me corregí.

—*Caipirinha sem álcool?* —me corrigió.

—Esso.

Estaba diciendo auténticas gilipopiii.

Sergio se salía de la silla, estaba incómodo, pero no hacía el menor ademán de marcharse, se limitaba a mirarme con escepticismo.

—*Avanti, avanti!* —Moví la morcilla que tenía ahora por mano, temiendo, probablemente con razón, que hubiese hablado en italiano.

—¿Maria? —preguntó el hombre, como si ya no se creyese que yo era Maria.

¿Cómo lo sabía? Me refiero a que uno no saca conclusiones sólo porque su mujer de pronto hable como una turista en el Algarve. ¿Lo intuía Sergio porque conocía muy bien a su gran amor? ¿Porque era su alma gemela y notaba que ahora era otra alma la que se hallaba en su cuerpo? Para evitar dar una respuesta sincera, contesté apocada:

—Aonde está a estação do Norte?

—Tú no eres Maria —dijo Sergio, en inglés.

—*No saco tem três garrafas* —admití.

El brasileño gordo asintió. Despacio. Circunspecto. Luego sonrió. Lo que, bien pensado, era una reacción bastante rara, pues se encontraba delante del cuerpo de su embarazadísima mujer, de la que muchos en su lugar habrían pensado que estaba poseída por un demonio.

De pronto se rio. Con una risa un poco histérica. Como sólo se ríen los que acaban de hacer *puenting* o los que acabada la jornada laboral son asesinos en serie. Cuando dejó de reírse y se secó las lágrimas de los ojos, constató:

—Tú eres Daisy.

—¿Barton?

—Ya va siendo hora de que me llames Marc.

Ahora la que se rio fui yo. Reímos y reímos hasta congestionarnos, nos quedamos sin aire y nos sujetamos los barrigones. Hasta daba la impresión de que el bebé se divertía, a juzgar por las patadas que daba. ¿Cuándo había sido la última vez que me había reído así con alguien? La respuesta era: ¡nunca!

CAPÍTULO 52

Cuando nos calmamos, celebramos en silencio nuestra nueva vida hasta que... bueno, hasta que comprendimos cuáles eran las circunstancias: Sergio y Maria habían muerto en el accidente.

—Es tan injusto, con lo jóvenes que eran... —comenté. Aunque no conocía a los brasileños, su muerte me entristeció tanto como hasta entonces sólo lo había hecho la de mi madre. En el tiempo que siguió a mi primera reencarnación me había vuelto más sensible. ¿Se suponía que eso era bueno?

—La muerte es una *bitch* de *luxe* —aseguró Barton, esto... Marc.

—¿Dónde crees que estarán sus almas? —le pregunté.

—En la luz infinita. Eran personas mucho mejores que nosotros.

Sergio y Maria serían felices para siempre, lo cual era estupendo para ellos y suponía un consuelo para nosotros. Así y todo me parecía injusto:

—No conocerán a su hijo...

Nada más decirlo, me entraron ganas de llorar. Antes de que la primera lágrima rodara por mi nueva mejilla rolliza, Marc dijo:

—Pero nosotros sí.

No caí enseguida.

—Nosotros conoceremos al niño —afirmó.

Para bien o para mal era cierto.

—Y cuidaremos de él.

Me mareé: iba a ser madre. ¿Y Marc quería ser el padre?

—Es nuestra responsabilidad.

¿Cómo podía aceptarlo tan deprisa cuando a mí la idea me inquietaba? Quizá porque Marc siempre había querido tener hijos. O porque se sentía en deuda con Sergio y Maria. O culpable. Porque habitábamos sus cuerpos. Quizá incluso lo fuésemos, culpables.

Marc cogió mi gordezuela mano en la suya y aseguró:

—Podremos con ello.

Completamente desbordada, retiré la mano. Sin duda era demasiado. En ese instante llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Marc.

—Somos nosotros, Sergio —repuso una voz de mujer más que conocida—. Jannis y Nicole.

CAPÍTULO 53

Nos miramos espantados. La nueva frente brasileña de Marc se perló de sudor. Presa del pánico, me levanté de la cama de un salto, observé la ventana y fantaseé con que anudaba unas sábanas y me descolgaba por la fachada.

—¿Se lo decimos? —preguntó Marc en voz baja.

—Yo pienso hacerme la muerta —musité.

—¿Se creerían que nosotros somos nosotros?

—Yo pienso hacerme la muerta.

—Aunque podríamos demostrárselo contándoles cosas que sólo podemos saber nosotros y que es imposible que conozcan Sergio y Maria.

—Yo pienso hacerme la muerta...

—No estás siendo de mucha ayuda, Daisy.

—¿Podemos pasar? —pidió Nicole.

—¿Qué te parece si atamos las sábanas y nos escapamos por la ventana? —le propuse a Marc.

Él me agarró con fuerza por el fofo brazo, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—Tienen derecho a saberlo.

—Sí, es verdad —admití.

—Adelante —dijo Marc, soltándome.

Tenía el pulso a 210, dentro de un segundo vería a Jannis y por primera vez desde hacía mucho mucho tiempo no tendría que verlo siendo un animal.

La puerta se abrió y Kelly le cedió el paso a Jannis, que llevaba muletas e iba escayolado. Por lo visto, cuando resbaló con nosotros se rompió la pierna. Como era de suponer, Kelly se ocupaba con cariño de él. Cuando le dijo: «Te manejas muy bien con las muletas» y le dio un besito, tuvimos claro de una vez por todas que se habían reconciliado.

Me dio una punzada de dolor ver así a Jannis y Kelly. Ya podíamos no haberlo hecho tan bien y no haber acumulado tanto buen karma. A Marc, en cambio, no parecía importarle la estampa. Curioso.

—Habéis tenido mucha suerte —afirmó Kelly con una sonrisa radiante—. Los médicos dicen que normalmente nadie sobrevive a esas lesiones en la cabeza.

Me toqué la frente por acto reflejo y me di cuenta de que, al igual que Marc, llevaba un vendaje.

—Sois dos buenos cabezotas brasileños —rio Jannis.

Kelly se rio con él, no así nosotros dos. Se notaba que a Marc le habría gustado tirarle a Harry Potter la piedra filosofal a la cabeza, y en cierto modo a mí me chirriaba que nos tratara —que tratara a Maria y Sergio— de forma tan campechana.

—En cualquier caso, me alegro de que no os haya pasado nada peor —aseguró Kelly, y me dio un abrazo. Claro que no podía decirse que fuera un abrazo en toda regla, porque sus bracitos apenas abarcaban la espalda de mi corpachón. A la supermujer, que olía estupendamente a algún perfume bueno en el que se percibía un toque de lavanda, no le importó lo más mínimo que yo oliese a desinfectante y sudor de gorda. No sabía qué hacer, así que le di con las manazas unos golpecitos en la delicada espalda y miré a Marc, que me hizo una señal de asentimiento con la cabeza. Había llegado la hora de la verdad.

—Tenemos que contaros algo —empezó.

—Algo absolutamente demencial —añadí yo.

—Pero que así y todo es verdad.

Kelly se separó de mí y nos miró con cara expectante, al igual que Jannis. Ni Marc ni yo comenzamos a hablar. Ninguno de los dos sabía cómo expresar la locura que habíamos vivido. Nos miramos como diciendo: empieza tú; no, tú; y ¿qué fue de lo de *ladies first*?

—Bueno, ¿y qué es eso que nos queréis contar? —preguntó Kelly, y sonrió perpleja, ya que percibió nuestra inseguridad.

Marc hizo de tripas corazón y se dispuso a contar lo de las reencarnaciones. Pero en lugar de decir algo, empezó a cantar:

—«¿De dónde llegáis a mí? Del país de Pitufín».

Todos lo miramos asombrados. ¿Estaba cantando *La canción de los pitufos*? ¿En una pupiii situación así? ¿Quería jorobarnos? ¿Sobre todo a mí?

Sin embargo, Marc parecía más sorprendido incluso que nosotros. Intentó dominarse, se dispuso nuevamente a dar una explicación y... cantó otra vez:

—«¿Por qué sois de tono azul? Porque no hay viento del sur.»

¿A qué venía esa tontería? Le hice una seña para que se callara. Si no tenía el

valor necesario para decir la verdad, lo haría yo. Me volví a Jannis y Kelly, respiré hondo y canté:

—«¿Tocáis alguna tonada?» —Madre mía, ¿qué me ocurría? ¿Por qué no podía hablar con normalidad? Probé de nuevo—: «Con una flauta encantada».

Jannis y Kelly me miraron como si me faltaran unos cuantos pitufotornillos. Por mi parte miré asustada a Marc, que se encogió de hombros con desvalimiento. No entendía lo que nos estaba pasando. Sin embargo, yo empecé a entenderlo: Buda quería impedir que hablásemos de la vida después de la muerte. Lógico. Ello pondría patas arriba el orden del mundo.

En mi último día en la Tierra vi en el cercanías a un mendigo que cantaba *La cucaracha*. ¿Se habría reencarnado también e intentaba en vano advertir a su entorno al respecto? Sea como fuere, en ese momento parecíamos tan desquiciados como él.

Intenté por última vez hacerme entender: nuevamente sin éxito.

—«Adelante, Pitufo: la, la, la... La segunda voz...»

Y Marc cantó:

—«La, la, la».

—«Todos juntos.»

Y Kelly y Jannis entonaron la canción. Decidieron interpretar el hecho de que cantásemos como una alegre celebración de la vida:

—«Grandes sois cual cañamón. ¡Tú sí que eres grandullón!».

A Marc y a mí no nos quedó más remedio que cantar con ellos, así que los cuatro entonamos:

—«¿Sabéis todo contestar? Tú sí que sabes preguntar».

Jannis cogió una flauta imaginaria e hizo como si fuese el pitufo flautista. Cantamos y bailamos, y sólo lo dejamos en «¿Qué hacéis si algo marcha mal? ¡Sólo juego a pitufar!» porque en ese instante empezaron las contracciones.

CAPÍTULO 54

¡Las contracciones son una buena mierda! El dolor era insoportable. Todos aquellos a los que les encanta la naturaleza que me expliquen por qué causa semejante sufrimiento. Es más, por qué inventó el dolor. Sí, los científicos dicen que el dolor tiene la función de avisarnos de que algo va mal en nuestro cuerpo. Por favor, si la naturaleza era tan estupenda, ¿por qué no nos incorporaba a los seres vivos un indicador luminoso? Al fin y al cabo, eso lo hacían hasta los ingenieros de la Opel.

Estaba en una sala de partos que no podría parecer más de hospital si la hubiera concebido un escenógrafo para un *thriller* médico futurista. Apestaba a desinfectante y a mi sudor. El parto no lo asistió un médico, sino una comadrona negra de mediana edad que llevaba rastas y me exhortaba a que yo, blandengue, hiciera el favor de esforzarme. La mujer hablaba en un tono que me hizo sospechar que antes había sido instructora del Ejército norteamericano. Que me regañara me cabreó, sobre todo porque sabía que tenía razón: lo importante allí no era mi dolor, sino la criaturita que luchaba con todas sus fuerzas por salir de mi cuerpo y a la que yo debía ayudar, por mucho que me doliera.

Junto a mi cama, Marc sudaba a mares en su cuerpo de Sergio —estaba casi tan empapado como yo—, y apoyaba el peso ya en un gordo pie, ya en el otro. La comadrona de las rastas también le bufaba a él:

—Tú, estorbo. O le echas una mano a tu mujer o te largas.

—Es que no es mi mujer... —balbució Marc.

—Déjate de cuentos. ¡Llevas la misma alianza que ella!

Mientras esperaba, jadeante, a que llegara la siguiente contracción, me miré la mano derecha, vi un anillo de oro con una discreta piedra roja y constaté: no sólo voy a ser madre, sino que además ¡estoy casada!

Llegó la siguiente contracción y solté un alarido.

—¿Piensas hacerlo o no? —le soltó la comadrona a Marc.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—¿Es que no habéis hecho el curso?

—¿Qué curso? —Marc sudaba cada vez más.

—¡El de *windsurf*!

—¿*Windsurf*? —repitió Marc asombrado.

—El de preparación al parto, idiota.

—No, no lo hemos hecho... —balbució.

—Qué bien, los padres modernos —afirmó con desdén la comadrona mientras a mí me llegaba la siguiente contracción.

—¿Qué debo hacer? —inquirió Marc.

—¡Estar con ella!

Eso lo entendió. Marc se acercó a mí, me cogió con su manaza derecha la mano izquierda y me sostuvo con el otro brazo. Era su forma de demostrar que me apoyaba. Sí, Marc estaba conmigo en el dolor. Lo mejor que sabía. No se podía pedir nada más.

Los minutos siguientes oí mis propios gritos como a lo lejos, igual que los ánimos de la comadrona, que decía cosas como: «No aflojes, *bitch*». Sin embargo, cuando estaba a punto de darme por vencida y suplicar que me operaran de urgencia, oí alto y claro que Marc me susurraba:

—Estoy contigo, Daisy.

Ello me dio la fuerza necesaria para seguir empujando. Con la última contracción el bebé salió. La comadrona sonrió y dijo:

—No está mal, *bitch*.

Ahora se mostraba muy dulce y amable, al parecer sólo había sido brusca para que no me rindiera antes de tiempo. Me dejó con cuidado al pequeño en el desnudo vientre. Sentí su calor, su aliento, incluso los rápidos latidos de su corazón.

—La puedes acariciar tranquilamente —dijo la comadrona sonriendo.

Casi no me atrevía. Le pasé con sumo cuidado los gruesos dedos por la arrugada piel. Era tan delicada, tan suave. Todo mi dolor había desaparecido de golpe y porrazo. Me invadió una dicha que no había sentido nunca. Y de pronto pensé que la naturaleza era estupenda.

—Es una niña —dijo Marc, sonriente, las lágrimas corriéndole por la rolliza mejilla. Al verlo, también yo lloré de alegría. ¿Cuándo había sido la última vez que había llorado así con alguien? Nunca.

—¿Y bien? —preguntó la comadrona mientras cortaba el cordón umbilical—. ¿Cómo pensáis llamarla?

Miré el bultito que descansaba en mi vientre y luego a Marc. Los dos pensamos lo mismo: la pequeña debía llamarse como su difunta madre. Así

que respondimos a la vez:

—Maria.

CAPÍTULO 55

Pasé los siete días siguientes en el hospital y allí aprendí algunas cosas de la maternidad: la estrecha unión que se establece con una criatura tan pequeña cuando se le da de mamar y lo poco que te deja dormir. Durante ese tiempo, Marc casi no se apartó de mi lado, incluso se quedaba por la noche en el sillón que había junto a mi cama. Lo de «estoy contigo, Daisy» iba en serio.

Pese a tener los dedos gordos, era un hacha cambiando pañales, y después de que yo le diera el pecho paseaba a la pequeña por la habitación hasta que echaba el aire. Y cada vez que Marc le daba un besito en la mejilla con sus abultados labios y ella fruncía la boquita, mi corazoncito de madre saltaba de alegría. Sí, tenía un corazón de madre. En cierto modo consideraba a Maria mi hija.

Y, sin embargo, cuando me paraba a pensar lo que significaba eso exactamente, me entraba el pánico. Sentía que era demasiado joven para ser madre, aunque mi nuevo cuerpo pasara de los cuarenta años. Me sentía muy insegura. Muy inexperta. Siempre tenía la sensación de que estaba cometiendo errores con la niña. De que siempre era culpa mía cuando lloraba y no sabía calmarla. Pero, sobre todo, me sentía demasiado como Daisy. ¿Qué podía aportarle alguien como yo a una criatura tan pequeña? Si cuando era Daisy había fracasado por completo en la vida.

Parecía que a Marc no le preocupaban esas cosas; al contrario, por lo visto se las apañaba mucho mejor con nuestra nueva vida: yo me quejaba de mi nuevo peso, me quedaba sin aliento enseguida y siempre me golpeaba con la cómoda o contra la puerta, porque me costaba acostumbrarme a las dimensiones de mi cuerpo. A Marc, en cambio, no le importaba poder ser la futura imagen de Weight Watchers. Cuando le estaba dando el pecho a la pequeña y él se metió trabajosamente entre mi cama y la cuna para cambiar la ropa de cama de la niña, le pregunté:

—¿No te importa nada tener este aspecto?

—¡Me encanta!

—¿Te encanta? —No me lo podía creer—. ¿Y qué es lo que te encanta?

—¿Tú te imaginas lo que cuesta mantener el cuerpo en forma, joven y delgado? Siempre he estado haciendo ejercicio y dietas y tomando un montón de suplementos, y todo para seguir en el mercado de Hollywood. ¿Sabes lo que es no poder comerte ni siquiera una pizza sin que al día siguiente tengas que pasarte dos horas más machacándote en el gimnasio? ¿La culpabilidad que siente uno con cada gramo de grasa de más? Ahora puedo comer por fin lo que me da la gana.

—Si el cuerpo ya está echado a perder... —comprendí.

—... uno come sin cortapisas —acabó él la frase, y los dos nos reímos.

Aparté a Maria del pecho, y justo cuando me estaba poniendo en su sitio el enorme sujetador de lactancia, en cuyas copas podrían haber hecho el nido dos cigüeñas, Kelly entró en la habitación. Llevaba un ramo de flores enorme, que me ofreció diciendo:

—Espero no molestar, pero me gustaría hablaros de algo.

Le di las gracias amablemente, metí el ramo en un florero del hospital y repuse que claro que no molestaba (aunque llevaba meses complicándome la existencia). Sin embargo, Kelly ya no me oía: no podía apartar la vista de la pequeña.

—¿Puedo cogerla? —preguntó, y aunque seguía sin caerme demasiado bien, contesté:

—Claro.

Kelly cogió a Maria en sus delgados brazos con sumo cuidado y comentó:

—Es preciosa.

Marc y yo nos sonreímos, henchidos de orgullo. Como si fuésemos sus verdaderos padres.

En ese momento Jannis entró en la habitación con sus muletas y observó, risueño:

—Qué bien te queda la niña, Nicole.

—¿Tú crees? —replicó pudorosa.

—Deberíamos tener una —afirmó Jannis.

Eso me chocó. Aunque estuviesen juntos gracias a nosotros, aún me costaba aceptar que Jannis quisiera a esa mujer. Miré a Marc: no parecía estar nada celoso. ¿Había superado lo de su mujer igual que lo de su cuerpazo?

—Vayamos por partes —dijo Kelly, y me pasó a la niña para que la acostara. De pronto estaba rara, pero yo no tenía ni idea de qué era lo que enturbiaba su humor—. Primero la boda —añadió, con una sonrisa forzada.

¿Boda?

De puro susto casi se me cae la niña.

—Jannis y yo nos casamos la semana que viene. En Acapulco, en la playa.

Me apresuré a mirar nuevamente a Marc, que sonreía:

—Es una noticia estupenda.

Sin duda había superado lo de Kelly, pero yo no podía decir lo mismo de Jannis.

—Y adivinad quiénes queremos que sean los padrinos —afirmó radiante la futura Novia más Sexy del Mundo—. Tenéis tres intentos. Os daremos una pista: es la mejor pareja del mundo.

—Brad Pitt y Angelina Jolie —aventuré.

—No.

—George Clooney y comoquiera que se llame su nueva novia.

—No.

—¿Siegfried y Roy?

—Sergio y Maria.

Madre mía.

—De eso quería hablaros —dijo Kelly risueña—. Vuestro amor siempre ha sido un ejemplo para mí. ¿Queréis ser nuestros padrinos?

—Con mucho mucho gusto —asintió alegre Marc, del que empezaba a pensar que había oído demasiados pañales sucios.

—¡Gracias! —exclamó Kelly, y me dio un besito en la mejilla mientras yo ni sabía lo que me estaba pasando. También Jannis me dio las gracias con un besito. La última vez que lo había tenido tan cerca fue cuando me acosté con él. Tiempo atrás. En Berlín. Cuando era una idiota mayor incluso que ahora.

Después de besar asimismo a Marc los dos, el futuro matrimonio salió de la habitación. Aturdida, dejé a mi pequeña Maria en su cunita.

—Todavía no se lo ha dicho —observó Marc.

Yo apenas lo oía. A mi cerebro le costaba digerir las novedades.

—Nicole no le ha dicho aún a Harry Potter que no puede tener hijos.

De pronto captó toda mi atención: así que por eso había abrazado así Kelly a la niña y había reaccionado de forma tan extraña cuando Jannis le soltó lo de tener hijos.

—Nicole sólo puede adoptar —afirmó compasivo Marc.

Adoptar. El hijo de Nicole tendría muy buena vida. Era una mujer buena y cariñosa. Y además con dinero. Que ese hijo pudiera ser la pequeña María fue algo que no se me ocurrió en ese momento.

CAPÍTULO 56

—*Ladies first* —dijo Marc sonriendo cuando nos vimos ante la escalera que llevaba hasta la entrada del piso de Central Park. El taxi que nos había pagado Kelly desapareció en el tráfico del final de la jornada laboral de Nueva York. Marc llevaba el moisés de Maria, que tras haber mamado echaba una siestecita y ni siquiera se despertó con las bocinas de los coches. Para ella el mundo estaba en regla. Para Marc parecía ir estupendamente. Y poco a poco a mí eso me iba cabreando.

—Me muero de ganas de ver nuestra casa —anunció.

—¿Es que no sabes cómo es la casa de vuestros empleados?

—Nunca bajé al entresuelo —sonrió—. Pero seguro que es bonito.

—A ti nada de esto te incomoda, ¿no? —pregunté, cada vez más crispada.

—¿Qué me iba a incomodar?

—¿Y lo preguntas?

—Sí...

—Que vivamos la vida de otros —estallé—. Que estemos casados. Que seamos padres. Que seamos el personal de servicio de tu ex y de Jannis. ¡Y sus padrinos! ¿Cómo puedes aceptar todo esto con tanta facilidad?

—Porque ahora soy otra persona.

—Sólo estás en otro cuerpo.

—También soy una persona distinta.

—Ya, claro...

—Y es por ti.

—¿Por mí?

—Ven, que te lo enseño.

Marc me cogió de la mano y subió la escalera conmigo. Cuando habíamos recorrido las tres cuartas partes se detuvo.

—¿Lo ves? —preguntó.

—Si veo ¿qué?

—Eso. —Señaló abajo, al escalón donde Jannis resbaló al pisarnos cuando éramos caracoles—. Aquí fue donde pasó.

—¿Qué exactamente? —pregunté con aire vacilante.

—Saltaron chispas entre nuestras antenas.

Era una frase que sin duda ningún hombre le había dicho a una mujer.

—No deseaba nada tanto como tocarte las antenas con las mías.

Esa frase seguro que tampoco era muy habitual entre un hombre y una mujer.

—Te quiero.

Esa frase, en cambio, las mujeres la oían más a menudo. Sólo que a mí no me la había dicho nunca ningún hombre. Al menos no sin que fuera mentira. Miré a mi alrededor para comprobar que efectivamente Marc se refería a mí, no fuera que Kelly estuviese detrás en la escalera. Pero no estaba. Ni tampoco había otra mujer. Tan sólo un vendedor de perritos calientes tamil que tenía el carrito en la calle.

—No me refiero a él —puntualizó Marc, risueño.

—¿No? —repuse yo con un hilo de voz.

—Te lo digo a ti.

Me quedé helada.

—Pero tu mujer... —balbucí.

—Es la más bella del mundo.

—Pues eso.

—Pero ya no necesito tener a la mujer más bella del mundo. Ni ser el actor con más éxito del mundo. Ya no tengo que demostrarle nada a mi padre. Soy libre. Y si de verdad mi padre es el gorila de Central Park, se lo diré también a él. Pero también le diré cómo puede acumular buen karma para que no tenga que vivir mil vidas horribles más.

Marc odiaba a su padre y ahora quería ayudarlo. Ciertamente era otro. Se acercó con tiento a mí y dijo:

—No hay dos personas que hayan vivido más cosas juntas que nosotros: hemos impedido una guerra, hemos sentido la libertad del mar y hemos aprendido a volar juntos. Pero lo más importante es que estuviste ahí cuando te necesité. Me apartaste de la cocaína y me salvaste la vida. Gracias a ti he

comprendido lo que de verdad importa.

Me miró a los ojos, y yo me agarré a la barandilla.

—Seguro que tú también lo sentiste, Daisy..., que lo sigues sintiendo..., las chispas...

No esperó a que le respondiese, dejó el moisés en la escalera, se acercó a mí, cogió mi cara entre sus manos gordas y me besó.

¡Me besó!

¿Se había vuelto loco?

¿Me había vuelto loca?

Me siguió besando.

Y no pude evitarlo: le devolví el beso.

Definitivamente nos habíamos vuelto locos.

CAPÍTULO 57

Unos minutos después estábamos tumbados desnudos en la cama XXXL, reforzada con somieres extrarresistentes y que ocupaba casi por completo el pequeño dormitorio del piso de los empleados de servicio. Aparte de la cama, sólo había una gran lámpara de lava roja y dos baúles de madera maciza para la ropa. En las paredes había pósters de, supuse, estrellas de telenovelas brasileñas. Que vieron cómo Marc y yo nos besábamos locamente. Y eso que tuvimos que esforzarnos para coordinar nuestros corpachones. Por desgracia sólo con cierto éxito. Y es que cuando intenté ponerme encima de él, perdimos el equilibrio y fuimos a parar a la alfombrilla de pelo rosa que había en el suelo.

—¡Ay! —exclamó Marc, que acabó debajo de mí.

—¿Te has hecho mucho daño? —pregunté preocupada.

—Bueno, al fin y al cabo soy mi propio airbag —contestó.

No pude evitar reírme. Y juntos nos reímos más aún cuando a continuación probamos a encontrar la mejor postura para el sexo con nuestros ajenos cuerpos gordos. Al final lo conseguimos, y acabamos hechos polvo y satisfechos en la alfombra. El primer polvo desde hacía mucho tiempo. Desde hacía muchas vidas.

—Nunca me lo había pasado tan bien —afirmó Marc risueño mientras yo me acurrucaba en su pecho.

—Yo tampoco.

Era verdad. Era la primera vez que no me preocupaba mi aspecto ni mi actuación. En este sexo el rendimiento no importaba.

—Si el cuerpo ya está echado a perder... —empecé.

—... se quiere sin cortapisas —continuó Marc.

Nos reímos de nuevo, y sin duda habríamos seguido divirtiéndonos si Marc no hubiese vuelto a decir:

—Te quiero.

Lo decía de verdad. Y también en un tono que dejaba claro que le gustaría escuchar un «y yo a ti». Pero no se lo pude decir. Se me hizo un nudo en la garganta. Tenía la lengua paralizada. Estaba como bloqueada. ¿Por qué no podía corresponder a su amor? ¿Tenía que ver con Jannis?

—El destino nos ha unido —observó feliz y contento.

Cualquier mujer con dos dedos de frente le habría dado la razón. Pero a mí todavía nadie podía echarme en cara que tuviese dos dedos de frente.

—No... no puedo —balbucí, y me levanté y empecé a vestirme. Marc me miró, dolido, pero no dijo nada. Metí a la niña en el lujoso carrito de color burdeos que Kelly nos había regalado, dije que me iba a dar un paseo y salí de casa.

Ese momento ocupó el puesto número cuatro de los peores momentos del día en que murió para siempre la buena de Daisy.

CAPÍTULO 58

Cuando abrí la regia puerta del edificio vi a Jannis sentado en la escalera. Precisamente en el escalón en el que había resbalado, en el que Marc y yo estuvimos a punto de tocarnos con las antenas y en el que poco antes nos habíamos besado por primera vez. Tenía las muletas al lado. Me preguntó de inmediato:

—¿Te ayudo con el cochecito?

—Pero si con las muletas no te queda ninguna mano libre.

—Si es necesario, puedo apoyar un poco el pie —afirmó sonriente, y se levantó agarrándose a la barandilla—. Y esto me parece necesario. ¿O piensas bajar tú sola el cochecito?

Buena pregunta. El chisme era ultramoderno, pero también ultraaparatoso.

—Si quieres ayudar, por mí encantada —repuse.

Jannis apoyó las muletas en la barandilla y cogió el carrito por la parte inferior. Juntos lo levantamos y lo bajamos, sin que ninguno de los dos se cayera o Maria se despertara. Le di las gracias y Jannis volvió a sentarse para no sobrecargar el pie. Era evidente que la pierna aún le dolía, pero no dejó que se le notara. De manera que, pese a la ropa nueva y al lujo que lo rodeaba, en el fondo seguía siendo el mismo: una persona que ayudaba desinteresadamente a los demás, incluidos sus empleados.

—¿Cómo es que estás sentado aquí fuera? —le pregunté.

—Nicole me ha contado algo que tengo que digerir.

Así que le había confesado que no podía tener hijos. Había sido un golpe para él. Yo quería consolarlo, igual que él me había consolado antes, y sin pensarlo mucho le solté:

—La adopción también es una buena alternativa.

—¿La adopción? —repitió desconcertado.

—Sí, para algunos niños es estupendo tener unos padres que puedan ofrecerles una vida mejor. A menudo es su única oportunidad.

Jannis jugueteaba con sus gafas de Harry Potter, como si no supiera adónde quería ir yo a parar.

—Angelina Jolie y Brad Pitt también lo han hecho —continué.

—Lo sé.

—Y para vosotros también sería lo mejor. Que Nicole no pueda tener hijos no significa que debáis renunciar a ellos.

Él ladeó un poco la cabeza y preguntó muy sorprendido:

—¿Nicole no puede tener hijos?

Oh, oh.

—Eh... —balbucí—, ¿no es eso lo que te ha contado?

—Me dijo que prefiere casarse en la catedral de San Patricio, en Manhattan, que en Acapulco, en la playa. Y eso que yo no quiero tener nada que ver con la religión.

Me habría gustado tener a mano una pócima con la que volatilizarme.

—¿De verdad que no puede tener hijos? —preguntó de nuevo.

Asentí, y Jannis se derrumbó.

—Deseas fundar una familia con ella, ¿no? —inquirí, aunque en realidad no me apetecía saber la respuesta.^[24]

—Con toda mi alma, sí.

—¿Alguna vez en tu vida has deseado eso mismo con alguien? —pregunté, con tanto tino como curiosidad.

—Sólo con una mujer. Pero está muerta.

¡No lo estoy!, me entraron ganas de gritar. Pero si hubiera intentado decírselo, lo único que me habría salido habría sido *La canción de los pitufos*. Y en vista de que Jannis se acababa de enterar de la infertilidad de su futura esposa, puede que esa canción no hubiese sido muy apropiada.

—¿Amabas a esa mujer más que a Nicole?

Quizá no fuera justo preguntarlo, pero quería, debía saberlo a toda costa.

—Está muerta.

Aunque no era una respuesta directa, me hizo concebir la esperanza de que Jannis tal vez me amara más que a Kelly. Aunque Marc y yo sintiéramos algo el uno por el otro, al fin y al cabo Jannis había sido mi primer amor. Y, por ello, también el más importante, ¿no?

Posiblemente incluso pudiésemos tener un futuro juntos. Un buen futuro.

Entre hombre y mujer, no entre hombre y hormiga, pez, cigüeña o caracol. Como animal no podía hacerlo feliz, y por tanto se lo había cedido a Kelly, pero ahora la situación había cambiado.

Por desgracia, pensaban casarse la semana siguiente. Y para colmo de males, yo era la madrina del novio. Como en una comedia de Hollywood. Si de verdad nuestra vida fuese una comedia de Hollywood, pensé, cuando el cura dijera en la catedral: «Si hay alguien que se oponga a esta unión, que hable ahora o calle para siempre», yo me plantaría ante el altar y cantarí­a desesperada *La canción de los pitufos*. Y mientras los invitados, entre ellos nuestras antiguas compañeras de piso, se preguntaran en los duros bancos de madera cuándo llegarían los hombres con la camisa de fuerza para llevarse a la brasileña pirada, Jannis me miraría fijamente a los desesperados ojos y sabría ver en ellos mi alma. Balbuciría: Daisy, conqu­e eres tú..., y se pondría a llorar de felicidad. A los de la camisa de fuerza, que irrumpirían en la catedral en ese preciso instante, Jannis los mandaría a casa con cajas destempladas. Después apartaría a Kelly, se colocaría con­migo ante el altar y me tomaría como esposa. *Happy End*. Fundido en negro.

—¿Por qué sonríes? —quiso saber Jannis.

—Eh..., por nada, por nada —repuse, dejando de soñar despierta.

—Creo que quieres decirme algo...

Sí, pero gracias a Buda no podía.

—Si tanto te cuesta, escríbelo —propuso.

¿Escribirlo? ¡Buena idea! ¿Cómo no se me habría ocurrido a mí? Ello podía imprimir un giro decisivo a nuestra historia de amor, como pasaba siempre en las comedias románticas.

—¿Tienes algo para escribir? —pregunté nerviosa.

—Un doctorando siempre tiene que llevar algo para hacer sus anotaciones —afirmó risueño. Se sacó de la chaqueta un lápiz y una libretita negra, me los dio y yo empecé a garabatear que era Daisy y estaba viva. Le di la libreta y leyó desconcertado:

—¿«Hacia Belén va una burra, rin, rin, cargada de chocolate...»?

Le quité de prisa la libretita, volví a escribir y se la devolví. Jannis leyó, más desconcertado si cabe:

—¿«La suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa...»?

Probé de nuevo, desesperada, intuyendo que no llegaría a ninguna parte. Jannis se quedó completamente perplejo con el resultado:

—¿«Un loco entra en una panadería y le pregunta al panadero: “Señor, ¿ya salió el pan?”. Y el panadero le dice: “Sí, ya salió”»??

O sea, que también era cosa de Buda que no pudiéramos escribir nada de lo que habíamos vivido en la rueda de la reencarnación. Me puse a pensar como una posea: el gordo controlaba el habla y la escritura, pero seguro que había alguna forma de comunicación en la que no hubiera pensado.

—Te lo diré con mímica —propuse entusiasmada.

—Vale —respondió él sorprendido.

Le conté con gestos todo lo que me había pasado: que morí, me convertí en una hormiga, en un pez, en un pájaro y, y, y... Cuando terminé, miré a Jannis con expectación, que respiró hondo y dijo:

—A mí me ha parecido un poco como si la aviación americana volara sobre Kabul y los talibanes se defendieran bailando una rumba.

Abatida, agaché la cabeza.

—O eso... —continuó.

—¿O? —inquirí, con la esperanza de que quizá adivinase quién era yo en realidad.

—O has reproducido un torneo de Scrabble brutal.

Así que Buda también interfería en esa forma de comunicación. O quizá se me daba fatal la mímica. O a Jannis las adivinanzas. O todo junto. Sin embargo, no pensaba darme por vencida. Recordé la fantasía que acababa de tener, en la que me cargaba su boda. Si Jannis y yo estábamos hechos el uno para el otro, debería poder verme el alma. Lo cogí por los bracitos, lo levanté de la escalera y le pedí:

—Mírame a los ojos...

—Vale... —accedió, asombrado con mi fuerza.

—¿Qué ves? —pregunté.

—Unos ojos grandes marrones.

—¿Qué ves en ellos?

—Unas venitas rojas.

No era eso lo que yo quería oír.

—No serás hipertensa, ¿no?

Y eso todavía menos.

—Pero son muy bonitos. —Jannis hizo un esfuerzo por decir algo positivo, porque no tenía ni idea de lo que quería de él.

No veía mi alma.

Así que la vida no era una comedia romántica.

De modo que lo solté y afirmé:

—Quieres más a Nicole que a la mujer que murió.

Jannis se paró a pensar un buen rato y después asintió: a todas luces se acababa de dar cuenta justo entonces. Y yo supe que no estábamos hechos el uno para el otro. Tanto si yo era una persona como si no. Desde mi primera muerte me había estado haciendo ilusiones. El instante en que por fin lo comprendí pasó a ocupar el puesto número tres de los peores momentos del último día en la vida de la buena de Daisy Becker.

CAPÍTULO 59

Fui con el cochecito hacia Central Park para visitar a mi madre. Aunque no viera en mí a su hija y yo no pudiera hablar con ella, estaría bien volver a verla. Tras mi huida del lecho conyugal y el encuentro con Jannis, seguro que verla me distraía y me consolaba un poco. Pasé por delante del recinto de los monos, donde un chimpancé tamborileaba indolente sobre el tronco de un árbol y sus congéneres bailaban ensimismados al ritmo que marcaba. Estaba claro que el tamborilero era Bob Marley reencarnado.^[25] Al igual que el recinto de los pandas, el de los monos también era amplio. Tenían una estructura para trepar muy alta, como las que hay en algunos parques infantiles grandes. Unos metros más atrás, en su jaula rocosa, se hallaba el gorila llamado Jesse, que podía o no ser el padre de Marc. El imponente animal miraba rebosante de odio, con los ojos inyectados en sangre, a los monos, como si quisiera hacerlos trizas sólo por ser alegres. Al ver a esa bestia negra, un escalofrío me recorrió la espalda, y Maria empezó a lloriquear. Aunque el gorila no pudiera salir de su jaula, empujé deprisa el cochecito.

Cuando llegué al recinto de los pandas estaba hecha polvo; y la pequeña, hambrienta. Me senté en un banco y me puse a darle el pecho mientras miraba a mi madre, que saltaba de rama en rama feliz y contenta. Parecía tan llena de vida... Tan libre... Como a mí me habría gustado sentirme. Sin embargo, estaba triste, abatida y, sobre todo, confusa. Jannis y yo no estábamos hechos el uno para el otro, eso era evidente. Pero ¿qué pasaba con Marc y conmigo? ¿Por qué no iba corriendo con él? ¿Por qué no le podía decir que sí? ¿Sí a casarme con él? ¿Sí a una familia? ¿Qué coño me pasaba?

En un rincón del recinto, Casanova se daba cabezazos contra un árbol. No sabía qué lo frustraba de ese modo, pero me entraron ganas de unirme a él y hacer lo mismo. En otro rincón estaba Aarg, de morros, hasta que mi madre se plantó delante de él con sus pies de panda y le revolvió el pelaje con las garras para animarlo. A mí también me pasaba la mano por el pelo cuando me enfadaba de pequeña. Había sido una buena madre. Si ni siquiera una mujer así había logrado que me las arreglara en la vida, ¿cómo iba a hacerlo Maria con una madre como yo? Miré a la pequeña y de pronto me asaltaron de nuevo con fuerza todas las dudas que ya abrigaba en el hospital. En la lotería de las madres, a Maria le había tocado el billete no premiado. ¿Qué podía enseñarle yo? Cómo no conseguir nada en la vida. Cómo ofender a todo el mundo. Y de paso ser infeliz.

—Te mereces algo mejor —le dije en voz baja—. Alguien que pueda enseñarte a ser alguien en la vida. Alguien de quien aprendas a tener una relación feliz... —En ese momento comprendí quién podía ser ese alguien—. Alguien como Nicole.

Oí cómo sonaban mis propias palabras con cierto retraso, aparté a la pequeña

del pecho, dejé que echara el aire, la metí en el carrito, me quedé mirando cómo se dormía y tomé una decisión pensando en el buen karma: Maria debía tener una vida mejor que la mía.

Antes de marcharme, miré una última vez a mi madre. Ella me devolvió la mirada, ladeó un tanto su cabeza de panda y me observó. ¿Me reconocía? La saludé con la mano,^[26] pero ella no me contestó. Se apresuró a reunir a Casanova y Aarg y se puso a hablar con los dos. ¿Qué les estaría diciendo?^[27] Probablemente no llegara a averiguar nunca de qué iba la conversación de los pandas, ni por qué mi madre le dio un sopapo a Casanova por algo que dijo. Y la verdad es que me daba lo mismo. Tenía que hablar con Marc de algo importante.

CAPÍTULO 60

—Que quieres pedirle a Nicole ¿qué? —Marc temblaba de ira en nuestro pequeño piso.

—Que adopte a Maria —repetí, lo más tranquila que pude.

—¡Es una locura! —Marc no se lo podía creer, iba arriba y abajo entre la cama y los baúles hecho una fiera.

—Jannis y Nicole son buenas personas —aduje.

A eso no podía objetar nada, y no lo hizo.

—Serán mejores padres que nosotros —continué—. Piensa en las oportunidades que Maria tendrá con ellos. La educación que recibirá. Podrá ver mundo...

A Marc no lo convencía nada de eso, su cara cada vez estaba más sombría. Le corté el paso para que no pudiera seguir dando vueltas y añadí:

—Con ello acumularemos buen karma.

—A la mierda con el karma —ladró, y le dio un golpe a la lámpara de lava, que se tambaleó peligrosamente pero no se cayó.

—Buscar buen karma ha hecho que seas mejor persona —argumenté.

—¡Gilipopiii!

—¿Gilipopiii?

—Eres *tú* la que has hecho que sea mejor persona. —Me miró con deseo.

—Pero si no somos sus verdaderos padres... —afirmé para no tener que hacer frente a sus sentimientos; no me apetecía volver a oír que me quería.

Marc arrugó la narizota.

—Sólo dices gilipopiii.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Y, sobre todo, eres una cobarde. —Se acercó tanto a mí que nuestras barrigas se tocaron.

—¿Una cobarde? ¿Que yo soy una cobarde?

—Lo que oyes. Por lo menos no estás también sorda.

—Si fuese una cobarde, no habría arremetido contra la hormiga reina, no habría pedido que me lanzaran a la escalera y no te habría salvado el culo de cigüeña. He arriesgado la vida. Muchas veces.

—Eso es verdad —admitió.

—¡Justo! —exclamé, y para reforzar lo dicho golpeé su barriga con la mía—. Eso es ser valiente.

—En cierto modo.

—En cierto modo, ¿qué significa eso?

—Te has enfrentado a la muerte, pero no a la vida.

—¿Cómo? —De pronto me sentí insegura y retrocedí unos pasos; no acababa de entender lo que me quería decir.

—Eres demasiado cobarde para vivir, Daisy Becker.

Di otro paso atrás, pero Marc avanzó hacia mí, de manera que su barriga volvió a tocar la mía, esta vez, sin embargo, con más cuidado, casi con cariño.

—Vivir significa querer —afirmó con suavidad.

—¿Desde cuándo eres experto en el amor? —contraataqué.

—Desde que te conozco.

—Para ya con eso.

Pero no lo hizo, siguió mirándome con ternura. No podía soportarlo, por lo cual le recordé:

—¡Maté al pedorro de tu perro!

Pero no se enfadó.

—Lo mataste, sí. Pero también has hecho muchas más cosas. Y querer significa perdonar.

—¿Te ha dado por las galletas de la suerte?

—Que algo suene a frase de galleta de la suerte no significa que sea menos verdad.

Me entraron ganas de gritar, pero Marc siguió hablando con dulzura:

—Huyes del amor, constantemente. Lo hiciste con Jannis y ahora lo haces conmigo y con la pequeña... —Señaló el moisés, en el que dormía Maria. No quise ni mirar—. Huyes porque tienes miedo. Miedo de que te hagan daño.

Eso me dolió en el alma, pero en lugar de admitirlo ante él o al menos ante mí, le chillé:

—¡Eres un puñetero egoísta!

Cogí el moisés y dejé a Marc en el piso, a sabiendas de que lo perdería para siempre.

Ése ocupó el puesto número dos de los peores momentos del último día de la vida de la buena de Daisy Becker.

CAPÍTULO 61

Con Maria en el moisés, me subí al ascensor para ir al ático y proponerle a Nicole lo de la adopción. El ascensor estaba revestido de nobles tallas de madera: representaban a un caballero que blandía su lanza contra un dragón gigantesco. Dado que en el fondo tres ángeles celebraban la hazaña, sin duda el caballero era un santo. En una ocasión, en un bodrio de Hollywood, Marc había interpretado a un héroe que mataba a un dragón y debía decidir entre Dios y el amor de su vida. Barton habría hecho traer esas tallas de alguna iglesia derruida de Europa del Este y las había incorporado al ascensor para tener un recuerdo original de la película. El Marc de la actualidad ya no haría una tontería tan frívola. Había cambiado mucho más que yo. Y no por el karma, como decía. Sino gracias al amor. A su amor por mí. Sí, después de nuestra serie *La aberración del gusto* hoy podrán ver la continuación: *Marc se enamora de Daisy*.

Me fijé bien en los ángeles: no eran angelotes con pañales, sino criaturas sublimes con forma humana, armadas con espadas y dotadas de alas gigantescas, a las que seguro que también les gustaba tocar la trompeta para anunciar una desgracia inminente. Al ver aquello me pregunté si la luz eterna no sería otra cosa que Dios. Bueno, lo podría preguntar la próxima vez que fuese hacia ella. Aunque tanto si la luz era Dios como si no lo era, yo estaba obrando con ella en mente: iba a proporcionar a la pequeña Maria un futuro mejor. Así que acumularía buen karma.

¡Yuju!

Cerré el puño con alegría, un gesto irónico.

Acto seguido pulsé el botón del ático y el aparato inició su ascenso sin hacer apenas ruido, deprisa. En lugar de un indicador digital de los pisos, sobre la puerta había una aguja de oro grande, pasada de moda, dentro de un semicírculo. El indicador se puso en movimiento, y cuando llegara a la derecha, la puerta se abriría y yo saldría directamente al salón del ático, donde Kelly estaría aguardándome. Esperaba, contra todo pronóstico, que Marc entrase en razón y comprendiera que Maria estaría mejor con Nicole que con una perdedora como yo. Sea como fuere, o eso me dije, con mi decisión también él acumularía buen karma. Así que además estaba haciendo algo bueno por él. La idea ya ni siquiera hizo que cerrara el puño de alegría en plan irónico.

Cuando la aguja iba por la mitad del recorrido, Maria empezó a hacer ruiditos de disgusto. Se desperezó y se estiró y después abrió muy despacio los adormilados ojillos y torció el gesto. Me temí que rompiera a llorar de un momento a otro, pero la niña sonrió.

¡Sonrió!

Los bebés con ese tiempo no sonreían.

Sin embargo, Maria me sonreía como si yo fuese la criatura más estupenda del mundo.

Su fuente de alimento.

Su madre.

Me quería, sin miedos y sin dudas.

En ese instante entendí que Marc tenía razón. Lo del karma lo había aprendido, sí, a ese respecto había ido cambiando en todas las vidas. Ya no me iban la diversión, las drogas, las fiestas y el sexo porque sí. Y probablemente tampoco volviese a robar nunca a nadie. Ni siquiera timaría a un taxista checheno. El bien de los demás, que antes me daba bastante lo mismo, me importaba más que el mío. Pero había otra cosa, más importante incluso, que debería haber aprendido en todas mis vidas: no tener miedo del amor.

Era verdad, tenía miedo de que me hiciesen daño, como cuando murió mi madre y mi padre se fue con la Elseasesora. Por eso quería dejar a Marc, por eso quería dar a Maria, antes de que me abriese definitivamente a su amor y me viera del todo indefensa. Quería abandonarlos por puro, recondenado miedo.

La aguja completó el semicírculo. El ascensor hizo ping. La puerta se abrió. Y vi a Kelly sentada en el sofá. Me saludó. Con afecto. Esa mujer podía ofrecerle a Maria mucho más que yo.

La pequeña hacía ruiditos de alegría en el moisés.

Y la sonrisa de un niño hace que uno olvide todos los miedos.

¡A la mierda con el karma!

¡Marc nunca había dicho nada más sabio!

¡El amor es más importante!

Pulsé el botón del ascensor. La puerta se cerró de nuevo. Kelly puso cara de sorpresa. El ascensor volvió a moverse. Y Maria se rio por primera vez en su vida. Con toda el alma.

CAPÍTULO 62

Marc no estaba en casa. En el suelo yacía la lámpara de lava. Rota. Era evidente que la había tirado de pura frustración. Podía quedarme a esperarlo, desde luego, pero quería verlo cuanto antes, decirle que ya no quería desprenderme de la niña. Además, creía saber adónde había ido, lo que se proponía. Y no me hacía ninguna gracia.

—Vamos —le dije preocupada a la pequeña Maria—. Tenemos que encontrar urgentemente a tu padre.

El zoo de Central Park estaba cerrando sus puertas. Una madre y su gordo hijo preadolescente eran los últimos en salir. La mujer, de treinta y tantos años, que llevaba una camiseta dada de sí en la que ponía «I love New York», tenía ojeras, mientras que el muchacho, en cuya sudadera se leía «Hulk Smash», no paraba de decir que quería dos Big Mac. Y patatas fritas. Y cola. Y un iPhone. Y una Xbox. Con mogollón de juegos de los de matar a tiros a gente. O de atropellarla con un coche. O de partirla por la mitad con espadas samurái. También quería una pipa. Y que le explicara por qué no podía tener un subfusil cuando la Constitución americana consideraba un derecho fundamental la posesión de armas. Lo impresionante de todo ello fue la inteligente reacción de la crispada madre, que se limitó a decir: «Será mejor que lo hables con tu padre».

Yo miré a mi pequeña Maria y sonreí:

—Seguro que tú nunca me sacarás de quicio así.

Y la niña se rio, como si ella —al igual que yo— supiera que nos pondríamos los nervios de punta a menudo en la vida, por mucho que nos quisiéramos. Como ya dijera mi madre: era una ley de la naturaleza entre madres e hijas.

Aunque la taquilla del zoo estaba cerrada, confié en poder colarme con el cochecito deprisa y corriendo por la puerta, que seguía abierta. Por desgracia, un guarda de seguridad uniformado me salió al paso: «Está cerrado».

El tiparraco daba la impresión de tener malas pulgas y un montón de esteroides encima. Los músculos, que amenazaban con estallarle el uniforme, eran de esos que hacen pensar en el acto que la esperanza de vida de un culturista es inversamente proporcional a su musculatura. Estaba bien que Marc ya no tuviera que tomarse ese veneno para impulsar su carrera hollywoodiense. Lo malo era que seguro que había ido al zoo para explicarle al gorila Jesse, que probablemente fuese su padre, cómo acumular buen karma. Tanto si el animal era su padre como si no, era una bestia peligrosa. Aunque estaba en una jaula, podía herir de gravedad a Marc de un zarpazo a través de los barrotes. Tenía que impedir como fuera que Marc llevase a cabo

lo que se proponía. Si no era demasiado tarde.

Pero para llegar hasta él primero debía burlar al guarda. Probé con el encanto de la buena de Daisy, que en mi primera vida, cuando era una persona, me había ayudado a menudo, eso si no me topaba precisamente con polis homosexuales. En la identificación del capitán Esteroides ponía: «Vince Zanufrio», así que le dije:

—Vince..., porque te puedo llamar Vince, ¿no?

—No, no puedes.

—¿Sexy, tal vez...?

—¿Sexy?

El capitán Esteroides parecía algo duro de mollera. Por ello expliqué:

—Bueno, es lo que eres...

—¿Intentas ligar conmigo, tía? —preguntó, en mi opinión un pelín asqueado.

—Sólo si quieres que ligue contigo... —dije, haciéndole ojitos.

—¿Tú te has mirado al espejo, tía?

—Eh... ¿Cómo dices?

—Que antes me meto un escorpión en los pantalones.

Podría haberlo dicho de un modo menos encantador.

Al parecer, en mi nuevo cuerpo sólo me consideraba atractiva Marc, de modo que con mis encantos femeninos no llegaría muy lejos en mi actual vida. Me entraron ganas de soltarle al capitán Esteroides: no creo que el escorpión encontrara nada interesante en tus pantalones. Pero provocándolo no conseguiría gran cosa. Mejor sería confiar en un talento que nunca había creído tener hasta que Marc lo atestiguó: debía demostrar que era una buena actriz.

—Creo que me voy a desmayar... —afirmé con voz temblorosa.

Hice como si me diera un vahído, y el guarda preguntó, espantado:

—Eh, tía, no te irás a caer ahora, ¿no?

—Creo... —balbucí, y me tambaleé. El capitán Esteroides vino hacia mí para sujetarme, pero poco antes de que pudiera cogerme añadí—: Es el puñetero ébola...

—¡Mierda! —exclamó el tipo, y salió corriendo mientras juraba—: Me pagan

demasiado poco para la mierda que tengo que aguantar.

Marc no se equivocaba: yo tenía talento.

Con una sonrisa de orgullo en la cara de pan, crucé la puerta y empujé el cochecito todo lo deprisa que me permitieron las pesadas piernas hacia el recinto del gorila. Me caían gotas de sudor de la frente. La pequeña María dormía gracias al traqueteo del carrito.

Al cabo de escasos minutos pasé por delante del recinto de los pandas. Aunque llevaba prisa, miré a mi madre sin detenerme. Ella me observó —ni idea de si me reconocía ahora—, y de pronto echó a correr con Aarg y Casanova, que estaban de morros en un rincón.^{[28] [29] [30]} Ya intentaría hablar con mi madre cuando fuese. Sin duda. Pero ahora tenía que encontrar a Marc.

Corrí por los desiertos caminos del zoo hasta el recinto de los monos. Los chimpancés rastafaris dormitaban, se despiojaban mutuamente o daban muestras de su humor, que fundamentalmente consistía en tirarse pedos en la cara de sus congéneres dormidos. El mono Bob Marley, en lo alto de la gran estructura diseñada para que trepan, disfrutaba del sol vespertino.

Entonces vi por fin a Marc. Había trepado a los barrotes y hablaba con el gorila. Seguro que le explicaba a su presunto padre que no seguiría viviendo pendiente de obtener su reconocimiento. El gorila parecía pacífico y escuchaba con visible interés, lo cual supuso un gran consuelo para mí. Justo cuando iba a lanzar un suspiro de alivio, Marc abrió la jaula.

Aunque estaba cerrada con dos pesadas barras de hierro, de ellas no colgaba candado alguno. A fin de cuentas no hacían falta: ni el gorila ni los monos podían abrir los pasadores, y ningún visitante estaría tan loco para meterse allí. Ningún visitante salvo Marc, que quería liberar a su padre de tan terrible prisión. La idea era noble. Generosa. Y tan estúpida que se habría podido rodar un anuncio publicitario de los de Bad Idea.

La valla del recinto medía unos dos metros y medio y, con mi gordura, era directamente insalvable. A juzgar por los desgarrones de su camisa, a Marc también le había costado subirse a ella. Le quise advertir que no dejara salir al gorila, pero él ya había descornado el segundo pasador. Contuve el aliento.

El animal salió despacio de la jaula. Parecía inseguro: ya no estaba acostumbrado a moverse en libertad. Los chimpancés dejaron de dormitar, de despiojarse y de hacer demostraciones del cuestionable humor. Aterrorizados, se subieron a los árboles y empezaron a chillar como en la conocida canción del grupo de monos que quiere saber quién ha robado el coco. Bob Marley dejó de tostarse al sol. Saltó de la estructura a un árbol cercano, y yo deseé que también Marc pusiera pies en polvorosa. Pero no lo hizo, se limitó a quedarse donde estaba.

El gorila se irguió —medía más de dos metros— y bramó:

—¡GRRRRRRRR!

Mientras, se aporreaba el pecho. Los golpes resonaron ruidosamente por el parque, y yo noté la vibración en el estómago. Maria empezó a lloriquear.

—No pasa nada —dije, y mecí a la pequeña en el cochecito y volvió a dormirse. Fue la primera vez que le mentí.

Entretanto, Marc le decía al gorila:

—Cálmate.

Le puso la mano a la bestia en el brazo para tranquilizarla. Un error fatal: el gorila atacó. Lanzó a Marc contra la estructura para trepar, donde se dio con la cabeza contra una de las barras, lanzó un ay y perdió el sentido.

Del susto yo también grité, y ello también fue un error: el gorila reparó en mí y salió corriendo. Temí que fuera a saltar la valla, pero no lo hizo: ¡sencillamente la echó abajo! Con una fuerza primigenia que habría hecho pensar incluso al más curtido cazador de caza mayor si el juego de las bochas no sería un buen pasatiempo. La bestia dio un salto... y se plantó delante de mí. Y del cochecito.

CAPÍTULO 63

El gorila me rugió. Peor aún que el ensordecedor ruido fue su aliento caliente. Luché contra las náuseas, ya que sin duda no contribuiría mucho a calmar a la bestia que le vomitase en los peludos pies. Maria empezó a llorar. Me puse a mecer de nuevo el cochecito y repetí: «No pasa nada», aunque no fuera así en absoluto. El gorila nos amenazaba a mí y a mi hija, y Marc no podía acudir en nuestra ayuda: estaba inconsciente junto a la estructura. Al menos todavía respiraba.

—Sé quién eres... —le dije al animal mientras movía con más fuerza el carrito y Maria se calmaba un poco.

El gorila ladeó la cabeza y me miró con curiosidad. No cabía duda de que entendía lo que le decía: estaba claro que era una persona reencarnada.

—Eres Jesse Barton —añadí.

El gigantesco mono torció el gesto e hizo una mueca de burla. No daba la impresión de que yo estuviese en lo cierto, más bien de que se reía de mí.

—No eres Jesse Barton... —corregí.

Esbozó una sonrisa más burlona aún.

—Eh... Por casualidad no serás Jesse James, ¿no? —pregunté con una risita nerviosa.

El gorila puso cara de satisfacción.

¡Piii!

Efectivamente, en una vida anterior había sido el bandido más famoso del Salvaje Oeste.

—Bueno..., tiene gracia el malentendido —comenté entre risas.

El gorila también se rio. Pero no como diciendo: hay que ver cómo nos lo estamos pasando, sino como diciendo: hay que ver cómo me lo voy a pasar.

—Yo es que me parto de risa —me reí con más ganas aún para que Jesse James tuviera la sensación de que estábamos en la misma onda.

El gorila dejó de reír.

—Ya veo que tú no —constaté.

Me miró fijamente. Con aire amenazador.

—Uy, ¿sabes de lo que me acabo de acordar?

La bestia sacudió la imponente cabeza.

—Me he dejado la plancha encendida.

Di media vuelta para marcharme, pero el gorila se interpuso en mi camino y resopló. Me echó de nuevo por sus grandes orificios nasales su mal aliento. Intenté respirar por la boca para no vomitar.

—¿Por qué no hablamos un poco? —propuse para tranquilizar a esa bestia que en su día había sido un forajido sin escrúpulos.

El gorila más bien parecía inclinado a repartir unos cuantos golpes.

—Seguro que te mueres de curiosidad por saber cómo ha cambiado el mundo.

La bestia sacudió la cabeza, pero yo no cedí en mi empeño:

—Ahora tenemos teléfonos portátiles con los que se puede ver porno.

Eso le interesó. Ni idea de si sabía lo que era un teléfono, si Jesse James vivía cuando se inventó el teléfono, pero estaba claro que el porno lo conocía, sin duda ya existía en los tiempos de Aarg, en la Edad de Piedra.^[31]

Por desgracia no tenía un móvil, ya que seguro que las películas habrían distraído a Jesse James hasta que llegaran los guardas a salvarnos.

—¿Quieres que vaya por uno? —pregunté.

El gorila asintió.

—Genial.

No me podía creer la suerte que había tenido. Justo cuando iba a salir disparada, él agarró el carrito e hizo un gesto inconfundible: la niña se quedaba con él. En prenda. Para que no cupiese la menor duda de que yo volvía con ese teléfono del porno. Pero yo no podía dejar allí a la pequeña. De ninguna manera. ¿Qué podía hacer? «Ahora me sería de gran ayuda la caballería», pensé.^[32]

Mi madre se lanzó desde un árbol y cayó justo en la cabeza del gorila. El animal gruñó, pero eso no impresionó lo más mínimo al panda: le atizó con sus garras todo lo fuerte que pudo. Ello me dio la posibilidad de salir corriendo con el cochecito. Pero no había recorrido ni cinco metros cuando mi madre pasó volando por delante de mí. La había arrojado la bestia.^{[33] [34]}

Mi madre se dio contra un árbol. Yo pegué un grito, y tras el susto inicial

quise ir a comprobar si aún vivía, pues a juzgar por cómo estaba tendida la osa panda no daba esa impresión. Sin embargo, el gorila volvió a gruñir «¡GRRRRR!» y a darse golpes en el pecho, como si fuese a atacar de un momento a otro. Probablemente ése fuera su plan.

Maria berreaba en el cochecito, y con tanto correr yo ya ni tenía aliento para mentirle y decirle que no pasaba nada o al menos que todo saldría bien. De mi madre tendría que ocuparme después. Eso si había un después. Para ella, para mí, para nosotros.

Corrí lo más deprisa que pude, pero para el gorila podría haber sido perfectamente un caracol. Sentí su aliento en la nuca, pero antes de que pudiera volverme, me dio con la garra en la espalda. Caí al suelo, de bruces, y la bestia se me echó encima y empezó a golpearme en el cuerpo. Un golpe tras otro.

Bastaron cinco para que viera la luz.

Aún resonaban los rugidos del gorila.

Y el llanto de Maria.

También la mataría a ella.

Ése fue el número uno de los peores momentos del último día en la vida de la buena de Daisy Becker.

CAPÍTULO 64

Mi vida como brasileña gorda pasó por delante de mí, pero me daba absolutamente lo mismo. No me importaba el pasado, sino lo que acababa de ocurrir en el parque. Mi madre. Marc. Maria.

Flotaba de nuevo por la nada blanca con el cuerpo de la buena de Daisy, pero ello no me proporcionó consuelo alguno ni tampoco alegría, más bien al contrario: deseaba volver a ser la mamá gorda.

La luz me atrajo con su amor, pero yo no quería fundirme con ella. ¿Qué me podía ofrecer? ¿La dicha eterna? ¿Cómo iba a sentirla si la pequeña Maria moría? ¿Si no llegaba a vivir?

—¡Déjame! —le grité a la luz, aunque ella no hizo ni caso.

Empezó a envolverme suavemente con su calor y su amor. Yo me defendí con todas mis fuerzas. En mi cuerpo, que aún yacía en Central Park, todavía debía quedar un soplo de vida, y seguro que todavía se podía activar.

—¡Late! —ordené a mi corazón.

Nada.

La luz seguía a lo suyo. Tranquila, estoicamente. No tardó mucho, me envolvía ya casi por completo. Sólo quedaba el pie izquierdo.

—¡Late! —volví a ordenar, con más fuerza.

La luz se detuvo. Dio la impresión de vacilar.

—¡LATE! —chillé una vez más a mi corazón.

La luz aún vacilaba.

—¡LATE, PUPPIII PIII!

De pronto la luz me liberó. Primero el pie izquierdo, luego el derecho, después las piernas, los brazos, por último el desnudo cuerpo entero. Y no parecía ofendida. Al contrario, probablemente la luz se interesara por mí y por fin había entendido lo que yo quería. Se retiró respetuosa. Se fue alejando. Hasta que dejó de verse.

Deambulé sola por la nada blanca.

Al cabo de un rato, Buda salió a mi encuentro.

Por favor, ya se podría poner algo de ropa...

Cuando estuvo a mi lado dijo, sin sonreír lo más mínimo:

—Eres la primera persona a la que le pasa algo así.

No me apetecía hablar de ello con él. Ni que me tomara el pelo. ¡Quería, debía volver a la Tierra!

—En ti hay algo grande.

—Que sí, que sí, que eso ya lo has dicho...

—Pero esta vez no me refiero a tu altruismo.

—Ya, y entonces, ¿a qué? —pregunté irritada.

—Un gran amor.

—Y quiero vivirlo de una vez. Así que hazme el favor de enviarme a casa.

Ahora Buda sonrió. Una sonrisa más beatífica que nunca. Como si le hubiera sucedido algo que incluso al cabo de tantos siglos le sorprendiera y entusiasmara.

—Adiós, vive la vida —dijo, acentuando la palabra *vive*, y desapareció. Tan deprisa que ni siquiera le pude decir adiós o que hiciera el favor de ponerse algo de ropa.

El cuerpo desnudo de Daisy Becker siguió deambulando en solitario por la nada blanca.

Y poco a poco se disolvió en ella.

Para siempre.

CAPÍTULO 65

Mis párpados empezaron a abrirse y cerrarse, oía llorar a Maria. ¡Estaba viva! ¡¡¡Estaba viva!!! Y yo también. Pero eso apenas tenía importancia, pues el peligro no se había alejado ni con mucho. Abrí bien los ojos, vi ante mí los pies del gorila y oí cómo gruñía y se aporreaba el pecho. Intenté levantarme, pero no tenía fuerzas. A unos metros de mí vi a los tres pandas. Mi madre seguía sin moverse, y Aarg y Casanova estaban a su lado, llorando.^[35]

—¡No te atrevas a tocar a mi hija! —exclamó Marc.

Se hallaba en el recinto, junto a la estructura para trepar, y sostenía una barra de hierro en la mano. El gorila se volvió hacia él, por lo visto el gordo le hacía gracia. La bestia avanzó pesada, lentamente hacia Marc. Por el momento, Maria estaba fuera de peligro, pero eso no duraría mucho. La bestia no tardaría nada en acabar con Marc, con o sin barra de hierro. Confiaba en que los chimpancés y los machos panda acudieran en su ayuda, pero no fue así. Bob Marley y su panda de rastafaris tenían demasiado miedo, y los pandas estaban ocupados con mi madre. La vida no era una comedia romántica, ni tampoco una alegre película de animación. Y aunque así fuera, ¿qué habrían podido hacer esos animales contra la bestia? La única persona que podía ayudar a Marc era su mujer. La madre de Maria. O sea, yo. La buena de Daisy, que tenía miedo del amor, había muerto definitivamente en la nada blanca.

—Quédate donde estás —advertí a Marc mientras me levantaba. Él se quedó perplejo. Se veía que, con el gorila que tenía delante que le bufaba furioso, le habría gustado salir corriendo. Eso si la bestia se lo permitía—. Yo te ayudaré —le prometí.

Marc se sorprendió, y el animal se rio. Si hubiese dominado el idioma de los humanos, sin duda se habría burlado diciendo que una gorda como yo no podía hacer nada contra él. Sin embargo, se equivocaba. Sólo siendo una gorda podía vencerlo.

Llegué a la parte posterior de la estructura. Marc y la bestia se encontraban en el otro lado, vigilándose, pero también me miraban a mí de vez en cuando, ambos desconcertados, pues no tenían ni la más mínima idea de lo que pensaba hacer. Empecé a subir por la estructura, peldaño a peldaño.

—Creía que querías ayudarme —observó Marc vacilante.

—Y eso hago —repuse jadeando.

—Pues no lo parece.

En realidad daba la sensación de que quería ponerme a salvo. La bestia

también lo pensó, y me lanzó unos gruñidos desagradables, que con toda seguridad querían decir: primero haré papilla al gordo, luego te cogeré a ti de ahí y, para terminar, te daré a tu niña para que te la comas.

Los peldaños se combaban ligeramente bajo mi peso, y temí que quizá alguno especialmente herrumbroso se partiese y yo me fuera abajo. Así y todo seguí subiendo. Cuando me quedaba alrededor de un metro y medio para llegar a lo más alto, la bestia empezó a mover la estructura y me costó lo mío sostenerme.

—¡Déjala en paz! —gritó Marc, y amenazó al gorila con la barra de hierro, cosa que el animal no se tomó muy en serio.

Siguió zarandeando la estructura, pero no con tanta fuerza como para que me cayera. A mí tampoco me tomaba en serio, sólo quería jugar un poco conmigo antes de despacharme. De manera que pude seguir subiendo, aunque no fue fácil. El sudor me corría por la frente, seguro que el cuerpo de Maria no había hecho tanto ejercicio en su vida.

Al gorila se le pasaron pronto las ganas de jugar. Se puso serio y sacudió la estructura a base de bien. No conseguí subir los últimos peldaños. Me agarré con fuerza, poniendo todo mi empeño en no caerme, cosa que me resultó de lo más difícil, ya que Marc quería darle al animal con la barra de hierro para salvarme. Yo sabía que si lo hacía, sería su final. Aunque le diera, e incluso si lo hiriese, no se desplomaría. Sólo se enfurecería. Tanto que haría trizas a Marc.

—¡Marc, no! —le grité.

Él bajó la barra y me miró. También el gorila se detuvo y soltó la estructura, momento que aproveché yo: subí los últimos peldaños y me senté en lo alto como si fuera la reina de los monos, la trepadora más avezada. La bestia empezó a sacudir la estructura una vez más. Con tanta fuerza que yo apenas podía fijar la vista. O sujetarme más rato. Caería al suelo. Que era justo lo que quería.

Salté de la estructura.

Sobre el gorila.

Al verme caer gruñó. Furioso. Asustado. Porque no pudo apartarse a tiempo. Aterricé justo encima de él, y con el choque cayó de rodillas y lanzó un grito. Yo también grité. Mucho más que él. Tenía la sensación de que el cuerpo me estallaría. El gorila besó el suelo y yo rodé sobre la inconsciente bestia, poco antes de perder el sentido también.

Marc tiró la barra de hierro al suelo y corrió a mi lado:

—Daisy, ¿estás viva?

Su voz hizo que siguiera en el aquí y ahora.

—No te preocupes —repuse, exhalando un suspiro—, yo también soy mi propio airbag.

—Creí que ibas a morir.

—¿Sabes qué? —Levanté la cabeza e intenté sonreír—. Por ahora no pienso volver a hacer una tontería así.

CAPÍTULO 66

Marc me ayudó a bajarme del apestoso gorila. Me dolían todos y cada uno de mis huesos, pero me daba que no tenía nada roto. Definitivamente, los michelines tenían sus ventajas. De haber estado en mi lugar, Kelly se habría pasado los años siguientes en rehabilitación.

—No parece que se vaya a levantar en breve —observé, señalando al gorila.

En las películas de terror, éstas habrían sido las últimas palabras que habría pronunciado. El gorila se habría puesto en pie cuando menos nos lo esperásemos. Aunque la vida no fuera una comedia romántica ni una película de animación, por suerte tampoco era una peli de terror. La bestia estaba inmóvil, y seguiría dormitando hasta que los guardas, a los que Marc acababa de llamar por teléfono, la devolvieran a la jaula.

Por fin tenía tiempo para ver cómo andaban los osos panda: ¡mi madre estaba viva! Y los dos machos bailaban a su alrededor una danza panda de la alegría.
[36] [37] [38]

Cuando Marc puso fin a la llamada, miró de nuevo al gorila que yacía a nuestros pies y observó:

—Ése no era mi padre.

—Era Jesse James —le aclaré.

—Siento mucho haberos puesto a todos en peligro.

Difícilmente podía decirle: no, hombre, que no; así que le acaricié la carnosa mejilla.

—A partir de ahora desterraré a mi padre de mis pensamientos. No volveré a permitir que influya en mi vida. Ya no soy su hijo.

Frente a mí tenía al nuevo Marc Barton.

—Tú no eres el único culpable de lo que ha pasado —aseguré.

El nuevo Marc me miró sorprendido.

—Si no hubiese sido tan cobarde, habría estado contigo y habría impedido que cometieras esta locura.

—¿Y ahora? —quiso saber.

—Estoy contigo.

—Y yo por ti.

Jamás se oyeron palabras más bellas.

Marc intentó estrecharme entre sus rollizos brazos, y yo a él en los míos. Aunque con los barrigones resultaba sumamente difícil abrazarse bien, lo conseguimos. Como tantas otras cosas que habíamos conseguido y las muchas más que conseguiríamos.

Justo cuando íbamos a besarnos, Maria se echó a llorar. Fuimos corriendo con ella, la sacamos del cochecito y la abrazamos. La pequeña dejó de llorar en el acto.

—Es preciosa —afirmó Marc con voz queda.

—Sí que lo es —convine yo entre susurros.

—Entonces, ¿somos una familia? —preguntó Marc.

—¡Pues claro!

Marc estaba radiante de alegría. Y yo más. Tan feliz como en ese momento no habría podido estarlo nunca en la luz. A decir verdad, lo único que faltaba era que los osos panda se nos unieran. Pero también ellos tres estaban fundidos en un abrazo. Como nosotros.

—Me da en la nariz que pronto va a haber ositos panda —aventuró Marc risueño.

—En ese caso seremos la familia *patchwork* más rara del mundo.

—Hay cosas peores —opinó él.

—Y ninguna mejor.

O más grande.

Sí, para alcanzar el nirvana no hace falta ningún nirvana.

Tan sólo amor.

Y para el amor, un poco de valor.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias a mi amigo y mentor Michael Töteberg, el mejor agente del universo que nos es conocido (y probablemente de todos los demás), así como a la heroica Ulrike Beck: ni siquiera el autor más fantasioso podría soñar con tener una lectora mejor. Mi agradecimiento también a Oliver Kurth, ojalá supiera escribir la mitad de bien que él dibuja...



DAVID SAFIER. Nacido el 13 de diciembre de 1966 en Bremen, es un guionista y novelista alemán. Safier estudió periodismo y se formó profesionalmente en la radio y la televisión. A partir del año 1996 comienza a desarrollar su faceta como guionista. Las series que ha realizado son *Mein Leben und Ich* (Mi vida y yo), *Nikola* y la comedia de situación titulada *Berlin, Berlin*.

Su trayectoria como guionista se ha visto galardonada con premios como el Grimme, el Premio TV de Alemania y un Emmy a la mejor comedia internacional en los Estados Unidos.

En su faceta como novelista destaca la publicación en 2007 de su primera obra titulada *Maldito karma*, publicada en España en 2009. *Jesús me quiere* (2010) y *Yo, mi, me & contigo* (2011) lo han confirmado como uno de los autores más divertidos y alentadores del panorama literario actual. Sus novelas han vendido tres millones de ejemplares en Alemania y están en vías de publicación en veintinueve países. En reconocimiento a su éxito en España, los libreros de Bilbao le han otorgado la Pluma de Plata. *Una familia feliz* (2012) será convertida próximamente en una película de animación.

Notas

[1] De las memorias de Casanova: No hay nada, absolutamente nada, que cause tanto dolor como el amor. Ni la dentellada del poderoso león, ni la patada del uro en la entrepierna. Ni siquiera los trinos de la cantante de ópera gorda. <<

[2] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: Amor hacer pupa. Pupa no ser bien. <<

[3] De las memorias de Casanova: Si mi amigo Aarg dominara los silogismos, razonaría así: Amor hacer pupa. Pupa no ser bien. Luego amor no ser bien. <<

[4] De las memorias de Casanova: Muéstrame a un hombre que no codicie la fruta prohibida y yo te mostraré una anomalía de la naturaleza. <<

[5] De las memorias de Casanova: Más de un amor no se fundamenta en el amor. <<

[6] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: Cuando mujer llorar, yo agarrar cachiporra. <<

[7] De las memorias de Casanova: Los celos son al amor lo que el Vesubio a Pompeya. <<

[8] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: Cuando mujer celosa, yo agarrar también cachiporra. Y cuando mujer roncar. O mirar mal. <<

[9] De las memorias de Casanova: No resulta extraño que, en su vida como hombre de la Edad de Piedra, Aarg no acumulase buen karma. <<

[10] De las memorias de Casanova: Este capítulo de mi vida fue celebrado en la epopeya de pacotilla *Maldito karma* . <<

[11] De las memorias de Casanova: Mi amigo Aarg y yo volvimos a ver la luz del sol reencarnados en osos panda. Sin embargo, no nos parecíamos nada a la especie que describió Marco Polo en sus viajes. No teníamos manchas negras en un pelaje blanco, sino que teníamos el pelo rojizo. Mientras yo daba saltos de alegría por volver a ser un mamífero, mi amigo Aarg disfrutaba de manera un poco menos profana de su nuevo cuerpo. <<

[12] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: ¡Miembro! ¡Miembro! ¡Miembro! <<

[13] De las memorias de Casanova: Ninguna droga es más devastadora que el amor. El día que, siendo osos panda rojos, esa especie poco común, nos soltaron en nuestro recinto, vi a una preciosa hembra panda. El pelaje rojo le brillaba con el sol, y nada más verla me volví loco. En verdad os digo que el amor es capaz de sorprender a uno incluso pasados siglos. <<

[14] De las memorias de Casanova: También yo estuve en el cielo cuando vi a la dama panda. Mientras seguía buscando las palabras adecuadas para presentarme, y por primera vez en mi vida no las encontraba, sucedió algo que me partió el alma... <<

[15] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: Osita hacerme ojitos. <<

[16] De las memorias de Casanova: Eso es lo que uno cree en su primera reencarnación. Sin embargo, el deseo aparece como tarde en la tercera. Cómo me habría gustado divertirme con la preciosa osa panda llamada Rose. Pero ella prefirió disfrutar con Aarg. Y tras el encuentro amoroso, Rose pronunció una frase que no le había oído a ninguna criatura antes: «¡Adoro la reencarnación!». <<

[17] De las memorias de Casanova: Más incluso que presenciar la dicha de dos seres humanos duele observar la dicha de dos osos panda. Cuán terrible es el amor. Los hombres les rompen el corazón a las mujeres. Las mujeres se lo rompen a los hombres. Ay, bendita sea la lombriz. <<

[18] De las memorias de Casanova: Cuando tenía el corazón prácticamente destrozado, hice acopio de valor y le confesé a madame Rose que también yo era una persona reencarnada. Ella prorrumpió en una risa encantadora al enterarse de semejante casualidad, y más aún cuando le revelé quién era. Mientras Aarg roncaba en una rama, madame Rose y yo nos pasamos la estival noche entera departiendo como dos adolescentes enamorados. Cuando al rayar el día mencioné de pasada a la encantadora Daisy, madame esbozó una sonrisa sentimental: «Qué casualidad, mi hija también se llamaba así». <<

[19] De las memorias de Casanova: El pelaje de la osa llamada Rose enrojeció más aún cuando nos abandonamos al amor. Aarg, por su parte, enrojeció de un modo muy distinto cuando nos sorprendió. <<

[20] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: ¡Casanova papilla! <<

[21] De las memorias de Casanova: «Hembras, todas raras». Probablemente ésta sea la única verdad que pervive desde la Edad de Piedra. <<

[22] De las memorias de Bob Marley: En mi nueva vida como mono naturalmente seguí escribiendo canciones reggae. Como por ejemplo una que habla de un babuino triste al que abandonó su mujer: *No woman, much cry*.

<<

[23] De las memorias de Casanova: También esta hazaña se narra en la epopeya de pacotilla *Maldito karma*. Cómo ha bajado el nivel de las novelas en el curso de los siglos. En mis tiempos como persona, semejante chapuza habría sido arrojada al Gran Canal. <<

[24] De las memorias de Casanova: También yo le formulé una pregunta a madame Rose cuya respuesta temía: ¿me quieres a mí o a Aarg? La encantadora dama panda me respondió: «Y». ¿«Y»? , repetí, pues no entendía qué quería decir. «Te quiero a ti y a Aarg.» Tras oír eso, me di de cabezazos rítmicamente contra un árbol. <<

[25] De las memorias de Bob Marley: Toda criatura tiene madera de rastafari. Sólo que, por desgracia, la mayoría no lo sabe, y de ese modo deja escapar una vida relajada y feliz. <<

[26] De las memorias de Rose, la madre de Daisy: Ver a la madre gorda con su hijo despertó algo en mí. Había llegado la hora de darle más sentido a mi vida como osa. Quería que mi pequeña Daisy —dondequiera que se encontrara en ese momento— tuviera un hermanito. <<

[27] De las memorias de Rose, la madre de Daisy: La cuestión era quién sería el padre. Dado que quería por igual a Aarg y a Casanova, les propuse lo siguiente: me acostaría con los dos, y así después nadie podría decir a ciencia cierta quién era el padre del pequeño, pero lo cuidaríamos los tres. Mi propuesta no fue acogida con mucho entusiasmo. Y Casanova dijo: «Querida, no deberías comer tantas setas». <<

[28] De las memorias de Rose, la madre de Daisy: Vi de nuevo a la mujer gorda que iba con el niño. Mis ganas de tener un hijo fueron en aumento, por consiguiente me lancé a la labor de convencer a los obstinados caballeros. <<

[29] De las memorias de Casanova: No hay nada más poderoso que una mujer que amenaza con la abstinencia. <<

[30] De las memorias de Aarg, el hombre de la Edad de Piedra: Miembro triste. <<

[31] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: Cuando ser joven yo aprender mucho de pinturas rupestres. <<

[32] De las memorias de Rose, la madre de Daisy: El ruido que venía del recinto de los monos me picó la curiosidad, así que fui de árbol en árbol y vi que el gorila amenazaba a la mujer gorda y al niño. Podía elegir entre ayudar o sentirme culpable por los siglos de los siglos. <<

[33] De las memorias de Casanova: Oímos los gritos de la encantadora Rose. Sin vacilar un instante, Aarg y yo nos subimos a los árboles y atravesamos el

parque de rama en rama para ir a su encuentro. Bajo nosotros, una bestia salvaje perseguía a una mujer gorda. Sin embargo, sólo teníamos ojos para madame Rose, y nuestro corazón asimismo le pertenecía sólo a ella, que estaba tendida en el suelo, inmóvil. Nos plantamos a su lado de un salto. No respiraba. Ni Aarg ni yo pudimos contener las lágrimas. <<

[34] De las memorias de Aarg: Yo siempre decir: amor hacer pupa. <<

[35] De las memorias de Casanova: Nuestras lágrimas cayeron a la vez sobre madame Rose, y apenas rozaron su rostro, su corazón volvió a latir. <<

[36] De las memorias de Casanova: Los machos por fin lo comprendimos: no es el amor lo que duele. Al contrario, el amor es lo que salva la vida. Son los celos los que lo arruinan todo. No volveríamos a permitir que éstos pusieran nuestra dicha en peligro. <<

[37] De las memorias del hombre de la Edad de Piedra Aarg: Celos hacer pupa. Pupa no ser bien. Luego, celos no ser bien. <<

[38] De las memorias de Casanova: Y así fue como mi amigo Aarg supo lo que era un silogismo. <<

